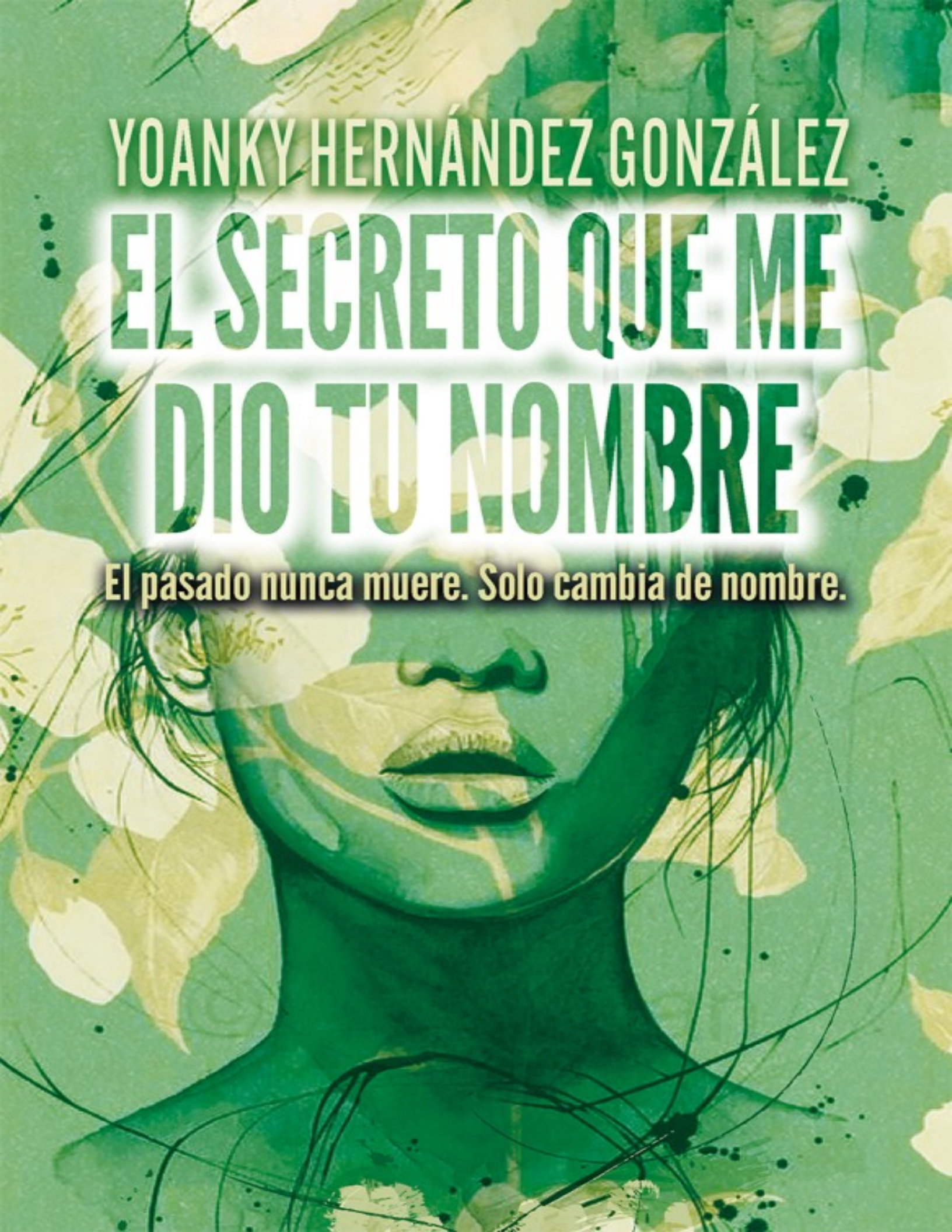
YOANKY HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

EL SECRETO QUE ME DIO TU NOMBRE

El pasado nunca muere. Solo cambia de nombre.



YOANKY HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

EL SECRETO QUE ME DIO TU NOMBRE

© 2026 Yoanky Hernández González

© 2026 Edición:

Adrián Naranjo *(www.adriannaranjo.com)*

Todos los derechos reservados.

Publicado en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en un sistema de recuperación o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o cualquier otro, sin obtener previamente el permiso por escrito del autor.

Para Salvador, por acompañarme en este largo viaje.
Para mi familia y amigos.

Introduce la cinta en la videocasetera. A los sonidos metálicos le sigue un chirrido que delata el esfuerzo que hace el artefacto por funcionar. Las magulladuras en las esquinas y el color amarillento que circundan las teclas desgastadas la llevan a pensar que ese trasto probablemente tenga más años de vida que ella misma. Se aleja lo suficiente para tener una visión completa de la pantalla del televisor y se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, como un niño a la espera de sus dibujos animados.

Sabe que va a morir. Es cuestión de horas o minutos, aunque le asusta más la tranquilidad con que ha aceptado su destino que la muerte en sí misma. Le hubiera gustado morir sin dolor —como a todos—, pero está convencida de que su muerte será espantosa. Tiene los labios cuarteados y la lengua áspera y agrietada por la sed. Se lleva una mano a la cabeza y siente la humedad de la sangre en su pelo. Pasan unos segundos en los que solo escucha su respiración y los latidos desbocados de su corazón.

De repente, la pantalla parpadea un par de veces y acapara por completo su atención.

La cámara enfoca una habitación diminuta con una cama en el centro. Sobre ella, una mujer desnuda con las piernas abiertas y las manos atadas con grilletes unidos a la cabecera por una cadena. Es de tez morena, joven, y su melena oscura se esparce sobre el colchón como un abanico abierto. La piel tiene ese brillo propio de la juventud y carece de manchas o imperfecciones. Tan solo contrasta con la sangre oscura que gotea lentamente de sus muñecas, como si los grilletes hubieran perforado la piel con la presión suficiente para provocar un sangrado venoso. La chica permanece tendida sin efectuar movimiento alguno. Inconsciente.

No hay nada más en la habitación, ni siquiera una lámpara o una mesita de noche. La mortecina luz amarilla que inunda el habitáculo proviene de un foco situado por encima de la cámara. Las paredes, que en otro tiempo serían blancas, están agrietadas y manchadas de un moho verdoso que le confiere a la imagen un aspecto más escabroso si es que es posible. El gres porcelánico de efecto madera

del suelo alrededor de la cama exhibe manchas oscuras que lucen pastosas y hedientas; una mezcla viscosa de sustancias derramadas que nadie se ha preocupado por limpiar.

Durante los primeros quince o veinte segundos de la grabación no sucede nada. El silencio es absoluto. Comprueba con éxito que el volumen está activado y desconoce si toda la cinta carece de sonido. La tensión que genera la figura inerte de la chica sobre la cama hace temer lo peor.

Se escucha de pronto una conversación de fondo. Resulta imposible adivinar su contenido, incluso, subiendo el volumen de la cinta. Las voces son masculinas, dos o tres tal vez. Las acompañan sonidos heterogéneos, como si estuvieran manipulando cosas. Unas carcajadas irrumpen abruptamente y elevan el sonido a un nivel desagradable que ella se apura en disminuir.

De pronto, un gordo desnudo aparece por un costado y se aproxima a la cama. La piel blanca y flácida forma pliegues en sus contornos y las nalgas caídas y arrugadas dibujan un triángulo difuso. Una capucha negra con orificios en los ojos y la boca le cubre la cabeza. Se detiene al borde de la cama y mira fijamente a la cámara unos segundos, con descaro, y bajo la máscara se puede apreciar una sonrisa ladina. Comienza a recorrer el abdomen de la mujer con la yema de los dedos y dibuja círculos alrededor de su ombligo. Sube hasta el pecho y le pellizca los pezones repetidamente. Continúa subiendo por el cuello y le introduce un dedo en la boca. Lo pasea por el interior recorriendo las encías y la lengua mientras se le escapan unos gemidos cortos y guturales. Otra vez mira a la cámara con regocijo, sabiéndose protagonista, y sin un ápice de remordimiento en su mirada. Se lleva el dedo mojado de saliva a los labios y lo saborea gustoso. Con la ayuda de ambas manos le abre la boca a la chica y se inclina lo suficiente para dejar caer dentro un escupitajo.

La endeble espectadora se dobla sobre sus rodillas cruzadas. Las arcadas se repiten y no sabe si conseguirá contener el vómito.

El gordo agarra su pene, que hasta ese momento había estado perdido entre el vello púbico, y lo frota con delicadeza a la vez que juega con sus propios pezones hasta conseguir una erección. Dobla

el torso hasta encontrar con la lengua las areolas en el pecho de la mujer y continúa masturbándose. La escena se prolonga durante unos segundos que resultan interminables. Un gemido agudo advierte la llegada del orgasmo al tiempo que se incorpora para eyacular en la cara de la mujer. Apenas duró dos minutos en estado de excitación. El gordo camina hacia la cámara con los ojos como platos y desparece.

Suspira aliviada creyendo que la grabación ha terminado. Se pone de pie y se acerca a la videocasetera mientras observa que el semen en la cara de la chica va perdiendo consistencia y gotea despacio sobre la sábana.

El gordo regresa al plano caminando a paso lento y se sitúa nuevamente al borde de la cama.

Ella retrocede y se pone de rodillas frente a la tele, como si rogara por el destino de esa pobre infeliz.

El protagonista se acomoda unos guantes de boxeo color sangre. Mira a la cámara con lascivia y repite un movimiento de choque entre los puños, como los púgiles en el cuadrilátero a punto de pelear. Con mucha dificultad se sube en la cama y se sienta a horcajadas sobre el cuerpo inerte de la mujer y comienza a golpearla con furia. La situación es tan grotesca que hace dudar qué le causará más daño a la chica, si la bestialidad de su agresor o el peso de su cuerpo ingente sobre ella.

Se cubre el rostro con las manos. No soporta lo que ven sus ojos. Quiere apagar la tele, destrozar la cinta. Quiere gritar porque es consciente de que en poco tiempo será ella quien ocupe el lugar de esa infeliz.

Abre los ojos justo a tiempo para observar que el gordo termina de propiciarle puñetazos a su víctima y arquea la espalda con la cabeza hacia atrás lleno de goce. Y de nuevo se escucha una carcajada estruendosa que sirve de colofón a la grabación.

Apaga la televisión en un impulso y la pantalla le devuelve su reflejo. Prefiere no mirarse. Su rostro ya no le pertenece. Extrae la cinta de la videocasetera y la estampa contra la pared. Mueve la cabeza desconcertada porque esa cinta confirma que su final será otro episodio de brutalidad similar a lo que ha visto. Piensa en todas

las mujeres que han sufrido lo mismo que esa chica y llora de impotencia.

Su mente intenta aún asimilar las atrocidades de la cinta cuando escucha unos pasos que se acercan: la muerte finalmente llega a su encuentro con la frialdad del hielo.

Capítulo 1

Madrid, 5 de julio de 2016

La inspectora Miranda Silva era una mujer de rutinas. Por las mañanas tomaba una ducha larga y desayunaba un café bien cargado que acompañaba con un cigarrillo; una práctica que había repetido los últimos quince años y a la que se le incorporó el año anterior la obligación de bajar a Melón para que hiciera sus necesidades en la calle.

Aquella mañana no iba a ser diferente, hasta que la llamada de su jefe interrumpió el ritual mientras preparaba la cafetera. En cuanto levantó su teléfono móvil y vio en la pantalla el número de Sergio Estrada, supo que aquel iba a ser un día ajetreado. Descolgó y escuchó sin rechistar las indicaciones de su superior. Lo notó alterado, atropellando las palabras como hacía cada vez que un caso le preocupaba, y no le dio tiempo siquiera a responder. En cuanto terminó de hablar, colgó.

Suspiró resignada observando cada uno de los utensilios e ingredientes de su tan añorado café dispuestos sobre el cuarzo negro de la meseta de la cocina.

«Si tuviera una cafetera de cápsulas, seguro que no pasaba esto».

Regresó a la habitación y se vistió de prisa mientras su chihuahua la perseguía y se enredaba entre sus pies. Se detuvo un instante a contemplar el cuerpo desnudo de Rodri, que aún dormía plácidamente, y se agachó a su lado, le apartó de la cara aquel mechón inoportuno y le dio un beso en la mejilla.

Cuando llegó a la puerta principal, volteó para despedirse de Melón, que la miraba con ojos marchitos.

—Lo siento, pequeño. Hoy te toca hacer tus cosas en la terraza.

Antes de salir, se descubrió en el espejo redondo de ratán que colgaba en la entrada. Deslizó la yema de los dedos por sus labios finos, subió por la nariz respingada hasta la profundidad de sus ojos

marrones y descendió por sus mejillas; el mismo camino que había recorrido él con su boca la noche anterior.

Bajó las escaleras rumbo al garaje a la vez que encendía el cigarrillo que marcaba el comienzo de una larga jornada y lamentó —una vez más— haber dejado el café a medio hacer. Llamó a Vivian, una de las subinspectoras que integraba el grupo de Homicidios, y le insistió en que se alistara en lo que recorría los quince minutos que la separaban de su piso.

Durante el trayecto solo conseguía pensar en Rodri y la noche que habían pasado juntos. Su llamada la había tomado por sorpresa. Llevaba más de un año sin saber de él y, aunque las cosas no habían terminado bien entre ellos, o al menos eso pensaba por la manera intempestiva en que se marchó, le apetecía verlo. Habían ido a cenar a un restaurante japonés que a él le gustaba mucho y luego se tomaron unas copas en una terraza cerca de casa. Hablaron del tiempo que estuvieron juntos y la felicidad que compartieron, pero ni una sola mención al último año ni dónde había estado todo este tiempo. Un día de pronto despertó y desapareció sin más, sin un adiós ni un hasta pronto, con la naturalidad más absoluta, la misma desfachatez con la que había vuelto sin avisar.

Lo había notado distinto, centrado y con las ideas más claras. Habló de proyectos y negocios, de volver al ruedo. Ella le dijo que sí a todo porque sabía que eso era lo que él quería escuchar. Tampoco estaba de ánimo para confrontaciones —aunque las percibía a flor de piel—, pero las dudas seguían allí donde mismo las había dejado antes de desparecer de la faz de la tierra.

Miranda no había dejado de pensar en él ni un solo día y, a pesar de ser una mujer de convicciones, o lo que es peor, una mujer dolida, se le antojaba pasar la noche a su lado. Sabía que lo lamentaría una y mil veces, pero le daba igual. Ya habría tiempo después para el arrepentimiento. Tampoco tenía la seguridad de volverlo a ver. Había estado más de un año sin saber de él. Ni una llamada ni un mensaje. Y nada garantizaba que no volviera a desaparecer. Por eso, se convenció de que lo más sano era vivir el momento y dejarse llevar, aunque después le pesara en el alma —o no, porque en este tiempo había aprendido a vivir con su ausencia y

lo seguiría haciendo—.

Llegó a su destino en el barrio Hortaleza mordiéndose los labios, como si intentara preservar el sabor del último beso.

El recorrido hasta el piso de Vivian se le hizo más corto de lo habitual, y la intemperancia que el tráfico mañanero provocaba en ella no afloró esta vez. Cuando la vio salir del edificio decidió que era hora de dejar sus pensamientos sobre Rodri a un lado.

Su compañera era alta, rubia, y lucía el pelo muy corto, pero bien cuidado. Se maquillaba con sombras oscuras que resaltaban el color azul de sus ojos y la blancura de su piel.

—¡Buenos días! —le dijo mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

Miranda no pudo pasar por alto la sonrisa con la que Vivian la saludaba, obviando por completo que ese día habían tenido que salir a trabajar mucho antes de lo habitual.

—Serán buenos para ti, porque yo ni café he podido tomar —le contestó con socarronería.

Vivian hizo una mueca con la boca y retorció los ojos asimilando la gravedad del asunto.

—Cuéntame qué tenemos para hoy.

—Llamó Estrada. Al parecer encontraron el cuerpo de una mujer asesinada en la Dehesa de la Villa.

—¿Y dijo algo más?

—No, solo que nos diéramos prisa. Ya lo conoces.

—¿Pongo algo de música? —preguntó Vivian ignorando el último comentario—. ¿Lo de siempre?

Miranda asintió con la cabeza.

La Dehesa de la Villa se encuentra en el noroeste de la ciudad, en el distrito Moncloa-Aravaca. Las coordenadas las condujeron hasta la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid, cuyas instalaciones colindan por varios frentes con la superficie del parque que se extiende por sesenta y cuatro hectáreas.

Divisaron a dos agentes de Seguridad Ciudadana que custodiaban el acceso al área acordonada y lidiaban con alumnos y profesores curiosos que se esforzaban por obtener alguna información sobre lo acaecido.

Miranda y Vivian llegaron al lugar de los hechos al ritmo de Amaral. Estacionaron junto a unos Zetas frente a la entrada principal de la facultad y saludaron a los agentes que se acercaron a recibirlas mostrando sus placas identificativas.

—Tengan cuidado al bajar —les dijo uno de ellos.

Para acceder al terreno donde se encontraba el cuerpo desde la posición en la que estaban, debían descender una cuesta resbaladiza que se extendía siete u ocho metros. Consiguieron mantenerse en pie apoyándose la una en la otra, convencidas de que, si alguna vez tenían que regresar, lo harían por otro de los accesos.

Avistaron a los de la Científica recogiendo muestras y fotografiando la escena del crimen. Desde la dirección en que avanzaban no lograban divisar el cuerpo. A medida que se acercaban conseguían ver a los agentes trabajando alrededor de un pino piñonero que se alzaba imponente. A unos escasos metros de la escena, las interceptó el comisario Sergio Estrada.

—¡Vaya cuadro tenemos aquí! —Miranda vio en la expresión de su superior una señal de alarma—. Ya he dado instrucciones para que nadie se acerque. No quiero fotos dando vueltas por los medios, que la gente es muy morbosa. Yo regreso a la Jefatura, que me han llamado con urgencia. Os veo luego en la oficina. —Mientras se alejaba continuaban las indicaciones—. Miranda, mucho tacto con este caso. El juez ya debe estar al llegar.

Las inspectoras se acercaron con cautela por un costado hasta ubicarse detrás de los agentes de la Policía Científica, a una distancia que les permitiera observar el cuerpo de la víctima, pero sin obstruir el área de trabajo de sus compañeros.

—Pero ¡qué diablos…! —dejó escapar Vivian, incapaz de contener su asombro.

Una mujer de tez morena permanecía incrustada al pino. Su cuerpo adherido al tronco evadía la gravedad por un alambre de espino que se enrollaba desde sus pantorrillas hasta la cabeza. La sangre que emanaba de las heridas provocadas por las púas dibujaba hilos que se ramificaban como ríos en un mapa. Del cuello le colgaban unos guantes de boxeo rojos que descansaban sobre su torso desnudo.

El agente Castillo, de Seguridad Ciudadana, se presentó ante las inspectoras.

—Un vecino de la zona que corre por aquí todas las mañanas dio el aviso. Ya le hemos tomado declaración. —Castillo indicó levantando la barbilla a uno de sus compañeros que se encontraba junto a un hombre que, sentado sobre una piedra, lucía notablemente afectado—. El pobre es un manojo de nervios.

—¿Vio a alguien más merodeando por los alrededores? ¿Tal vez otro deportista?

—No. Dice que por esta zona en particular viene poca gente. Si acaso algún que otro ciclista —respondió el agente.

—Pues, para ser una zona poco transitada, hay muchos deshechos en el suelo, desde servilletas hasta condones usados.

—Bueno, inspectora, usted sabe que para los jóvenes este tipo de parques resultan atractivos. No olvidemos que justo al frente hay una facultad.

—No lo he olvidado, agente. —Miranda esgrimió una falsa sonrisa que Castillo interpretó como un punto final a la conversación.

El forense Carlos Gutiérrez apareció por la misma entrada por donde habían accedido ellas, sin que las inspectoras pudieran evitar una mirada burlona mientras hacía malabares para mantenerse en pie. Se conocían desde hacía varios años y habían coincidido en una decena de casos, lo que propiciaba un trato cordial y amigable entre ellos. Gutiérrez las saludó con la cara todavía hinchada de las sábanas y no tardó en focalizar su atención en el panorama que tenían delante.

—Por el *rigor mortis* diría que lleva muerta tres o cuatro horas. La causa de la muerte parece ser asfixia —explicó el forense señalando unas marcas amoratadas en el cuello de la víctima—. De todas maneras, habrá que esperar a la autopsia para la confirmación.

—¿Crees que la muerte se produjo aquí? —preguntó Vivian.

—Estoy casi seguro de que la mató aquí. Por la forma del sangrado de las heridas provocadas por el alambre de espino, debió estar viva cuando se lo enrolló en el cuerpo.

Gutiérrez carraspeó con severidad y apretó los labios. Se detuvo un segundo a mirar el paisaje a su alrededor, la intensa luz del sol

que se desparramaba entre los pinos con la misma intensidad de aquella vida que se había apagado bajo su sombra.

—Quería verla sufrir —comentó Miranda como si hablara consigo misma.

—Si nos fijamos en el área de la cara, el asesino rompe el patrón de la espiral y superpone varios amarres hasta conseguir un engrosamiento que obstruye por completo la boca abierta, como si quisiera…

—… callarla —interrumpe Miranda para terminar la frase del forense.

Capítulo 2

Galicia, 10 de julio de 2016

Mis ojos se estaban acostumbrando aún a la exigua luz que se colaba entre las ramas de los árboles cuando miré el reloj y me percaté de que pronto anochecería. Había estado caminando sin rumbo hasta adentrarme en la profundidad del bosque y me había quedado dormida.

Necesité varios segundos para despojarme del letargo y retomar el control de mi cuerpo. Conocía aquellas tierras como la palma de mi mano, pero ni siquiera eso me mantendría a salvo en la oscuridad de los bosques de Galicia. La sombra sin rostro de ese hombre se había instalado en mi vida y había convertido mi existencia en un martirio de angustias y paranoias.

Emprendí el camino de regreso con la poca presteza que me permitía la pesadumbre de mis piernas. Mi cuerpo había soportado más presión los últimos días que en todos mis años de vida, aunque tampoco había vivido lo suficiente. La coloración oscura alrededor de los ojos y los párpados cargados eran la consecuencia de dos días sin dormir.

Creí que el rato que estuve tendida en la hierba junto al arroyo aliviaría el desgaste físico, pero me sentía cada vez más débil. Con cada paso se hacía más difícil la respiración. Era como si no fuera capaz de caminar y respirar al mismo tiempo. Mi madre nunca me habría permitido estar en el bosque a esas horas, pero mi madre estaba muerta. De golpe llegaron las imágenes de la patrulla de la Guardia Civil y de aquella inspectora de acento madrileño que trajo consigo la noticia que había derrumbado mi mundo. Ese instante —los pocos segundos que necesitó para decirme que habían encontrado su cuerpo, el nombre de mi madre escapando de su boca— seguía grabado en mi cabeza como un fotograma que se

repetía una y otra vez frente a mis ojos. El pecho se me estrujó y dejé escapar un quejido corto y seco como el de una corza herida.

Habían transcurrido 48 horas desde que la inspectora me notificara que la habían encontrado sin vida; y en ese tiempo apenas había probado bocado alguno. La fatiga se agudizó tanto que me obligó a detener el paso. Notaba cómo el corazón luchaba desesperadamente por salir de su agujero. La debilidad que advertía era el resultado del cúmulo de horas infinitas en las que solo me había tragado el dolor y la impotencia de perder a la única persona que tenía en el mundo. Y, sin quererlo, el universo se convirtió en un reflejo de lo que llevaba sintiendo desde que mi madre desapareció: la más grande desolación.

Recordé los motivos que me llevaron al bosque: la travesía que había emprendido para darle un destino a las cenizas de mi madre y la necesidad apremiante de pasar tiempo a solas para reflexionar sobre un futuro que se me antojaba incierto. Me hubiera encantado enterrarla en el bosque. Se me ocurrían lugares maravillosos donde podía descansar rodeada de la más espléndida naturaleza, bebiendo de la lluvia, alimentándose de la riqueza espiritual del bosque que la acogió hace más de veinte años. Y, sobre todas las cosas, un lugar al que podría recurrir cuando necesitara de ella o cuando la soledad se volviera insoportable.

Recordé una mañana en la que viajábamos en barca hacia el mercadillo de Negueira y mi madre me pidió que el día que muriera lanzara sus cenizas al mar porque el mar era lo más bonito que había visto en su vida. Esto supuso un dilema aún mayor, pues la única vez que me llevaron a conocer el mar era muy pequeña y los recuerdos eran meros retazos en mi mente, y sin referencias concretas resultaba difícil decidirme por un lugar en particular para darle cumplimiento a su voluntad.

Quería que ese último acto tuviera un significado especial, y era consciente de que lo hacía principalmente pensando en mí misma. No por egoísmo, sino por la necesidad de cumplir unas expectativas que yo misma había generado y que, de no hacerlo, pesarían sobre mi persona el resto de mi vida. Nunca hice nada para retribuirle a mi madre todo lo que hizo por mí, o al menos así lo sentía. Y quizás fue

ese sentimiento lo que generó la obligación moral de darle un final simbólico que aliviara mi culpa. Finalmente, cumplí su voluntad en el faro del cabo Fisterra, el último punto del Camino de Santiago. En una revista que encontré en un cajón, y que no recordaba cómo había llegado a casa, leí un artículo sobre la historia de ese lugar que me condujo a tomar la decisión. Los romanos pensaban que era el punto más occidental, el fin de la tierra, y que todas las noches el sol se apagaba en sus aguas.

Lo entendí apenas llegué. La inmensidad del océano transmite una mezcla de sensaciones que no siempre somos capaces de explicar, porque no todas las emociones tienen nombre. Con el tiempo también entendería que no siempre son las mismas, y es que nosotros tampoco somos los mismos.

Tenía la intención de hacer una estancia corta, pero la belleza del paisaje me retuvo. Me había levantado muy temprano en la madrugada para hacer un viaje por carretera que me tomó casi cinco horas y quería estar de vuelta a media tarde. Dispuesta a volver, esparcí las cenizas de mi madre ante la mirada compasiva de algunos turistas. Y fue en ese momento cuando me sentí minúscula ante el extenso océano, como una partícula insignificante en un mundo que me había dado la espalda.

Comencé a llorar desconsoladamente. Desde la desaparición de mi madre no había sido capaz de derramar una sola lágrima, aunque era consciente de que en algún momento estallaría, pero sin saber cuál sería el detonante. Cuando las cenizas de mi madre se disiparon con el viento comprendí que la había perdido para siempre. Me sequé las lágrimas y regresé a Negueira de Muñiz con la duda de no saber con certeza dónde comenzaba y terminaba el mundo.

Tuve el presentimiento de que algunos vecinos se acercarían a preguntar por mi estado, cuando lo único que me apetecía era estar sola. Había pasado tan poco tiempo en casa desde lo sucedido que apenas había recibido las condolencias de unos pocos. Estuve un rato sentada en la cama valorando qué hacer. Tenía pendiente clasificar las pertenencias de mi madre. Le había prometido a Marta, una de las comuneras con las que teníamos una relación más estrecha, que le entregaría toda la ropa para que la aprovechara

como estimara conveniente. Pero eso podía esperar. A fin de cuentas, el viaje había agotado todas mis fuerzas y necesitaba reponerme.

Pasar la tarde en cama tampoco era una opción. Si mis vaticinios resultaban ciertos, tendría que levantarme cada dos por tres a atender la visita de algún vecino, y el mero hecho de pensarlo acrecentaba mi pereza. Por otra parte, la ola de calor que golpeaba la península generaba un vapor dentro de la casa que resultaba insoportable. Tampoco tenía que preocuparme por las ovejas. Antes de viajar a Fisterra llegué a un acuerdo con un comunero de confianza para que las cuidara durante al menos cinco días hasta que me sintiera mejor. Así que, sin otra preocupación en mente, decidí irme al bosque. Aún tenía mucho sobre lo que reflexionar, especialmente por el rumbo que tomaría mi vida.

Caminé un largo rato hasta que el agotamiento me venció. En un día normal hubiera recorrido una distancia mucho mayor antes de sentir un ápice de cansancio, pero había acumulado mucha tensión los últimos días. Me pareció conveniente buscar un lugar a la sombra donde descansar un rato. Respiré hondo y me tiré en la hierba con los brazos abiertos, en comunión con la naturaleza. Necesitaba sentirme parte de algo.

Algún tiempo atrás había leído que los alemanes usan la palabra *torschlusspanik* para hacer referencia a la sensación de que el tiempo va pasando deprisa y no lo estamos aprovechando lo suficiente. Ese miedo a que se cerraran las puertas lo estaba experimentando en ese momento. No dejaba de ser una chica de tan solo veintidós años y cualquiera diría que tenía una vida entera por delante, pero no todos tenemos esa percepción del tiempo. Conocía mujeres de mi edad en Negueira y sus alrededores que se sentían realizadas, ya fuese por haber formado una familia o por sentir que pasaban los días haciendo lo que les gustaba. Pero ¿y si aún no sabía lo que me gustaba? ¿Acaso hay una edad en la que se supone ya seamos dueños absolutos de la verdad? Y a todas estas, ¿cuál era esa verdad? Pensar en el futuro nunca fue apremiante. En primer lugar, porque mientras mi madre estuviera viva no la abandonaría y, por supuesto, porque jamás pensé que moriría tan

joven.

Me había acostumbrado a la idea de vivir en Negueira, aunque había un mundo ahí fuera que me moría de ganas por conocer. A veces necesitamos hacer cambios bruscos que nos obliguen a replantearnos el mundo tal como lo conocemos, incluso para descubrir si somos lo que siempre hemos creído ser o solo lo que se nos ha permitido.

Los ahorros no me permitirían llegar muy lejos. Tenía la opción de deshacerme de las ovejas y la casa, a fin de cuentas, en Negueira siempre habría algún sitio al que volver y empezar de cero. De momento, me había entrado un poco de somnolencia. El canto apacible de los pájaros me hizo caer en un sueño profundo del que despertaría un rato después con el temor legítimo a la oscuridad del bosque y sin sospechar que estaba a punto de tener un encuentro que marcaría el rumbo de mi vida.

Escuché el ruido de unos pasos sin saber con certeza de dónde procedían. Miré a mi alrededor con sigilo, pero la calma del bosque me llevó a pensar que había sido fruto de mi mente exhausta. Continué avanzando sin mirar atrás y con los hombros encogidos hasta que el crujir de una rama hizo saltar las alarmas. Tenía la intuición de que alguien me seguía. Las pisadas se escuchaban una y otra vez en todas las direcciones, como si me tuvieran rodeada. Sentía el peso de una mirada que acechaba entre los troncos. Casi podía oler el miedo que me sacudía. ¿Y si era él que me había encontrado; si no le bastaba con haberla matado y ahora venía a por mí?

Un frío repentino recorrió mi cuerpo diminuto y se ancló en mi columna vertebral provocando un temblor incontrolable. Con los brazos cruzados sobre el pecho busqué en vano un poco de abrigo. Las manos eran puro hielo. Miré al cielo con desesperación, con la esperanza de encontrar en algún rincón de mi existencia las fuerzas que me permitieran escapar. Alguien se acercaba, pero no conseguía distinguir su rostro. A medida que avanzaba, entrecerraba los ojos en un intento de agudizar la visión, mas el paisaje a mi alrededor se desdibujaba en sombras dispersas y amorfas. Mi cuerpo había llegado al límite.

A punto de desfallecer, la silueta de pasos ligeros se abalanzó y me sostuvo. Sentí la calidez de las manos que me sostenían, y no eran las manos ásperas y callosas que imaginé. En ese momento pude distinguir sus facciones: una mujer hermosa de ojos alargados y melena rubia que me sonreía con ánimo de apaciguarme. Intenté hablar, pero las palabras se quedaban atoradas en mi garganta. La debilidad me superaba. La desconocida desprendía un olor a flores que me embriagaba y me transportaba a mi infancia. Había algo en ese aroma que me resultaba íntimamente familiar, como si lo hubiese llevado conmigo toda la vida.

El miedo había desaparecido bajo el aura angelical que la envolvía. Se me acercó al oído y me pidió con la voz más dulce que jamás había escuchado que esa noche durmiera en paz porque mi madre ya se regocijaba en el cielo. Esas palabras me arrancaron una sonrisa, y con ella se fueron las pocas fuerzas que me quedaban. Antes de perder el conocimiento, escuché un susurro elevarse entre las ramas: «La muerte también llega con el amor que engendra».

Un tirón en la espalda me trajo de vuelta. El dolor de los músculos agarrotados recorría mi cuerpo como un corrientazo. Con mucha dificultad logré ponerme en pie y dominar las piernas que me temblaban como a uno de esos cervatillos que acaban de nacer. El filo de la gravilla puntiaguda que se esparcía por el sendero me provocó con la caída algunos cortes en los brazos descubiertos. Con el dorso de la mano intenté limpiar los hilos de sangre que me cosquilleaban en su recorrido. Apreté los dientes para contener el llanto y me mordí con fuerza el labio inferior para desviar la atención del dolor. La negrura del bosque solo se mitigaba por la luz de una luna llena que se alzaba vigilante.

Retomé el camino a un paso más lento esta vez para dosificar la energía. Cuando por fin divisé las luces del pueblo a lo lejos, dejé escapar un suspiro y rompí a llorar. A pocos metros de llegar, escuché desde el camino los golpes secos de alguien que llamaba insistentemente a mi puerta.

Capítulo 3

Madrid, 5 de julio de 2016

Miranda se había acostumbrado al olor característico de la sala de autopsias. Por eso, cuando alguno de sus compañeros manifestaba la repulsión que le ocasionaban las visitas al forense, ella lo miraba con aires de superioridad. Lo tildaba de flojo. Quiso el destino que Vivian fuera una de esas personas que sentía náuseas en cuanto ponía un pie dentro de la sala. Así que Miranda debía tener sus sentidos en alerta para no solo recopilar la información resultante de la autopsia, sino evitar por todos los medios que su compañera vaciara sus intestinos sobre sus zapatos.

Gutiérrez las recibió junto al cuerpo de la víctima tendido en la camilla. La exploración había terminado y todavía se podían apreciar restos de sangre en algunos instrumentos. Miranda miró de reojo a Vivian a la espera de un gesto de desagrado que no tardó en aparecer.

—La muerte se produjo por asfixia, tal como había supuesto —se adelantó a comentar Gutiérrez—. Los moratones y marcas de uñas, así como la ruptura conjunta del hioides y cartílagos tiroides, junto a contusiones en los músculos de la parte alta del cuello, indican que la presión se ejerció con las manos. Estrangulación manual —concluyó.

—¿Quiere decir que primero la ató con alambre de espino al árbol y luego la estranguló presionando su cuello contra el tronco? —preguntó Vivian abrumada con la conclusión del forense.

—Efectivamente —respondió este—. También encontré lesiones en las muñecas que se corresponden con algún tipo de atadura. Estas lesiones son más profundas que las que dejaría una soga u otro material similar y no son consistentes con las heridas producidas por las púas del alambre de espino. Había restos de óxido, por lo que me atrevería a asegurar que la ató con una cadena.

—¿Encontró algún indicio de violación? —se interesó Miranda.

—No se aprecian heridas extra o intravaginales, tampoco anales.

—Para someterla a semejante barbaridad, la víctima debió estar inconsciente o sedada —conjeturó Miranda.

—Es posible —añadió Gutiérrez—, pero no encontré signos de traumatismos craneales. Tendremos que esperar a los resultados toxicológicos para determinar si utilizó alguna sustancia para someterla. El resto de las heridas que encontramos en el cuerpo y la cabeza son compatibles con las púas del alambre de espino.

—¿Qué sabemos de los guantes de boxeo?

—Son muy antiguos, de una marca que se ha dejado de comercializar en el país. Hemos encontrado restos de sangre y otros fluidos en el interior, así como huellas parciales. Tendremos que esperar unos días para saber si pertenecen a la víctima o al asesino.

—Muchas gracias, Gutiérrez. Si se te ocurre cualquier otra cosa, ya sabes dónde localizarnos.

—No os preocupéis. En cuanto tenga el informe listo os lo hago llegar.

Las inspectoras hicieron una breve parada antes de regresar a la Jefatura. Miranda lidiaba con un ligero dolor de cabeza que únicamente conseguiría aplacar con una taza de café. Vivian se dirigió de inmediato al baño para lavarse la cara y quitarse el olor a formol de la sala de autopsias que creía impregnado en su nariz y que ni siquiera la colonia de Dior que cargaba en su bolso había sido capaz de enmascarar.

—No encontramos nada en la escena del crimen que permita identificar a la víctima. No había ropa, documentos… nada. Tenemos que revisar las denuncias de desapariciones de las últimas semanas a ver si encontramos alguna coincidencia.

—Me pondré con ello en cuanto lleguemos a la Jefatura —alegó Vivian.

—Tenemos que volver a la Facultad de Informática y ver si tienen cámaras en los exteriores. El asesino tiene que haber llevado a la víctima hasta allí en coche y, si hay cámaras, debemos revisar las grabaciones de anoche. Asimismo, identificar todas las entradas a

esa zona del parque y revisar cámaras de tráfico y de cualquier instalación cercana.

—Seguramente la facultad cuenta con personal de seguridad que vigila la instalación en las noches. Averigüemos quién estaba de guardia y si vio algo fuera de lo normal —añadió Vivian.

—Eso.

—Para que luego no digas que me regalan el salario.

No pudieron contener la risa.

Pasaron unos segundos hasta que volvieron al tema que las ocupaba. Miranda apoyó el codo derecho sobre la mesa y comenzó a mordisquearse la uña del dedo pulgar, generando un sonido con los dientes que a Vivian le resultaba insoportable.

—¿Crees que una sola persona pudo hacer todo eso? —preguntó Vivian con la mirada sumergida en su café con leche.

Miranda se inclinó sobre la mesa con atención.

—Imagina el trabajo que supone mover el cuerpo inconsciente o semiinconsciente, no sabemos aún, hasta el lugar donde la mató, sujetarla contra el árbol y enrollarle el alambre de espino de pies a cabeza. No sé… —Negó con la cabeza respondiendo a sus propios pensamientos.

—Sí. Parece mucho trabajo para un solo asesino —reflexionó Miranda—. A menos que…

—… sea una bestia. —Vivian completó la frase—. Si tenemos en consideración que la víctima era una mujer delgada de aproximadamente cuarenta y ocho kilos, me atrevo a pensar también que un solo asesino pudo hacerlo. Eso sí, estaríamos hablando de un hombre con un físico imponente.

—Un físico imponente y una mente podrida —remarcó Miranda—. No estamos ante un hecho aislado o casual. Detrás de este asesinato hay una planificación, una intencionalidad; un mensaje que aún no somos capaces de interpretar. El alambre de espino alrededor del cuerpo, el salvajismo con que le desfiguró el rostro amordazándola con el propio alambre. Los guantes de boxeo alrededor del cuello… ¿Qué carajos significa eso?

Miranda suspiró agobiada ante unas interrogantes que se mezclaban en su mente con las imágenes de la víctima atada al pino

piñonero. Tenía el presentimiento de que el caso sería un quebradero de cabeza y de que Sergio Estrada estaría pendiente de cada uno de sus movimientos.

Como si de una premonición se tratara, la pantalla del teléfono móvil se iluminó con la llegada de un mensaje de su superior.

—Venga, que Sergio ya está preguntando por nosotras. ¿Sería mucho pedir que conduzcas tú?

—Con esa cara quién te dice que no —contestó Vivian entre risas.

Se acercaron a la barra y pagaron lo consumido. Mientras se dirigían al coche, Miranda sintió una vibración en el bolsillo de su pantalón. Extrajo el móvil con los ojos retorcidos creyendo que Estrada insistía en localizarlas. Al acceder al chat de mensajes, se llevó la sorpresa de que era Rodri quien acababa de escribirle:

No consigo dejar de pensar en ti. ¿Nos vemos esta noche?

Se sentó en el asiento del copiloto y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla.

—No me pongas Amaral, por favor —le rogó a su compañera—, que necesito pensar con la cabeza y no con el corazón.

Capítulo 4

Galicia, 10 de julio de 2016

Identifiqué la voz de Lucas llamando a la puerta de mi casa. Desde la oscuridad del camino pedí auxilio en un hilo de voz que se perdió entre el ruido de mis pasos. Lucas escuchó el sonido de mi cuerpo desplomarse sobre la gravilla del camino y corrió a socorrerme. La penumbra de la noche se había apoderado también de mis ojos.

Me condujo en volandas hasta el interior de la casa y me recostó sobre la cama. Buscó con premura un trapo limpio que empapó de agua fresca y con el que me frotó delicadamente la frente y el cuello hasta que la palidez de mi rostro fue cediendo. Abrió las ventanas para ventilar el interior y se sentó a mi lado hasta que recobré el conocimiento.

Vi su cara de cerca cuando abrí los ojos. El movimiento de sus labios indicaba que me hablaba, pero no conseguía escucharle. El sonido fue llegando poco a poco hasta reconocer el timbre de su voz.

—¿Te sientes mejor? ¡Vaya susto me has dado!

—Creo que sí —murmuré con dificultad.

—No parabas de llamar a tu madre mientras estabas inconsciente. Decías cosas raras, incoherentes, como si la hubieras visto en el bosque.

Sonreí plácidamente recordando el encuentro con esa extraña mujer.

—No era mi madre —le dije arrastrando las palabras por la sequedad en mi boca—. Era una mujer rubia que olía a flores.

Lucas me miró extrañado. Probablemente pensara que todavía seguía delirando como consecuencia del desmayo. Me acercó un vaso de agua que bebí entero y me dejó descansar mientras preparaba para los dos una ensalada que acompañó de queso y pan.

Mientras cenábamos, me puso al tanto de sus asuntos y algún que otro acontecimiento de poca relevancia en Negueira. Al terminar, le pedí ayuda para recoger las pertenencias de mi madre con la promesa de que le contaría lo que había ocurrido en el bosque.

Dispuse para la recogida dos cajas de cartón. En una pondríamos la ropa, y el resto de los objetos en la otra. A medida que extraíamos de los cajones las pertenencias de mi madre, podía sentir el peso de su mirada sobre mí, como si esperara que en cualquier momento rompiera a llorar. No sucedió. Me había desahogado en el cabo Fisterra, allí lloré hasta quedarme sin lágrimas, aunque eso él no lo sabía.

Opté por contarle con lujo de detalles las incidencias de esa tarde en el bosque para evitar que la nostalgia me invadiera, sobre todo porque percibía el olor de mi madre entre sus cosas. Al principio me miró incrédulo, como si le estuviera relatando un sueño, pero alguien que cree en *mouras* no puede negar que en los bosques de Galicia suceden cosas inexplicables.

Terminó de escucharme con atención, boquiabierto. Se levantó de pronto y comenzó a rebuscar en su mochila —esa que lo acompañaba a todas partes— y extrajo su cuaderno de dibujos y un lápiz.

—Descríbeme esa mujer con lujo de detalles —pidió exaltado, con esa curiosidad innata que lo caracterizaba.

El resultado del retrato hablado no me convenció, tal vez porque las cosas sucedieron muy rápido o porque yo no me encontraba en plenas facultades. De lo único que estaba segura era de que nunca había visto a esa mujer en la aldea. De mi relato sobre esa tarde omití los deseos de abandonar Negueira. De haberlo mencionado, probablemente hubiera propiciado un debate hasta altas horas de la madrugada que no me encontraba en condiciones de soportar.

Terminamos de recoger y Lucas apiló las cajas junto a la puerta. Se sacudió el polvo y se despidió con un abrazo. Antes de salir, mencionó que había dejado encima de las cajas un sobre postal que había encontrado en el fondo de un cajón.

La misiva había sido enviada a Córdoba desde Madrid en noviembre de 1992. Remitente y destinataria eran dos mujeres,

Isabel y Belén Alonso Navarro. Sin embargo, nunca había escuchado a mi madre hablar de ellas. El sobre contenía una foto desgastada de dos niñas sentadas en el sofá del salón de una casa. A simple vista podría decirse que tenían entre ocho y doce años. La más pequeña se dejaba caer sobre el cuerpo de la otra, que la abrazaba por detrás apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros. En la pared de fondo colgaba un cuadro con un paisaje campestre y en uno de los extremos había una pequeña mesa con una lámpara blanquecina y un teléfono de disco de color verde.

Miré sin éxito el reverso buscando información adicional. Proseguí entonces a desdoblar una hoja arrugada y amarillenta que acompañaba la fotografía. El olor casi a vainilla del papel viejo me provocó un hormigueo en la nariz.

La carta resultaba difícil de leer. Algunos trazos se desdibujaban por el mal estado del papel. La tinta negra había perdido nitidez y se desparramaba en ocasiones hasta formar manchones negros imposibles de descifrar. Aun así, fui capaz de entrelazar ideas y descubrir su contenido: una petición de perdón y el intento de una reconciliación. A pesar de los contornos gruesos e irregulares de las letras que se religaban y confundían entre sí, creí reconocer la letra de mi madre. Procuré controlar mis emociones, pero esa carta abría la puerta a un sinfín de posibilidades de descubrir alguna pista sobre su pasado. Sin importar cuál fuese el vínculo que la unía con esas mujeres, eran las únicas personas que me podrían ofrecer algún indicio sobre mi origen y, con un poco de suerte, sobre la identidad de mi padre.

Todas las conjeturas posibles llegaron juntas. Y por supuesto que no pegué ojo en toda la noche.

Por la mañana salí de casa con la energía desbordada. No podía ser casualidad que unas horas antes estuviese valorando la opción de abandonar Negueira en busca de nuevas experiencias y más tarde encontrara esa carta. La única manera de desentrañar el misterio que rodeaba el pasado de mi madre era a través de la gente que la conoció.

De todas las cosas que podían caracterizarme, ser supersticiosa no

era una de ellas, pero llega un punto en el que las situaciones se van sucediendo de forma tal que cuesta creer en la casualidad. Para mí aquello era una clara señal de que debía despojarme por todos los medios de mis inseguridades y dar un paso estratégico. La adrenalina era tal que ni siquiera reparé en el peso de la caja que llevaba.

Como de costumbre, Marta me recibió con dos besos y me ofreció una infusión de hierbas aromáticas. Ella había sido una maravillosa compañera para mi madre y la sentía como de la familia. Todo esto sin olvidar la cualidad sobresaliente de Marta, su capacidad para hilar historias que se volvían interminables.

Consideré atinado entregarle las pertenencias de mi madre porque nadie mejor que ella sabría darles un buen destino. Marta llevaba sesenta años viviendo en aquellas tierras y conocía las carencias de algunos de sus residentes, especialmente de aquellos que viven al borde del sistema en Negueira de Muñiz.

Antes de marcharme, le conté el encuentro con la misteriosa mujer de melena rubia y olor a flores. Llevaba conmigo el retrato que dibujó Lucas por si ella era capaz de identificarla, pero tampoco hubo éxito. Fue en el momento en el que comenté lo que me había dicho sobre mi madre, cuando entró en estado de exaltación.

—Repite lentamente cada palabra —me pidió acalorada. Estalló como una loca después de escucharme otra vez—. ¡Meiga! ¡Meiga!

Sin saber qué hacer, la agarré por los hombros con el fin de calmarla. En ese instante, me sostuvo la mirada con unos ojos que me parecieron enormes y que iluminaron los surcos de su rostro.

—¡Meiga! ¡Meiga! —no paraba de gritar.

La abracé con apremio para transmitirle algo de serenidad y la mantuve contra mi pecho durante varios minutos hasta notar que su respiración volvía a la normalidad. Le alcancé un vaso de agua mientras se dejaba caer angustiada en una de las sillas del comedor. Cuando recuperó la compostura, me explicó con voz temblorosa:

—Has tenido un encuentro con una *meiga*. Solo una mujer que practica las artes ocultas puede decirnos si las almas de nuestros seres queridos están descansando en el cielo o si penan en el purgatorio. —Su argumento era irrebatible—. ¡Ay, *miña nena*! —me

dijo con la cabeza de lado y una mueca de ternura—. ¡Por lo menos ya sabes que tu madre era una santa y que por fin está en paz!

Un suspiro de alivio se me escapó, acompañado de unas lágrimas que no me esforcé en contener esa vez. De alguna manera pasé del escepticismo en el que siempre había vivido a un beneplácito condicionado, quién sabe, por la necesidad de encontrarle sentido a lo que había sucedido en el bosque. Le expliqué a Marta que la misteriosa mujer susurró algo justo antes de desmayarme que no era capaz de comprender, y que ni siquiera luego de recapitular varias veces había conseguido descifrar el mensaje.

Marta me agarró las manos y las sostuvo entre la tibieza de las suyas.

—*Pobriña*, algún día lo entenderás —me dijo con dulzura.

Capítulo 5

Madrid, 6 de julio de 2016

Una de las virtudes de la inspectora Miranda Silva era su capacidad para entender el orden dentro del desorden. Su escritorio parecía haber sido azotado por un tornado. Las carpetas y folios se desparramaban y confundían entre utensilios de oficina, envolturas de dulces y vasos de café amontonados. Un desbarajuste que Sergio Estrada consentía supeditando el desorden de su escritorio al éxito de Miranda como inspectora.

Lo único que permanecía inamovible eran los dos expedientes que reposaban en una esquina. Dos carpetas rojas que Miranda revisaba religiosamente cada día en cuanto llegaba a su despacho y a las que echaba una ojeada antes de irse a casa. Los únicos dos casos que no había sido capaz de resolver aún y que repasaba milimétricamente con la seguridad de que algún día vería algo que siempre estuvo allí escondido. Habían pasado ya varios años y para el resto de sus compañeros los asesinatos de Ricardo Frías y Amalia Figueroa formaban parte del olvido, pero Miranda no se permitía olvidar. Se lo tenía prohibido. Detrás de cada expediente había una víctima con una familia destrozada que había puesto sus esperanzas en ella. Se sabía los expedientes de memoria; no obstante, los revisaba con la escrupulosidad de la primera vez.

Había sido la primera en llegar a la oficina esa mañana. Adquirió el hábito de presentarse media hora antes que el resto porque se regocijaba en la paz mental que le producía trabajar en silencio.

Estuvo revisando el informe del forense y aprovechó la calma para colocar las fotografías de la autopsia sobre la pizarra y escribir las preguntas más importantes e inmediatas sobre la investigación. La primera de la lista: ¿quién era la víctima? Esa información marcaba el punto de partida para saber en qué dirección moverse. Retrocedió unos pasos para contemplar las imágenes superpuestas en la pizarra

y pensó que la mujer, incluso con el rostro desfigurado, desprendía cierto halo angelical. Una bondad inexplicable. Su cuerpo era menudo, sin grandes curvas, pero armonioso en su conjunto. El pelo negro azabache llegaba hasta la cintura y se acoplaba sobre unos ojos pequeños y una nariz puntiaguda.

En el extremo derecho de la pizarra estaban las fotografías de sus manos. Miranda las contemplaba pensativa cuando Vivian irrumpió en la sala junto a dos de sus compañeros de Homicidios. La mirada fulminante de Miranda los obligó a bajar el volumen. Vivian juntó el índice y el pulgar y los movió a lo largo de sus labios como si cerrara una cremallera, un acto simbólico que la inspectora recibió con complacencia.

—Ven, mira esto —le espetó volviendo la mirada a la pizarra—. Sus manos son toscas, llenas de callos. Las uñas están sin arreglar y entre los dedos hay pequeños cortes. ¿Qué te hace pensar eso?

—Que esta mujer tenía una vida dura. Desde luego no trabajaba en una oficina.

—Esas manos son de alguien que ha trabajado la tierra. Fíjate en el tono marrón de sus uñas. Y aquí en Madrid es raro encontrar gente así, a menos que provenga de algún pueblo en las afueras. —Se quedó un rato sin apartar la vista de las fotografías—. Estoy casi segura de que la víctima no es de aquí.

—Vengo de la Facultad de Informática. Acabo de entregarle a Eduardo las cintas de las grabaciones de las cámaras exteriores para que las examine. También tuve oportunidad de hablar con el agente de seguridad que estuvo de guardia esa noche.

—¿Te dio alguna información de relevancia?

—Negativo. Según él, fue una noche tranquila. La ubicación apartada de la facultad hace que el tráfico fuera del horario lectivo sea casi nulo.

—O sea, que no vio nada —concluyó la inspectora.

—Por otro lado, me comentó algo que justifica la presencia de deshechos y restos biológicos en esa área del parque. Resulta ser que es una zona de *cruising*.

Miranda frunció las cejas con desconcierto.

—¿A qué te refieres con eso?

—Que es una zona frecuentada por hombres para practicar sexo.

El rictus de Miranda reflejó su confusión.

—Eso afecta considerablemente la investigación. Si había alguna posibilidad de encontrar evidencia biológica que pudiera darnos un indicio sobre el asesino, queda prácticamente descartada. De ser como dices, las muestras recogidas reflejarán un número impreciso de ADN masculinos —concluyó.

—¿Salimos a fumar? —propuso Vivian.

—Venga, y de regreso pasamos a ver a Eduardo, que quiero ver si ha encontrado alguna coincidencia entre las denuncias de personas desaparecidas.

Al salir al pasillo escucharon los gritos de Estrada hablando por el móvil mientras se dirigía al ascensor. El comisario tenía fama de irascible y en circunstancias así lo mejor era evitar cualquier cruce con él. Decidieron bajar por las escaleras para no tener que compartir ascensor. En el estacionamiento de la Jefatura se cruzaron con varios agentes que hablaban en grupos. Buscaron un rincón apartado donde la sombra de un tejado las protegía del sol y vieron enseguida cómo los grupos se dispersaban ante la llegada del comisario al estacionamiento. Las inspectoras se miraron resignadas ante la inminente aproximación.

Sergio Estrada era un hombre bajito y gordo. La protuberante barriga le impedía caminar con normalidad, así que andaba por la vida con un contoneo de caderas que resultaba caricaturesco. Era el primero en llegar a su puesto de trabajo y el último en irse. Se interesaba por el bienestar de sus compañeros y los trataba a todos con respeto y familiaridad. Pero cuando algo salía mal, o cuando sus superiores le pedían rendir cuentas por la resolución de un caso que tardaba más de lo habitual, se transformaba en un pequeño demonio de orejas y calva enrojecidas.

Las inspectoras temían que aquel encuentro fuera uno de sus arranques de histeria. Estrada llegó hasta ellas, encendió un cigarrillo que terminó en tres caladas, y respiró hondo antes de preguntar:

—¿Me pueden explicar cómo es posible que haya una foto de la

mujer atada al árbol con alambre de espino circulando por ahí?

Las inspectoras se quedaron atónitas. Conocían perfectamente lo que una infiltración significa para una investigación, especialmente en un caso como ese con todas las papeletas para volverse mediático.

—¡No quiero más sorpresas, Silva! —vociferó encolerizado y se alejó.

Miranda detestaba que le llamaran la atención.

—¿Quién habrá sido el cabrón? —expresó Vivian cabreada.

Terminaron los cigarrillos en silencio y se dirigieron al puesto de Eduardo, el especialista en cuestiones informáticas. Lo encontraron revisando las imágenes de tráfico de las cámaras próximas a la zona del Dehesa de la Villa donde se produjo el asesinato.

—¡Buenos días!

—¿Has encontrado algo? —La inspectora ni siquiera le correspondió el saludo.

Vivian, que se encontraba a su lado, vocalizó el nombre de Estrada para darle a entender el origen de su frialdad.

—Aún estoy revisando las imágenes de tráfico. En cuanto termine me pondré con las que me ha entregado Vivian de los exteriores de la facultad.

—¿Y de las denuncias de mujeres desaparecidas en las últimas semanas?

—He cotejado algunas fotografías de aquellas mujeres que físicamente coinciden con las características de la víctima. No obstante, su rostro quedó bastante desfigurado por la acción del alambre de espino alrededor de la boca. Hemos realizado una reconstrucción digital de su rostro, pero sin resultados hasta el momento. Seguiremos intentándolo.

—Muy bien, Eduardo. Si encuentras algo, llámanos enseguida.

Miranda regresó a su despacho acompañada de Vivian. Se sentó frente al escritorio apoyando la barbilla sobre las manos entrelazadas y con un poco de malestar en el cuerpo. El día se le estaba haciendo pesado.

—No tenemos nada. Hasta que no consigamos identificar a la víctima, estamos jodidas. —Se llevó las manos a la cabeza y se

recostó contemplando el techo—. La única esperanza ahora mismo son los resultados de la prueba de ADN y las dactilares, a ver si hay suerte y tenemos de dónde tirar.

—Y, para colmo, esa maldita filtración.

—Yo entiendo el enojo de Sergio —añadió Miranda—, pero ahora mismo ese es el menor de nuestros problemas.

Agarró el informe de Gutiérrez y se lo extendió a Vivian.

—El asesino utilizó flunitrazepam para anular la voluntad de la víctima. Las dosis encontradas no son especialmente altas, lo que indica que quería someterla, pero sin que perdiera la noción de la realidad.

—Otro al que le gusta ver sufrir a su víctima.

—Pues mira, yo creo que va más allá de eso. Detrás de su *modus operandi* veo rencor, odio. No sabemos si escogió a la víctima al azar o si existen cuestiones personales que lo motivaron. Aún es pronto para saberlo. Aunque me atrevo a conjeturar que hay un propósito en todo esto, solo tenemos que averiguar cuál.

El aire dentro del despacho era denso. Miranda se levantó y abrió la ventana para dejar que la brisa de la mañana purificara el interior de la oficina. Regresó hasta la pizarra y situó una silla de frente a un metro de distancia. Se sentó con una pierna a cada lado, descansando los brazos en el respaldo.

«¿Quién demonios eres? ¿De dónde vienes?».

Dos horas más tarde, Eduardo las convocó a su puesto. En la pantalla de su ordenador se distinguía una imagen pausada de las grabaciones de las cámaras de seguridad del Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas, ubicado en la avenida Complutense, muy cerca de la zona de la Dehesa de la Villa donde se encontró el cuerpo. En la parte inferior izquierda se podía leer la fecha y hora de la grabación.

—¿Qué has encontrado, Eduardo? —se apresuró a preguntar la inspectora.

—Según el informe del forense, la muerte de la víctima se produjo entre las cuatro y las seis de la madrugada. Suponiendo que el asesino necesitara dos horas para llevar a la víctima y realizar el

enredado con el alambre, centré mi atención en los coches que circulaban a partir de las dos de la madrugada. El número de coches es considerable, pero hay uno de ellos que pasa a las tres y cuarenta de la madrugada y las cámaras lo captan regresando a las cinco y diez. Se trata de un Citroën Xsara de 2006 de color gris.

—¿Tenemos la matrícula? —preguntó Vivian.

—Sí, pero ya la comprobé y es falsa.

—¡Joder! —exclamó Miranda dando un pequeño golpe con el puño sobre el escritorio de Eduardo—. Este tipo sabe lo que está haciendo. No es un *amateur*. La manera en que dispuso el cuerpo en el parque y las previsiones que ha tomado dejan claro que este hombre sabe muy bien lo que hace.

—¿Crees que no es su primer asesinato? —preguntó la subinspectora.

—No lo sé… —contestó Miranda contoneando la cabeza—. La escena claramente transmite un mensaje, pero enredarle el alambre de espino alrededor del cuerpo con ella consciente y luego asfixiarla presionando su cuello contra el tronco, lo que me dice es que le gustaba verla sufrir por encima de todo. Eduardo, envíame la relación de propietarios de vehículos con esas características en Madrid, preferiblemente hombres entre los treinta y cinco y sesenta años.

—Oído —respondió atento.

—Vivian, quédate aquí con Eduardo y busca casos de asesinatos sin resolver en todo el país que puedan tener puntos en común con este. Si este tipo es tan listo como parece, sabrá cubrirse las huellas. Las víctimas han de ser mujeres y las características de las escenas del crimen deben ser atípicas. Este tipo tiene una mente retorcida.

Capítulo 6

Galicia, 11 de julio de 2016

Fui corriendo a buscar a Lucas. Quería enseñarle la carta que había descubierto y escuchar su opinión sobre las ideas que tenía en mente. A esa hora de la mañana debía estar con su tío ayudándolo en el viñedo. Desde la proximidad del camino escuché su risa ratonil y la voz grave y familiar de su tío Jacinto. Me detuve a la sombra de un enorme alcornoque a esperar que terminara de trabajar porque me daba vergüenza exponerme delante de Jacinto. Me senté sobre la hierba con las piernas cruzadas y me recosté a la corteza gruesa y rugosa del árbol.

Lucas había nacido en Madrid. Tenía un rostro delicado y cordial, casi femenino, y su torso de poca amplitud daba una sensación de ligereza. Tenía un estilo muy personal, una mezcla entre lo gótico y lo punk, y disfrutaba delinearse los ojos y pintarse las uñas de negro. Se mudó a Negueira a finales de junio del año anterior huyendo de las drogas y de lo que él definió como «un estilo de vida autodestructivo que lo estaba consumiendo». Era tan solo dos años mayor que yo, aunque tenía la apariencia de un treintañero.

Nos conocimos a principios de ese verano muy cerca de lo que había sido el pueblo de Barcela. Unas décadas atrás había quedado sumergido en el agua del embalse, pero la sequía que azotaba la región por esa fecha estaba dejando al descubierto algunas de sus antiguas casas. Ese acontecimiento despertó la curiosidad de los comuneros, quienes se paseaban a todas horas. Cansada de escuchar tantas historias, decidí acercarme al embalse y apreciar las ruinas de las que tanto se hablaba aquellos días.

El conjunto de piedras había adquirido un color más oscuro por el efecto del agua. A simple vista se distinguían algunas casas sin techo ni ventanas y los restos de lo que parecía haber sido una iglesia. Al fondo y los laterales se apreciaban algunas paredes

derruidas de lo que probablemente fueran otras viviendas, pero en gran medida el paisaje quedaba sujeto a la imaginación de los espectadores. En general, me pareció fantasmagórico y desolador. Convencida de que no regresaría, di media vuelta con la intención de marcharme, hasta que alguien gritó desde un peñasco:

—¡No te muevas, por favor!

Me invadió el pánico. No comprendía qué estaba pasando y sentí de pronto que estaba en peligro. Busqué con la mirada el origen de aquella voz hasta que avisté a un chico sentado en una piedra con lo que parecía ser un cuaderno entre las manos.

—¿Qué sucede? —pregunté angustiada.

—Estoy dibujando el paisaje y tu figura en ese plano es extraordinaria —respondió con la mayor de las sutilezas.

Pensé que me estaba tomando el pelo. Di unos pasos cuesta arriba hasta que me volvió a increpar:

—¡Cinco minutos nada más! ¡Ya estoy terminando!

Incrédula ante la soberbia de aquel desconocido continué el ascenso. Debía tratarse de un turista o un familiar que estaba de visita en Negueira, porque en un lugar tan pequeño y de pocos habitantes como aquel, todos nos conocíamos, aunque fuera de vista.

Ignoré el resto de los comentarios que vociferaba desde lo alto y aceleré el paso. Entonces me percaté de que estaba sola en el camino y bajé la guardia. Luego de un rato pensé en lo sucedido con la cabeza fría y hasta me resultó gracioso. Dejando a un lado el encuentro que había tenido la semana anterior con un ejemplar joven de oso pardo, era lo más interesante que me había sucedido en mucho tiempo.

No supe cómo se las arregló para descender con tanta velocidad, pero el chico me interceptó a medio camino con el dibujo en las manos. Me resultó incluso más pretencioso que antes. Apenas atiné a cubrirme el rostro con las manos mientras él soltaba una carcajada estrepitosa.

—Solo quiero que le eches un vistazo al dibujo. Nada más.

Insistió una y otra vez hasta convencerme de que era la mejor opción, o tal vez la única para escapar con éxito de aquella

situación. Debo confesar que quedé fascinada con lo que vieron mis ojos. Aquel chico tenía un talento increíble. Si bien es cierto que mi limitado conocimiento de las artes plásticas jugaba a su favor, cuando pude apreciar el resto de su obra, supe que no me equivocaba.

—Me mudé a la aldea hace unos días. Vivo con mi tío, Jacinto Moreno, ¿lo conoces?

—Sí, claro. Aquí nos conocemos todos —respondí tajante.

—Supongo que tienes razón —admitió—. Estoy maravillado con las historias de la mitología gallega que he escuchado desde que llegué. Por eso vengo todas las mañanas al embalse, por si me encuentro una *moura*. ¿Sabes? ¿Una de esas hadas rubias de piel muy blanca que lucen joyas y que habitan bajo la tierra o las aguas…?

—Sé lo que es una *moura* —repliqué—; aunque no creo que encuentres ninguna en un paraje tan espeluznante —dije volteando la cabeza en dirección a las ruinas de Barcela.

—¿Te puedo acompañar? Me vendría bien una amiga en Negueira.

Dudé antes de contestar. Contemplé el camino, desértico como yo misma, y reparé en el brillo de sus ojos. Lucas es de esas personas cuyos ojos lo dicen todo. Y en ese momento únicamente vi bondad.

—Vale —respondí con una media sonrisa. A mí también me venía bien un amigo en Negueira.

Media hora más tarde escuché a su tío darle indicaciones de que se marchara a pastar las ovejas. Al rebaño de Jacinto se habían unido las que heredé de mi madre, por lo que la carga de trabajo había aumentado para ellos. Un gesto que no sabía cómo agradecerles.

Caminé hasta el viñedo fingiendo que acababa de llegar. Lucas se aproximó a saludarme, pero en cuanto percibí su piel sudada y pegajosa, retrocedí dos pasos y le mostré las palmas de las manos a la altura del pecho para que se detuviera. Jacinto se echó a reír.

—No dejes que se acerque, Maca, que este niño huele a oso —soltó entre risas.

Lucas le devolvió una mueca burlona y enfiló hacia el camino conmigo. La ansiedad me carcomía por dentro. Quería abordar el

tema cuanto antes sin saber por dónde empezar. Por alguna extraña razón se me hacía difícil decirle que abandonaría Negueira. Tal vez porque eso implicaba que también lo abandonaría a él.

—¿Recuerdas la carta que encontraste anoche entre las cosas de mi madre? —le pregunté tímidamente.

—Sí.

—Resulta ser que la letra es suya, sin embargo, no figura como remitente. La carta menciona a dos mujeres de las que nunca escuché hablar.

—¡Pues sí que es raro eso! —comentó con expresión ceñuda.

—He decidido seguir la pista de esa carta. Quiero saber quiénes son esas mujeres y de qué conocen a mi madre. Con un poco de suerte, puede que averigüe también la identidad de mi padre.

Lucas se detuvo. Puso los brazos en jarra a la vez que ladeaba la cabeza confundido.

—¿Eso significa que te vas? —En el tono de su voz percibí cierto disgusto.

—Sí —contesté categóricamente—. La carta se envió a Córdoba desde Madrid. Tengo que decidir adónde iré primero.

Hice una pausa larga antes de soltar lo que me removía por dentro.

—Y no voy a regresar.

Lucas reanudó el paso a un ritmo acelerado dejándome atrás.

—¡Me parece una locura, Maca! Creo que no es más que un impulso propio de la situación que estás viviendo. No sabes gestionar tus emociones. Eso es lo que te pasa. La vida en la ciudad es dura, especialmente para alguien como tú que creció en el monte.

—¿Crees que no lo sé?

—No, no lo sabes con exactitud. —Continuaba hablando mientras avanzaba—. Se van a aprovechar de ti. Te van a endulzar los oídos y terminarán explotándote. Te vas a reventar trabajando un montón de horas por un salario que no te va a alcanzar para nada. Aquí tienes tu casa, tus cosas… No te falta nada. Mírate en mi espejo. Vas a conocer mucha gente y será muy fácil caer en tentaciones, querer probar cosas nuevas. Sabrá Dios lo que tendrás que hacer para comer si no encuentras trabajo pronto. ¡Es una locura!

Sus ojos me gritaban otra cosa: «No te vayas». «No me dejes solo».

—Eso es precisamente lo que quiero, Lucas, montarme en un tren a toda marcha sin saber qué me espera al final del camino, porque estoy cansada de vivir así, sin arriesgarme.

Me detuve y lo vi alejarse a paso rápido. Ni siquiera volteó para esperarme. Cuando estamos convencidos de que hemos tomado la decisión correcta, no hay nada que nos haga cambiar de idea, y nadie mejor que nosotros mismos sabe lo que nos conviene. Incluso, me atrevería a decir que no es tan siquiera una cuestión de conveniencia, sino de complacencia. Debemos movernos en la dirección de lo que creemos que nos hará felices. Ya nos demostrará la vida si nos hemos equivocado en nuestra elección. De igual manera siempre habrá tiempo para rectificar, especialmente cuando se tienen veintidós años. Yo me iba a montar en ese tren, aunque me dejara la vida en el camino.

Era consciente de que Lucas me quería mucho y de que detrás de cada argumento estaba su preocupación por mí. En ningún momento hizo referencia a la carta que le mostré. No le interesaba que pudiera encontrar a esas personas, lo que revelaran sobre el pasado de mi madre, incluso, cómo pudiera incidir lo que averiguara en la investigación de su asesinato. Solo le preocupaba mi integridad y salvaguardar mi inocencia, como si no fuera hora ya de que a esa edad espabilara un poco.

Yo entendía su situación de otra manera. Él estaba allí en Negueira porque tomó decisiones equivocadas y encontró en el bosque la paz que necesitaba para sanar y volver a ser el de antes; pero yo tenía que abrirme paso y lidiar con todas las vicisitudes que conlleva vivir en una ciudad y sacar conclusiones por mi cuenta; equivocarme las veces que fueran necesarias y verme en la encrucijada de tomar decisiones que marcaran el rumbo de mi vida. Y, por supuesto, quería experimentar y probar cosas nuevas, pero también conocía mis límites y estaba dispuesta a respetarlos.

Necesitaba calmarme y pensar con claridad cada paso que daría a partir de ese momento. Debía ser proactiva y ponerme de a lleno en la gestión con el fin de encontrar cuanto antes un comprador para la

casa y las ovejas que me había dejado mi madre. Si era capaz de venderlo todo, el dinero no sería un problema para empezar. Deshacerme de las ovejas no me tomaría mucho tiempo, pero la casa era una cuestión completamente distinta. No todos los días aparece alguien interesado en comprar una vivienda en un lugar tan remoto como Negueira. Ni siquiera los comuneros se interesarían. Y si a esto le sumaba el hecho de que aún era posible encontrar alguna que otra vivienda abandonada que se podía reconstruir con un poco de esfuerzo, mis posibilidades de vender la casa eran casi nulas de momento.

Quedaba la opción de dejar a Lucas a cargo de esa gestión para cuando surgiera la oportunidad. Pero tenía que darle tiempo primero para que se le pasara la rabieta. Lo mejor era alejarme uno o dos días. Darle espacio para pensar con claridad.

A la mañana siguiente, desperté sobresaltada por los golpes en la puerta. Miré mi reloj de pulsera y eran apenas las siete. Abrí la puerta con cautela y lo descubrí con una sonrisa amplia y llena de luz. Si algo me fascinaba de Lucas era que nunca dejaba de sorprenderme.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Y esa maleta?

—Anda, recoge todo, que nos vamos hoy —me dijo desde el umbral.

No pude disimular mi desconcierto. Me restregué los ojos para cerciorarme de que no estaba soñando.

—Mejor no darle tantas vueltas al asunto. Si ya has tomado la decisión, lo mejor será que nos vayamos cuanto antes. He hablado con mi tío y él se quedará con las ovejas a un buen precio. Antes de irnos pasamos por su casa a recoger el dinero. Nos está esperando. Por la casa no te preocupes, me prometió que la cuidaría durante el tiempo que estemos fuera. Si luego la quieres vender, pues ya nos ocuparemos. Pero lo mejor es que no tomes una decisión precipitada. En Madrid nos podemos quedar en la casa de mis padres. Allí tengo una habitación lo suficientemente amplia para los dos, incluso, yo podría dormir en el sofá si lo prefieres. Mis padres estarán felices de recibirnos. Sabes que te adoran. Eso supondrá un

ahorro de dinero considerable que puedes utilizar para otros menesteres. ¿Qué me dices?

Capítulo 7

Madrid, 7 de julio de 2016

¡La tenemos!

Vivian entró eufórica en el despacho de Miranda sin llamar a la puerta, un atrevimiento que desquiciaba a la inspectora sin importar las circunstancias. Pasaban las cinco de la tarde y Miranda se disponía a irse a casa. Su compañera portaba un folio en una mano que situó de un impulso sobre el escritorio acompañándolo de un golpe de victoria.

—Ya sabemos quién es la víctima, Miranda.

—Cuéntamelo todo —le pidió entusiasmada.

—Hace un rato llegaron los resultados del ADN y de las huellas dactilares. Con estas últimas no hubo éxito, pero Eduardo comparó el ADN de la víctima con la base de datos de personas desaparecidas y encontró una coincidencia. Se trata de Carmen Iglesias, natural de Galicia, y reportada desaparecida por la Guardia Civil desde el 17 de abril de este año.

Miranda contempló la foto que le entregó Vivian y pensó que el retrato digital que habían realizado en el Cuerpo no le hacía justicia.

—Vayamos a ver a Estrada. Si lo conozco bien, que es así, tendré que preparar la maleta para viajar a Galicia.

El comisario las recibió en su despacho envuelto en una nube de humo, un privilegio del que gozaba en exclusividad por su jerarquía. Les concedió dos minutos de su preciado tiempo. Tenía una llamada en espera que no podía posponer más tiempo. Bastó con que le pusieran delante la foto de Carmen Iglesias para que señalara con el dedo índice la dirección de la víctima que figuraba en la base de datos y espetara sin más:

—Te quiero allí mañana.

La inspectora Silva era una mujer práctica. Sabía de sobra que

preparar la maleta para viajar a Galicia no le tomaría más de diez minutos. Sin esa preocupación en mente, le propuso a Vivian tomarse unas cervezas antes de volver a casa. Cuando las circunstancias lo propiciaban, frecuentaban un pub irlandés cerca del Palacio Real donde servían cerveza Guinness de barril. Hasta allí condujeron. Encontraron una mesa vacía junto a la entrada de la cocina y ordenaron lo de siempre, dos pintas heladas.

—Te noto entusiasmada con el viaje de mañana —comentó Vivian después de un primer sorbo de cerveza.

—Me apetece cambiar de aire, aunque sea por un día. Lo necesito.

—¿Qué pasa?

—Rodri —respondió con desgano.

Vivian la miró con extrañeza. Había pasado medio año desde la última vez que Miranda lo mencionara. Fue testigo de lo que significó para ella el final de su relación y lo que la había afectado. Creía que con el paso del tiempo lo había superado y que finalmente esa historia era parte del pasado.

—No tenía idea de que lo estabas viendo otra vez —le dijo en un tono circunspecto—. Pensaba que aún desconocías su paradero.

—Apareció hace unos días. Me tomó por sorpresa. Quedamos para cenar y luego… pasamos la noche juntos.

El rictus de Vivian reflejó su reproche.

—Ya sé lo que estás pensando, Vivian, pero no lo pude evitar.

—¡Sí que lo pudiste evitar! —rebatió—. Mira, no te estoy juzgando. Aquí cada una tiene lo suyo. Es que no quiero que lo vuelvas a pasar mal. Nada más.

Vivian dudó antes de hacerle la pregunta que tenía atorada:

—¿Van a retomar la relación?

—Lo dudo. Esa noche se quedó a dormir en casa y al día siguiente me escribió para quedar otra vez y no apareció.

Miranda bebió un largo sorbo, tal vez con la intención de diluir el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Por un instante tuve la sensación de que había cambiado, que ese tiempo sabrá Dios dónde lo hizo conectar con su yo interior y que tenía las ideas más claras. Cuando pidió verme, pensé que lo hacía porque quería disculparse por la manera abrupta en que

terminó la relación. Incluso, llegué a pensar que por fin se había despojado de sus miedos y estaría dispuesto a afrontar las cosas que la dinamitaron. Pero me equivoqué una vez más.

La nostalgia se apoderó de ella y la mirada se le ensombreció. Apartó la vista para evitar que Vivian percibiera que las lágrimas le inundaban los ojos.

—Yo sé que todavía estás enamorada de él —le dijo su compañera con terneza—, pero sabes que el amor a veces no es suficiente.

***

La inspectora Silva llegó al cuartel de Fonsagrada a las dos de la tarde. La recibió el cabo Alonso Piñeira, quien había estado al frente de la investigación sobre la desaparición de Carmen Iglesias. Tras las presentaciones protocolares, se reunieron en su despacho. El expediente del caso estaba dispuesto sobre el escritorio, a la espera de la revisión de la inspectora.

—¿Café? —ofreció Piñeira.

—Por favor —respondió aliviada—. Ha sido un viaje largo.

El cabo desapareció durante dos minutos y regreso con sendos vasos de café negro humeante.

—Mmm… está bueno —destacó Miranda.

—Sí. Insisto en que al menos el café tenga calidad. Para muchos aquí, es la gasolina que nos mantiene funcionando durante días.

El oficial sonrió y Miranda reparó en la belleza tosca de su rostro.

—Había pensado en llevarla directamente a la aldea —propuso—. Tengo que notificar a la hija de Carmen Iglesias que han encontrado el cuerpo de su madre y usted conoce los detalles mejor que yo.

—Me parece bien. Y, por favor, tutéame.

El cabo asintió mientras se acariciaba la incipiente barba que le crecía en la barbilla. Miranda notó una pequeña cicatriz que el vello casi conseguía ocultar.

—¿Nos vamos? —preguntó poniéndose de pie y avanzando hasta la puerta.

A pesar del calor generalizado en la península esos días, la inspectora agradeció que al menos allí las temperaturas estuvieran unos grados por debajo de la media. La brisa que se colaba por la ventanilla del coche le acariciaba el rostro con cierta frescura, algo

impensable en Madrid a esa hora de la tarde.

El cabo Alonso Piñeira no era muy conversador. Tenía ese porte marcial que ostentan algunos militares que los hace parecer aburridos y demasiado formales. Ella estaba acostumbrada a lidiar con hombres así, aunque siempre se preguntaba qué se escondía bajo esa fachada de rectitud. De todas maneras, no estaría mucho tiempo por allí, así que posiblemente su imagen del cabo se quedara en esa primera impresión.

Miranda había situado el expediente sobre sus piernas y lo ojeaba cuidadosamente. La primera página se correspondía con la denuncia interpuesta por la hija de la víctima, Macarena Iglesias, y las siguientes se correspondían con las actuaciones llevadas a cabo por la Guardia Civil. El expediente lo conformaban una decena de folios que no tardó en revisar.

—No tenéis nada —espetó.

El cabo apartó los ojos de la carretera únicamente para devolverle una mirada de resignación que secundó levantando los hombros.

—Hicimos todo cuanto estuvo a nuestro alcance, pero fue como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Cómo es posible que en un pueblo de doscientas personas nadie haya visto nada? —cuestionó perpleja.

—En circunstancias normales, pensaríamos lo mismo, pero Carmen Iglesias no desapareció un día cualquiera. —El cabo continuaba su explicación sin apartar la vista de la carretera—. Ese domingo se celebraba la *Festa do Viño*. Un evento para promocionar los vinos de productores locales. Es una fiesta a la que acuden visitantes de la comarca y de territorios cercanos, además de turistas de otras partes de España.

—O sea, que el pueblo estaba a reventar de gente —resumió la inspectora.

—Así es. La oportunidad perfecta. Carmen y su hija habían montado un puesto en el que vendían productos artesanales y agrícolas. Según Macarena, su madre se puso muy nerviosa y le pidió que se quedara al frente del puesto mientras ella iba a casa a tomar algo para el dolor de cabeza. Esa fue la última vez que la vio.

—¿Alguna idea de qué pudo ponerla nerviosa?

El cabo negó con la cabeza.

—Había alguien en esa fiesta a quien no esperaba ver. Estoy segura. Y no era alguien del pueblo.

Miranda sintió un ligero mareo provocado por el serpenteo del coche en su ascenso hacia Negueira. Respiró hondo un par de veces para contrarrestar los efectos. Piñeira se percató y sonrió de medio lado sin que ella lo notara.

—Es normal —le dijo—. Hay que vivir aquí o hacer este trayecto muchas veces para acostumbrarse.

Miranda lo miró y agradeció que por fin se despojara de la postura adusta con la que se había presentado.

—Aquí no estamos acostumbrados a este tipo de casos. Negueira es una región tranquila. La construcción del embalse en la década del cincuenta obligó a muchos de sus habitantes a abandonar esta tierra. Algunas aldeas quedaron incomunicadas, sepultadas en gran parte bajo el agua. No fue hasta finales de los setenta que la zona fue repoblada por una comuna de hippies. Esa gente venía en son de paz, buscando un estilo de vida alternativo. Los que aún quedan de aquella época, así como sus herederos, han procurado salvaguardar sus valores.

—El mal habita en todas partes, cabo. No lo olvide.

La llegada de la patrulla de la Guardia Civil a Negueira de Muñiz era un acontecimiento que despertaba la curiosidad de sus habitantes. En cuanto el vehículo se encaminó al límite de la aldea colindante con el bosque donde vivió Carmen Iglesias, no tardaron en asociar la visita de la autoridad a su desaparición.

La inspectora Silva y el cabo Piñeira se encontraron con la puerta de la casa cerrada. Sin embargo, la ventana frontal estaba completamente abierta. Prefirieron llamar a la puerta antes de pecar de indiscretos y asomarse a través de la ventana. Sin éxito en su cometido, el cabo oteó el interior de la vivienda, que de apenas unos pocos metros cuadrados, le permitió concluir sin dificultad que estaba vacía.

Regresaron al vehículo y en el camino de vuelta se detuvieron junto a un comunero que transitaba por el camino y preguntaron por el paradero de Macarena Iglesias.

Jacinto Moreno era un hombre de cincuenta y siete años que había llegado a la aldea en 1993. Su hermano, un periodista en activo que vivía en Madrid, le compró la casa a una pareja de comuneros que había decidido mudarse a Valencia y la puso a su nombre. Era un hombre lomudo y con la piel curtida por el sol. Ágil para los negocios, consiguió con el cultivo de viñas hacerse de una pequeña empresa que le permitía vivir cómodamente en aquel paraje. A mediados del año anterior, su hermano lo contactó para que recibiera en su casa a su sobrino Lucas. Lo había visto en pocas ocasiones, pero la historia de drogadicción que el chico cargaba a sus espaldas y la necesidad de alejarse de ese mundo, lo convencieron para recibirlo en su casa. Cuando la Guardia Civil llamó a su puerta, Jacinto estaba de sobremesa junto a su sobrino y la única amiga que este tenía en Negueira, Macarena Iglesias.

El cabo Piñeira introdujo a su acompañante y pidieron hablar a solas con Macarena sobre la desaparición de su madre.

—No hace falta —refutó esta—. Cualquier cosa que quieran decirme, pueden hacerlo en su presencia.

Jacinto los convidó a tomar asiento. La vivienda era amplia. En un mismo espacio confluían la cocina, el salón y el comedor. Al fondo, un arco bajo el que descansaba una chimenea custodiada en los laterales por sendas cabezas de jabalí y de un joven muflón, y a un costado una escalera de piedra negra que conducía a una planta superior. En otra de las paredes se erguía la cabeza disecada de un corzo. Los ojos negros del animal parecían seguir los movimientos de los visitantes. Junto a una de las ventanas había un amplio sofá en forma de ele que se enfrentaba a otro de tres plazas en el que se ubicaron los agentes. En el centro, una mesita rústica de tres patas soportaba un cenicero lleno de colillas y una fotografía de Jacinto portando un rifle de caza.

—Lamento ser la portavoz de esta noticia —manifestó la inspectora—, pero hemos encontrado el cuerpo sin vida de tu madre en Madrid.

—¿La mataron? —preguntó Macarena con aparente calma.

—Sí —respondió Miranda sin rodeos—. La autopsia reveló que Carmen Iglesias murió por estrangulación.

—¿Tienen algún sospechoso?

—De momento, no puedo darte detalles de la investigación. Lo siento. —Lo que en realidad quiso decir Miranda era que no tenían ningún avance significativo en el caso.

—Yo sabía que estaba muerta. Algo dentro de mí me lo decía. Mi madre no se hubiera ido sin más. No tenía sentido.

—¿Te contó alguna vez tu madre si tenía enemigos o si había tenido alguna discusión o altercado con alguien? —quiso saber la inspectora.

Macarena negó con la cabeza.

—¿Y de su pasado? Quizás mencionó a alguien, algún familiar, amigo, pareja. ¿Recuerdas algo? —continuó indagando Miranda.

—Mi madre fue siempre muy reservada respecto a su pasado. Nunca me habló de su familia, ni siquiera de mi padre. Se mudó a Negueira estando embarazada. Sola. Decía que la vida había sido dura con ella y que aquí encontró por fin la paz que necesitaba. Se instaló en una vieja casa abandonada que reparó con sus propias manos y aprendió a vivir de forma autosuficiente, primero esquilando ovejas y luego plantando hortalizas, hasta que contó con los recursos necesarios para criar su propio rebaño. Solo me tenía a mí.

—¿Cómo era su relación con el resto de los comuneros?

—Cordial. Tampoco es que fuera muy sociable, pero nunca tuvo problemas con ninguno, si a eso se refiere.

—¿Sabes si tenía relación con alguien fuera de Negueira?

—Ella salía una vez al mes a hacer gestiones con los compradores o a buscar medicamentos. En la aldea no tenemos farmacia —apuntó.

—¿Sola?

—Sí, siempre sola.

—El día de su desaparición, ¿viste algo que te llamara la atención? ¿Algo fuera de lo común?

—Era un típico día de fiesta. De pequeña, la ayudaba a fabricar artesanías de cuero que vendíamos recorriendo los festivales de música de Pardiñas a Ortigueira. —Una sonrisa se le escapó recordando—. Estábamos acostumbradas a esos ambientes

multitudinarios y bulliciosos. Todo transcurrió con normalidad.

—¿Tu madre estaba al frente de la venta ese día en el puesto?

—Sí, a menos que se acercaran varios clientes a la vez y me pidiera ayuda.

—En tu declaración dices que se retiró a casa con la excusa de que le dolía la cabeza, pero que antes de marcharse la notaste nerviosa. ¿Recuerdas en qué momento comenzaste a percibir que algo le pasaba? ¿Fue después de atender a algún cliente o tras hablar con alguien del pueblo? —La inspectora insistía buscando alguna pista, porque de momento sentía que se iría como mismo había llegado, con las manos vacías.

—No. Ella estaba normal y, de repente, la noté inquieta, sudorosa. Le pregunté si se encontraba bien y me dijo que sí, aunque respiraba fuerte, como si le faltara el aire.

Hizo una pausa para reponerse. La misma fatiga que recordaba de su madre la estaba experimentando ella por la ansiedad que le provocaba la situación.

Lucas se levantó y regresó con un vaso de agua del que bebió dos sorbos.

—Una última cosa —dijo Miranda consciente de que la chica estaba al límite—. Nuestros especialistas ya han tomado las muestras que necesitábamos para la investigación, por lo que puedes disponer del cuerpo de tu madre. Si lo deseas, puedes viajar conmigo a Madrid y te ayudo con los trámites correspondientes.

Macarena desvió la mirada por unos segundos y se quedó pensativa.

—¿Hay alguna posibilidad de hacer la gestión desde aquí? No quiero que la última imagen que me quede de mi madre sea la de su cuerpo flagelado. Además, ella me pidió en una ocasión que el día que muriera, cremara su cuerpo y lanzara sus cenizas al mar.

—Por supuesto —respondió Miranda complaciente—. Haré las gestiones necesarias para que recibas sus cenizas cuanto antes.

Piñeira y la inspectora abandonaron la vivienda convencidos de que Macarena Iglesias no tenía nada más que aportar a la investigación del caso. Subieron al coche patrulla y el cabo propuso hacer una parada para comer en la taberna más antigua del pueblo.

—Aquí te vas a comer el mejor guiso de jabalí de tu vida —le dijo con inusitado entusiasmo.

—¿Qué sabemos de Jacinto? —preguntó Miranda en cuanto bajaron del coche con la cajetilla de cigarrillos en la mano.

—No es trigo limpio —contestó Piñeira aceptando el cigarrillo que la inspectora le ofrecía—. Sabemos que organiza partidas de caza ilegales y sale a relucir en alguna que otra investigación sobre caza ilegal de especies protegidas, pero nada por lo que podamos meterlo al trullo aún.

—No sé. Tiene algo que no me gusta.

—No creo que le haya hecho daño a Carmen —expuso el cabo mientras el humo escapaba junto a sus palabras—. Tenían una buena relación. El día de la *Festa do Viño* estuvo todo el rato al frente de su propio puesto con su sobrino y su hermano. Al menos tiene coartada.

—No sé yo —respondió Miranda después de chasquear la lengua —. En el expediente no hay imágenes de ese día. Imagino que la prensa local cubriera el evento, además de las fotos típicas que cuelga el Ayuntamiento. Intenta recopilar esas fotos y, si es posible, habla con los vecinos para que te dejen las que tengan de ese día y les echamos un vistazo. Lo que dijo Macarena de que su madre se puso nerviosa sin motivo aparente refuerza la idea de que vio algo que no le gustó, o alguien a quien no pensó encontrarse en la aldea. Quiero revisar esas imágenes.

—Oído. El lunes a primera hora movilizo a mi gente.

—Una cosa más, cabo. ¿No te parece raro que Carmen saliera del pueblo siempre sola? Averigua con los vecinos si alguna vez coincidieron con ella fuera de Negueira. Y pídele a la hija la relación de compradores a los que le vendían sus productos. A lo mejor por ahí encontramos alguna pista de dónde tirar.

Piñeira asintió obediente.

—Bueno, veamos qué tal ese guiso de jabalí. Muero de hambre.

—¿No te gustaría pasarte el fin de semana en Galicia? Prometo que aquí somos muy hospitalarios.

—Ya me gustaría, Piñeira, pero me temo que tendrá que ser en otra ocasión —le contestó mirándolo de soslayo y advirtiendo cierta

picardía en sus ojos.

Capítulo 8

Córdoba, 12 de julio de 2016

Llegamos a Córdoba al anochecer. Cuando el autobús arribó a su destino, sorprendí a Lucas haciéndome un retrato a lápiz. Se rehusó a mostrármelo alegando que no estaba terminado. Era la primera vez que me dibujaba desde que nos conocimos en aquellas circunstancias peculiares, y solo por eso me hacía especial ilusión. Como a casi todos los artistas, le gustaba mantener el misterio, así que no me dejó más opción que resignarme y esperar para ver el resultado.

No teníamos idea de dónde pasar la noche. Al salir de la terminal nos acercamos a uno de los taxistas que merodeaban la instalación para pedirle información. Nos recomendó un hostal barato y se ofreció a llevarnos por un precio razonable. Rentamos una habitación con camas individuales. Estábamos a una distancia considerable del centro histórico, de otra manera no se podía justificar el bajo precio del hostal, pero Lucas se empeñaba en conocer la ciudad. Me venía bien estirar las piernas después de un viaje tan largo, aunque mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que se avecinaba. Preguntamos en la recepción por la dirección a la que iríamos en busca de Isabel Alonso Navarro y nos dijeron que quedaba en la periferia de la ciudad, exactamente en el distrito Norte-Sierra, indicándonos además la recepcionista el autobús que nos llevaría hasta allí. Mi ansiedad era tal que no hubiera esperado al día siguiente, pero aparecerse a altas horas de la noche tampoco parecía sensato.

Con mapa en mano, Lucas ya había diseñado la ruta que haríamos esa noche. No se le escapaba nada, el recorrido incluía la Mezquita, el Puente Romano y los patios y plazas más representativos de la ciudad, que no eran pocos.

***

Al día siguiente despertamos a las ocho de la mañana. El autobús nos dejó en una calle escoltada en sus laterales por almeces y jacarandas que se elevaban por más de quince metros y resguardaban a los transeúntes de las altas temperaturas que ya arreciaban a primera hora. El Naranjo era un barrio que cautivaba por la tranquilidad que se respiraba y sus enormes chalés. El número nueve era nuestro destino. Llamamos al telefonillo —un botón refulgente que se hundía en una placa metálica al menor contacto— dos veces hasta que una voz femenina respondió. Me identifiqué con dificultad:

—Mi nombre es Macarena Iglesias y busco a una persona que vivía en esta dirección hace veinte años —atiné a decir, y busqué con la mirada el beneplácito de Lucas, que respondió a mi presentación alzando los pulgares. La sensación de hablar mediante aquel dispositivo atentaba contra mi locuacidad. Le había dado tantas vueltas al asunto que no reparé en cuál sería mi carta de presentación.

De pronto se cortó la comunicación. Nos mantuvimos a la espera un par de minutos sin saber si seríamos recibidos o no, hasta que se abrió la puerta. Una mujer de mediana edad y muy bien arreglada salió al encuentro.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó sin disimular el escudriño al que nos sometían sus ojos saltones.

—Estamos buscando a Isabel Alonso Navarro.

—Es mi madre —respondió con cautela—. ¿Para qué asunto la requerís?

La noticia de que Isabel estaba viva fue un subidón de adrenalina. Había dado un paso en firme al llegar hasta allí.

—Encontré recientemente entre las pertenencias de mi madre una carta dirigida a ella. No sé qué vínculo las unía, pero mi madre acaba de fallecer y me gustaría hacerle algunas preguntas. Solo pretendo conocer un poco más sobre el pasado de mi madre. Cualquier cosa que me pueda decir significaría mucho para mí.

Durante unos segundos la chica se quedó pensativa, pero enseguida las facciones de su rostro se relajaron, tal vez conmovida por el luto de la huérfana que tenía delante. Cualquier atisbo de

desconfianza era más que justificado, a fin de cuentas, éramos dos extraños que aparecimos sin avisar en la puerta de su casa.

—Adelante. Le avisaré a mi madre para que os atienda en cuanto termine de darle el desayuno a mi padre. Por cierto, yo soy Ana —dijo flanqueándonos el paso.

Atravesamos un jardín de enormes proporciones por un camino de piedra natural con lámparas y faroles empotrados en los laterales que pronosticaban un ambiente sofisticado y placentero en las noches, y subimos unos escalones hasta la entrada principal. Ana nos ofreció asiento en el zaguán, luminoso y acogedor, donde esperamos un largo rato hasta que la vimos regresar acompañada de una señora muy elegante.

—¿Te parece si caminamos por el jardín mientras me cuentas? —sugirió—. Hace un día estupendo.

Acepté la propuesta con agrado. Caminar un poco me ayudaría a canalizar la ansiedad que me sosegaba.

El jardín se componía por diferentes espacios entrelazados por estrechos caminos de ladrillos custodiados en sus laterales por senderos de gravilla en los que sobresalían unas florecillas azules y blancas que inundaban el aire con su fragancia. Una fuente de agua hecha de mármol blanco se situaba muy cerca del centro, como punto en el que confluían todos los caminos. El agua brotaba en ligeros chorros de la figura de una mujer arrodillada, creando con su sonoridad una atmósfera apacible en todo el jardín.

Hice una introducción del tema, sintetizando los acontecimientos que me condujeron hasta allí, pero sin mencionar las circunstancias violentas en las que había muerto mi madre. Isabel se mostró interesada en la historia, aunque no lograba disimular su desconcierto. Para cuando terminé de explicarme, su mirada parecía más de lástima que de interés en el caso. Tal vez pensaba que era una loca que había invadido su casa.

Extraje de mi bolso la carta y se la entregué. Me escudriñó confusa. La aceptó con reparo y fue desdoblando muy despacio el papel, como si le pesara. La expresión de incredulidad de su rostro se acentuó con un estremecimiento que de repente invadió los labios de su boca entreabierta. Despidió un quejido de dolor casi inaudible,

pero alcancé a escucharlo y juraría que sonó como un crujido, como si algo se le hubiera roto por dentro. Miró la foto de las niñas que acompañaba la carta en una lucha visible por contener sus emociones, y fue al terminar de leer que se resquebró su entereza y rompió a llorar.

Ana, que hasta ese momento se había mantenido junto a Lucas a una distancia prudente, fue corriendo a su encuentro. Una sensación de culpa me invadió. Isabel pareció sentirse arropada por el abrazo de su hija, pero fue recobrando la calma lentamente y la apartó con un gesto delicado.

—Déjanos solas —le pidió con la voz rota—. Estoy bien. Son los recuerdos, que duelen.

Nos sentamos en un banco del jardín, las dos en silencio. La carta había tocado una fibra sensible en la memoria de Isabel y me moría de ganas por saber si tenía alguna relación con mi madre. Anhelaba con todas mis fuerzas que Isabel pudiera esclarecer las dudas que me carcomían. La señora se secó las lágrimas y mirándome con los ojos alargados preguntó:

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Carmen Iglesias. ¿Usted la conoció? —me apresuré a preguntar.

Se quedó pensando durante un momento contemplando el infinito, hurgando en su memoria.

—No, no recuerdo haber conocido a nadie con ese nombre. Pero me inquieta la manera en que esta carta llegó a sus manos —añadió con la voz más firme—. Yo recibí esta carta hace mucho tiempo…

—Exactamente veintidós años —apunté.

—Sí, muchísimo tiempo. Y esta misma carta desapareció de mi casa un día. ¡Nada de esto tiene sentido! —exclamó en un suspiro.

Yo tampoco le encontraba lógica a lo que escuchaba. Y, sobre todo, no era capaz de encajar a mi madre en aquellas piezas. Quizás la relación entre ellas se remontase a la infancia o adolescencia y por eso no la recordaba. Esa era una posibilidad. La otra, que en realidad nunca la hubiera conocido, y que el vínculo de mi madre se hubiera establecido con la otra protagonista de esta historia, su hermana, la persona que envió la carta desde Madrid.

Entonces recordé la fotografía de mi madre que traía en el bolso.

Era la única imagen que tenía de nosotras y desde que desapareció me acompañaba a todas partes. Tendría yo unos trece años cuando se tomó, en un festival en Ortigueira. Pagamos una cantidad ridícula a un gitano que iba recorriendo como nosotras los festivales de la región cargando su cámara de madera maciza. La noche anterior, antes de quedarme dormida, estuve contemplándola un rato mientras rememoraba las aventuras que vivimos aquella temporada, y la guardé en uno de los compartimentos del bolso. Era mi última esperanza con Isabel.

—Esta es mi madre —le dije alargando la fotografía—. Intente recordar si la ha visto alguna vez, por favor. —Mi voz pareció perderse en la súplica.

Isabel agarró la fotografía y la contempló durante unos segundos en los que busqué alguna señal en sus ojos, una reacción que la delatara, que me gritara que la conocía. Entonces levantó la vista y miró al cielo buscando no sé qué. Persistió abstraída durante una larga pausa hasta que me devolvió una mirada recelosa y respondió:

—Esta es mi hermana —afirmó con vehemencia—. Belén.

—No puede ser —negué con movimientos bruscos de la cabeza—. Somos mi madre y yo las que aparecemos en esa foto, y mi madre se llamaba Carmen Iglesias.

—Te puedo asegurar, niña, que esa es mi hermana —contestó tajante.

A mi alrededor el mundo se sintió como un desvarío. El desconcierto se acrecentaba con cada segundo. En el rostro de Isabel se advertía la confusión que aquella revelación le había causado. Si su afirmación era cierta, entonces estaba sentada junto a mi tía en el jardín de su chalé en Córdoba, una escena que ninguna de mis más disparatadas especulaciones fue capaz de contemplar. Lo que hasta ahora había sido un viaje para descubrir alguna pista sobre la vida de mi madre, había dado un giro inesperado en una dirección que me adentraba en aguas turbulentas.

De cuajo se disiparon todas las inquietudes que tenía hasta ese momento. Sentí que el corazón perdía un pálpito. Una batalla comenzaba a librarse en mi mente, una en la que los adversarios

eran los recuerdos de mi madre y, de otro lado, la certeza de que lo que hasta ese preciso instante daba por verdad, era una realidad distorsionada. Para cuando conseguí aterrizar mis pensamientos, había asumido que la cuestión más apremiante era descubrir qué condujo a mi madre a cambiarse el nombre y, con ello, huir a Negueira de Muñiz. Ahora más que nunca necesitaba saberlo todo, hasta el más mínimo detalle.

Isabel respiró hondo, como quien busca serenidad, y con ese hablar pausado que había demostrado hasta ese momento, me contó:

—Tu madre y yo nacimos en Bailén, a una hora de aquí. Ella era dos años mayor. Tuvimos una infancia feliz, al menos al principio. Nuestros padres nos quisieron mucho, pero todo cambió cuando murió papá. Nuestra madre, que en gloria esté, pasaba el día entero trabajando y llegaba a altas horas de la noche. Belén se ocupaba de mí, de cuidarme, asearme, alimentarme… Durante todo un año hizo la función de madre conmigo. Luego apareció Nando, un pueblerino del que nuestra madre se enamoró y que en poco tiempo ya estaba viviendo con nosotras. Él empezó a hacerse cargo de la casa y ella a dedicarnos más tiempo. Sentimos un gran alivio, pero nuestra pesadilla estaba a punto de comenzar.

»Nando era el hombre más celoso que he conocido en mi vida. Siempre encontraba una justificación para discutir. La humillaba, incluso delante de sus amigos, y luego empezaron los maltratos. Le pegaba por cualquier cosa, y la pobre no hacía más que perdonar y perdonar. Tragó muchos buches amargos. ¡Aguantó tanto! Cuando Nando perdió el trabajo, ella tuvo que regresar a su antiguo empleo. Él salía por las mañanas a buscar trabajo en cualquier cosa, pero no conseguía nada. Eran tiempos difíciles. Empezó a llegar borracho todas las tardes y se volvió aún más violento. Con mamá trabajando, pasábamos mucho tiempo a solas con él y empezó a abusar de nosotras.

Hizo una pausa y se llevó una mano al pecho. Rememorar esos sucesos debió ocasionarle un dolor insoportable. Se frotó el cuello en un intento de aliviar la aspereza de sus propias palabras y continuó:

—Al principio era algo ocasional, pero más tarde se volvió

cotidiano. No había forma de que pudiéramos evitarlo. Con ocho y diez años éramos incapaces de ver más allá. Solo cuando veníamos a Córdoba a pasar unos días con la tía Justina veíamos un poco de luz, un respiro al infierno que era nuestra casa. Yo vivía en un estado de pánico constante. Creo que tu madre, como hermana mayor, luchaba además con la impotencia de no poder hacer nada. Me pedía todos los días que no le contara nada a mamá. Nando era un hombre malo y temía por lo que pudiera hacerle.

»Una noche, cuando mamá llegó de trabajar, se lo encontró dormido en el sofá del salón, completamente borracho. Esa tarde había abusado de las dos, y yo no pude más. Le conté a mi madre lo que estaba pasando, lo que ese cerdo llevaba tiempo haciéndonos, y ella estalló como una loca. Se le lanzó con un cuchillo y lo apuñaló varias veces ahí, en el sofá, pero el muy desgraciado era como un toro grande y fuerte; tenía tanto aguante que fue capaz de levantarse y arrebatarle el cuchillo. La mató al instante. Nosotras salimos huyendo de la casa pidiendo a gritos que alguien nos ayudara. Cuando la policía llegó, también lo encontró muerto, desangrado en el salón. Esa noche marcó nuestras vidas para siempre, no solo por el hecho de perder a nuestra madre, sino porque Belén me culpó de lo sucedido. Si yo no hubiera hablado, mamá no hubiera muerto.

Me llevé las manos a la cabeza, horrorizada. Quería decir algo que de alguna manera aliviara ese dolor. Por desgracia, no fui capaz de articular palabra alguna. No hizo falta. Isabel irguió la cabeza con el orgullo de quien ha logrado superar esa desdicha y prosiguió con un tono más sereno:

—La tía Justina se ocupó de nosotras. Fue una etapa muy dura. El trauma que nos dejó aquel incidente nos acompañaría durante mucho tiempo. Belén fue la más afectada. Se volvió rebelde, indiferente a todo, y no volvió a dirigirme la palabra. Durante varios años estuvo viendo a un psicólogo, pero fue en vano. Cuando cumplió los dieciocho años se marchó de casa y no supimos de ella nunca más, al menos hasta que recibí la carta. La tía Justina no tuvo hijos. Yo heredé la casa y todos sus bienes. Me casé muy joven y tuve dos hijas, Ana y Elena. A una de tus primas ya la conociste; la

otra vive en Bilbao. Se casó con un vasco y se fue a vivir con él. Ana tiene dos niñas que viven con nosotras. Puedes ver que esta es una familia de mujeres, y ahora tú eres una más —me dijo con una incipiente sonrisa.

Isabel me dirigió una mirada compasiva que recibí con optimismo. Esa soledad lastimosa, que había empezado a corroer mis huesos el día que desapareció mi madre como un mal que iba germinando en los rincones más oscuros del alma, por fin sintió un aliciente. Quise abrazarla y manifestarle la alegría de haberla encontrado; no obstante, preferí conservar la postura y mostrarme comedida.

—Cuando recibí la carta de tu madre sentí una de las alegrías más grandes de mi vida. Por fin, después de tantos años, Belén había sido capaz de perdonarme. Quizás la vida misma la había hecho entender que yo era una niña, con la inocencia propia de la edad, y que no podía imaginar las consecuencias de mi confesión. En mi cabeza infantil todo se iba a resolver de otra manera: mamá lo echaría de casa y todo estaría solucionado. ¡¿Cómo iba a pensar que ese animal la iba a matar?! En la carta me dejaba un número de teléfono para que la llamara si quería verla, y por supuesto que la llamé. Hubiese dado cualquier cosa en mi vida porque las cosas hubieran sido diferentes entre nosotras, tenerla cerca.

Isabel hizo una pausa obligada para contener la emoción.

—Acordamos que nos visitaría en Nochebuena. ¿Qué mejor ocasión que la Navidad para reconciliarnos? —La pregunta sonó obvia—. Pero nunca llegó. Aunque sucedió algo curioso.

»Esa noche tuvimos un incidente en el patio de la casa cuando instalábamos la pirotecnia, y todo se salió de control. La casa y los alrededores se llenaron de vecinos cotillas que se reían de nosotros mientras los bomberos sofocaban las llamaradas que los fuegos artificiales propagaban en todas direcciones. ¡Un desastre! El reencuentro sería también una sorpresa para la familia. Me hacía mucha ilusión. Cuando la casa recuperó la normalidad, me percaté de que el sobre con la carta y la foto habían desaparecido, y fue en ese momento cuando sospeché que ella había estado allí, quizás escondida entre tanta gente. Tuve la esperanza de que volviera a contactarme, pero nunca sucedió.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Isabel me buscó con sus manos pequeñas y arrugadas y me abrazó.

Tras recobrar un poco el ánimo y las fuerzas, me presentó, para sorpresa de Ana y Lucas, como su sobrina. Evidentemente, había mucho que explicar, pero las dos necesitábamos reponernos de los sinsabores que habíamos experimentado durante la conversación. Ya habría tiempo para ponerles al corriente.

La seguimos por una escalera de mármol hasta la primera planta del chalé. Frente a nosotros discurría un pasillo luminoso con paredes rosas adornadas con cuadros y fotografías familiares. Isabel se detuvo frente a la puerta de una de las habitaciones y volteó para decirnos:

—Os quiero presentar a mi marido.

Miguel Soler resultó ser un hombre muy simpático. La diferencia de edad respecto a Isabel era notable, aunque a pesar de los años conservaba su atractivo. Había sufrido un accidente automovilístico dos meses atrás que lo dejó postrado en esa cama. Intercambiamos algunas frases para ponerlo en situación mientras Isabel ordenaba la habitación y guardaba en el escaparate la ropa limpia que se amontonaba sobre una silla. Se mostró muy emocionado con la revelación, tanto que me atrevería a jurar que se le escapó alguna lágrima.

—Hace muchos años, Isabel me pidió que encontrara a tu madre…

—Así es —convino ella desde su rincón—. Un antiguo vecino dijo haberla visto en Madrid y, aprovechando que Miguel viajaba con cierta periodicidad por cuestiones de trabajo, le pedí que contratara los servicios de un investigador privado para encontrarla. —Suspiró desanimada antes de continuar—. Fue una pista falsa, y la desilusión hizo mella. ¿No es así, Miguel?

—Claro —se apresuró a contestar—. Aunque ya ves, pequeña, que el destino hace malabares hasta poner cada cosa en su sitio.

—Si no os importa, necesito un rato a solas con mi marido para cambiarlo de ropa —interrumpió Isabel con una sonrisa forzada.

—En realidad, ya nos vamos —le dije con cierta vergüenza.

—En ese caso, hay algo relativo a tu madre que necesito decirte antes de que te marches.

Isabel encontró la mirada cómplice de su marido antes de continuar.

—Por supuesto —contesté intrigada.

—Será mejor que te sientes.

Esas palabras nunca presagian nada bueno. El corazón se me aceleró y comencé a temblar de los nervios. Isabel se sentó en el borde de la cama a los pies de Miguel y yo hice lo mismo.

—Unas semanas después de la Navidad recibí la visita de la policía. Venían preguntando por Belén, al parecer la relacionaban con un asesinato en Madrid. No me dieron detalles sobre los hechos, pero parecían muy convencidos de que ella tenía algo que ver. Yo asumí que su desaparición estaba justificada por esos eventos. Todo este tiempo le he dado vueltas y más vueltas al asunto, y lo único que se me ocurre pensar es que tu madre llegó a mi casa huyendo, sabrá Dios en qué circunstancias, y que no tuvo el valor de contarme lo que estaba ocurriendo. En algún momento llegué a pensar que estaría en la cárcel. Siempre creí que le había ocurrido lo peor, pero al menos ya sé que de alguna manera logró seguir adelante con su vida. Ojalá me hubiera pedido ayuda. Hubiera hecho cuanto estuviera a mi alcance para sacarla de ese agujero.

Una punzada me obligó a doblarme sobre mis piernas. Los retortijones en el estómago me impedían respirar. Me agarré con fuerza a la sábana de la cama para impedir que mi cuerpo se desplomara. Lucas se apresuró a sostenerme. Se agachó junto a mí y me apretó fuerte. En la profundidad de su mirada encontré un pozo de compasión.

«Aquí estoy. Tranquila. No te derrumbes ahora».

Estuve veintidós años al lado de una mujer con un pasado perturbador y nunca supe nada. Carmen y Belén eran dos mujeres completamente distintas. En el punto en el que me encontraba no sabía qué pensar de todo aquello. Una infancia rota, marcada por un trauma, no podía sino dejar secuelas severas en su personalidad; pero de ahí a que estuviera involucrada en un crimen había un largo trecho. Esto último era lo más desconcertante de todo. Más que nunca acuciaba la necesidad de hacer cuanto estuviese a mi alcance para esclarecer los sucesos que ocurrieron en Madrid y que

empujaron a mi madre a forjarse una identidad nueva. Convencida, además, de que ese incidente estaba ligado a su asesinato. Me daba pánico lo que pudiera descubrir, pero había llegado a un punto de no retorno. Los sentimientos colisionaban en mi interior sin que lograra aflorar ninguno en particular: de la tristeza a la rabia, de la impotencia a la angustia… Nadie que tuviera que enfrentarse a esa avalancha de información podría gestionar sus emociones con claridad.

Nos despedimos de la familia en cuanto me repuse y regresamos al hostal. Teníamos boletos para viajar a Madrid a primera hora de la mañana.

Capítulo 9

Madrid, 11 de julio de 2016

A las nueve de la mañana la inspectora Miranda Silva llegaba a su despacho con el expediente de la desaparición de Carmen Iglesias bajo el brazo. Había hecho una pequeña parada en la oficina de Estrada para ponerlo al tanto de los pormenores de su viaje a Galicia, y se dispuso luego a organizar su escritorio para dejar espacio únicamente para el caso en cuestión. Carmen Iglesias se había convertido en la nueva obsesión de la inspectora.

Al cabo de unos minutos, apareció Eduardo con cara de trasnochado. Con apenas veintisiete años era uno de los trabajadores más jóvenes de la Jefatura. Miranda le tenía un cariño especial. Era comedido y se mostraba entusiasta ante cualquier tarea que se le asignara. Por todos era conocido que le gustaba la literatura. Con frecuencia intercambiaba libros con sus compañeros y, en ocasiones, se sentía inspirado y escribía poesías que compartía a gusto. Era esa sensibilidad la que provocaba ternura en su superior.

—Buenos días, inspectora. ¿Ha descansado del viaje?

Miranda había concatenado su regreso de Galicia con los días de libranza para reponerse de los dolores de espalda que siempre le ocasionaban los viajes largos.

—Sí, muchas gracias, Eduardo, estoy bien —le agradeció con una sonrisa—. ¿Tienes algo para mí?

—Sí. Quería comentarle que hice una búsqueda de todos los vehículos Citroën Xsara de 2006 de color gris registrados en Madrid. La lista es amplia, pero la reduje en función del perfil del asesino que me entregó la inspectora Vivian. Tenemos cincuenta y dos coincidencias de propietarios caucásicos entre treinta y cinco y sesenta años. Le haré llegar la lista por correo electrónico.

—Muy bien, Eduardo. Necesito también que busques información sobre estas personas —añadió la inspectora entregándole un folio en el que constaban los nombres de Carmen y Macarena Iglesias—. Aunque tengo la sospecha de que no encontrarás gran cosa.

—Me pongo con ello inmediatamente.

—Eduardo… —la inspectora dudó antes de continuar—, ¿has hablado con él? Está de vuelta. ¿Lo sabías?

El chico esgrimió una mueca afirmativa que Miranda interpretó como la única respuesta que le daría a sus interrogantes. Con la mirada escurridiza, Eduardo abandonó el despacho y a los pocos minutos Vivian llamó a la puerta. Con su típico entusiasmo mañanero, se interesó por la pesquisa de su compañera en Galicia.

—El expediente de la desaparición de Carmen Iglesias apenas contiene información —aseveró—. Respecto a la desaparición en sí, los agentes de la Guardia Civil no obtuvieron pistas. Nadie la vio salir de la aldea, lo que me hace pensar que debió hacerlo en un coche.

—¿Pudiera ser el mismo coche gris del que nos habló Eduardo? —conjeturó Vivian.

—No había pensado en esa posibilidad. Eduardo me acaba de enviar por correo electrónico la lista de propietarios de vehículos con esas características registrados en Madrid. Pídele que busque alguna coincidencia también en Negueira de Muñiz.

—Anotado.

—Este es uno de esos casos en los que no hay de dónde agarrarse. El día de la desaparición de la víctima se estaba celebrando un festival vinícola en la aldea y había gente de todas partes. No hay cámaras de vigilancia en la zona y nadie vio nada fuera de lo común. Le he pedido al cabo Piñeira que nos envíe las fotografías de ese día que pueda recopilar. Tengo una sospecha. Más allá de eso, la Guardia Civil no tiene nada.

—¿Y pudiste entrevistarte con la hija? —se interesó Vivian.

—Sí.

Miranda se inclinó sobre el escritorio con actitud pensativa.

—Me pareció una chica interesante —comentó—. Durante el tiempo que estuvimos con ella se mantuvo fuerte, casi indolente hasta el final. Nos dijo que la noticia de la muerte de su madre no la

tomó por sorpresa.

—¿Porque estaría metida en alguna movida extraña?

—Según nos dijo, porque su madre nunca la abandonaría. Y, por tanto, su desaparición únicamente se justificaba por alguna fuerza exterior. Me pareció sincera en ese aspecto. Pero te puedo asegurar que Carmen Iglesias ocultaba algo.

Miranda entrecerró los ojos en una expresión que Vivian conocía perfectamente. Su olfato de sabueso le decía que Carmen Iglesias no era la mujer que su hija pensaba.

—Eso confirma la teoría de que no es una víctima al azar —alegó Vivian—. Si no salió de la aldea por su propia voluntad, ¿cómo es posible que haya aparecido aquí en Madrid? Habría que estar muy loco para raptar a una persona al azar en una aldea gallega y traerla hasta Madrid para asesinarla, como si no hubiera bosque suficiente en Galicia para deshacerse del cuerpo.

—Y no solo eso, Vivian —añadió Miranda—. La forma en que dejó el cuerpo transmitía un mensaje. Tal vez no para nosotros, pero un mensaje que él quería dejar claro. La hija de la víctima asegura que su madre era una mujer tranquila, que nunca tuvo líos con nadie. Por tanto, me arriesgo a pensar que el móvil del asesino debe remontarse a los años previos a su llegada a Negueira de Muñiz. Y es precisamente aquí —enfatizó la inspectora— donde la historia adquiere un matiz interesante. La Guardia Civil no tiene registro alguno sobre la vida de Carmen Iglesias antes de mudarse a Negueira.

—Pero ¿nada de nada? —preguntó Vivian con el ceño fruncido. Ladeó la cabeza en un gesto que Miranda interpretó como una conexión—. ¿Quieres decir que Carmen Iglesias puede que en realidad haya vivido sus últimos años con una identidad falsa?

—Exactamente. Ahí quería llegar. —Señaló con el índice el acierto de su compañera—. No hay constancia de domicilio anterior, ni trabajo, ni seguridad social; absolutamente nada. Esa mujer llegó a Negueira huyendo de algo.

—O de alguien —matizó Vivian.

Dos golpes secos en el cristal de la puerta delataron la presencia del comisario. Vivian hizo el amago por marcharse poniéndose de

pie, pero Estrada le insistió en que se quedara y acomodó su cuerpo compacto en la silla de invitados disponible en el lado opuesto de la mesa.

—Han llamado de Soto del Real. Un interno en prisión preventiva ha visto la foto que se ha filtrado de la víctima y dice que sabe quién la asesinó. —Se inclinó sobre el escritorio y tamborileó con sus dedos con la certeza de que Miranda había leído entre líneas.

—Es lo que tienen las filtraciones —se adelantó a comentar Vivian —, son miel de abeja para quienes buscan protagonismo.

—Ya hemos pasado por esto muchas veces —expuso la inspectora —. Nuestro trabajo es seguir las pistas y determinar su veracidad. ¿Sabemos qué se le imputa a este sujeto?

—Delitos de elaboración, posesión y distribución de pornografía infantil y de agresión sexual a menores —explicó Estrada.

A las once y media de la mañana arribaba Miranda al Centro Penitenciario Madrid V, como se denomina oficialmente, aunque se le conoce más por el nombre del municipio donde se ubica a unos cuarenta kilómetros al norte de la ciudad de Madrid. Tras los controles de seguridad reglamentarios, la condujeron por un pasillo luminoso que franqueaba la sala de visitas, atiborrada de familiares y abogados, hasta una habitación acondicionada para interrogatorios entre la Comisaría y la Enfermería.

Antes de enfilar con su coche hacia la carretera M-609, Estrada le compartió la información concerniente a la detención de Santiago Ybarra, con quien estaba a punto de reunirse. El Juzgado de Instrucción de Guardia había ordenado su ingreso inmediato en prisión el día anterior tras incautarse una elevada cantidad de material de abuso sexual infantil, así como las pruebas de su actividad en canales de carácter pedófilo de donde se nutría del material que a su vez compartía con otros usuarios.

Un funcionario de prisiones abrió la puerta sin avisar. La saludó escuetamente y dejó vía libre para que Santiago Ybarra, con las manos esposadas a la altura de la cadera, ingresara en la sala y se ubicara frente a la inspectora. Se encontró con un hombre fornido, de piel muy blanca, con el rostro hinchado y deformado por una

paliza de la que ya le habían advertido cuando llegó al centro.

—Nos avisaron esta mañana que usted…

—No tan rápido, inspectora —la interrumpió con su tono rasposo.

Estrada le había advertido que Santiago Ybarra iba a querer negociar con la información que decía tener en su bolsillo. Para nada se trataba de un acto de buena voluntad, mucho menos que de repente el civismo se le hubiera subido a la cabeza. En su primera noche ya se le aplicó la ley de la cárcel. Sabía que tenía las horas contadas. Era cuestión de tiempo que descubrieran que era un degenerado que abusaba de menores, y la paliza que le habían dado se sentiría como un aperitivo de lo que estaba por llegar.

—Antes de prometerle cualquier cosa, necesito saber que esto no es un farol.

—Míreme, inspectora, me han arrinconado entre cinco y me han pateado la cabeza hasta que los funcionarios consiguieron apartarlos a porrazos. Cuando esos desgraciados sepan por qué estoy aquí, me arrancarán la cabeza sin dudarlo. ¿Tiene un piti?

Miranda colocó la cajetilla en el centro de la mesa. Las manos del hombre temblaban, lo que le dificultó en exceso llevarse el cigarrillo a la boca y encenderlo. Soltó un aspaviento en cuanto dio la primera calada. Tenía los labios en carne viva y se adhirieron al filtro amarillo del Marlboro irritando aún más la mucosa descamada.

—Aunque no lo parezca, ahora mismo el dolor es el menor de mis problemas.

Santiago Ybarra no le inspiraba compasión ni lástima. Era un despojo humano, gente de la peor calaña que puede habitar este mundo. Su integridad física le resultaba indiferente, y la tunda de la noche anterior le parecía insuficiente para lo que ese desgraciado se merecía. Tampoco sentía remordimiento por descubrirse indolente ante su sufrimiento.

—¿Qué quiere a cambio?

—Estoy convencido de que lo que le voy a contar la ayudará a encontrar al asesino de esa mujer. Hable con el juez, que sepa que estoy colaborando, y dígale que lo único que quiero es seguridad, que me traslade a un centro con un régimen de protección para internos con circunstancias especiales, y que lo haga ya.

—Muy bien —asintió la inspectora—. Ahora, cuénteme qué es lo que sabe.

Santiago la contempló unos segundos, dudando si ella mantendría su palabra y hablaría con el juez. Tampoco es que tuviera otra cuerda a la que agarrarse, y el tiempo apremiaba dentro de aquellas murallas.

—Hay un foro en la *dark net* que se denomina DollyPlus. El acceso es restringido porque su contenido es muy exclusivo. —Miranda creyó ver el atisbo de una sonrisa mordaz en su cara—. Solo se puede entrar con invitación. El administrador, un tipo que se hace llamar «EL OFICIĄNTE», compartió hace días un vídeo muy corto en el que se le veía vestido con una túnica, como si fuera un monje o un sacerdote, y usaba una capucha que le cubría la cabeza mientras molía a hostias a esa mujer con los guantes de boxeo rojos. Si consigue entrar a DollyPlus, encontrará a su asesino.

—Supongamos que lo que me está contando es cierto, ¿cómo consigo que otro usuario me invite?

—Déjeme un folio y un boli.

En cuanto Miranda salió de Soto del Real, llamó a Eduardo y lo puso al tanto de la información que le había facilitado Santiago Ybarra. Quería ganar tiempo y sabía que las habilidades de su compañero le permitirían trazar una estrategia en los cuarenta minutos que demoraría ella en regresar a la Jefatura. También se comunicó con el comisario. Quedaba pendiente determinar la autenticidad del testimonio, localizar el foro en la *dark net* e identificar al administrador, «EL OFICIĄNTE»; pero si esta pesquisa los llevaba a buen puerto, Estrada tendría que hablar con el juez para facilitarle a Santiago Ybarra los beneficios que le prometió.

—Vamos a ver, hijo, repítelo en cristiano, que no nos hemos enterado de nada. —Estrada se masajeó las sienes aturdido y Miranda sintió el impulso de hacer lo mismo.

Eduardo estaba de pie junto al ordenador, con un boli en la mano, impartiendo una clase magistral a sus únicos dos alumnos.

—Los foros de la *dark net* son espacios digitales ocultos, comunidades en línea que operan mediante navegadores especiales

que les garantizan a sus usuarios el anonimato. En su mayoría requieren invitación o registro para acceder, como el caso de DollyPlus. Estas plataformas emplean interfaces enmascaradas, de ahí que sea tan complejo localizarlas. —Hizo una pausa para comprobar que lo seguían, pero se encontró con dos caras concentradas y en vilo—. Para identificar la IP desde la que opera un usuario utilizamos anzuelos o anclas, como prefieran llamarlo, que no son más que archivos que compartimos como si fuéramos un usuario más, pero que llevan indexado un archivo de localización. De esta manera, cuando un usuario lo descarga, se produce entonces un rastreo o seguimiento del archivo que nos conduce hasta la IP de su ordenador a través de la línea o la cuenta de internet.

—¿Y eso es lo que intentaremos hacer en DollyPlus? —preguntó la inspectora.

—Exacto, pero primero tendremos que acceder al foro, y eso será lo más difícil. La detención de Santiago Ybarra ha salido en los medios y ya se habrán enterado. He intentado entrar con su usuario y ya no tiene acceso.

—¿Cómo lo haremos entonces? —Estrada lucía preocupado.

—Voy a solicitar acceso con un usuario que he creado específicamente para este fin. Lo he insertado en otros foros con menos restricciones para dejar una huella digital. He interactuado con algunos usuarios de esos foros y he compartido material pornográfico violento, en sintonía con DollyPlus.

Con un gesto el comisario le dio luz verde. El chico se ubicó frente al ordenador y comenzó a navegar por la *dark net* sin que sus superiores pudieran seguirle el rastro. Manejaba el teclado a una velocidad impensable para ellos, que solo veían códigos, números y combinaciones alfanuméricas en la pantalla. En unos minutos, el trabajo estaba hecho. Eduardo desplazó la silla hacia atrás con los brazos cruzados y les dirigió una mirada esperanzadora.

—Ahora nos toca esperar —les dijo con aparente calma.

Capítulo 10

Madrid, 13 de julio de 2016

Madrid era más linda de lo que había imaginado. Dondequiera que dirigía mi atención había algo que me cautivaba. Lo que para una persona de ciudad pudiera ser parte de su vida cotidiana, como pasearse entre vallas publicitarias, calles y aceras abarrotadas, vidrieras cargadas de maniquíes o luces de neón, para mí era un estallido de sensaciones. Tenía la certeza de haber llegado a otro mundo, como si la aldea donde nací y Madrid pertenecieran a dimensiones paralelas.

La familia de Lucas tenía un amplio apartamento en el distrito de Salamanca, específicamente en la calle Claudio Coello. La zona es ostentosa por sus locales comerciales y tiendas de lujo. En aquel piso no había una sola mota de polvo. Me daba la impresión de haber llegado al mismísimo cielo. Las paredes, los muebles del salón y el juego de comedor eran de un blanco impoluto. La decoración se componía esencialmente por formas geométricas de tonos cálidos repartidas en un salón que parecía interminable, un efecto visual que se reforzaba por el baño de luz que penetraba desde el ventanal de cristal que daba a la calle.

Sus padres, Antonio y Arantxa, nos recibieron entusiastas. Había coincidido con ellos en Negueira en ocasiones en las que fueron a visitar a Lucas. Eran personas de trato agradable y me hicieron sentir arropada desde el primer momento. La mesa del comedor estaba servida con aperitivos y bebidas de todo tipo. Lucas parecía incómodo al principio, tal vez por estar de vuelta mucho antes de lo planeado o por todos los recuerdos que le traía volver a casa.

—¿Qué te trae a Madrid, Maca? —quiso saber Arantxa.

Habíamos acordado en el camino contar la verdad de nuestro viaje, pero a medias; de esa manera no sentiríamos que estábamos mintiendo ni tendríamos que dar demasiados detalles.

—Mi madre —respondí sin más—. Me gustaría saber cómo fue su vida aquí en Madrid antes de tenerme y, con algo de suerte, descubrir la identidad de mi padre.

—Es importante saber de dónde venimos —puntualizó Arantxa.

—Tu hermana manda saludos —comentó Antonio cambiando de tema abruptamente—. Dijo que llamaría en estos días para hablar contigo.

—¿Y ella qué tal está? —se interesó Lucas.

Arantxa fue a responder, pero su marido se adelantó.

—Mejor… imposible. Ya sabes que siempre ha sido una niña aplicada.

Observé cómo Lucas fingía una sonrisa ante la mirada complaciente de su madre.

—Consiguió un puesto de becaria en la BBC. Todos sabíamos que llegaría lejos.

—Y tiene novio —soltó Arantxa entre risas.

—Ah, ¿sí? Eso sí que es noticia —alegó Lucas.

—Thomas Clayton, psicólogo y dueño de su propia consulta. Un partidazo, vamos.

—No se merece menos —apuntó Lucas.

—Exacto. Se lo ha ganado a pulso —precisó su padre.

Lucas no encajó bien la frase. Me buscó con la mirada y percibí una tristeza inmensa en sus ojos. Se había apagado aquella chispa que lo acompañaba a todos lados. Sospeché que no estaba a gusto, que quería salir corriendo de allí.

Antonio encendía un cigarrillo tras otro. Bastaba con que le diera un sorbo a la copa de vino para que se terminara un cigarrillo en tres o cuatro caladas. El ambiente dentro del comedor se volvió denso. Comencé a toser sin control y esa fue la excusa perfecta que aprovechó Lucas para escapar.

La habitación de Lucas era exactamente como se hubiera esperado de alguien con su estilo. Las paredes eran negras y transmitían un aire sofisticado y elegante que realzaba el carácter roquero de la decoración: una bicicleta colgante rodeada de vinilos en una de las paredes laterales; una estrella dorada con bombillas

amarillas en sus puntas sobre una repisa con pequeñas esculturas y un tocadiscos del otro lado; y de frente, sobre la cabecera de la cama, pósteres de Metallica y Marilyn Manson.

En un rincón, sobre un mueble de estilo victoriano, reposaba una guitarra con la pintura visiblemente desgastada. Lo primero que hizo fue sostenerla contra su cuerpo, casi acariciándola. Tocó unos acordes de esa hermosa melodía que es el *Concierto de Aranjuez* que disfruté embelesada. Lucas conseguía sorprenderme cada día. Con la promesa de que me enseñaría a tocar algunos acordes, devolvió la guitarra a su sitio y nos dispusimos a desempacar.

Analicé con detenimiento cuál sería el próximo paso. La única pista que tenía era la dirección en Alcorcón desde la que mi madre escribió la carta. Ya en Córdoba, esa estrategia había rendido sus frutos y no tenía por qué ser diferente en Madrid. Cualquier pista, por pequeña que fuese, tendría un valor incalculable. No estaba dispuesta a perder ni un minuto más divagando entre aquellas cuatro paredes. Tomé una ducha y me puse ropa limpia.

Lucas irrumpió en la habitación sosteniendo un portátil y visiblemente entusiasmado. Había encontrado la noticia del asesinato por el que se incriminaba a mi madre. Antonio, su padre, trabajaba como periodista en un prestigioso periódico de Madrid y tenía acceso a una hemeroteca digital en la que podía consultar las publicaciones de las últimas décadas de los más diversos medios de prensa del país. A simple vista parecía un arduo trabajo, pero con los filtros adecuados se despejaban las posibilidades y se hacía más sencilla la búsqueda. Bastaba con insertar las palabras claves, las delimitaciones geográficas y el rango de fecha para que apareciera una relación de noticias fácil de consultar. El corazón se me quería salir del pecho.

Lucas se sentó en el borde de la cama, puso el portátil sobre sus piernas y leyó la noticia. Era escalofriante.

> Brutal asesinato en Madrid.
>
> Un hombre de cincuenta años ha sido acuchillado dentro de su propia casa. El suceso se produjo alrededor de las diez de la noche del sábado. La principal sospechosa es una mujer con la que se ha dicho mantenía una relación sentimental y que, presuntamente, robó el dinero que la víctima guardaba en

la caja fuerte.

Mi madre era acusada de asesinar al dueño del bar donde trabajaba en su propia casa para robarle. Había dos testigos: el hermano de la víctima, quien confirmaba la relación sentimental entre mi madre y su empleador, Francisco Gil; y un segundo testigo cuyo nombre no aparecía reflejado en el artículo, pero sobre el que pesaban las conclusiones de la investigación. Aseguraba no solo haber visto a mi madre salir de la vivienda minutos antes de hallar el cadáver, sino también encontrar la caja fuerte abierta y completamente vacía. Esos testimonios, unido a la desaparición de mi madre, fueron suficientes para fijar un móvil e incriminarla.

El próximo paso era localizar a todas las personas a las que el periódico hacía mención. Contábamos con dos datos importantes: el nombre del bar de Francisco Gil y el barrio en el que se situaba. Fue cuestión de introducir esa información en el buscador y *voilà!*

Postergamos el viaje a Alcorcón y nos encausamos al metro. La pesquisa nos condujo hasta la estación de Santo Domingo. El bar sobresalía entre otros a su alrededor por una pequeña terraza abarrotada de clientes bebiendo cervezas para sosegar el calor. Dentro del local había una algarabía ensordecedora. Tanto las mesas como las banquetas de la barra estaban ocupadas por clientes atentos a una televisión a todo volumen que anunciaba el comienzo de un partido de fútbol. El bullicio aumentaba con los gritos y vítores de los entusiastas que se habían reunido a disfrutar del juego. No tuvimos más opción que aproximarnos a la barra y pedir casi a gritos una cerveza y una coca cola.

La puerta de la entrada no dejaba de abrirse con la llegada de nuevos clientes. El espacio dentro del bar era insuficiente para la cantidad de fanáticos que llegaban a ver el partido. Entre tanta jerga distinguimos tres camareros uniformados que se movían de un lado a otro, cargados de tapas y jarras de cervezas. En cuanto uno de ellos pasó por nuestro lado, aprovechamos para preguntar por el dueño del bar. El camarero señaló a un hombre que sacaba platos por una puerta en el fondo. Su complexión física era imponente, como un vikingo de dos metros y pelo rojizo. Lucas propuso esperar

a que el ambiente dentro del bar estuviera calmado para hablar con él. Con tanto alboroto a nuestro alrededor hubiera sido complicado sostener una conversación.

Cuando el partido terminó, los grupos se fueron disipando y el bar se fue quedando vacío. Llevábamos casi dos horas allí y la impaciencia ya se abría hueco. El dueño del bar apareció detrás de la barra y se detuvo unos instantes a conversar con uno de sus camareros. Abrió la caja registradora, cogió unos billetes y se dirigió a la salida. Lo intercepté antes de que llegara a la puerta.

—Hola. Me gustaría hablarle un momento, por favor.

—¿En qué te puedo ayudar? —inquirió con total naturalidad.

—Ando buscando información sobre un antiguo propietario… No sé si me podrá ayudar. ¿Cuándo compró el bar?

—El bar no lo compré, lo heredé de mi hermano —matizó—. Ha pertenecido a mi familia desde siempre. ¿Exactamente qué es lo que quieres saber?

Recordé que en el artículo se hablaba del hermano de la víctima como una de las piezas claves de las que se valió la policía en la investigación del caso.

—Pues… ¿cómo murió? —tartamudeé con la pregunta.

—A mi hermano lo mataron hace mucho tiempo. Lo que no entiendo es quién eres tú y por qué te importa eso —espetó. Era evidente que aquel tema lo crispaba.

Dudé en revelar mi identidad. El enojo patente que le causaba el tema anulaba cualquier posibilidad de entendernos. Podía inventarme una excusa absurda, pero si aquel hombre tenía dos dedos de frente, sospecharía de mí. Si le contaba la verdad podría enfurecerlo más, aunque quizás dentro de su enfado se le escapara algún dato relevante.

—Quisiera escuchar su versión sobre lo que ocurrió. Yo conocí a Belén y sé que ella no era una asesina. —En cuanto pronuncié esa última frase, me arrepentí.

—¡Esa desgraciada mató a mi hermano! —Los clientes que quedaban en el bar nos dirigieron la mirada. El pelirrojo se había alterado—. Dime dónde está, que yo mismo la voy a ir a buscar —vociferó—. ¿De qué la conoces?

—Está muerta. Yo… soy su hija.

La cara se le puso tan roja como su pelo. Me miró con tanto odio que sentí que un toro estaba a punto de embestirme.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo o te saco a hostias! —rabió alzando una mano en señal de amenaza.

Lucas, que había estado a mi lado todo el tiempo, se interpuso entre nosotros. En el bar nos miraban con expectación. Temí por mi seguridad y la del propio Lucas, que frente a la robustez de aquel hombre no tenía oportunidad. Lo agarré del brazo y lo saqué a la fuerza entre los improperios que nos gritaba el pelirrojo.

Capítulo 11

Galicia, 13 de julio de 2016

Sentado frente a su ordenador, el cabo Piñeira examinaba cuidadosamente cada fotografía a la vez que se recriminaba no haber tenido la idea de recabar información visual sobre la *Festa do Viño*. Había recopilado todas las imágenes de la feria que estaban en posesión de los comuneros y de los medios de prensa que asistieron al evento. Más de un millar de fotos que ya había enviado por correo electrónico a la inspectora Miranda Silva a primera hora de la mañana.

El cabo era un hombre orgulloso. El otro día en el coche mientras viajaba con la inspectora se había sentido diminuto ante la falta de avances en la investigación. No le gustó que cuestionara sus capacidades. Por eso, se había propuesto examinar las imágenes milimétricamente. Si había algo allí, tenía que ser él quien lo descubriera.

En Negueira de Muñiz nunca sucedía nada. No había conflictos de ningún tipo, ni siquiera un cruce de palabras entre vecinos. Los habitantes más antiguos, aquellos que repoblaron la aldea, se encargaron de transmitir a las generaciones sucesivas los valores de fraternidad y camaradería que sirvieron de pilares al proyecto de convivencia que implantaron. Por eso, cuando el cabo Piñeira recibió a Macarena Iglesias en su despacho para denunciar la desaparición de su madre, supo que aquel caso le iba a quitar el sueño.

La chica llegó al cuartel pálida y sudorosa. La atendió un agente que le dio traslado de inmediato al cabo cuando descubrió la gravedad del asunto. En el tiempo que Piñeira llevaba allí se había acostumbrado a lidiar con asuntos menores a los que daba solución muchas veces empleando el diálogo y el entendimiento. Disputas entre granjeros que se sucedían por el trasiego de animales o los

límites de propiedades colindantes; alguien que se pasaba de copas o chavales que hacían botellones. El caso más significativo al que se había enfrentado tuvo lugar un año atrás. Identificaron una finca en la montaña que servía de almacén a un narco que metía coca por Galicia y la distribuía al resto de Europa. Consiguieron incautar casi una tonelada del polvo blanco y el cabo terminó en la tele concediendo entrevistas.

Pero nada de esto ocurría en Negueira de Muñiz. En aquel paraje reinaba la paz. La noticia de que Carmen Iglesias había desaparecido se regó como la pólvora entre los comuneros. Muchos se acercaron al cuartel ofreciendo su ayuda. Incluso, llegaron a organizarse batidas de búsqueda en los alrededores por si la mujer había sufrido un accidente o el ataque de algún animal.

Piñeira entrevistó a todos los comuneros, también a algunos de fuera que participaron en la feria; la fotografía de Carmen Iglesias fue portada en los periódicos locales; habilitó una línea telefónica para quienes tuvieran alguna pista sobre su desaparición, aunque eso los condujo a perseguir falsos indicios. Piñeira hizo cuanto pudo para encontrarla, pero parecía que Carmen se hubiera esfumado. Con el paso de las semanas el caso se fue enfriando, hasta que dos meses después recibió la llamada de la inspectora Miranda Silva.

Habían pasado ya más de tres horas desde que enviara las fotos a Madrid. En cualquier momento, la inspectora Silva se pondría en contacto con él. Tenía poco tiempo para encontrar alguna pista. El humo del cigarrillo que sujetaba entre los dedos de la mano con la que accionaba el teclado, subía hasta su rostro serpenteando. El ardor en los ojos lo obligó a entrecerrarlos un par de veces, y fue entonces, con la mirada acristalada, que encontró lo que estaba buscando.

Como cronometrado por la divina providencia, el timbre del teléfono interrumpió su incipiente exaltación.

—¿Sí?

—Buenos días, Piñeira. —Reconoció de inmediato la voz aterciopelada de la inspectora Silva.

—Buenos días, inspectora. Estaba esperando su llamada. —Un

ligero suspiro se le escapó y la inspectora adivinó del otro lado la media sonrisa que se dibujaba entre la barba en ciernes.

—Llevo toda la mañana revisando las imágenes, Piñeira, y aunque hay ciertas fotografías de interés en las que aparece la víctima, incluso en los momentos en los que abandonó la feria, no he sido capaz de identificar ningún sospechoso. No parece *a priori* que la estuviesen siguiendo. Ni siquiera cruza una palabra con nadie.

—Me sucedió…

—¿Conseguiste hablar con los compradores? —le interrumpió Miranda.

—Sí. Son comerciantes de la zona que están limpios. Sin antecedentes ni nada turbio. Gente de bien que se gana el pan honradamente. Aunque uno de ellos recordó verla subirse a un coche tras finalizar una reunión de negocios.

—¿Te dijo cómo era el coche, si vio quién lo conducía?

—Solo que era un coche rojo, un turismo, pero ni siquiera recuerda la marca o el modelo.

—Ya —contestó Silva decepcionada.

—Respecto a eso, me sucedió algo similar mientras revisaba las fotos. Al principio, centré mi atención en los participantes de la feria únicamente. En las personas, quiero decir. Buscando algún contacto visual o alguien que pareciera seguir o vigilar a la víctima, pero al igual que tú, no encontré nada relevante. Luego, las examiné desde otra perspectiva: obviando a las personas y mirando el entorno, por si había algo extraño o fuera de lugar.

—¿Y? —preguntó interesada.

—Tampoco encontré algo fuera de lo común. —Piñeira sonrió, esta vez sin que la inspectora se percatara, imaginando el rictus de Miranda ante su respuesta—. Abre, por favor, la carpeta de imágenes del Ayuntamiento.

—Hecho.

—Ve a la penúltima fotografía.

Miranda abrió la imagen. En la pantalla y en primer plano, un hombre fornido de unos cincuenta años ataviado con una chaquetilla y un gorro negros de *chef* frente a una parrilla de carbón. Con la mano derecha manipulaba una pinza con la que intentaba voltear un

costillar y en la otra una copa de vino casi vacía. A sus espaldas se apreciaban varios camareros bajo una carpa amontonando platos. La inspectora examinó minuciosamente la instantánea un par de veces sin notar nada que llamara su atención. Comenzó a mover con persistencia la pierna derecha, signo inequívoco de que se le agotaba la paciencia.

—Piñeira, al grano, por favor.

—La copa de vino, inspectora.

Miranda afiló la mirada.

—¡Qué cabrón! —exclamó sorprendida.

Capítulo 12

Madrid, 13 de julio de 2016

Regresamos al piso en Salamanca. Me carcomía pensar que mi imprudencia, lejos de conducirme por el camino de la verdad, pusiera en riesgo de algún modo la investigación del asesinato de mi madre. Los embrollos de mi cabeza proyectaron la voz de la inspectora madrileña, pero no era la voz calma y juiciosa con la que me habló en el salón de Jacinto, sino que tronaba como un látigo que me reconvenía por mi ligereza.

Encontré un remanso de paz interior cuando recordé que, tras su visita, no había tenido más noticias suyas, que yo andaba por libre, ajena a los avances de su investigación, y que mi propósito tenía un horizonte más amplio.

Al llegar nos encontramos a Antonio hablando por teléfono. Caminaba de un lado a otro del salón inmerso en una conversación que lo mantenía ajeno a nuestra presencia. Lucas se acercó con sigilo y agarró un cigarrillo de una cajetilla abierta que su padre había dejado sobre el sofá. Pasamos por la cocina buscando un mechero y nos fuimos a la habitación. Abrió la ventana para dejar escapar el humo y se mantuvo ahí parado mientras fumaba. Lo miré con extrañeza, pero sin hacerle ningún reproche. Me tumbé en la cama y le pedí que cuando terminara se acostara a mi lado. Ladeó la cabeza y me dijo con sutileza:

—Voy a tener que quedarme más tiempo de lo pensado. —Fruncí las cejas sin saber a qué se refería con exactitud—. Después de lo que pasó esta tarde con ese loco, prefiero no dejarte sola. La verdad es que mis planes eran otros. Pensé acompañarte los primeros días hasta que te sintieras más suelta y luego regresar a Negueira. Iba a hablar con mis padres para que te quedaras en casa el tiempo que necesitaras. Ellos están solos y podrías usar mi habitación sin problemas. Pero prefiero acompañarte en esto, si me lo permites,

claro. —Soltó la última bocanada de humo y se tumbó a mi lado.

Sonreí aliviada en señal de agradecimiento. Hubiera llegado hasta el final de esta historia sola, de eso no tenía dudas, pero saberlo ahí para mí era un aliciente. Sus padres me habían recibido con mucho cariño, aun así, me hubiera resultado incómodo permanecer más tiempo en la casa sin Lucas.

—Nunca me habías hablado de tu hermana. —Procuré abordar el tema con mucho tacto para no resultar indiscreta.

—Será porque nuestra relación no atraviesa su mejor momento. —Lucas se levantó y caminó hasta la ventana otra vez. El cristal me devolvía el reflejo de sus ojos encharcados—. Cuando determiné dejar los estudios y dedicarme a la pintura, sentí que todos me dieron la espalda. Ni siquiera Sandra me apoyó. Es más, fue muy crítica con mi decisión. Luego comenzaron mis problemas con las drogas y con ello las discusiones y momentos de tensión. Mi hermana pasó a ser el ejemplo que seguir, la hija perfecta y la referencia de lo que yo debía ser. Cada vez que mis padres juzgaban mis actos y me recriminaban cualquier decisión que tomaba respecto a mi vida, Sandra salía a relucir como el espejo en el que mirarme.

Lucas se secó las lágrimas con la parte baja de la camiseta y sacudió la cabeza como si intentara quitarse de encima los recuerdos. Regresó a la cama con los ojos hinchados, pero yo aún podía ver en su mirada el alma pura de la que ya sospechaba que me estaba enamorando.

Me daba mucha pena escuchar sus palabras porque yo había conocido a un chico con un corazón enorme, lleno de bondad para todos. No fui testigo de esa época de adicciones ni lo que supuso para él y la familia. Tampoco era tan difícil imaginarlo. Prefería quedarme con su fuerza de voluntad para salir de ese pozo en el que se ahogaba. Hace falta mucha valentía para reconocer que tenemos un problema con las drogas, y mucha más para dejarlas. La vulnerabilidad de Lucas me conmovía sobremanera.

Sentí el impulso de abrazarlo y decirle que era muy especial para mí, que todo eso era parte de su pasado y que tenía la vida entera por delante para demostrarle a su familia, y sobre todo a sí mismo, que nunca es tarde para volver a empezar y recuperar el tiempo

perdido. Estábamos tan a gusto abrazados que, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

Mis pies descalzos acariciaban la tierra seca del bosque. De vez en cuando una rama o una piedra se incrustaban contra mi piel obligándome a aminorar el paso. A mi alrededor había una niebla espesa. Sentía mi cuerpo helado y los dedos entumecidos por el frío. No sabría decir si estaba amaneciendo u oscureciendo, solo que mis ojos no conseguían ver más allá de un par de metros por mucho que me esforzara. Escuché una voz pronunciar mi nombre, una voz que ya había escuchado antes.

«¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?».

La niebla y la oscuridad me fueron envolviendo en un manto que comenzaba a asfixiarme. La voz se repetía cada vez con mayor intensidad hasta convertirse en un grito ensordecedor. Me cubrí los oídos con las manos y caí sobre mis rodillas temblorosas. Intenté pedir ayuda, pero no conseguía emitir ningún sonido. Escuché unos pasos y traté de identificar de dónde provenían. Por momentos los escuchaba delante y por momentos, detrás. Me estaba entrando mucho miedo. Unos murmullos llegaron a mis oídos. Era la misma voz de antes. Estaba segura. La niebla comenzó a disiparse de repente y atiné a ver una larga melena rubia.

«¿Tú?».

Se me acercó con una sonrisa y me besó en la mejilla. Desapareció súbitamente y reapareció a mis espaldas. Apoyó las manos en mis hombros y se arrimó a mi oído. Dijo algo que ya me había dicho antes: «La muerte también llega con el amor que engendra», y me desesperé. Me di la vuelta con la intención de pedirle explicaciones, pero no estaba. Yo tampoco estaba ya en el bosque. El cosquilleo de la arena en la planta de los pies y el olor a sal me revelaron el mar a mis espaldas. El cielo encapotado se desparramaba en nubes grisáceas que lo ensombrecían todo. El agua helada del mar llegó hasta mis pies cubierta de espuma blanca. La extraña mujer de melena rubia reapareció a mi lado ataviada con una bata blanca que le llegaba hasta las rodillas. Sin apartar la vista del horizonte, mencionó mi nombre y se adentró en el manto gris

del mar. Hice el intento por gritar otra vez y, para mi sorpresa, había recuperado la voz. Mi propio chillido de espanto me despertó.

Lucas se incorporó exaltado por mi alarido. Le conté los detalles del sueño, más bien la pesadilla que acababa de tener. Esa mujer quería decirme algo y no conseguía descifrar su mensaje. Un sentimiento de impotencia se adueñó de mí y rompí a llorar. Me preocupaba que intentara decirme algo respecto a mi madre y nunca fuese capaz de saberlo. Me había despertado muy sensible y extrañándola mucho. Lucas no lo pensó y me abrazó muy fuerte, como si me protegiera de mis propios miedos.

Arantxa nos interrumpió con unos golpes en la puerta. Nos sorprendimos abrazados todavía. Me aparté sobresaltada y traté de disimular mi vergüenza arreglándome el cabello.

—¿Dónde habéis pasado la tarde? —preguntó Antonio mientras se llevaba un trozo de queso a la boca que acompañaba con un vino crianza, un aperitivo de media tarde que no me apetecía.

Lucas me miró confabulado.

—Estuvimos en un bar en el que trabajó mi madre, pero no quedaba ninguno de los antiguos trabajadores, y el dueño tampoco era el mismo.

—Ha pasado mucho tiempo, Maca —anotó Antonio—. Tendrás que ser paciente, pero sin perder la esperanza.

—Lo sé. Será muy difícil encontrar a la gente que la conoció.

—Pero no imposible, hija —Arantxa procuraba animarme.

—Estando allí comenzó el clásico y se nos pasó el tiempo —mencionó Lucas. La respuesta pareció convencerles—. Quiero aprovechar para deciros que he decidido pasar más tiempo en Madrid para ayudar a Macarena en su búsqueda, aunque eso no cambia mi propósito de regresar a Negueira.

—Este es tu hogar y puedes quedarte el tiempo que desees —le recordó Arantxa—; ambos podéis.

Yo respondí con una sonrisa de agradecimiento que secundó Lucas.

Eran apenas las seis de la tarde. Me asomé al ventanal de cristal y observé la calle, llena de coches y transeúntes que entraban y salían

de las tiendas. Unos pocos se atrevían a mitigar el calor bajo los toldos de algunas terrazas. Volteé y los vi conversando con tranquilidad mientras bebían y comían, alguna risilla se les escapaba cada cierto tiempo, y volví a contemplar el sol abrasador de una tarde que prometía alargarse también dentro de mí.

Me acerqué discretamente a Lucas y le susurré:

—¿Te parece si nos vamos a Alcorcón?

Capítulo 13

Madrid, 13 de julio de 2016

Caminaban dando zancadas por el pasillo de la Jefatura. Miranda ligera, emocionada; Estrada, bamboleándose como se lo permitían sus piernas cortas y su barriga marcada. Faltó muy poco para que sus expectativas respecto a DollyPlus cejaran, hasta que Eduardo los convocó con urgencia en cuanto recibió respuesta del administrador del foro. Se adentraron en una habitación pequeña, sin muebles apenas, salvo un archivador y una mesa metálica sobre la que había situado su ordenador portátil.

Lo encontraron sudoroso e inquieto, con las manos inmóviles sobre el teclado y la mirada perdida en el fondo escarlata del chat que se había desplegado frente a él.

—Dime qué tenemos —se apuró a preguntar el comisario sacándolo de su sopor.

—Quiere saber cómo llegué hasta DollyPlus —respondió nervioso —. Lo que digamos ahora será crucial para que nos dé acceso.

—Procede según lo acordado —le indicó Estrada.

—¡Espera! —le ordenó Miranda.

Caminó alrededor de la mesa hasta situarse de frente, con una mano en la cintura y la otra cubriéndole la boca. Dudaba sobre el siguiente paso. La estrategia que habían acordado seguir si el administrador los contactaba, la de sugerir que un usuario de uno de los grupos donde Eduardo había compartido material le habló de DollyPlus, carecía de fuerza llegado el momento.

—Miranda, no sabemos cuánto tiempo permanecerá conectado. Tenemos que jugarnos esa única carta.

—Lo sé —respondió enérgica en un tono molesto.

—¿Entonces…?

—Dame un momento —le pidió antes de comenzar a caminar en círculos por la habitación, con las manos en la cabeza, suspirando

hondo, volteando a los pocos segundos con una idea que no llegó a exteriorizar.

—Entretenlo de alguna manera —le rogó a su compañero, que alzó los hombros y buscó la aprobación del comisario, que se limitó a asentir con la cabeza muy despacio, sobrepasado como él con la situación.

«Me han contado cosas de este foro. Quiero ser uno más y compartir lo que tengo. Te aseguro que es muy *heavy*, tío», escribió el chico.

El mensaje subió a lo más alto de la pantalla, solo por debajo de la pregunta del administrador, que se escondía tras un perfil de fondo negro en el que fulguraban unas letras metálicas en mayúsculas que lo identificaban: EL OFICIĄNTE. Dentro de aquellas cuatro paredes pareció que el tiempo se congelara. Los tres expectantes, con la ansiedad disparada esperando una reacción que no llegaba y que, si tardaba un poco más, terminaría con las uñas del comisario rebotando en su estómago.

«¿Quién te habló de DollyPlus?».

La interrogante saltó frente a sus ojos un par de minutos después, cuando creían que ya no respondería.

—Insiste en saber —comentó Eduardo lo que era obvio—. Si ignoramos la pregunta y nos vamos otra vez por la tangente, no tendremos oportunidad.

La inspectora retomó su andar intranquilo por la habitación. El chico creía contemplar a un animal al que tienen encerrado y que se siente oprimido dentro de un mundo que le resulta pequeño y que lo asfixia. Ella sabía que tenían las de perder. Ese tipo era listo y calculador. No se dejaría atrapar tan fácilmente. Cualquier respuesta que le dieran zanjaría sus posibilidades —si es que alguna vez las tuvieron—. Le fastidiaba pensar que un grupo de hombres, seguramente desconocidos entre sí, sentados en sus casas o en sus oficinas, vestidos de traje y con la apariencia más natural del mundo, algunos incluso parecerían tontos, disfrutaban extasiados viendo a un degenerado que molía a golpes a una pobre infeliz con sus guantes de boxeo. La impunidad campando a sus anchas por las calles de Madrid y por el mundo, frente a sus narices y las de todos,

porque unos malditos códigos binarios les permitían navegar por la red oscura como invitados de una pomposa fiesta de máscaras.

—Silva —el tono del comisario se elevó y la arrastró de vuelta—. ¿Qué respondemos?

—Si le decimos que un usuario de otro foro nos habló de DollyPlus, preguntará por él. Eso nos dejaría descubiertos porque, aunque le demos el nombre de un usuario cualquiera, no tenemos cómo respaldar esa mentira. La única baza que tenemos es Santiago Ybarra. Dile que pasó la noche en tu celda cuando entró en prisión, que lo machacaron a palos; que tú lo ayudaste porque a ti también te dieron una paliza cuando entraste a Soto del Real, mismos delitos, y que fue él quien te habló del foro.

—No se va a tragar ese disparate —sentenció Estrada con los brazos en jarra y moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—Ya sé que suena descabellado, pero al menos le estaríamos hablando de uno de los suyos.

Sin que ninguno de los dos argumentara nada más, Eduardo lanzó la respuesta según las indicaciones de la inspectora. El tiempo pasaba y EL OFICIĄNTE no respondía. La impaciencia crecía como un torbellino dentro de sus cabezas expectantes y cansadas. Habían jugado el único as que tenían bajo la manga y no les quedaba sino esperar. Necesitaban al menos una pregunta más, un indicio de que la jugada había calado, porque eso significaría que tenían una oportunidad real de entrar a DollyPlus.

Un respingo de Eduardo los sobresaltó. Los mensajes desaparecieron súbitamente de la pantalla, completamente oscura ya, y DollyPlus se esfumó delante de sus ojos. El sonido constante de los dedos aporreando el teclado marcaban el ritmo de una derrota que se sentía áspera y amarga. El chico lo intentó en vano durante unos minutos hasta que se recostó vencido en el respaldo de su asiento.

Miranda avanzó hasta la puerta escoltada por el comisario. Agarró el pomo y la abrió de un tirón. La dimensión del pasillo que tenía frente a ella le provocó una sensación extraña, como si la pequeña habitación donde estaban encarnara ese mundo oscuro y oculto al que habían descendido buscando al asesino y que ahora dejaban

atrás.

—¡Un momento! —les pidió Eduardo, que había vuelto a los navegadores convencionales y leía con detenimiento una página que había abierto en el ordenador.

—¿Qué pasa? —preguntó Miranda desde el otro lado del umbral.

—¿Os habéis fijado en la tipografía de su perfil?

—No te sigo, Eduardo. ¿A qué te refieres?

—EL OFICIĄNTE escribía su nombre así, en mayúsculas, y empleaba una grafía que me llamó la atención. La letra «Ą» tenía una especie de gancho en la esquina inferior derecha. Según estoy leyendo, se utiliza en las lenguas indígenas americanas y en las lenguas polaca y lituana. A lo mejor no tiene ningún significado y se trata de algo estético sin más, pero me resulta curioso.

Miranda le devolvió una sonrisa de gratitud. Había conseguido darle un pequeño hilo del que tirar, una pista que apaciguaba la ventisca dentro de su cabeza.

—Envíame esa información, por favor —le imploró—. ¡Buen trabajo, Eduardo!

Capítulo 14

Madrid, 13 de julio de 2016

En menos de una hora estábamos en Alcorcón. Caminamos cuesta arriba por la calle Mayor, atiborrada de pequeños comercios que promocionaban las rebajas de verano, hasta llegar muy cerca del Ayuntamiento. Nos detuvimos frente a un edificio multifamiliar de apenas cuatro plantas, cuyos balcones combatían el calor con los típicos toldos verdes de los barrios obreros. Llamamos por el interfono y nos respondió una voz masculina casi ronca.

—¿Sí?

—Hola. Mi nombre es Macarena…

—No me interesa comprar nada —espetó de cuajo.

—¡Espere! No estoy vendiendo nada. Mi madre estuvo en esta casa hace veinte años y quisiera saber si usted la conoció.

—Mira, niña, yo llevo más de cincuenta años viviendo en este piso y te puedo asegurar que tu madre nunca vivió aquí. ¡No molestes, por favor!

—¡Belén! ¡Belén Alonso! Así se llamaba mi madre.

Hubo un corto silencio que se interrumpió por el sonido mecánico de la puerta que se abría. Subimos hasta un cuarto piso sin ascensor. El señor nos estaba esperando en el umbral de la puerta ataviado con un albornoz —a pesar del calor— y unas pantuflas a juego. El pelo blanco y la cara cuarteada por las arrugas daban la apariencia de que tenía más de ochenta años. El atuendo evidenciaba que habíamos perturbado su tranquilidad y no se tomó si quiera la molestia de disimularlo. Se identificó como Pedro y nos convidó a pasar.

Desde la entrada se percibía ese olor que emana de las casas cuando han estado mucho tiempo cerradas. La única luz que había en el salón era la que entraba por una de las ventanas que tenía la

persiana en alto. La humedad de las paredes había conseguido agrietar la pintura del salón. Una capa de polvo cubría muebles y alfombras y conseguía que todo en aquella habitación tuviera un color opaco. Nos sentamos con aprensión en uno de los sofás mientras él acomodaba una silla para situarse justo frente a nosotros.

—Vamos a ver… ¿Tú eres hija de Belén, la amiga de Lola? —preguntó con recelo.

—Yo soy hija de Belén, pero no sé quién es Lola —admití.

—Lola es mi hija. Fue ella quien trajo a tu madre a esta casa. Aunque Belén no vivió aquí, más bien estuvo unos días. De milagro la recuerdo, porque últimamente la mente me falla un poco —comentó acomodándose en su sitio—. ¡Qué pena que haya muerto! Era una buena mujer. —Esbozó una sonrisa complaciente y se aclaró la garganta—. No sé qué puedo hacer por ti. Tú dirás.

—Cuénteme todo lo que recuerde de los días que estuvo aquí. Cualquier cosa, por intrascendente que parezca, significaría mucho para mí en este momento.

—Claro, claro. Yo te cuento todo —asintió con su voz ronca—. ¿Queréis beber algo? Yo, si me lo permitís, me tomaré un vermú.

Se retiró a la cocina durante unos minutos. Lucas desvió mi atención hacia las fotografías enmarcadas suspendidas en una de las paredes del salón. Eran en su mayoría imágenes en blanco y negro de dos recién casados. Sobre una repisa distinguimos también unas fotos a color de una misma mujer, distinta a la anterior, en diferentes etapas de su vida. Los dos nos levantamos a observar las fotos con detenimiento. Pedro nos sorprendió en el acto con su vermú en mano.

—Esa es Lola —afirmó señalando las fotos a color—. Los otros somos mi difunta esposa Pilar y yo en nuestra boda. ¿A que éramos muy guapos? —preguntó con picardía.

—Sí, mucho —respondió Lucas con total sinceridad.

—Mi Pilar siempre fue deslumbrante. Todos los hombres me tenían envidia. —Soltó una carcajada y bebió un sorbo—. Tu madre y Lola eran buenas amigas. No sé si sabes que vivían en el mismo hostal; fue ahí donde se conocieron. Congeniaron y se hicieron amigas.

Cuando Belén se quedó sin trabajo, Lola la trajo unos días para aquí. Ya cuando vino estaba embarazada, eso lo recuerdo. Lola no vivía con nosotros desde hacía un tiempo, así que pudo quedarse en su habitación. Además, con el tipo de vida que llevaba mi hija, era imposible que se quedara con ella.

Esa última frase llamó mi atención y contraje la expresión. Pedro percibió mi curiosidad y respondió en un tono más bajo, con timidez:

—Lola tomó decisiones que la llevaron por mal camino. El mundo de la noche es como un cáncer que te devora por dentro y que siempre deja secuelas. Se metió en ese mundo y no hubo Dios que la sacara de ahí. Pilar y yo nos cansamos de hablar con ella y aconsejarla, pero fue en vano. —Mi cara de asombro sería tal que enseguida corrió a puntualizar—. Pero tu madre no se dedicaba a eso. Ella era camarera. Y mi Lola tendrá sus cosas, pero es muy buena amiga. Ya se salió de esa vida. Encontró un buen hombre y se casó. Ahora vive en Portugal. —Hizo una larga pausa para terminarse el vermú y prosiguió—: Cuando murió mi esposa, le pedí que se fuera. Ella estuvo cuidando de su madre mientras le duró el cáncer, pero yo sabía que tenía sus planes y no quise retenerla. Yo todavía estoy fuerte y me las apaño.

Señaló el vaso vacío y se dispuso a rellenarlo. Sus últimas palabras me hicieron sentir pena por él. Hasta ese momento no me había dado ninguna pista que me ayudara en mi búsqueda de la verdad. Sin embargo, Lola sí podría aclararme muchas cosas. Había sido una persona cercana a mi madre y debía estar al tanto de los acontecimientos que marcaron su estancia en Madrid.

—Lo que todavía no entiendo es cómo llegaste hasta esta casa —inquirió Pedro con desconcierto.

—Estando mi madre en esta casa le escribió una carta a su hermana en Córdoba. Yo la encontré entre sus pertenencias cuando murió. Esa fue la pista que me trajo hasta aquí —expliqué—. Según lo que usted me ha contado, Lola debió conocer muy bien a mi madre. ¿Cómo puedo hablar con ella?

—Lola me llama todos los meses, hasta dos y tres veces. Ella siempre se ha ocupado muy bien de mí. Tengo un teléfono suyo en Portugal, pero no sé si te servirá de algo. Su marido trabaja para un

circo y siempre andan viajando de un lugar a otro. Pero si quieres le puedes dejar un mensaje. De todos modos, si me llama le diré que te contacte. Déjame un número en el que te pueda localizar.

Extraje del bolso un trozo de papel y un bolígrafo y se los pasé a Lucas para que escribiera el número de su casa. Lo rasgué al medio, y en la mitad en blanco me dispuse a anotar el contacto de Lola en Portugal. Pedro me indicó con el índice que le dejara mis datos en la mesilla donde se encontraba el teléfono, y que junto a este había una agenda. En la primera página encontraría el número de su hija.

—Esos días que mi madre pasó aquí, ¿cómo fueron? —Pedro pareció no entender mi pregunta—. O sea, ¿cómo estaba ella?, ¿qué contaba?, ¿cómo se le veía? —indagué con más detalle.

—La recuerdo como una chica normal que acababa de descubrir su embarazo. Algo nerviosa, como era de esperarse, pero también muy ilusionada. Es cierto que ella pasaba más tiempo con Pilar, pero siempre fue muy cercana y amable. La noche en que tu padre estuvo aquí, ella lo recibió con mucha alegría. Debo admitir que lucía un poco mayor para ella, pero estaba muy enamorada y se le notaba.

No me esperaba que Pedro mencionara a mi padre. Un salto en el estómago apareció de repente. Lucas tampoco pudo contener su entusiasmo y me agarró del brazo. Nos miramos consternados y desbordados por la expectación.

—¿Mi padre? —pregunté agitada.

—Sí, vino una noche y se quedó a cenar con nosotros.

—Yo no lo conocí —comenté—, y nunca he sabido nada de él. —Pedro tampoco logró ocultar su asombro—. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Era un hombre de buen ver, eso sí, y se veía también muy enamorado de tu madre. No sé qué pudo haber pasado para que se desentendiera de vosotras. Ya te digo, cuando Belén se fue no supimos nunca más de ella.

—¿Y mi padre sabía que ella estaba embarazada? —La respuesta de Pedro me interesaba sobremanera.

—Claro, claro. Se lo dijo esa misma noche. Él recibió la noticia con júbilo.

Me levanté conmocionada y me acerqué a la ventana. Necesitaba

desesperadamente una bocanada de aire. En un impulso abrí la ventana y asomé la cabeza buscando que el viento me abrazara. Un sentimiento de abandono me entristeció. Pensé en mi madre y lo que debió suponer para ella que el hombre del que estaba enamorada y con el que esperaba una hija la dejara sola. Yo también compartía ese dolor del abandono. Lucas quiso saber si me encontraba bien. Con un gesto le indiqué que sí. A fin de cuentas, lo que estaba sintiendo en ese momento lo llevaba sintiendo toda mi vida.

Aunque había una lección que debía aprender de una vez por todas: no dejar que las emociones me nublaran la razón. Los testimonios que escuchara podrían herir mi sensibilidad, pero eran solo una parte de la historia, condicionados, además, por la subjetividad de sus emisores. Cada uno cuenta las cosas según las vivió, y muchas de ellas son juicios que nos hacemos a partir de nuestra manera de entender la vida o, incluso, lo que moralmente entendemos que es correcto o no. Por eso debía ser precavida, no dejarme llevar por una versión de los hechos, sino escucharlas todas, con sus similitudes y posibles contradicciones, para al final sacar mis conclusiones. Y ni siquiera en ese momento podré sentirme dueña de la verdad absoluta, porque conocer al pie de la letra los pormenores de todo lo que sucedió era imposible.

Esa reflexión me hizo entender que no tenía elementos suficientes para culpar a mi padre de su ausencia en nuestras vidas. ¿Y si fue ella quien decidió alejarse sin decirle nada? La acusación de asesinato pudo ser un factor determinante para que no solamente desapareciera y se forjara una nueva identidad, sino también para excluirlo de esa nueva vida que comenzó en Negueira. Todavía tenía que aclarar muchas cosas. Lo que sí tuve claro mientras el aire me recomponía, era que debía ser prudente y pensar las cosas con la cabeza fría, lo más lejos posible de cualquier influencia emocional.

—Usted mencionó que Lola y mi madre vivían en el mismo hostal. Por casualidad, ¿conoce la dirección? —pregunté desde la ventana.

—En una ocasión estuve allí con Pilar. Es más, recuerdo que estaba muy cerca del bar donde trabajaba Belén.

Convencida de que Pedro me había contado todo cuanto sabía, le

agradecí el tiempo que nos había dedicado. Nos acompañó hasta la puerta y antes de despedirse me dijo con evidente paternalismo:

—Ten mucho cuidado, hija. No sé qué hay detrás de las averiguaciones que estás haciendo, pero me huelo que no es nada bueno. Tu madre era una buena mujer. Quédate con eso.

Mientras bajábamos las escaleras pensé que había llegado la hora de volver a ver a la inspectora Miranda Silva.

Capítulo 15

Galicia, 14 de julio de 2016

El cabo Piñeira se había ido la noche anterior con sus colegas a una taberna. Era un hombre que pocas veces salía a beber con sus compañeros, cuestión que le había conferido el cuestionable título de «soso». Había una razón de peso detrás de su exagerada cordura y era, precisamente, la delgada y difusa línea entre la prudencia y la insensatez, una línea que había traspasado en más de una ocasión.

Piñeira era amante del vino. No faltaba en su casa una buena botella que degustar por las noches cuando llegaba del trabajo. Tomaba dos o tres copas que acompañaba con un trozo de queso, y ya con eso se sentía satisfecho. Había cierto placer en el arte de tener el control, de saber con certeza hasta dónde podía llegar. Piñeira conocía muy bien la bestia que se guarecía en su interior y prefería no despertarla.

Era un lobo solitario. Vivía en un chalé heredado de sus padres que había estado a punto de vender en varias ocasiones.

«¿Para qué quiero yo una casa tan grande?», solía decir.

Habían pasado dos años desde su última relación con la hija de un ganadero de la zona. La chica lo despachó por aburrido, o al menos eso fue lo que se encargó de divulgar por Fonsagrada. A él no le importaban los rumores ni las risillas de sus compañeros. En gran medida, lo mejor que le pudo pasar fue quitarse de encima a esa chiquilla impertinente y malcriada para poder centrarse en lo único que parecía interesarle: su trabajo. Y, cuando lo hacía bien, recibía un chute de adrenalina.

—¡Eres un cabrón, Piñeira! —le había dicho la inspectora Silva entre risas al teléfono—. ¿Cómo has conseguido verlo?

—Podría decirte que tengo ojo de águila para estas cosas, pero te estaría engañando —respondió él con jocosidad—. Tuve suerte.

Nada más.

—Buen trabajo, Piñeira. Ahora necesito que recopiles las imágenes de las cámaras de tráfico de ese día y del día siguiente y me las envíes.

—Las imágenes están. En su momento las analizamos buscando alguna pista sobre Carmen Iglesias.

—Pues ahora que ya sabemos qué buscar, probemos suerte.

La noche anterior, y tras el subidón que había significado para él que la inspectora Silva lo felicitara por su descubrimiento, se fue con los chicos a tomar algo.

El cabo invitó a la primera ronda de chupitos en la taberna. Había estado todo el día vanagloriándose de su descubrimiento y luego quiso seguir compartiendo con sus compañeros. Se sentía pletórico.

Seis chupitos de tequila después y con el séptimo sobre la barra esperando a ser ingerido junto a la sal y una rodaja de limón, Piñeira se detuvo a reflexionar durante un instante.

«¿Qué coño haces, tío? Sabes que ya estás en ese límite». El palpitar en las sienes lo anunciaba. «Si te tomas este, no hay vuelta atrás».

La camarera detrás de la barra lo contemplaba en silencio mientras repasaba unas copas con un trapo azul.

—No le des muchas vueltas, Piñeira. Lo mejor es que te vayas a casa —le dijo.

Él le devolvió una mirada indiferente. Suspiró un par de veces y dejó el chupito listo sobre la barra.

—Tienes razón, Silvia. Anda, ya está pagado, disfrútalo tú.

—Sí, claro, como si el gordo me dejara beber en el curro. —La chica alzó los hombros y continuó puliendo copas.

Piñeira avanzó unos pasos hasta donde se encontraban sus compañeros. Pasó los brazos por encima del hombro de los agentes González y Noreña e interrumpió el jolgorio.

—Chicos, ya me voy a casa. Tened cuidado al marcharos.

—No te vayas, cabo. Ángela acaba de llegar y aún no ha escuchado los detalles de tu hazaña. —Piñeira sabía que aquello no era más que una excusa tonta para endulzar sus oídos y que se quedara un rato más—. Venga, cuéntale.

—Otro día, Noreña.

—Venga, cuéntale para que vea lo que es tener ojo de lince.

Noreña lo agarró por el brazo sin dejarle escapatoria. Le ofreció la botella de cerveza de la que bebía, pero el cabo declinó la oferta. Ángela, que se había incorporado al cuartel hacía muy poco tiempo, parecía entusiasmada con la anécdota.

Piñeira repitió una vez más la historia de su hazaña desde el principio, mientras sus compañeros lo animaban y la nueva agente prestaba atención con los ojos abiertos como platos.

—Y luego de examinar con lupa las fotos —concluyó—, descubrí una pista, una que parecía casi imposible de encontrar: el coche que utilizó el asesino. Y lo hice nada más y nada menos que en el reflejo de una copa de vino.

Piñeira abrió los brazos en actitud triunfal. Sus compañeros alzaron las copas y brindaron —por enésima vez ya— en su honor.

—¿Qué tipo de coche era? —preguntó la chica.

—Un Citroën Xsara de 2006 de color gris —contestó el cabo.

—¡Ah, qué casualidad! El mismo que el involucrado en el accidente de Tallobre —replicó Ángela.

Piñeira atravesó el círculo que formaban sus compañeros para llegar hasta ella. La tomó por el brazo con delicadeza y la apartó donde pudieran conversar mejor.

—¿Qué es eso del accidente de Tallobre?

—Fue el primer caso en el que trabajé cuando me incorporé al cuartel. El caso lo llevó Freixas. En realidad, yo solo estuve de apoyo.

—¿Qué recuerdas del caso?

Noreña se aproximó tambaleándose con dos jarras que chorreaban cerveza. Piñeira lo apartó reconduciéndolo de vuelta hacia el tumulto de agentes.

—Un conductor se salió de la vía en la carretera de Tallobre. Lo encontraron inconsciente con heridas y contusiones importantes. Cuando conseguimos hablar con él, nos dijo que un coche lo había golpeado por detrás hasta perder el control. Un Citroën Xsara gris. El agente Freixas no le dio credibilidad a su relato porque los resultados mostraron una alta concentración de alcohol en sangre.

—¿Recuerdas si consiguió ver al conductor o si os dio la matrícula?

—La matrícula la tenemos, pero resultó ser falsa.

Piñeira achinó los ojos.

—¿Sabes qué día ocurrió?

—Claro. El domingo 17 de abril.

—El mismo día de la *Festa do Viño*. ¡No me jodas!

La chica se sorprendió por la expresión del cabo, que inmediatamente procedió a disculparse. Piñeira salió de la taberna huyendo del bullicio y llamó a Freixas. Acordaron reunirse en el cuartel en quince minutos. A la distancia a la que se encontraba la taberna, necesitaría la mitad de ese tiempo para llegar al cuartel, así que prefirió ir andando despacio dejando que la brisa nocturna le devolviera la cordura que se había dejado en la barra entre tantos chupitos.

El agente Freixas lo estaba esperando en la entrada con el expediente del caso bajo el brazo. Piñeira se sorprendió de que llegara antes que él. Por la expresión de la cara podía adivinar que no le había gustado que lo citara en el cuartel a esa hora de la noche en su día de descanso. No obstante, el cabo sabía recompensar el esfuerzo y sacrificio de los suyos. Ya buscaría la oportunidad para agradecerle el favor.

—No entiendo cuál es tu interés en este caso —comentó Freixas mientras avanzaban por el pasillo hacia el despacho del cabo—. Aquí ya no hay de dónde tirar. No hay imágenes de tráfico ni testigos ni nada. La víctima dice que un coche lo embistió por detrás hasta sacarlo de la carretera. Consiguió ver la matrícula, pero…

—… era falsa. Ángela me puso al tanto.

—¿Ángela?

—Sí. Estábamos en la taberna y… ¡Da igual! Háblame de la víctima.

—Miguel Soler. Un tío de setenta años, amante del vino, que escuchó hablar de la *Festa do Viño* que organizaban en Negueira y quiso asistir.

En ese instante, Freixas abrió el expediente sobre el escritorio de Piñeira y buscó la ficha con los datos personales de la víctima.

—¿Me estás diciendo que este tío vino desde Córdoba a un

incipiente festival vinícola que apenas se conoce en esta región?

—Pues sí. —El rictus de Freixas denotaba lo disparatada que sonaba esa idea—. A mí me pareció un tío normal, convincente.

—¿Y cómo explicas que el asesino de Carmen Iglesias lo haya perseguido hasta provocarle un accidente que casi le cuesta la vida el mismo día de su desaparición?

Piñeira ignoró la expresión de extrañeza que se dibujó en el rostro de su compañero porque la pregunta en sí no era para él, sino que se le escapó mientras pensaba en voz a alta. Sacó una cajetilla de cigarrillos del primer cajón y el rostro le cambió cuando se percató de que estaba vacía. Freixas salió en su auxilio y le extendió uno.

—¿Cómo no vi esto antes? En Negueira nunca sucede nada y el mismo día que desaparece Carmen Iglesias ocurre este accidente y no se me pasa por la cabeza relacionarlos… ¡Me cago en mis muertos!

—¡No te martirices, hombre! Creo, incluso, que te estás precipitando. Este hombre iba al volante con unas cuantas copas de más.

—¡Que no, Freixas! ¡Que no me estoy inventando nada! —Se levantó de un respingo—. La matrícula del coche que os dio este tipo coincide con la matrícula falsa que la policía identificó en Madrid cerca del lugar donde encontraron a Carmen Iglesias. Es la misma matrícula del coche que estaba en la *Festa do Viño*.

—Eso significa entonces que Miguel Soler sabe más de lo que nos contó. Ese tipo lo perseguía por alguna razón.

Piñeira continuaba de pie frente a su escritorio. Apretaba furioso los dientes y los orificios de su nariz se ensanchaban con motivo de su respiración acelerada.

—Miguel Soler sabe quién es el asesino de Carmen Iglesias —concluyó el cabo.

Le hubiera gustado llamar a la inspectora Silva a esa hora, pero pasaba de la una de la madrugada y no quería pecar de imprudente. Le agradeció a Freixas por su tiempo y le pidió que estuviera en su despacho a primera hora de la mañana. Agarró el expediente y se propuso examinarlo en casa. Recordó que había dejado su coche estacionado frente a la taberna y sopesó la idea de caminar hasta su

casa, aunque ese pensamiento se disipó de inmediato. Regresó hasta la taberna y descubrió a Ángela en la entrada fumando junto a otros dos agentes.

«Esta chica tiene potencial», se dijo.

Llegó hasta su SEAT Ateca procurando pasar desapercibido. Se sentó al volante y revivió los chupitos de tequila que se había tomado en la taberna. Se recostó resignado y dio un par de golpes secos en el volante mientras maldecía su propia existencia. Salió del coche con sigilo hasta perderse en la oscuridad de la calle.

A las ocho de la mañana, el derrape de un coche que circulaba a exceso de velocidad por la calle que bordeaba su chalé lo despertó. Se había quedado dormido en el sofá. La luz que se colaba por las ventanas del salón se escurría sobre el papel diseminado en el suelo. Miró la hora y se enderezó de un salto. Se aclaró la voz un par de veces antes de marcar en su teléfono el número de Miranda Silva.

Capítulo 16

Madrid, 14 de julio de 2016

La inspectora Silva llegó temprano a la Jefatura. Apenas había dormido tres horas dándole vueltas al caso. Sentía sobre sus espaldas la presión de Estrada por conseguir algún avance. La tarde anterior, cuando se disponía a marcharse, Eduardo la interceptó de camino al ascensor para comunicarle que no había encontrado rastro de Carmen Iglesias en los años previos a su llegada a Negueira de Muñiz. La noticia no la tomó por sorpresa porque ya lo intuía, pero la obligaba a regresar al punto de partida y con las manos completamente vacías.

EL OFICIĄNTE también seguía sin aparecer. La colaboración con la Brigada Central de Investigación Tecnológica resultaba crucial para encontrar alguna pista, aunque hasta el momento los perfiles operativos de agentes encubiertos habían indagado con discreción en otros espacios y nadie había escuchado hablar de DollyPlus ni de su administrador. Se había evaporado de la *dark net*. Los registros policiales tampoco ofrecían ningún indicio sobre su identidad o vinculación con otros usuarios investigados.

Recostada en su silla giratoria y golpeándose repetidamente la barbilla con el bolígrafo, como hacía cada vez que se sentía perdida, determinó que la única forma de encontrar alguna pista era volviendo a Galicia.

Dispuesta a pedirle autorización a Estrada, se levantó de un salto y caminó hasta la puerta cuando el timbre del teléfono la obligó a regresar.

—Buenos días, Silva.

—¿Piñeira? ¿Qué pasa, que en Galicia no dormís la mañana?

El cabo no pudo contener la risa.

—Aquí amanece más temprano, inspectora —bromeó—. Creo que tengo algo sobre el caso de Carmen Iglesias que quieres oír.

—Pues estás tardando —contestó ella expectante.

Miranda terminó de hablar con Piñeira y salió deprisa de su despacho. Comprobó que Vivian no había llegado y enfiló rumbo al despacho de Sergio Estrada. Una vez más el timbre del teléfono a lo lejos la obligó a retroceder. Descolgó pensando que era Piñeira, que tal vez había olvidado algún dato de relevancia, pero para su sorpresa le avisaban desde la garita de la entrada de la Jefatura que tenía una visita. En ese instante la subinspectora asomaba la cabeza por la puerta saludando.

—No imaginas quién ha venido a verme… Macarena Iglesias —dijo para su asombro.

Apiló los documentos relativos al caso y los guardó en el primer cajón. Con el escritorio despejado, dio la orden de que le permitieran pasar. La chica se presentó con esa serenidad que la inspectora recordaba de su encuentro en Negueira, a pesar de que vio en su postura erguida, mentón levantado y mirada incauta, indicios de una sugestión que no esperaba.

—Imagino que has venido para saber si tenemos algún avance en el caso de tu madre —se apresuró a comentar la inspectora.

—Sí y no —respondió la joven con cierta altanería—. Para eso hubiera bastado una simple llamada. —La inspectora la miró con atención—. Pero… ya que estamos, ¿hay algún avance que pueda compartir conmigo?

—De momento, no.

—Lo suponía.

Miranda sonrió de medio lado, encajando el golpe con diplomacia.

—He venido a compartirle una información que cambiará el rumbo de su investigación.

—Soy toda oídos —le respondió receptiva.

Cuando la inspectora despidió a Macarena en la salida de la Jefatura, supo que esa chica estaba dispuesta a todo con tal de descubrir la verdad. La criatura salvaje, endeble y tímida que había conocido en aquel paraje de Galicia se había transformado en una mujer de fuertes convicciones sin miedo a la vida.

Regresó a su despacho y reunió a su equipo de trabajo.

—Quiero que os olvidéis de Carmen Iglesias. —Eduardo y Vivian se miraron confundidos—. Esa mujer nunca existió. Su verdadero nombre era Belén Alonso y estoy convencida de que la causa de su muerte tiene que ver con esto. —Puso sobre el escritorio y a la vista de sus compañeros la copia del periódico que mencionaba el asesinato de Francisco Gil—. Macarena Iglesias ha descubierto la verdadera identidad de su madre y el motivo por el que salió huyendo.

—¿Podemos fiarnos de esta información? —preguntó Vivian.

—Fue la propia hermana de la víctima quien la identificó. Y hay más. El cabo Piñeira ha llamado hace un rato. Ha descubierto que el Citroën Xsara gris que usa el asesino está involucrado en un accidente de tráfico que ocurrió cerca de la aldea el mismo día que desapareció Carmen Iglesias, o sea, Belén Alonso —rectificó—. Tenemos la información en el correo. —Hizo una pausa larga para organizar sus ideas—. Eduardo, consigue el expediente del asesinato de Francisco Gil, a ver qué sacamos de ahí; y necesito todo lo que encuentres sobre el hombre involucrado en el accidente de tráfico. Lo quiero para hoy. Vivian —la subinspectora se inclinó y apoyó las manos en el escritorio, lista para cumplir cualquier cometido—, ¿te apetece un viaje a Córdoba?

La subinspectora alzó los hombros resignada, como si tuviera otra opción.

—Que Eduardo te pase la información que encuentre para que la examines antes de interrogarlo. Yo iré a visitar al hermano del tal Francisco Gil. Según Macarena, sigue regentando el mismo bar, y a ver si todavía existe el hostal Aurora. Belén se hospedó allí el tiempo que vivió en Madrid.

Antes de que abandonaran el despacho, la inspectora llamó su atención con un chasquido de los dedos.

—Nos estamos acercando. ¡A tope con esto!

***

Miranda quiso escrutar un poco el interior del bar antes de identificarse. Se sentó en una banqueta de la barra y pidió que le sirvieran un agua con gas. Mientras el camarero vertía el contenido de la botella en el vaso con hielo y una rodaja de limón, se sintió

ridícula. Era un chico joven, de no más de veinticinco años, pálido y flacucho.

—¡Vaya calor que hace fuera! —La inspectora recurrió a uno de los tópicos infalibles para iniciar una conversación: el clima.

—Espantoso —respondió el camarero sin apartar la vista del líquido burbujeante que servía.

—Nunca había estado en este sitio. Está chulo.

El chico miró a su alrededor buscando la belleza inexplicable a la que se refería la inspectora.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos años —le contestó descubriéndole unos redondos ojos azules.

—¡Ah, bueno! No está mal. El jefe deber ser ese, ¿no? —Miranda señaló con un movimiento de cabeza a un señor bajito y regordete que atendía una mesa al fondo.

—¡Qué va! Ese es Juancho, camarero igual que yo. El jefe no ha aparecido en todo el día.

—Pues mejor, así estáis más relajados. —Fingió una sonrisa que el chico secundó—. ¿Dónde está el baño?

—Al fondo a la izquierda, al final del pasillo.

—Vale. Muchas gracias.

Miranda se encaminó a la parte trasera del bar con paso ligero observando la decoración, que se componía esencialmente por fotografías antiguas del exterior del bar y trofeos de caza. Al comienzo del pasillo que conducía al baño había una puerta entreabierta a la que se acercó sigilosa. La abrió un poco más y oteó el interior de lo que parecía ser una oficina que hacía a su vez de almacén. Se cercioró de que no la veía nadie y entró. Junto a la pared lateral izquierda había apiladas cajas de refrescos y botellas de cerveza. De frente, un congelador horizontal con manchas amarillentas y rojizas de dudosa procedencia. A la derecha había un escritorio sobre el que descansaba un ordenador custodiado por papeles amontonados y un portarretrato. Miranda lo agarró para contemplar la fotografía cuando escuchó unos pasos a su espalda.

—¿Qué hace?

Reconoció de inmediato la voz del camarero flacucho que la

atendió antes y se volteó con la placa en alto. El chico abrió los ojos, asustado, a lo que la inspectora respondió con voz moderada:

—Tranquilo. Solo voy a hacerte unas preguntas.

El chico asintió con la cabeza un par de veces sin cambiar la expresión de susto.

—¿Este de la foto es tu jefe, Víctor Gil?

—Sí. —La voz del camarero carecía de fuerza.

—¿Conoces a este hombre que aparece con él?

—No, pero en una ocasión le escuché decir que es un viejo amigo y que suelen cazar juntos cuando se va a Galicia.

—¿Con qué frecuencia hace esos viajes?

—En el tiempo que llevo trabajando aquí ha ido un par de veces, a razón de una vez por año.

—¿Recuerdas la fecha del último viaje? —insistió la inspectora.

El joven no dudó en responder:

—¡Cómo para no recordar! Yo tenía vacaciones esa semana y unos días antes me dijo que necesitaba hacer un «ajuste» en el calendario y que me las movía a principios de mayo. Se fue el viernes 15 de abril y regresó el miércoles 20 en la tarde. Aquí trabajamos unos pocos y hay que apechugar con lo que él disponga. No está la situación como para jugarse el curro.

—Entiendo. Una última cosa, ¿hay algún trabajador que lleve aquí toda la vida?

El chico perdió la compostura y comenzó a reír sin control. La inspectora no tardó en comprender la razón.

—Aquí los cuatro gatos que trabajamos lo hacemos en jornadas extensivas y por un salario mínimo. Eso sin contar que los dos cocineros son inmigrantes sin papeles. Este señor se aprovecha de la necesidad que tenemos.

—Ya.

—No, inspectora, la respuesta a su pregunta es no. Nadie aguantaría toda una vida aquí.

Miranda salió del bar que otrora perteneciera a Francisco Gil sin conseguir hablar con el hermano, lo que en principio era su cometido; no obstante, había conseguido información valiosa. Revisó su teléfono y se percató de que tenía dos mensajes de Rodri que

leyó en un pispás. Marcó el número de Vivian mientras ingresaba los datos de su coche en la máquina de pago del estacionamiento y se le escapó un insulto en cuanto vio reflejado el importe en la pequeña pantalla.

—¿Todo bien? —preguntó la subinspectora, que había alcanzado a escuchar parte de su agravio.

—Sí… —se apresuró a contestar—. Estos estacionamientos del centro, que salen más caros que irse de copas. —Semejante colación provocó que rieran al unísono—. Pídele a Eduardo que te envíe una foto de Víctor Gil y comprueba si el tipo al que vas a entrevistar lo conoce —le indicó entrando ya en materia.

Condujo hasta La Latina. El poco tráfico en Madrid en esa época del año propició que llegara en cuestión de pocos minutos. Se detuvo frente a una cafetería de fachada moderna y agradeció el golpe de aire frío del interior del local. En una mesa junto al cristal de la entrada la esperaba Rodri.

—¿Un café? —propuso él.

—¿A estas horas? —bromeó ella—. Mejor una cerveza, que acabo de tomarme un agua con gas.

—Lástima que no tengan Guinness.

—No te preocupes. Hoy no me levanté exigente.

Miranda vio acercarse a la camarera y le pidió un doble de cerveza como el que su compañera tiraba del grifo en ese instante, con mucha presión y bien de espuma.

—¿Un día complicado? —preguntó Rodri.

—Como todos mis días últimamente. —Hizo una pausa para beber un trago largo antes de continuar—. ¿Para qué querías verme?

—Nada en particular. Era solo eso, quería verte. Te extrañaba.

Miranda sonrió sin ganas. No estaba segura de cómo encajar aquellas palabras en su nueva realidad, una que había levantado desde los escombros, ladrillo a ladrillo, cuando él se marchó, y en la que no había cabida para la mentira y la deslealtad.

—Y tú, ¿me has extrañado? —prosiguió Rodri ante su mutismo.

—¿Se puede saber qué clase de juego es este? —contestó ella a la defensiva.

Rodri levantó las palmas de las manos en señal de paz. Intentó rozarle los dedos a Miranda, pero ella apartó el brazo en un gesto brusco.

—No entiendo por qué te pones así.

—Y yo no entiendo qué pretendes de mí. Me dejaste tirada y te largaste un año entero. No supe más de ti, ni siquiera un mensaje. Apareces un día de la nada y ¿quieres que todo siga igual? Yo no quiero volver a lo mismo. —Miranda se recostó en la silla notablemente enojada y volteó la mirada para ocultar los ojos vidriosos—. Y en parte es mi culpa que estemos hoy aquí, porque no debí quedar contigo la otra noche, ni permitirte que volvieras a mi vida después de haberte largado sin explicaciones. ¡Todo esto por un maldito polvo!

—Lo siento —alegó Rodri con la voz quebrada—. No tenía la intención de lastimarte.

—¿Y qué creíste que iba a pasar cuando te largaste?

El tono de Miranda se elevó por encima de las conversaciones que mantenían otros clientes a su alrededor. Algunos voltearon a verla con curiosidad.

—Lo pasé muy mal, Rodri. Y lo que más me jodió fue no saber por qué. ¿Te fuiste por la necesidad imperiosa que tenías de ser padre? ¿Fue eso? Porque si es así, te advierto que no he cambiado de idea en este año que has estado ausente. Sigo siendo la misma y, sobre todo, sigo pensando igual. —La inspectora bebió de un sorbo la cerveza que le quedaba.

—Soy consciente del daño que te he hecho y por eso estoy aquí hoy, porque quiero enmendarlo. Te aseguro, Miranda, que las diferencias que teníamos respecto a nuestra relación no me hubieran alejado nunca de ti. Esas diferencias me hicieron entender que el amor es imperfecto porque nosotros también lo somos, y que si de verdad te amaba tenía que respetar tu manera de pensar. Aceptarte como eres. Fueron otros los motivos por lo que me marché, pero no me pidas que te los cuente. No puedo.

Miranda lo miró con incredulidad. Reconocía en sus ojos redondos a la persona de la que se enamoró tiempo atrás, aunque no daba crédito a sus palabras. No entendía a qué se debía tanto secretismo.

Ellos eran una pareja, vivían juntos, compartían una vida… y nada, por muy escabroso que fuera, debería tener la fuerza para sepultar un amor así sin dejar rastro y sin explicaciones. «Esta es una historia muy mal contada. Ni una mentira más».

—¿Qué está sucediendo, Rodri? No entiendo nada. ¿Qué escondes?

Él intentó agarrar su mano otra vez y ella se lo permitió. Le complacía el contacto de su piel y el calor de sus manos sudorosas, a pesar de que la temperatura dentro del local era notablemente fría.

—Te pido que confíes en mí. También sé que pido demasiado dadas las circunstancias. —Miranda se enterneció con el tono dulce de su voz—. Retomemos lo que dejamos a medias. Salvemos el amor que nos tenemos. Te prometo que algún día te daré todas las explicaciones, te lo contaré todo. ¡Lo juro! Confía en mí, Miranda. ¡Confía!

La inspectora le soltó la mano al tiempo que se acomodaba en su silla. Contrajo el rostro en expresión de desconcierto y negó ligeramente con la cabeza porque sabía que muy adentro se tambaleaban los cimientos de esa vida que había construido sin él.

—No sé qué pensar de todo esto —dijo por fin—. Quiero creerte, pero no entiendo cómo puedes hablarme de confianza cuando no eres capaz de abrirte conmigo. ¿Qué garantías tengo yo de que esos «motivos» —entrecomilló la frase alzando los dedos— que te obligaron a marcharte, no volverán y me dejarás tirada una vez más?

—¡Por favor…!

—Necesito asimilar todo esto —dijo mientras hurgaba en su bolso y sacaba una cajetilla de Marlboro.

—No te vayas —pidió él en un susurro.

—Dame tiempo, Rodri. Ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío.

Capítulo 17

Madrid, 14 de julio de 2016

El hostal Aurora debía su nombre a su propietaria, una señora alta y corpulenta con la que coincidimos en la entrada mientras le daba indicaciones a la recepcionista con voz autoritaria. Nos atendió de mala gana en una habitación convertida en oficina. Se paró tras un escritorio minuciosamente ordenado y nos invitó a ocupar los dos asientos que quedaban de frente. La blusa negra de mangas largas no lograba ocultar las pulseras doradas que le adornaban las muñecas y que chirriaban con cada movimiento. Aurora Mendieta era de esas personas que te miran con aires de superioridad, como si fueras un insecto que viene a perturbar su tranquilidad. Levantó el labio superior en un mohín de asco que no pudo contener en cuanto develamos nuestras intenciones.

—Por supuesto que recuerdo a tu madre. Era una mujer… —hizo una pausa en la que evidenció contener sus impulsos y escoger las palabras adecuadas— de valores cuestionables.

Se dejó caer en su silla a la espera de mi reacción. Mi actitud comedida pareció crisparla más.

—Llegó aquí como tú, con esa carita de mosquita muerta, pero a mí nunca me engañó. Conozco perfectamente a las mujeres como ella. Es más, las huelo a un kilómetro de distancia —dijo acercándose un dedo a la nariz.

Cabeceó en señal de provocación. La mirada se le oscureció a tono con su vestimenta.

—Yo no he venido hasta aquí para escuchar insultos sobre mi madre.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó en un tono desagradable, casi burlesco.

—No me interesa su opinión sobre ella. Vine buscando hechos concretos, algo que me permitiera saber quién fue, cómo fue su vida

aquí. —Me levanté de un tirón—. No pienso seguir con esta conversación.

Le indiqué a Lucas con un giro brusco de cabeza que nos marchábamos. Antes de llegar a la puerta, Aurora Mendieta me habló desde su asiento:

—Tu madre vivió mucho tiempo bajo este techo y sé perfectamente la clase de mujer que era. Ella sabía muy bien lo que quería y no paró hasta que lo consiguió, un hombre con dinero que le resolviera la vida. Primero mi Francisco y después ese otro, el arquitecto. Sabía moverse entre dos aguas. Tampoco podía esperarse otra cosa de alguien que se junta con putas. Al final, terminas siendo una más.

Regresé hasta el escritorio y me incliné sobre ella. Parecía disfrutar de aquel momento. Recostada en su silla, jugaba con los dedos a tocarse ligeramente las puntas entre ellos.

—Has venido al lugar equivocado, chiquilla. —Odio que me llamen así—. No tengo absolutamente nada bueno que decir sobre tu madre.

Abandonamos el hostal con mal cuerpo, sin comprender el origen de ese rencor malsano que Aurora Mendieta sentía por mi madre.

Muy cerca de la esquina nos detuvimos. Mi madre había vivido allí, así que la imaginé saliendo del hostal recién bañada y arreglada, oliendo a perfume y talco, con la ilusión de la juventud y de una vida mejor por delante. Me apetecía fantasear con su cuerpecito desandando las calles estrechas y adoquinadas, admirando las fachadas clásicas de los edificios, con sus balcones tradicionales y sus barandillas de forja.

«¿Qué pasó, mamá? ¿Quién te hizo esto?».

Un taxi se estacionó frente al hostal. Su conductor ayudó al pasajero con el equipaje que guardaba en el maletero y se marchó enseguida, dando paso a otro coche que esperaba detrás y del que se bajó la inspectora Miranda Silva. Agarré a Lucas por el brazo y enfilamos calle arriba a toda prisa procurando no ser vistos.

Capítulo 18

Madrid, 14 de julio de 2016

A las tres en punto de la tarde, Miranda hacía su entrada en el despacho. Eduardo la esperaba con un cubo de Rubik entre las manos con sus colores perfectamente alineados. La inspectora sacudió las manos despojándose de sus problemas personales y ocupó su puesto. Buscó en su teléfono el número de Vivian y comunicó. La puso en altavoz.

—Vamos a ver, ¿qué tenemos?

Eduardo le entregó el expediente del asesinato de Francisco Gil.

—Lo he estado revisando y hay mucha tela donde cortar. Para empezar, he identificado a la testigo clave: Manuela García, una mujer ecuatoriana que trabajaba como empleada doméstica para Francisco Gil. Su declaración tiene muchos puntos flacos. A simple vista parece convincente, pero basta con prestar atención a los detalles para darse cuenta de que no hubo interés ninguno por parte de la policía en cuestionarla. Aquí el problema es que Belén Alonso huyó —prosiguió Eduardo.

—¡Lo tenían en bandeja de plata! —exclamó Vivian al otro lado.

—Bastaba con prestar un poco de atención a los detalles para darse cuenta de que en su declaración todo era demasiado sencillo o, lo que es peor, demasiado obvio, como si no hubiera un punto intermedio entre negro y blanco. La aparente simplicidad de las cosas es lo que me hizo sospechar desde un inicio. —Miranda le hizo un gesto para que continuara—. Empecemos por las circunstancias en las que se suscitaron los hechos, a fin de cuentas, a esa hora de la noche la visibilidad se reduce considerablemente. Incluso, se me ocurren otras interrogantes, como la distancia en la que se produjo ese avistamiento, su relación con la víctima, inclusive, las posibles motivaciones por las que no se descartaría su participación en el asesinato; pero la desaparición de Belén reforzaba la noción de

culpabilidad que se cernía sobre ella.

Eduardo le pidió a Miranda que le acercara el expediente. Rebuscó entre sus hojas y apartó un documento y una fotografía.

—Francisco Gil no era trigo limpio. Constaba una denuncia por secuestro, maltrato y abuso sexual, sin que hubiera prosperado. No entiendo qué trabajo de mierda hicieron, con el perdón de los compañeros, que pasaron esto por alto también.

Desplazó el documento hacia la inspectora.

—Beatriz Cepeda era una prostituta que alegó haber sido drogada y secuestrada por Francisco. Según consta en esa denuncia, la maniató con grilletes durante varios días y la golpeó con guantes de boxeo.

—¿Unos guantes de boxeo? —preguntó Vivian sobresaltada al volante con voz robótica—. ¿Como los que encontramos en la escena del crimen de Belén Alonso?

—Sí. —Eduardo asintió satisfecho. Luego continuó—: La única prueba que aportó fue esta foto —levantó la instantánea para que la inspectora la observara—, alegando que las heridas en las muñecas fueron provocadas por los grilletes. Aun así, no hicieron nada. Ni siquiera lo llamaron a declarar.

—¿Quién iba a creer semejante historia de una prostituta? —Miranda lanzó al aire una pregunta retórica.

—Exacto —convino él.

Miranda se quedó pensativa durante unos segundos. El expediente que tenía frente a ella generaba más interrogantes que respuestas. Las lagunas en la investigación del asesinato de Francisco Gil no exculpaban a Belén Alonso, más bien acrecentaban la idea de que su muerte había sido un acto de venganza. Pero ¿quién estaría dispuesto a esperar veinte años para asesinarla? ¿Por qué ahora y por qué los guantes de boxeo?

—Todavía hay más —añadió Miranda—. Aurora Mendieta, la dueña del hostal donde se hospedaba Belén Alonso, es la viuda de Francisco Gil. Por cierto, Macarena Iglesias la visitó antes que yo, lo que explicaría la crispación con que me recibió. La conversación con ella resultó difícil. Es una mujer amargada y llena de rencores. Según alegó, Belén mantenía una relación con su marido en aquel

entonces.

—Versión que apoya el hermano de la víctima, Víctor Gil, según consta en su declaración.

—No pude entrevistarlo hoy —lamentó Miranda—, no se encontraba en el bar. Aunque, según Autora Mendieta, no era la única relación que tenía Belén. Me habló también de un arquitecto que la frecuentaba en aquella época.

—¿Te dio algún dato sobre él?

—Nada.

—Y he descubierto algo que debéis saber. Hoy cuando estuve en el bar de Víctor Gil, tuve una conversación con uno de sus empleados que asegura que su jefe estuvo de caza en Galicia en la fecha en la que despareció Belén Alonso. Y pudiera parecer circunstancial a no ser porque en su despacho hay una foto suya con Jacinto Moreno, comunero de Negueira de Muñiz y cercano a la víctima.

—Demasiada casualidad, Miranda —comentó Vivian desde el otro lado.

—Ya sabes que no creo en casualidades, Vivian —adujo reflexiva sin perder la concentración—. Miguel Soler puede estar involucrado en los hechos. No descartemos ninguna posibilidad.

—Entendido. Cambio y fuera. —La risa pícara característica de su jovialidad se escuchó antes de colgar.

—Eduardo, comprueba si hay algo más sobre Francisco Gil que debamos saber, y busca toda la información posible sobre Manuela García, la testigo. De momento, le haré una visita. ¡Ah! —exclamó la inspectora antes de que el chico abandonara el despacho a toda prisa—. Busca la dirección de la prostituta que denunció a Francisco Gil. Quiero ver qué nos cuenta sobre ese tipejo y si vincula también a su hermano.

Capítulo 19

Madrid, 14 de julio de 2016

Vivian le había estado dando vueltas a un asunto que la inquietaba. Era una cuestión pueril, pero si algo la caracterizaba, era esa perspicacia para fijarse en los detalles, desviar su atención a aquellos aspectos que pueden parecer insignificantes y que, no obstante, a pesar de su aparente sencillez, pueden repercutir en el curso de los acontecimientos.

Había transcurrido media hora desde que terminara la llamada de trabajo con sus compañeros, pero sentía la necesidad imperiosa de compartir las ideas que se habían instalado junto a ella en el asiento del copiloto y no conseguía aplacar.

—Hola otra vez.

—Ah, mira qué casualidad, yo también voy conduciendo ahora. —Las dos sonrieron con complicidad, agradecidas de esos pequeños momentos que aprovechaban para sacarse una sonrisa mutuamente y desviar la tensión por un milisegundo—. Dispara de una vez —espetó Miranda sin perder de vista la carretera.

Vivian alargó el brazo y pausó la canción que escuchaba en ese momento, otra de Amaral, que hablaba de un alma perdida a la que un amor le devuelve la vida.

—No paro de darle vueltas a lo que comentaste hace un rato, que Macarena Iglesias había visitado a Aurora Mendieta. Entiendo que la información en la que estamos trabajando nos la aportó ella, pero… me preocupa que su afán por descubrir la verdad pueda entorpecer nuestra investigación y, sobre todo, que se esté poniendo en peligro.

—Explícate mejor —instó Miranda.

—El asesino de Belén Alonso debe conocer a su hija o, al menos, saber de su existencia. Está claro que ella no era su objetivo, si no, la hubiera matado también. O quizás no tuvo la oportunidad… no lo sé. Aunque creo que el objetivo era Belén. Pero si Macarena Iglesias

anda metiendo las narices donde no la llaman, puede alertar al asesino de nuestros avances y, si llega a sentirse amenazado, no dudará en matarla también.

Miranda no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza y torcer la boca. Vivian dedujo de su silencio que compartía sus preocupaciones y que, más pronto que tarde, tendría que hablar con Macarena.

***

Manuela García vivía en unos adosados en Torrejón de Ardoz. La inspectora llamó varias veces al timbre antes de que se decidiera a atenderla. Le abrió la puerta con prudencia, asomando solo la cabeza. Manuela era una mujer entrada en años, bajita y de rasgos delicados. La inspectora la saludó con su placa identificativa a la altura de sus ojos. La mujer le franqueó el paso con recelo y la convidó a tomar asiento en unos butacones viejos tapizados con un estampado floral.

—¿En qué la puedo ayudar, agente? —preguntó con voz nerviosa.

—Hace veinte años usted fue la testigo principal en la investigación sobre el asesinato de Francisco Gil —espetó Miranda sin dilación—. Me gustaría que me contara qué fue lo que vio esa noche exactamente.

Manuela se removió en su asiento, inquieta. Antes de contestar, miró durante unos segundos una imagen del Sagrado Corazón que desde lo alto de una pared las contemplaba omnipotente. La inspectora tuvo la sensación de que le pedía permiso.

—Como usted ha recalcado, han pasado ya muchos años…

—Haga un esfuerzo por recordar —insistió Miranda.

—Yo limpiaba la casa de don Francisco, llevaba varios años haciéndolo. Trabajaba días alternos. Tampoco es que tuviera un horario fijo. Dependía siempre de que él estuviera en casa para recibirme. Era un señor muy desconfiado y no le gustaba la idea de que yo tuviera las llaves.

Manuela no era capaz de levantar la mirada, como si las palabras le pesaran profundamente.

—Ese día llegué alrededor de las siete de la tarde. Cuando llevaba apenas una hora limpiando, me anunció que tenía que atender una urgencia en el bar. Eso implicaba que yo también tenía que

marcharme. Ya le dije que era muy desconfiado. Al llegar a casa, y tenga en cuenta que por aquel entonces vivía al otro lado de la ciudad, en Fuenlabrada, me percaté de que había olvidado el dinero de la paga sobre la mesa del comedor. Lo necesitaba para unas diligencias que tenía al siguiente día. Sin ahorros y sola, me resultaba impostergable, así que decidí regresar y esperarlo el tiempo que hiciera falta, muy a mi pesar.

La voz le temblaba. Era notorio que la presencia de la inspectora y el tema en cuestión la incomodaban.

—Cuando estaba llegando vi a esa mujer salir corriendo de la casa en dirección contraria…

De repente, se escuchó un ruido proveniente de una de las habitaciones que distrajo su atención.

—¡Maldito gato! Ya está haciendo de las suyas —se excusó.

Miranda la contempló con ojos perfilados y le restó importancia.

—¿Está segura de que era ella?

—Sí. La había visto antes. Don Francisco no era de meter mujeres en su casa. Era un hombre casado, aunque su señora no vivía con él. Pero con ella había sido descuidado. La vi un par de veces antes de esa noche.

—Usted le mencionó a la policía que, cuando entró a la casa, encontró la caja fuerte abierta.

—Sí. La puerta de la entrada principal había quedado entornada. Me pareció raro. Llamé varias veces sin que don Francisco me respondiera, así que avisé que iba a entrar. Encontré un rastro de sangre en el salón y entonces pensé lo peor. El señor estaba tumbado en el suelo, en medio de un charco de sangre, justo frente a la puerta de su despacho. Inmediatamente llamé a la policía. Cuando me acerqué al cuerpo por segunda vez, pude ver desde el umbral que la caja fuerte del despacho estaba abierta.

—¿Pudo ver qué había dentro de la caja fuerte?

—No, ni siquiera entré al despacho. El señor me lo tenía prohibido.

—¿Esperó usted a que llegara la policía?

—Por supuesto.

—¿Recuerda cuánto tardaron, aproximadamente?

—No sabría decirle. Estaba muy nerviosa en ese momento.

Recuerdo que salí y esperé en la acera. El cuerpo ensangrentado de don Francisco me provocaba náuseas. Era una noche gélida, y lo que quizás fue un cuarto de hora, se sintió como una eternidad por los nervios y el viento frío que no daba tregua.

—Cuando vio salir a Belén, ¿recuerda si llevaba algo en las manos?

—No sabría decirle.

—Una última pregunta —insistió Miranda—. ¿Recuerda cómo iba vestida Belén?

Manuela titubeó antes de contestar:

—Creo que llevaba un vestido —respondió al fin.

—¿Cree? —le inquirió desconfiada.

—Llevaba un vestido —le dijo con mala cara.

Miranda se puso de pie y la mujer la secundó. Le entregó una tarjeta para que la contactara en caso de recordar algún otro dato de interés sobre esa noche. Manuela recibió la tarjeta y se la guardó en un bolsillo sin darle importancia, y Miranda comprendió en ese instante que nunca recibiría su llamada.

Manuela se frotó las manos en el pantalón para secarse el sudor y la guio hasta la entrada. Miró de reojo hacia el pasillo que conducía a las habitaciones, probablemente pendiente del gato, y abrió la puerta sin perderla de vista. Con una mano sujetaba el picaporte mientras apoyaba la otra en el contorno. A punto de salir, Miranda se detuvo a su lado. La mano que descansaba en la madera de la puerta quedaba justo a la altura de sus ojos.

—Curiosa cicatriz —atinó a decir mirando fijamente su muñeca.

Enseguida bajó el brazo y lo escondió tras de sí.

—Un accidente hace muchos años ya —explicó.

La inspectora le sonrió con desgano y determinó decirle antes de marcharse:

—Estoy segura de que nos volveremos a ver.

Capítulo 20

Madrid, 15 de julio de 2016

Quién era el arquitecto? Aurora Mendieta lo había mencionado la otra tarde y no lograba quitármelo de la cabeza. La idea de que Francisco Gil fuera mi padre, una idea que concebía casi absoluta hacía unos días, empezaba a disiparse. Si el arquitecto había aparecido en la vida de mi madre durante su relación con Francisco Gil, o con posterioridad a esta —no tenía nada claro aún— existía la posibilidad de que él fuera mi padre. No obstante, regresar al hostal a hablar con ella no era una opción. La hostilidad con que me recibió demostraba que no estaba dispuesta a dialogar.

Tenía todas mis expectativas centradas en Lola, pero seguía sin aparecer. Le había dejado ya dos mensajes en el contestador. Pedro tampoco me había llamado. Lola tenía que conocer al arquitecto. Crucé los dedos para que así fuera.

De momento, había despertado muy temprano. Por el silencio que imperaba en la casa, parecía que todos dormían aún. Lucas no durmió en la habitación esa noche. Unos amigos pasaron a verlo después de cenar y bajó con ellos a tomarse unas copas. Llegaría de madrugada y, con la intención de no despertarme, se acostó en el sofá. No me atreví a despertarlo.

Al principio pareció incomodarle que no lo acompañara, aunque luego se mostró comprensivo. Tenía tantas cosas en la cabeza que no me apetecía sino encerrarme sin más, consciente de que quedarme sola implicaba ahogarme en mis pensamientos. Mi mente era mi peor enemiga en esos momentos.

Al pasar por su lado me acerqué a contemplarlo dormir. Sonreí al ver su cara de ángel. Sin embargo, ese gesto desapareció en cuanto respiré el olor a porros que desprendía su ropa. Un aroma inconfundible. Me preocupó que estuviera retomando ese estilo de

vida del que había querido distanciarse. Las mismas gentes, las mismas fiestas.

Una parte de mí quería que siguiera en Madrid, a mi lado. Su mera presencia me tranquilizaba y me daba fuerzas para continuar. Sin embargo, no teníamos noción de cuánto tiempo tardaríamos en dar con la verdad, si es que lo conseguíamos algún día. La otra parte se sumergía en un pozo de culpa. Una culpa indirecta: el temor a que desaprendiera sus límites. Mi corazón y mi mente batallaban por tomar el control. Al final del día, solo había un camino cierto. Era inminente que le pidiera a Lucas que regresara a Negueira por su propio bienestar, aunque su partida me devastara.

Abrí la puerta con sigilo y salí a caminar un poco, sin rumbo, como vamos muchos por la vida en ocasiones.

Caminé un buen tramo. Cogí un autobús, luego otro y, sin quererlo —o tal vez sí—, llegué hasta el bar que había sido de Francisco Gil.

Su hermano acomodaba las mesas y sillas de la terraza. En cuanto me vio, se le transformó la cara. Tiró lo que quedaba del cigarrillo que fumaba y caminó hacia mí.

—Solo quiero hablar —dije con recelo.

Se acercó tanto que podía escuchar su respiración agitada. El desprecio en sus ojos era proporcional a mis ganas de encontrar respuestas.

Me miró fijamente por unos segundos. Percibí que se mordía el labio inferior, posiblemente tratando de contener el enojo que mi presencia le producía. Lo que no esperaba era que me mantuviera firme y altanera.

—Ayer la policía estuvo por aquí buscándome. No tendrás nada que ver con eso, ¿verdad? —preguntó con sorna.

—Ni idea —mentí.

Caminó hasta la mesa más apartada de la terraza y me convidó a ocupar un asiento frente a él.

—Vamos a ver… ¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo —respondí sin titubeos—. Entiende que esta historia es nueva para mí. Salí de casa con la intención de saber cómo había sido la vida de mi madre en Madrid y este asunto me tomó por sorpresa. Necesito entender qué pasó entre ella y tu hermano.

Víctor chistó incómodo y se aclaró la voz. Tuve la sensación de que bajo aquella armazón habitaba un hombre al que aún le dolía la muerte de su hermano.

—Tu madre trabajaba para Francisco. Era un encanto de mujer. Lo que tenía de guapa lo tenía también de zalamera. Y se enrolló con él. Tampoco es la primera ni la última que se lía con su jefe. Lo tenía comiendo de su mano. Y él estaba feliz así. Hasta que un día apareció otro tío y lo mandó a tomar por saco.

—¿El arquitecto?

—Yo no sé si era arquitecto, ingeniero o cocinero. Eso da igual. La cuestión es que se cansó de mi hermano. El otro tío venía al bar a buscarla por las noches y mi hermano se mosqueó. Le dijo entonces que la iba a despedir, pero ella, que era muy astuta y no se quería quedar en la calle, se lo empezó a follar otra vez.

El tono despreciable con que pronunció estas últimas palabras me incomodó sobremanera. Quise reprocharle la manera ruin en que se refería a mi madre, como si fuese una mujerzuela, pero la única manera de conseguir que siguiera hablando era mantener la ecuanimidad muy a mi pesar.

—¿Y qué pasó la noche del… asesinato? —Únicamente Dios supo lo que me costó decir esa palabra.

—Francisco se la llevó a casa esa noche, como ya había hecho muchas otras veces. De alguna manera ella consiguió que él abriera la caja fuerte, o tal vez la abrió para guardar algo… ¡yo qué rayos sé! La cuestión es que cuando vio la pasta que mi hermano guardaba, lo mató y desapareció.

Su relato era categórico. Conciso. Tanto como la noticia del periódico local.

—Hubo un testigo que vio salir a mi madre de la casa. ¿Lo conoces? —pregunté con reserva.

—Ni idea. Eso fue cosa de la policía. ¿Algo más?

—¿Has valorado la posibilidad de que tu hermano pueda ser mi padre?

La pregunta generó un silencio embarazoso. Encendió un cigarrillo antes de contestar.

—Claro. Pero no sé yo si podría mirarte con otros ojos alguna vez.

Capítulo 21

Córdoba, 14 de julio de 2016

La inspectora Vivian Suárez llegó a Córdoba rozando la medianoche. Había reservado una habitación a través de una página web antes de salir de Madrid en un hostal del centro histórico. En la recepción la recibió una chica morena a la que le calculó unos veinte y tantos que le indicó que, aunque carecían de aparcamiento propio, podía dejar el coche en un estacionamiento con el que tenían convenio y en el que le aplicarían un descuento por ser huésped del hostal.

La recepcionista movía los dedos en el teclado del ordenador con absoluta destreza mientras completaba el registro. Daba la sensación de que era un proceso que había repetido en incontables ocasiones, casi mecánico ya. Las manos perfectamente arregladas con uñas largas de color escarlata. «Mi preferido», se dijo Vivian. Pensó que la chica sonreía más de lo habitual, como si le coqueteara. Achacó sus ideas al cansancio del viaje y salió cumpliendo a rajatabla sus indicaciones para encontrar el aparcamiento; no sin antes voltear para comprobar que no la perdía de vista y la despedía guiñándole un ojo tras una incipiente sonrisa.

Descubrió muy cerca de donde dejó el coche un restaurante con una terraza repleta de mesas ocupadas por turistas que bebían y reían al son de cervezas y copas. Llamó la atención de una de las camareras y le preguntó con cara de lástima si la cocina seguía abierta. La joven intuyó el agotamiento en su voz y accedió a marcharle una ensalada de tomate con ventresca. Con la terraza abarrotada, no le quedó más remedio que buscar un sitio en el salón interior. Ordenó una copa de albariño y se entretuvo revisando Twitter hasta que llegó la ensalada. Para cuando la terminó, ya se había bebido tres copas de vino.

De regreso al hostal, se encontró con la recepcionista que fumaba

un cigarrillo de liar. Le pareció más guapa allí parada con porte arrogante y reparó en su pelo negro ondulado, que le caía hasta los hombros. Los ojos, pequeños y con cierto matiz grisáceo, le centelleaban bajo la luz de una farola. Tenía un cuerpo esbelto y estilizado con una marcada cintura.

—¿Cogiendo un *break*? —alcanzó a preguntarle.

—Mi turno ya terminó. Te estaba esperando —le dijo con una sonrisa que mostraba una dentadura perfecta.

La inspectora movió la cabeza hacia atrás en un gesto involuntario. La chica sonrió y le dio una calada profunda al cigarrillo. Expulsó el humo en forma de anillos densos y avanzó unos pasos hasta situarse a poco menos de un metro de Vivian.

—Temía que te hubieras perdido. Tardaste mucho tiempo.

—Fui a cenar.

—¡Ah! —exclamó la recepcionista mientras le daba suaves giros a un mechón. Desde esa distancia, la inspectora era capaz de oler el aroma frutal de su cabello—. ¿Nos tomamos una copa en mi casa? Vivo muy cerca.

Vivian ladeó la cabeza y achinó los ojos dudando. Sabía de antemano cómo terminaría aquello. Lo había vivido muchas veces ya, con hombres y con mujeres. La observó de pies a cabeza y detuvo la vista en el escote unos segundos. Un lunar resaltaba entre sus pechos, a tono con otro muy cerca de la comisura de sus labios. De pronto sintió un cosquilleo en el estómago y un deseo incontrolable de besarla. Se mordió el labio inferior para frenar sus impulsos y respiró hondo. El aire llegó a sus pulmones cargado del aroma dulce de su perfume. «Carolina Herrera», adivinó. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón para comprobar la hora y vio que faltaban diez minutos para la una de la madrugada. El cansancio del viaje pesaba sobre sus hombros, pero la tentación era mayor. Meneó la cabeza aceptando la invitación y la siguió.

—Por cierto, me llamo Elena.

—Vivian, pero eso ya lo sabes —le contestó entregada por completo al nuevo rumbo que había tomado la noche.

Anduvieron dos calles en dirección norte y luego giraron a la derecha en un callejón con construcciones de dos plantas en las que

sobresalían balcones pequeños adornados con macetas colgantes tupidas de flores. Una corriente de aire perfumada las envolvió.

—¿A que es maravilloso? —le preguntó Elena aludiendo al aroma floral que respiraban.

Vivian asintió varias veces. A ratos sentía que la humedad atrapaba el perfume entre sus poros, como si acabara de tomar un baño de rosas.

Elena se detuvo frente a un portón metálico. Introdujo la llave y resonó en la quietud de la noche el chirrido de las bisagras mientras se abrían paso. Subieron hasta un primer piso y llegaron a un rellano con dos puertas de madera que se enfrentaban. Una luz amarilla se encendió automáticamente sobre sus cabezas. El ladrido de un perro las asustó. Se escuchaba cerca, como si proviniera de la segunda planta. Sonrieron cómplices y se adentraron en el piso del ala derecha.

Elena se descalzó en cuanto cruzó la puerta. Dejó las llaves sobre una mesita redonda que soportaba un jarrón largo y fino adornado con orquídeas azules. Vivian acarició los pétalos y se inclinó ligeramente sobre ellas. Perdió de vista a Elena y la escuchó desde la cocina preguntarle qué le apetecía beber. Se decantó por un ron con Cola con unas gotas de limón exprimido, si era posible. En los tres minutos que tardó la chica en regresar con las copas preparadas, se entretuvo mirando una pareja de peces de un azul eléctrico con aletas pronunciadas y puntiagudas que descansaban en el lecho de una pecera redonda de escaso diámetro.

Elena le entregó la copa de balón cargada con hielo y limón exprimido y dejó sobre la mesita blanca con cubierta de cristal que adornaba el centro del salón, la botella de ron Barceló y las Coca Colas.

—Para que te sirvas a tu gusto —le dijo—. Es que a mí me gustan bien cargadas.

Vivian agarró la botella y comenzó a verter ron en su copa mientras internamente contaba siete segundos. Un truco que le enseñó un amigo camarero. «Más que eso, ya es vicio», le había dicho alguna vez. Esbozó una sonrisa recordándolo y bebió un primer y extendido sorbo.

—¿Me lías uno? —le suplicó a Elena, que ya se preparaba otro cigarrillo.

—Claro —le contestó con picardía—. ¿A qué te dedicas y qué haces por aquí?

La inspectora bebió otro sorbo en lo que cavilaba una respuesta.

—Soy especialista de recursos humanos.

Elena la miró de pies a cabeza.

—Pues no tienes pinta. Más bien pareces abogada, pero como las de las series, de esas que resuelven los casos más enrevesados junto a sus becarios mientras intentan salvar su propio pellejo.

Rieron a carcajadas.

Vivian se sentía a gusto. Las primeras dos copas las bebió apurada, lo que le generó enseguida una fuerte somnolencia, acentuada tal vez por el cansancio acumulado y la brisa húmeda que entraba por el balcón abierto. La luz tenue en el salón y las velas con olor a vainilla hicieron que apremiaran las ganas de recostarse en el sofá.

Se incorporó de un salto. Experimentó un ligero mareo que no tardó en desaparecer. Había llegado ese momento en el que tenía que tomar una decisión: regresar al hotel a descansar o ir directo al grano con Elena. Los labios brillantes de la chica, mojados por el ron, la decantaron por la segunda opción. Vivian le indicó alargando la mano que se aproximara. Elena llegó hasta ella y prefirió agacharse hasta quedar a la altura de su boca. La inspectora contuvo la respiración. Le acarició tiernamente una mejilla con movimientos que subían y bajaban hasta encontrarse con sus labios. Con el dedo índice los recorrió varias veces y posteriormente se lo introdujo en la boca, lamiéndolo. La chica, ansiosa, se inclinó y la besó. No fue un beso tierno, sino salvaje, intenso; una pasión desbordada y hambrienta. Se incorporó con premura mientras se quitaba la blusa y mostraba unos sujetadores negros con bordes de encaje que a la inspectora le parecieron provocativos. Caminó hasta la puerta de la habitación contoneándose y se apoyó en el marco de la puerta con una postura sexi. Vivian se terminó la copa en un trago largo que sintió la quemaba por dentro y salió a su encuentro.

***

Un rato más tarde cayó tendida sobre la cama con el corazón galopando. Hundió la cabeza en la almohada con los ojos fijos en el plafón que iluminaba la habitación con una suave luz ambiental. Así permaneció unos segundos, consciente de que sus extremidades no responderían a ningún estímulo. Los tres orgasmos que acababa de tener habían consumido las pocas energías que le quedaban. Cerró los ojos unos segundos y se mordió los labios, todavía con el sabor de Elena revoloteando entre ellos. Volteó la cabeza y descubrió sobre la mesita de noche un portarretrato dorado que enmarcaba una fotografía de Elena abrazando a un chico en la cúspide de una montaña helada. Lo agarró con discreción para observarlo de cerca.

—Es mi hermano —comentó Elena, que había percibido su interés.

—Os veis muy guapos en esta foto.

—Gracias —musitó—. Y tú, ¿tienes hermanos?

—Sí, dos… uno —se corrigió a sí misma.

Vivian se convirtió en inspectora de Homicidios como homenaje a su hermano mayor. Oriunda de Madrid, creció en una familia de obreros. La criaron con recursos limitados en un piso de dos habitaciones, lo que la obligó a compartir habitación con sus dos hermanos hasta bien entrada en la adolescencia. Gabriel, su hermano mayor, dijo desde pequeño que quería ser policía. Y aunque la mayoría de los niños manifiesta en algún momento que quieren ser médicos, policías o bomberos, en el caso de Gabriel no fue una motivación pasajera. Se aficionó a las películas policíacas y cuando entró en la adolescencia, se las agenció para que sus padres le compraran, en la medida de lo posible, libros en los que los protagonistas eran detectives jóvenes como él. Tan pronto crecía, también lo hacían los personajes de las novelas y su pasión por la novela negra y los *thrillers*. «Un día voy a ser un gran detective», decía constantemente, como un mantra que regía sus aspiraciones y motivaciones en la vida. Gabriel procuró hacerse de hábitos saludables, alejado por completo del más mínimo interés por fumar o beber alcohol, algo típico de la adolescencia. Pasaba horas entrenando su cuerpo y su mente, una disciplina que sus padres aplaudían e intentaron en vano transmitir a sus otros dos hijos. Se sacó la carrera de Economía con calificaciones sobresalientes y,

aunque intentaron persuadirlo para que ejerciera en su campo profesional, Gabriel siempre supo cuál era su meta. Una tarde, cuando regresaba del gimnasio, y a pocas semanas de presentarse a las oposiciones de la Policía Nacional, fue atropellado mientras caminaba por una calle peatonal. El culpable, un chico de veintiún años que conducía un coche robado. El impacto lo lanzó por los aires y en la caída golpeó la cabeza contra el asfalto. La muerte fue instantánea. La familia quedó devastada. La madre entró en una depresión que la consumiría el resto de su vida y el padre, un hombre bruto y de pocas palabras, se volcó en el alcohol como válvula de escape a su sufrimiento. La familia nunca volvió a ser la misma.

—Mi hermano mayor murió en un accidente —respondió devolviendo el portarretrato a su sitio.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Han pasado muchos años ya.

Le hubiera gustado decirle que todos los días lo pensaba; que tuvo que marcharse de casa con dieciocho años porque su familia parecía atrapada en un agujero negro del que no había escapatoria. Sin embargo, prefirió callar, porque cuando las cosas nos lastiman con tanta fuerza, es mejor dejarlas descansar.

Cerró los ojos nuevamente y procuró no pensar en nada. Mente en blanco. Y sin quererlo, cayó en un sueño profundo.

Despertó sobresaltada con el sonido de unos cristales rotos. Necesitó unos segundos para asimilar dónde estaba. El estruendo provino del interior del piso, como si Elena accidentalmente hubiese dejado caer unos platos o un jarrón. No sabía definirlo. Revivió la noche anterior y delineó una sonrisa que desapareció en cuanto miró la hora en su teléfono móvil. Faltaban cuatro minutos para las once de la mañana.

Comenzó a vestirse deprisa. Escuchó unos pasos que se acercaban y que llegaron hasta el umbral de la puerta. Sintió la presencia de Elena a sus espaldas.

—Te he despertado. ¡Qué torpe soy!

—Se me ha hecho tarde —le contestó ignorando su comentario.

—¿Te traigo un café? —le preguntó con dulzura.

—Tengo prisa —respondió a secas.

Terminó de anudarse las zapatillas y enfiló hacia la puerta de entrada. Detuvo su paso cuando llegó hasta Elena y la contempló por unos segundos. La chica sonrió y Vivian le acarició el rostro. Sin decir nada, salió a la calle a un ritmo acelerado. A esas horas ya debía estar regresando a Madrid.

Apremiada por llegar cuanto antes al aparcamiento, Vivian caminaba dando zancadas. Pasó por el restaurante donde había cenado la noche anterior y vio a la camarera que la atendió sirviendo unos vermús en una mesa. Su estómago rugió en ese momento. Después de las copas que se había bebido con Elena, le apetecía comer algo, pero eso quedaba en un segundo plano. Llegó por fin hasta su coche. En cuanto abrió la puerta, un vapor espeso la sacudió. Bajó los cristales para ventilar el interior y encendió el aire acondicionado. Unas gotas de sudor le bajaban por las sienes hasta el cuello. La humedad provocaba que su cuerpo se viera envuelto en un calor pegajoso insoportable. Bebió un poco de agua de una botella que conservaba junto al asiento y a la que le quedaban tan solo dos sorbos, aunque se arrepintió acto seguido de ingerir aquel líquido soporífero.

Condujo durante un buen rato hasta llegar a la dirección que le había proporcionado Eduardo. La zona era residencial. A ambos lados de la calle pululaban los chalés con sus jardines floreados protegidos por verjas y vallas que en algunos casos no permitían ver más allá. La calma reinaba en la zona. Vivian avanzó unos metros por la acera, estrecha y agrietada, en la que sobresalían retoños de hierba que sobrevivían al calor tórrido. Buscó el número nueve y llamó al telefonillo.

La recibió una señora mayor, bajita y morena, ataviada con un vestido verde botella que resaltaba sus curvas y que se identificó como Isabel Alonso Navarro. Bastó que Vivian revelara el propósito de su visita para que la señora la acribillara a preguntas para las que ella no tenía respuesta: «¿Ya habéis encontrado al malnacido que chocó su coche por detrás? ¿Cómo es? ¿Por qué lo hizo?».

La subinspectora se limitó a contestar que la investigación seguía

en curso, esa muletilla que parecía destinada a apaciguar las aguas por los siglos de los siglos.

A Miguel Soler lo encontró postrado en una cama. El hombre intentó incorporarse como cortesía, pero el dolor lo obligó a permanecer tumbado. Estaba pálido y tembloroso. Su aspecto no era el de un paciente grave, más bien parecía haberse recostado a descansar tras una ducha relajante. Tal vez esa impresión se debía a la belleza de su rostro angulado y a su cabello canoso bien peinado. En la habitación se respiraba un fuerte olor a colonia masculina que las ventanas cerradas mantenían secuestrado.

—Es la tercera vez que viene la policía a interrogarlo —musitó la esposa desde el umbral.

—Entiendo que pueda resultarles agobiante, pero es necesario insistir por si recuerda algún detalle que pudo pasar por alto con anterioridad.

—No pasa nada, inspectora. Además, como puede apreciar, no pensaba ir a ninguna parte —comentó Miguel con sarcasmo.

Vivian no tenía tiempo para corregirle, a fin de cuentas, que le llamaran inspectora tampoco sonaba nada mal.

—Preferiría que habláramos a solas —manifestó buscando la mirada de la esposa.

Isabel no encajó bien la propuesta. Hizo una mueca de desagrado que no pasó desapercibida por la subinspectora, que enseguida se justificó:

—Algunas víctimas de sucesos traumáticos se sienten más cómodos rememorando los hechos si no está presente un familiar. Eso puede ayudarle a recordar mejor lo que sucedió. —La subinspectora procuró razonar su petición apelando a criterios que se acababa de inventar, o no.

—Vale —masculló la esposa entre dientes mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

Vivian se acercó despacio al borde de la cama. Miguel se revolvió nervioso entre las sábanas. Sus ojos almendrados se hacían cada vez más grandes y en su mirada inquieta Vivian percibía desconfianza, y tal vez ella tenía la culpa por no ser una buena mentirosa.

—El día de su accidente hubo otro suceso de relevancia en Negueira de Muñiz, la desaparición de una mujer. Creemos que el conductor del vehículo que le provocó el accidente es el mismo que la secuestró. Se hacía llamar Carmen Iglesias, aunque su verdadero nombre era Belén Alonso Navarro, pero creo que eso ya lo sabe.

Miguel suspiró y cerró los ojos, sacudido por el peso de aquella afirmación.

—En cuanto su esposa se presentó, comprendí que su accidente no fue tal, y que usted sabe más de esta historia de lo que ha contado; aunque no le voy a negar que este descubrimiento ha sido una verdadera sorpresa. —Vivian se sentó en el borde de la cama—. Cuéntemelo todo, Miguel.

El hombre constriñó el semblante. Las sienes le palpitaban, los ojos vidriosos clamaban clemencia, arrepentimiento. Vivian posó una mano sobre la suya y él entendió enseguida que ella no estaba allí para juzgarlo.

Se limpió las lágrimas espesas que comenzaban a descender por su rostro recién afeitado antes de hablar:

—¡Nada de esto tenía que haber pasado! —negó con la cabeza—. ¡Ha sido un despropósito desde el comienzo! Mi mujer me pidió que encontrara a su hermana… y lo hice; pero fue verla y me enamoré. —Miguel buscó la mirada de Vivian implorando indulgencia, una que ella no podía darle, aunque él la necesitara desesperadamente—. No se imagina lo que es vivir cargando con el peso de la culpa todos estos años, renegando del amor más puro que he sentido.

La subinspectora le dio un apretón de manos. Era lo único que estaba a su alcance, su manera de decirle que estaba allí para escuchar, que podía desahogarse con ella si lo necesitaba porque vislumbraba el infierno que era su vida.

Lo vio girar la cabeza hacia la puerta que lo separaba de su mujer, esa que cuidaba de él y de su familia incondicionalmente, y no pudo contener la emoción:

—¡Ella lo sabe todo! —le dijo en tono muy bajo para que nadie más lo escuchara—. Y aunque nunca hemos hablado de ello, eso hace que la culpa sea insoportable.

—Necesito que me lo cuente todo —suplicó Vivian desviando la

conversación a los hechos que verdaderamente le interesaban.

Miguel tragó saliva y se aclaró la voz. Esbozó una pequeña sonrisa que a ella la descolocó y que él se apresuró a justificar.

—Nunca imaginé que llegaría el día en que tuviera que hablar de ella. Nada en el mundo podía haberme preparado para esta ocasión. Daba por hecho que el secreto moriría conmigo. Sin embargo, los tejemanejes de la vida —que a veces son como una montaña rusa— acaban de llamar a mi puerta disfrazados de una inspectora rubia de pelo corto y ojos azules, que me pide que abra la caja de Pandora de lo que ha sido mi pasado.

—Es lo que tiene el pasado, que siempre vuelve —presumió Vivian devolviéndole la sonrisa por la manera en que se había referido a ella.

Capítulo 22

Galicia, 15 de julio de 2016

Piñeira se despertó atolondrado. Un fuerte dolor de cabeza lo envolvió en cuanto intentó incorporarse en el sofá. La acidez provocada por el vino que había bebido hasta altas horas de la madrugada bullía como lava en su estómago. Se levantó con torpeza y consiguió llegar hasta el baño. Abrió la ducha y dejó que fluyera el agua fría mientras se desnudaba. Un buche amargo de jugos gástricos subió hasta su garganta, una mezcla con sabor a vino tinto y queso que lo quemaba por dentro. Se dobló sobre sus rodillas y terminó vomitando dentro de la bañera.

Permaneció en el suelo un par de minutos hasta que encontró las fuerzas para ponerse en pie. Su cuerpo por dentro era un volcán en erupción. El agua caliente sirvió para recomponer su destemplanza y eliminar cualquier vestigio de una mala noche. Salió del baño envuelto en una toalla blanca que resaltaba su piel morena y tersa. Regresó hasta el sofá y se dejó caer sin importarle que la tapicería absorbiera la humedad de su cuerpo. Buscó entre los cojines su teléfono móvil, convencido de que lo había visto escurrirse entre ellos, y finalmente lo localizó.

En la pantalla aparecieron varias notificaciones que fue descartando con indiferencia hasta distinguir un correo electrónico que le había enviado la inspectora Miranda Silva a media madrugada. Se permitió pensar en ella durante unos segundos. Su belleza tosca, como la suya misma, y ese carácter imponente y áspero que lejos de repeler veía como un reto. Volvió a centrar sus ideas y visualizó el contenido. Piñeira se levantó de un salto y corrió hasta la habitación. Se vistió de prisa y agarró las llaves de su coche.

***

En media hora ya se encontraba frente a la casa de Jacinto Moreno. Llamó varias veces a la puerta sin recibir respuesta. Avanzó

por uno de los laterales y avistó la camioneta de Jacinto estacionada en la parte trasera de la vivienda. «No debe estar lejos», pensó. Salió a la calle y caminó hasta encontrarse con un vecino al que preguntó por su paradero.

—A estas horas debe estar en el viñedo —le respondió.

Piñeira decidió dejar el coche como señal por si Jacinto regresaba usando algún camino alternativo. Subió por las callejuelas que le indicó el vecino y que terminaban en una pendiente de tierra estrecha que se deslizaba hasta una plantación. Entre las vides avistó a Jacinto, ataviado con un sombrero ancho que le escondía el rostro. El hombre notó su presencia a lo lejos, pero no se inmutó. Cuando el cabo llegó hasta él, sujetaba un racimo de uvas que examinaba minuciosamente.

—Buenos días, Jacinto.

—Buenos días, cabo —respondió sin apartar la vista de las frutas.

—Necesito que hablemos.

El hombre asintió con la cabeza y lo buscó con la mirada.

—Usted dirá.

—Preferiría que lo hiciéramos en un lugar más discreto.

Jacinto sonrió mordaz.

—Cabo, estamos en un viñedo a mitad de la nada. ¿De verdad cree que encontraremos un sitio más discreto?

Piñeira, convencido de que la tozudez de Jacinto iría en aumento, extrajo su teléfono y buscó el correo que le había enviado Miranda. Buscó en los archivos adjuntos y pinchó en una foto que amplió en su pantalla. Con el móvil en alto, le interrogó:

—¿Qué relación tiene con este sujeto, Víctor Gil?

Jacinto, que permanecía impasible a dos metros de distancia, agudizó la visión procurando distinguir la imagen.

—A simple vista no sé quién es —respondió.

El cabo volvió a trastear su teléfono y le mostró la foto que la inspectora Silva había tomado furtivamente de la oficina de Víctor Gil antes de que el camarero la descubriera.

—Me atrevería a asegurar que este que aparece a su lado es usted.

Jacinto hizo un gesto con la cabeza negando que fuera capaz de

apreciar la imagen a esa distancia. Avanzó unos pasos hacia él y trastabilló. Cayó de bruces. Un chillido de dolor acompañó el impacto y Piñeira se apresuró a socorrerlo. El hombre gimió varias veces mientras luchaba con su barriga hasta ponerse de rodillas. Lo miró asustado, con ojos puntillosos, y extendió los brazos buscando el apoyo que necesitaba para levantarse. Piñeira lo agarró con fuerza, y de un tirón el hombre se irguió y se abalanzó contra su cuerpo, que se tambaleó por el impacto y terminó derrumbándose. La cabeza rebotó contra la tierra y soltó un chillido atronador. Intentó incorporarse, pero sintió una punzada en el abdomen que le cortó la respiración. Entrecerró los ojos buscando al hombre y alcanzó a divisar cómo huía corriendo. La punzada era cada vez más fuerte, ardiente, como si alguien intentara arrancarle las entrañas. Bajó la mirada y descubrió la camisa empapada en sangre. Palpó con los dedos el abdomen hasta encontrar la herida. «Un cuchillo», pensó. Piñeira se equivocaba. Jacinto había usado una tijera de podar manual, una cizalla con hoja de acero forjado.

Miró a su alrededor en vano buscando ayuda e intentó gritar. La voz se le perdió en un gemido áspero que le raspó la garganta. Presionó la herida para intentar detener el sangrado. Recordó que llevaba el móvil en la mano en el momento de la caída y procuró localizarlo. Sabía que su vida dependía de ello. Giró la cabeza a ambos lados hasta que finalmente lo avistó. La visión comenzó a tornarse borrosa y su cuerpo apenas respondía. La sangre que perdía debilitaba sus fuerzas. Respiró hondo, sabiendo que su vida pendía de un hilo, y se arrastró por la tierra caliente y rugosa. Estiró un brazo y rozó el móvil con la punta de los dedos. Lo agarró, mas la vida se le escurría entre las manos y se rindió a una oscuridad de la que no despertaría jamás.

Jacinto corrió hasta donde se lo permitió su constitución mantecosa. Se ocultó entre las vides. Asomó la cabeza y vio a Piñeira luchando por su vida. Le molestó ver que se había manchado de sangre la mano que empuñó la tijera. Se apresuró a limpiarla en las perneras del pantalón. Sentía el pulso galopante. Creyó haberle asestado una herida profunda. No entendía que aún siguiera revolcándose como un animal herido que se resiste a su destino. Se

cuestionó la precisión de la herida, y la idea de que el cabo alcanzara su teléfono y avisara a la Guardia Civil, lo puso en alerta. Dio algunos pasos en dirección a su víctima y sacó el arma todavía ensangrentada del bolsillo del pantalón. Apretó los dientes, lleno de furia y sin muchas cavilaciones. Debía terminar lo que había empezado. Se detuvo de un salto, con la mano ahorcando la cubierta de plástico y con la mirada enfurecida, cuando lo vio desprenderse de todo atisbo de vida. Abatido. Sonrió entonces con una mueca que le desfiguró el rostro y avanzó hasta el camino de tierra. Devolvió la tijera al bolsillo derecho y extrajo del izquierdo un teléfono móvil. Escuchó tres tonos antes de que le contestaran.

—Dime —dijo del otro lado una voz seca.

—Tenemos a la Guardia Civil pisándonos los talones. Es hora de largarnos. Nos han descubierto. Acabo de hacer algo que creo nos dará algo de tiempo, pero no sé cuánto. Tienes que salir de ahí cagando leches.

Capítulo 23

Madrid, 16 de julio de 2016

Miranda y Rodri se conocieron cuando ella trabajaba en un caso al norte de Madrid. En aquel entonces, Rodri era el encargado de un restaurante cerca de una lujosa urbanización a la que ella fue a comer con su equipo. La conexión fue instantánea. Al siguiente día, Miranda se pasó sola a tomar un café y allí intercambiaron números. Cinco años habían pasado desde aquella mañana soleada de abril.

Pasaron tres semanas hasta que concertaron una primera cita que terminó con ellos bajo las sábanas en el piso de la inspectora. Al día siguiente desayunaron juntos una tortilla de patatas que preparó Rodri con mucha cebolla, y Miranda entendió por ese simple detalle que ese hombre valía la pena.

Un día que caminaban por el barrio entraron a un bazar chino a mirar. No tenían la intención de comprar nada. Sin embargo, en uno de los pasillos Rodri encontró un reloj de arena que compró para ella.

«Cada vez que me necesites, llámame; y prometo venir a tu encuentro antes de que caiga el último grano de arena», le había dicho él.

Una promesa que no cumplió. Un mes entero estuvo Miranda llamándolo y enviándole mensajes que nunca llegaban. Y todo ese tiempo, le daba vueltas al reloj de arena y se quedaba mirando fijamente a la puerta con la esperanza de que en cualquier momento lo vería entrar. Hasta que un día se cansó y guardó el reloj de arena en un cajón.

***

Miranda se había despertado temprano como de costumbre, a pesar de que apenas había conseguido dormir un par de horas. Eduardo se iba a reunir con ella a primera hora en el despacho, pero

no tenía fuerzas para levantarse. Las extremidades le pesaban y la mirada se le había perdido en el infinito, más allá de la lámpara de techo que caía como gotas de agua sobre la cama. Así estuvo hasta el mediodía, ignorando las llamadas y sin pensar en nada.

Se levantó con mucho pesar y fue directo hacia el mueble del salón donde guardaba el reloj de arena que le había regalado Rodri. Con la camiseta blanca de dormir que llevaba puesta lo desempolvó y le dio la vuelta. Lo colocó sobre el mueble con un movimiento firme y allí permaneció los catorce minutos que tardó en fluir la arena de un recipiente al otro.

Antes de conocer a Rodri estuvo casada con un médico que conoció en la despedida de soltera de una amiga. Jaime era un tipo preparado, entusiasta y un romántico empedernido. La colmó de detalles a los que ella no estaba acostumbrada. Un poco chapado a la antigua tal vez, pero con la prestancia suficiente para cautivarla. Vivieron un noviazgo intenso y lento que culminó con una propuesta de matrimonio grandilocuente en una playa de Alicante. Pasaron tres años felices hasta que surgió la idea de tener un hijo, una idea a la que Miranda nunca le había dado muchas vueltas, pero que con Jaime cobraba otro significado. Luego de varios meses intentándolo sin éxito, recurrieron a la reproducción asistida. Meses y meses de pruebas clínicas, estudios, ensayos; una carrera contra la naturaleza que fue mermando sus fuerzas y apagando la relación. Jaime parecía decidido, inquebrantable, pero ella fue perdiendo el entusiasmo por ser madre, por seguir luchando por algo a lo que su cuerpo se resistía. Con el paso del tiempo dejaron de compartir momentos, apenas coincidían en casa y la comunicación entre ellos alcanzó un mutismo insoportable. Un día se levantó desmotivada, minimizada por la situación, consciente de que había hecho cuanto tenía a su alcance para quedar embarazada, convencida también de que su amor no podía estar condicionado, y, tras una larga conversación, decidieron ponerle punto final a la relación.

La primera vez que Rodri habló de tener un hijo, Miranda sintió una quemazón en el pecho. Los recuerdos de aquel tiempo con Jaime llegaron como una ráfaga. La invadió el miedo más absoluto a que se repitiera la historia. Ella no era la misma. Se había convertido

en una mujer segura de las decisiones inamovibles que había tomado en algún momento, y una de ellas fue la convicción de que, si algún día quedaba embarazada, traería a su hijo al mundo; aunque había descartado la idea de someterse nuevamente a procedimientos clínicos que la llenaran de esperanza; sobre todo porque la esperanza tiene paredes frágiles que se rompen con facilidad.

Su persistencia colisionaba con la evasión que mostraba ella hacia el tema cada vez que él lo mencionaba. Le hubiera gustado contarle sus razones, pero la experiencia con Jaime supuso para ella un desgaste emocional que no estaba dispuesta a revivir. Prefería mostrarse hermética y renuente, apelando en última instancia a su comprensión.

La desaparición de Rodri trajo consigo un torbellino de elucubraciones. En su intento desesperado de encontrarle alguna explicación, su mente concibió incontables hipótesis carentes de peso a partes iguales, y revivió ese sentimiento de culpa respecto a la maternidad pesando sobre sus hombros como fardos. La vida se repetía delante de sus ojos con la misma fuerza bruta que ya la había sacudido tiempo atrás.

Cuando comprobó que el último grano de arena había caído, agarró el reloj y lo dejó caer hasta romperse en pedazos. Melón corrió despavorido por el impacto. Miranda lo cargó entre sus abrazos y el animal se acurrucó tembloroso. Se dirigió a la cocina junto a su fiel compañero a prepararse un café que acompañaría con un cigarrillo, sin importarle la arena y los cristales rotos desparramados por el salón.

Su teléfono móvil comenzó a sonar. Vivian llamaba. Tan solo escuchó la primera frase de su compañera: «Miguel Soler no los reconoció», y colgó.

Llegó a la Jefatura a las dos de la tarde. Estuvo unos minutos en el despacho de Sergio Estrada poniéndolo al corriente de las últimas averiguaciones y se dirigía a su oficina cuando se encontró con Eduardo en el pasillo.

—Me tenías preocupado. Llevo todo el día llamándote —le dijo con

timidez.

—Lo siento. He tenido una mañana difícil. Necesitaba unas horas para mí —le confesó alicaída.

—Estoy saliendo a comer ahora. ¿Te sumas?

—Sí. Me vendría bien algo en el estómago.

El O'caño era el típico bar de barrio. Los agentes de la Jefatura solían desayunar y comer allí, por lo que el trato de sus empleados resultaba cordial y cercano. A muchos de los agentes los conocían por sus nombres y llegaban, incluso, a tutearlos. Tal era el caso de Eduardo, cliente habitual, al que recibió la camarera con una sonrisa canalla y le asignó, como de costumbre, una mesa en la terraza sin importar el calor abrasador que hacía a esa hora.

—Aquí podemos fumar tranquilamente —se justificó el joven.

Los platos se sucedieron entre risas y asuntos triviales, como el último rollo de Eduardo con una veterinaria y su intención de abandonar la poesía y escribir una novela, romántica por supuesto. «La más grande historia de amor jamás contada», había remarcado. Miranda se moría de ganas de preguntarle por Rodri, qué sabía de su regreso, si le había hablado de ella. Eduardo y Rodri se habían conocido un día que salieron a tomar unas copas juntos a Malasaña y habían hecho muy buenas migas. Rodri tenía pocos amigos, y Eduardo era uno de ellos. La frenaba la evasiva del otro día, su compostura ante los secretos que se comparten bajo el manto infranqueable de la amistad. Tampoco quería presionarlo y generar una situación incómoda entre ellos tratándose de cuestiones ajenas al ámbito laboral. No tuvo más remedio que resignarse y dejar encajonadas cada una de las preguntas que la martirizaban.

Llegada la hora del café, Miranda se puso seria sobre el caso.

—¿Qué has averiguado?

—Sobre Francisco Gil no encontré ningún dato de importancia. Cuando murió, su hermano heredó el bar y algunas tierras en Soria, y Aurora Mendieta el resto. La casa donde vivía su marido la vendió a los pocos meses. Se ha ido deshaciendo también del resto de propiedades hasta quedarse únicamente con el hostal. Francisco y Aurora tuvieron una hija que murió muy joven, a los veintidós años, mucho tiempo después de la muerte de su padre. Encontraron su

cuerpo despeñado en un barranco en la Sierra de Guara. A la chica le gustaban los deportes de riesgo, hasta que la fatalidad se cruzó en su camino. He localizado también a Beatriz Cepeda, la prostituta que denunció a Francisco Gil. Afortunadamente, sigue en Madrid. Te he enviado la información por mail.

—Lo que me acabas de contar puede explicar la condición iracunda de Aurora Mendieta.

—De Manuela Rodríguez no encontré nada significativo, salvo una disputa por la patria potestad de su hija que se resolvió a su favor y que terminó con la salida de la niña hacia Perú, aunque en los registros de emigración consta el arribo de su hija a España hace dos semanas. Actualmente mantiene una orden de alejamiento contra su exmarido. Nada de donde tirar.

—Todo lo contrario. Me acabas de dar un as bajo la manga. Esa mujer esconde algo y me lo va a contar.

A lo lejos avistaron al comisario que cruzaba la calzada en dirección al bar. El contoneo de caderas de Sergio Estrada era de esas cosas de las que no podías parar de reír, por mucho que lo intentaras. Miranda y Eduardo se miraron confabulados y disimularon la risa contenida aproximando las tazas de café a los labios. Estrada no llegó hasta ellos, se detuvo a una distancia prudente, pero lo suficientemente cerca como para llamar la atención de la inspectora, que cambió de semblante en cuanto le hizo una seña para que lo alcanzara.

Eduardo vio cómo el comisario le decía algo que la obligó a retroceder con las manos cubriéndole la cara. Una expresión de espanto que presagiaba una tragedia. Estrada dio media vuelta y se marchó con su contoneo por el mismo camino. La inspectora regresó a su asiento estupefacta y con el rostro ensombrecido.

—Han asesinado al cabo Piñeira —soltó sin más, como si aún no lo creyera.

—¿Quién ha sido?

—Jacinto Moreno, el comunero de confianza de Macarena Iglesias. Dile a Vivian que me llame en cuanto llegue a Madrid. No entiendo por qué quiso pasar la noche en Córdoba —dijo tras una pausa.

Capítulo 24

Madrid, 16 de julio de 2016

Por más vueltas que daba en la cama, no lograba conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos veía a mi madre atada a ese árbol. La sangre, el alambre de espino, el rostro desfigurado. En mi cabeza había un interruptor que encendía y apagaba una luz. Con la oscuridad llegaban el miedo y la incertidumbre de no saber qué iba a pasar. Con la luz, la silueta de un asesino sin rostro descargando su ira sobre el cuerpo indefenso de mi madre.

Me levanté y caminé hasta la ventana. El visillo me separaba de una calle vacía y silenciosa que a esa hora de la madrugada únicamente se avivaba cuando pasaba algún coche. Lucas dormía. El día anterior, cuando regresé del bar de Víctor Gil, ya no estaba en casa. Permanecí en la habitación, esperándolo. Nadie tenía noticias suyas. Sus padres llamaron a algunos de sus conocidos procurando averiguar su paradero, pero todos negaron saber de él. Al final nos venció la resignación y nos conformamos con la esperanza de que nada le hubiera sucedido. Se apareció a las diez de la noche, con los ojos rojos y envuelto en una nube de olor a porros y alcohol.

En cuanto puso un pie en la habitación, tuvimos la conversación que llevaba postergando. Reconocí mis dudas sobre su vuelta a las andanzas. Otra vez la fiesta, el alcohol y la droga pululando alrededor de él. Sé con certeza que estaba hiriendo sus sentimientos, que mi desconfianza mellaba su fuerza de voluntad, pero mi corazón me decía que había llegado la hora de dejarlo ir.

La decisión estaba tomada, al menos por mi parte. Si Lucas no era capaz de reconocer que, sin quererlo —o tal vez sí— se iba adentrando en el túnel oscuro del que había logrado escapar una vez y que casi le cuesta la vida, entonces tendría que ser contundente y alejarme. Dejar de ser el pretexto para su permanencia en Madrid.

Desaparecer de su vida por su propio bien.

Lo más difícil para una persona en su situación es reconocer que el problema existe. Pensar que somos capaces de esquivar las tentaciones es de ingenuos. Existen para que caigamos en ellas. Son obstáculos que franquear. Se necesitan cimientos muy fuertes para salir airosos de la tentación. Lucas ya había caído una vez. Conocía el lado más oscuro de la droga. Tocó fondo. Y se levantó con la ayuda de su familia y las ganas legítimas de una vida diferente. Mi miedo era real, pero el peligro también lo era.

Nos metimos en la cama sin siquiera darnos las buenas noches. La discusión había tocado fibras sensibles de cada uno y, por primera vez, no fuimos capaces de encontrar un punto de inflexión. Él, firme en su tozudez, renuente a marcharse y dejarme sola en Madrid. Yo, incapaz de lidiar con la incertidumbre y el egoísmo de retenerlo a pesar de las posibles consecuencias.

Alguna que otra vez, por la madrugada, tenía la costumbre de pasarme un brazo por encima. Un gesto inocente que yo agradecía en silencio. Me hacía sentir protegida. Pero esa noche ni siquiera me rozó. Ni una sola vez. Entre nosotros se había abierto un abismo por el que discurrían aguas turbulentas; los sentimientos, que cuando se encuentran lo revuelven todo.

Una tarde mi madre me preguntó qué había entre Lucas y yo. Me tomó desprevenida y le respondí sin titubeos que una simple amistad. Desde que nos conocimos hubo una química especial. Pasábamos las tardes en el bosque, confidentes el uno del otro, mirando atardeceres. El cariño fue creciendo entre nosotros. Evolucionó. Se transformó. Aunque no sabría decir en qué. Tampoco lo había pensado nunca. No me parecía necesario. Hay cosas a las que no hace falta ponerle nombre, hasta que unas horas antes le pedí que regresara a Negueira, y me destrozó por dentro.

***

Esa mañana me despertó la claridad que se escurría por la ventana abierta. Lucas ya no estaba a mi lado. Antes de que me estrujara siquiera los ojos, su voz llegó a mis oídos como una caricia.

—¡No te muevas! Un minuto y lo tengo listo.

Apoyado en el marco de la ventana y con el cuaderno de dibujos

en mano, reviví el momento en que nos conocimos. La altivez al límite de la arrogancia de quien se adjudica una modelo sin su consentimiento. Pero esta vez le sonreí, no salí huyendo.

—Cuando duermes, siento que te conviertes en mi mejor musa.

El retrato que comenzó aquella tarde de camino a Córdoba por fin estaba terminado. En la parte inferior derecha, su firma y una dedicatoria. Corta, pero concisa:

Para mi amor.

—Desde hace tiempo vengo buscando el momento oportuno para decírtelo, pero ese momento no existe. Anoche, por primera vez desde que te conocí, tuve el presentimiento de que te iba a perder. Y no lo puedo soportar. Si tengo que irme sin ti, a sabiendas de que es lo mejor para los dos, lo haré. Pero no sin antes decirte que te quiero, que eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Y que no pienso rendirme. —Había un brillo en sus ojos que me recordó a la persona que me acompañaba a cazar puestas de sol—. Regresaré a Negueira con la esperanza de que nos volveremos a ver. Voy a cuidarme, seré el hombre que los dos queremos que sea. Y te buscaré después.

Se aproximó y me robó un beso, uno al que no me resistí. Fue maravilloso. Disfruté la humedad de sus labios. Duró apenas unos segundos, pero suficientes para enajenarme de la realidad. Cuando acabó, me aparté ruborizada. Salí corriendo de la habitación sin pensar adónde ir. Llegué hasta la puerta principal, vestida aún con el pijama, descalza, y con el corazón a mil palpitaciones por minuto. Recuperé la compostura, me di la vuelta con el mismo impulso que me llevó hasta allí y regresé a la habitación y me lancé a sus brazos.

A las dos de la tarde todavía seguíamos en la cama. Habíamos hecho el amor un par de veces hasta olvidar la situación que nos condujo al enfado la noche anterior. Era mi primera vez y, aunque no la suya, me hizo sentir especial. Perdimos la noción del tiempo y de todo lo que acontecía fuera de aquellas cuatro paredes.

Esa misma tarde recibí la llamada que tantos días estuve esperando: Lola estaba en Madrid.

Capítulo 25

Madrid, 16 de julio de 2016

El piso de Pedro en Alcorcón parecía otro en comparación con el que visitamos días atrás. Incluso él estaba irreconocible, perfectamente afeitado y con una lozanía en el rostro que distaba de la imagen desaliñada que percibimos cuando lo conocimos. La luz del atardecer inundaba el salón con rayos naranjas, impregnando de nostalgia los muebles viejos y las fotografías en blanco y negro.

Lola apareció desde la cocina con un desparpajo que revolucionó la energía dentro de aquel espacio. Me abrazó con una familiaridad que me transportó a los años de mi infancia, como esos abrazos que te dan cuando llegas a casa y que te recuerdan que allí estás bien, a salvo de todo.

—Eres igualita a tu madre —dijo a la vez que me pellizcaba los cachetes con ternura.

Se abrió hueco en el sofá entre Lucas y yo. Por la sonrisa tan amplia que mostraba él, y que le marcaba unos pequeños hoyuelos en las mejillas, podría decirse que estaba disfrutando la familiaridad con la que Lola nos había recibido. Pedro nos miraba desde el umbral de la cocina con su vaso de vermú en la mano. La melodía de una copla proveniente de una de las habitaciones servía de fondo a nuestra reunión. La escena en su conjunto me entusiasmó.

Con el pretexto de entrar en confianza —algo que no estimé necesario teniendo en consideración su carácter extrovertido y la locuacidad implacable que había demostrado en tan solo unos minutos—, Lola nos contó los detalles de su vida en Portugal y los pormenores más recientes de los espectáculos circenses de su marido. Este último no la había acompañado a Madrid por cuestiones de trabajo ineludibles.

Al cabo de un rato, se paró junto a la ventana y encendió un

cigarrillo. Se quedó mirando al infinito y la expresión del rostro se tornó diferente.

—Belén no era una asesina. La mujer que yo conocí no hubiera sido capaz de semejante barbaridad.

El comentario nos sorprendió entre risas con Pedro y anécdotas de su juventud.

—¿Qué crees que pasó entonces? —preguntó Lucas para romper el silencio incómodo que nos había invadido.

—No lo sé. Lamento no tener la respuesta que estáis buscando —dijo mirándome con compasión— porque imagino lo desesperada que estás.

—El hermano de Francisco Gil asegura que él y mi madre tenían una relación. ¿Ella lo mencionó alguna vez?

—Cuando tu madre llegó a Madrid no tenía experiencia como camarera, y aun así él la contrató. Se enamoró de ella desde que la vio por primera vez. Era algo casi enfermizo. Belén aguantó sus constantes insinuaciones por necesidad, porque tenía que ganarse el pan y no es que tuviera muchas opciones precisamente.

—Entonces…

—Nunca pasó nada entre ellos —me interrumpió para terminar la frase—. Tu madre nunca iría a esa casa por su propia voluntad.

—Hubo un momento en el que llegué a pensar que Francisco Gil podría ser mi padre. No sabes lo aterrador que fue. Tampoco me explico cómo llegó hasta allí. Son muchas las piezas que necesito acoplar.

—Tu padre se llama Javier Martín, y te puedo asegurar que fuiste el fruto de una linda historia de amor.

El corazón se me quedó en un puño. Estrujado. Desconocía la necesidad imperiosa de saber que mi madre tuvo su momento de felicidad, que conoció el amor, hasta que Lola me lo dijo. Mi alma toda se regocijó. Los ojos se me inundaron de lágrimas. Tuve que apretar la mandíbula para contener el llanto.

—El día que descubrió que estaba embarazada, dijo que era el día más feliz de su vida. Se moría de ganas de contarle a tu padre.

—¿Qué recuerdas de esos últimos días?

—Belén pasó varios días con náuseas y malestar. Había dejado el

trabajo y quería irse con Javier. Le sugerí que pasara unos días aquí con mis padres hasta que Javier regresara a Madrid. Trabajaba como arquitecto para el Grupo Ferrovial, y aunque no vivía en Madrid, venía casi todas las semanas. Se encontraron aquí en casa y planificaron irse a vivir juntos. Tenían la idea tonta de irse a vivir a Galicia, a una aldea de la que decían en las noticias que se había convertido en un refugio de *hippies* o algo así.

—Negueira —reconocí con júbilo.

—Javier dispondría de todo lo necesario para que tu madre se fuera con él a la semana siguiente. Cuando se marchó, Belén aprovechó que se sentía un poco mejor para visitar a su hermana en Córdoba. Era un viaje que tenía pendiente antes de irse a formar una familia. Esa fue la última vez que la vi, el día que se fue a Córdoba. Javier regresó por ella como habían acordado, pero no la encontró. Recuerdo que estuvo por el hostal buscándola. Noté la desesperación en su cara. Nunca más supe de él, ni siquiera cuando salió la noticia del asesinato.

Permanecimos en silencio unos minutos con la sensación de estar otra vez en un camino sin salida, al borde de un abismo que se precipitaba a lo desconocido.

Nos quedamos un rato más escuchando a Lola rememorar los mejores momentos que pasó junto a mi madre, lo entrañable que fue su amistad y lo que significó para alguien como ella, con el estilo de vida que llevaba en aquella época, tener su apoyo incondicional. Por eso no dudó en viajar a Madrid en cuanto Pedro le habló de mí. Era lo mínimo que podía hacer en gratitud. Acordamos vernos antes de que regresara a Portugal.

Ya nos habíamos despedido en la entrada del edificio cuando sentí la curiosidad de hacerle una pregunta:

—¿Sabes el motivo por el que Aurora Mendieta, la dueña del hostal, le guarda tanto resentimiento a mi madre?

—Es lógico cuando tu marido está obsesionado con otra mujer. Aurora Mendieta es la viuda de Francisco Gil.

Capítulo 26

Madrid, 16 de julio de 2016

La niña que abrió la puerta tendría tres o cuatro años. Era una monada rubia de ojos azules y rizos que le caían sobre los hombros. Dijo algo ininteligible que Miranda recibió con agrado. Una mezcla de sonidos agudos con intentos de palabras. Una chica de unos veinte y tantos salió a su rescate.

—Perdone. Estaba en la cocina preparándole la merienda y se me adelantó. Es muy traviesa. —La agarró con delicadeza por los hombros y la recondujo dentro—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a Beatriz Cepeda. Me dijeron que vive aquí.

—Sí. Está en su habitación descansando. Regreso enseguida. Perdone que cierre la puerta —se excusó amablemente la chica—, es para que no se escape la pequeña.

Estuvo dos minutos esperando. Beatriz Cepeda vivía en un edificio en Tetuán. La inspectora había aprovechado que una señora salía con el carrito de la compra en el momento en que llegó al edificio para entrar sin anunciarse. Conociendo el pasado de Beatriz Cepeda y lo delicado del asunto a tratar, procuraría ser discreta. Lo de explayarse delante de un interfono o fingir que era una trabajadora social le daba mal rollo.

La puerta se abrió.

—¿Sí?

—¿Es usted Beatriz Cepeda? —La mujer asintió—. Me gustaría hablar con usted sobre la denuncia que presentó hace veintidós años contra Francisco Gil.

Con la cara desencajada, entornó la puerta procurando que nadie las escuchara.

—¿Está loca? ¿Cómo se atreve a venir a mi casa, donde está mi familia, a hablarme de esto?

La voz se le perdía en un bisbiseo.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Su actitud era comprensible. Pero a la inspectora no le quedó más remedio que izar la placa identificativa.

—Tenemos que hablar, Beatriz. Puede ser hoy o mañana. Pero esta conversación es necesaria para una investigación en curso. —Le extendió una tarjeta con su número de teléfono—. Espero su llamada.

La inspectora salió del edificio con la frustración de haber fallado en su intento. Le faltó tacto, tal vez.

Encendió un cigarrillo y llamó a Vivian. Intercambiaron algunas frases. Constató que la subinspectora aún no había llegado a Madrid y acordaron verse más tarde en su departamento. Le dio la última calada al cigarrillo y decidió caminar hasta Bravo Murillo a tomarse una cerveza antes de regresar a la Jefatura.

Había avanzado unos metros cuando la increpó una voz. Beatriz Cepeda había salido tras ella.

La condujo con sigilo a una terraza pequeña situada en unas entrecalles cerca de su casa. Era una mujer hermosa, de ojos rasgados y expresivos. La piel del rostro evidenciaba algunos retoques estéticos, pero no excesivos.

Se mostró arrepentida por la manera en que la había recibido. Su familia no conocía su pasado como prostituta. El día que decidió de una vez por todas abandonar esa vida, se prometió que nunca más hablaría de ella. Hasta que apareció la inspectora a revolver la mierda.

Según le contó, era la primera persona en todos esos años que se interesaba en su historia. Cuando presentó la denuncia, la dieron por loca. Oportunista. ¡Sabrá Dios qué pensaron de ella! Una mujer que por dinero era capaz de todo, hasta de consentir que la maltrataran. El estigma de ser una puta para todo en la vida. Una mujer que mantiene relaciones sexuales a cambio de dinero es una puta y nada más, sin derecho a sentir, a ser una víctima. Puta eres en la cama y fuera de ella.

Desnudarse de esa forma la afectaba, como cuando te miras en un espejo y ves lo que solo tú puedes ver.

—Ese hombre era un monstruo. Un abusador. Lo que hizo conmigo lo repitió con muchas otras. Pero nadie se atrevía a hablar. Por dinero o por miedo. O las dos.

—¿Cómo conseguiste escapar? —preguntó Miranda.

—No escapé. Él me soltó. Yo era un juguete con el que se divirtió unos días, hasta que se aburrió. Era un hombre poderoso, con dinero e influencias. Se sentía intocable. Impune. No solo era dueño del bar, es más, el bar era un pasatiempo, también tenía tierras y otros negocios. Por eso no me extrañó que la policía no hiciera nada. Los tendría comprados.

—¿Y qué fue exactamente lo que te hizo?

Dejó escapar un suspiro. Encendió un cigarrillo de liar y tragó con dificultad.

—En aquella época, como en esta y en todas, las putas teníamos nuestras calles. Zonas donde solíamos esperar a que apareciera un cliente. Él llegó en su coche y me ofreció mucho dinero. Eso no me pareció raro. Hay hombres que pagan lo que sea por satisfacer sus fantasías. Me subí al coche tranquila. Era un cliente más. Al llegar a su casa abrió una botella de vino de la que bebimos los dos. Supongo que en algún momento me despisté y aprovechó para echarme algo en la copa. Quizás cuando fui al baño. No lo sé con certeza. Empecé a marearme y perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en una habitación a oscuras, atada con unos grilletes y amordazada.

Beatriz volteó las muñecas para que la inspectora contemplara las cicatrices. La voz se le quebró. Los ojos achinados rebosaron de lágrimas.

—Me sentía adolorida y débil. Apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Iba y venía por momentos. Desquiciada. Entonces lo vi entrar. Encendió la luz y me acercó a los labios una botella para beber. Arrastró una silla hasta mi lado y me incorporó con dificultad. En mi letargo lo vi ponerse unos guantes de boxeo rojos —lo recuerdo como si fuera hoy—, se enfundó una capucha, similar a las que usaban los verdugos antes de cortar cabezas, y comenzó a golpearme.

—¿Unos guantes de boxeo rojos? —corrió a preguntar con una

exaltación que confundió a su interlocutora.

—Sí —le respondió Beatriz con cierto titubeo.

—Continúa, por favor.

—Pensé que me iba a matar. Me golpeaba y me mantenía en la silla. No tenía fuerzas para gritar. Apenas para respirar. Así me tuvo un par de días. Una noche vino a la habitación y me llevó hasta su coche. Condujo hasta las afueras y me dejó tirada en un polígono, con la cartera llena de dinero y unos gramos de coca. Al final, quedaría como una puta a la que se le fue la mano una noche de juerga.

El testimonio de Beatriz era desgarrador.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por algo así. No soy capaz de imaginar la impotencia que supone sentirse marginada por un sistema que no te creyó ni te dio la oportunidad de defender tu verdad.

—Si al menos me hubieran dado el beneficio de la duda. Durante mucho tiempo me atormentaba la idea de que ese monstruo se deleitara una y otra vez viendo la cinta…

—¿Qué cinta? —la interrumpió Miranda sobresaltada.

—En la habitación había una cámara, inspectora. Ese desgraciado grabó las atrocidades que me hizo.

Miranda se mantuvo en silencio, pensativa, mordiéndose con suavidad el interior de los labios y dando golpes acompasados con los dedos sobre el metal de la mesa.

—No le voy a negar que me alegra saber que alguien le dio su merecido a ese hijo de la gran puta —sentenció Beatriz.

***

A la subinspectora Vivian le hizo más ilusión encontrarse con Melón que con su compañera. El chihuahua, que venía a paso ligero y altanero contemplando su entorno, se abalanzó sobre ella en cuanto notó su presencia. Con el animal en brazos siguió los pasos de Miranda, a la que había relegado con un simple saludo.

En cuanto entraron al piso, fue directo a la vinoteca pequeña que Miranda tenía ubicada entre el salón y la cocina. Agarró una botella de tinto y un par de copas.

—La historia que me contó Miguel Soler sobre lo que sucedió la

noche de la muerte de Francisco Gil explica los motivos que llevaron a Belén a huir a Negueira y que más tarde fueron el desencadenante de su asesinato —comentó Vivian desde el sofá, acomodada en una esquina con Melón entre las piernas a la vez que abría en el aire la botella de vino y servía en las copas—. Todavía no consigo asimilar lo de Piñeira.

Miranda no contestó. No hacía falta. El rostro lánguido hablaba por sí solo.

—Lo que no consigo entender es por qué lo hizo —prosiguió la subinspectora—. Miguel Soler no los reconoció ni a él ni a Víctor Gil, aunque si te soy sincera, tengo mis dudas, Miranda. Me pareció ver por un instante que dudaba. Entonces, si nos fiamos de lo que me dijo Miguel y ellos no están detrás del asesinato de Belén Alonso, ¿por qué matar a Piñeira?

La inspectora se levantó con la copa entre las manos mientras Melón seguía con sus ojos saltones los movimientos erráticos de su dueña por el salón.

—No podemos descartar aún la participación de Víctor Gil y Jacinto Moreno en la muerte de Belén Alonso. Que Miguel Soler no los reconociera tampoco los exculpa. Pudieran estar confabulados con alguien más, con él mismo incluso. De alguna manera los tres estarían implicados, y todo esto del coche que lo embistió por detrás, de la matrícula falsa, no sería más que una artimaña para desviar la atención. Eso explicaría que se haya negado a realizar un retrato hablado.

—No lo creo —negó Vivian contundente—. Sus motivaciones son otras. Teme por la vida de Macarena. No confía en que atrapemos al asesino, y si este se entera de que está colaborando con la policía, irá a por ella. Macarena es la razón por la que permanece callado.

—Hay muchas coincidencias como para apartar la vista, Vivian. No puedes confiarte de Miguel Soler porque haya tenido una historia de amor y una hija con Belén Alonso. Eso no lo exculpa. Y este trabajo nos ha enseñado que el amor y la muerte muchas veces van de la mano.

La inspectora se dio la vuelta para ocultar su agonía. Por mucho que lo intentara, la culpa la corroía por dentro.

—Piñeira fue a ver a Jacinto porque yo se lo pedí —reconoció cargada de remordimiento.

Vivian la contempló compasiva. Entendía que detrás de aquella frase se ocultaba el peso de la culpa, indirecta tal vez, pero con el mismo filo cortante de una espada.

—No hagas eso, Miranda.

—No lo puedo evitar.

—El único culpable de lo que le sucedió a Piñeira es Jacinto Moreno.

—Por eso quiero que vayas para Negueira a primera hora. Saca a esa alimaña del agujero donde esté escondida. ¡No vuelvas sin él, Vivian!

Miranda regresó al sofá después de apurarse el vino. Melón corrió a sus piernas y lamió con ternura sus manos. Tal vez percibía la tristeza de su dueña, que le devolvió unos besos en la cabecita de venado.

—Cuéntame ahora los detalles de tu conversación con Miguel Soler, a ver si de una vez y por todas vamos encajando las piezas de este puzle.

Capítulo 27

Madrid, 16 de julio de 2016

La chica de la recepción jugaba con un mechón de pelo cuando nos vio entrar. Se acomodó en su silla y fingió escribir algo en el ordenador. La cara le cambió en el momento en que preguntamos por Aurora Mendieta. Alegó que tenía órdenes expresas de no molestar a la señora pasadas las diez de la noche, a menos que fueran cuestiones de urgencia. Nos sentamos en unos sillones de mimbre que había en una esquina e insistimos en que no nos marcharíamos hasta ser atendidos.

La chica no sabía qué hacer. Su nerviosismo era palpable, como también lo era nuestra disposición de permanecer allí. Levantó el teléfono y dijo algo indiscernible para nosotros desde la posición que ocupábamos. Cuando colgó, comentó de mala gana que la señora únicamente me atendería a mí.

El piso de Aurora Mendieta ocupaba la última planta del edificio. El ascensor comunicaba directamente con un recibidor. La luz tenue de dos apliques de pared que custodiaban la entrada me salvaba de la oscuridad total. Me adentré con sigilo por un corredor estrecho que se alargaba frente a mí. A pocos pasos, se abría a los laterales en dos espacios poco iluminados. Miré a ambos lados sin recibir ninguna señal de la inquilina. Avancé hasta la siguiente bifurcación y me deslumbró la luz blanca de una lámpara de techo que a mi izquierda se erguía impotente sobre estantes llenos de libros. Me detuve en el umbral cuando la voz grave y áspera de Aurora Mendieta me llegó desde la habitación contraria.

—Estoy aquí.

Sentada en un sillón con las manos apoyadas en la empuñadura de un bastón, apenas se distinguía en la penumbra.

—¿Qué asunto tan urgente te trae a estas horas?

—¿Por qué no me dijo que Francisco Gil era su marido?

—No tenía que hacerlo. Al pasado es mejor dejarlo donde está.

—No puedo —contesté con ímpetu—. Necesito saber qué ocurrió y me cuesta mucho creer que usted viviera ajena a todo.

La escuché resoplar un par de veces cavilando qué hacer conmigo.

—Mi marido y yo teníamos una relación un tanto especial. —El tono de su voz se mantuvo calmado—. Cuando tu madre llegó a nuestras vidas, ya hacía mucho tiempo que vivíamos separados. Teníamos una hija a la que él adoraba y nunca nos dio la espalda, a pesar de sus andanzas. Nunca nos sentimos solas, hasta que apareció Belén.

—¿Entonces, tanto rencor consumiéndola por dentro porque un hombre que ya no dormía en su cama se enamoró de otra mujer?

Se puso de pie con la ayuda del bastón y avanzó hasta mí. Pude distinguir el desdén en sus ojos frenéticos.

—¡Me daba igual lo que Francisco hiciera por ahí! Si es que los hombres son todos así, que se desviven por una falda corta y cualquier mujer que les abra las piernas. Lo que si no iba a permitir bajo ningún concepto era que nos desatendiera.

—¿Y acaso no se lo merecía?

No respondió. Mantuvo su mirada repulsiva clavada en mí, como si quisiera saltarme a la yugular. Di un paso hasta situarme a escasos centímetros de su rostro. Le devolví la mirada con la misma ferocidad.

—No me creo nada de lo que dice. Usted sabe lo que sucedió esa noche. Lo que no acabo de entender es por qué se niega a contarlo. No era culpa de mi madre —le susurré con expresión de asco— que su marido se cansara de la vida aburrida y vacía que llevaba con usted.

Alzó la mano para abofetearme y la detuve a escasos centímetros de mi mejilla. La agarré fuerte por la muñeca y presioné hasta saber que le causaba dolor.

—¿Cómo te atreves? —escupió colérica.

—¡Dígame la verdad! ¿Qué sucedió? ¿Qué le hizo Francisco Gil a mi madre?

El chirrido de las pulseras me hizo desviar la mirada hacia el brazo todavía en alto de Aurora Mendieta. Sobre mi dedo pulgar, en la

parte interior de su muñeca, había quedado descubierta una cicatriz. La misma medialuna de las muñecas de mi madre.

—¡Esa cicatriz!

La solté y me aparté estupefacta. Se acomodó la manga de la blusa y las pulseras para ocultar la cicatriz y me dio la espalda.

—No sé de qué hablas.

—¿Qué significa esa cicatriz? Mi madre tenía esa misma marca en las muñecas. ¿Cómo se la hizo?

—No sabes de lo que estás hablando. ¡Largo de mi casa! ¡Fuera!

Retrocedí despacio con los sentimientos encontrados. Una parte de mí aborrecía a Aurora Mendieta y su miseria humana; la otra, se compadecía de su desdicha.

***

Decidimos regresar a casa caminando. Las calles de Madrid tienen ese efecto sanador en las personas, con sus luces, su gente diversa y la alegría de una ciudad que vive cada día como si fuera el último. El calor de la tarde había cedido a una brisa reconfortante.

Llegamos a nuestra calle pasada la medianoche. Los comercios cerrados y la ausencia de tráfico propiciaban un ambiente apacible. Lucas se fijó en las estrellas y comentó que pocas veces se podían ver con tanta claridad en Madrid.

—Prometo que no voy a decepcionarte. Voy a estar bien para ti, por los dos. No quiero regresar a Negueira sin ti. No estoy preparado para irme ahora.

Con los últimos acontecimientos había olvidado que mi situación personal era otra encrucijada de la que no sabía salir. Me había acostado con Lucas justo después de pedirle que se marchara. Otra vez el corazón divido y sin respuestas.

No fui capaz de responderle.

Me mortificaba la idea de ser complaciente y ceder a mis deseos más carnales. La razón por encima de todo. Ese era mi mantra, y lo estaba tirando por tierra. Tampoco me atrevía a ser sincera y decirle que no confiaba en él. Sí me creía su promesa, al menos la voluntad que tenía de trasfondo, pero no lo veía capaz de resistir la tentación.

Me abrazó y disfruté sentir sus manos envolviéndome. Nos besamos y por un instante olvidé mis dudas.

Dos manos callosas y frías me obligaron a retroceder de un tirón. Una me sujetaba por el pecho y la otra me amordazaba ahogando mis gritos. Podía ver a Lucas forcejear con un hombre de complexión robusta que lo agarraba por detrás. Intenté sin éxito morder la mano que me silenciaba y con ello conseguí que presionara más fuerte, hasta dolerme. El agresor de Lucas lo golpeó con fuerza en un lateral. Pude ver que perdía el aire y se desplomaba. Me invadió el miedo más absoluto, el augurio de que a él también lo iba a perder.

—Deja de meter las narices donde no te llaman o la próxima serás tú —me dijo al oído el mastodonte que me inmovilizaba y acalló mis pensamientos.

El agresor de Lucas sacó una navaja destellante que le clavó en el abdomen. El quejido se me incrustó como si la hoja de acero me atravesara también. Un empujón me hizo caer de bruces junto a Lucas mientras los asaltantes huían. La sangre le inundaba la ropa a borbotones. Pedí ayuda a gritos, sumida en la más devastadora desolación. La vida me había quitado en una ocasión lo único que tenía en el mundo y me rehusaba a consentir que lo hiciera otra vez.

Capítulo 28

Madrid, 17 de julio de 2016

A las dos y treinta y cinco de la madrugada sonó el teléfono de Miranda Silva. Número desconocido. La inspectora descolgó y en un santiamén se vistió y se dirigió al hospital.

En la sala de espera de la segunda planta encontró a Macarena Iglesias apartada y con la mirada perdida. Se agachó frente a ella y le sostuvo las manos. La chica le devolvió una mirada de agradecimiento.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió con la voz entrecortada—. Lo mío fue solo el susto.

—¿Qué sabemos de Lucas?

—La navaja perforó el área superior del abdomen y le desgarró el hígado. Lo trasladaron al salón de operaciones para tratar la lesión y contener el sangrado interno. Estamos esperando noticias. —En ese instante, Miranda reparó en los padres de Lucas, que la observaban de pie desde el otro extremo de la sala—. Saben quién eres. A raíz de lo que sucedió hoy me vi en la obligación de contarles la verdad.

—¿Nos tomamos un café? —propuso.

—Sí. Me vendría bien.

Antes de bajar a la cafetería, Miranda insistió en presentarse formalmente ante los padres de Lucas. Le pidió a Macarena que se adelantara mientras ella tenía una conversación con ellos. La inspectora les dijo algunas frases de aliento y manifestó su confianza en la recuperación de su hijo. Arantxa y Antonio agradecieron su compromiso de volcarse junto a su equipo en la investigación para encontrar a los culpables.

—Necesito hablar con usted a solas, Antonio. —Los padres de Lucas, preocupados, cruzaron miradas.

—Lo que sea que me tenga que decir, inspectora, lo puede hacer delante de mi mujer. Entre nosotros no hay secretos —comentó ecuánime.

—¿Ha tenido noticias de su hermano en las últimas horas?

Antonio hizo un aspaviento de desconcierto ante la pregunta. Arantxa lo miró confundida.

—No. Hace días que no hablo con él. ¿Qué ha pasado?

—Su hermano apuñaló a un cabo de la Guardia Civil que fue a interrogarlo con motivo de una investigación en curso.

Antonio retrocedió unos pasos, conmocionado. Su mujer se apresuró a rodearlo con un brazo y a sostener sus manos con la otra.

Miranda dudó antes de exponer los motivos del ataque; no obstante, era consciente de que Jacinto no tenía a nadie más en el mundo y, si requería ayuda, acudiría a ellos.

—Estamos siguiendo unas pistas que podrían vincular a su hermano con el asesinato de la madre de Macarena. Por eso no he querido que ella esté presente en esta conversación.

Antonio parecía sobrepasado por la situación. Buscó a su alrededor el asiento más próximo y se dejó caer con el rostro hundido entre sus manos.

—Esto que me está contando es una aberración, inspectora —comentó sin fuerzas—. Mi hermano adoraba a esa mujer. Macarena ha sido como una hija para él.

—Entonces, ¿cómo se explica que el cabo Piñeira haya ido a interrogarlo sobre el caso y terminara desangrado entre las vides?

Miranda no recibió respuesta. Sabía que esa pregunta se la hacía a sí misma más que a él. El parecido de Antonio con su hermano le revolvía el estómago porque, sin pretenderlo, su subconsciente veía frente a ella el rostro del asesino de Piñeira.

—Lamento ser portadora de malas noticias en un momento tan delicado como este. Ahora deben estar fuertes para Lucas. Él los necesita.

Arantxa le devolvió una mirada de gratitud que no conseguía disimular la tormenta de sentimientos que la sacudían por dentro.

—Si reciben alguna llamada de Jacinto, agradecería nos lo

comuniquen de inmediato. Y por favor, ni una palabra de esto a Macarena.

***

—Tengo un sentimiento de culpa que me está destrozando. —Macarena estalló en llanto.

Miranda se apresuró a abrazarla y le secó las lágrimas con un pañuelo. La sujetó por los hombros con delicadeza y le dijo sosteniéndole la mirada:

—Tranquila, Maca. No te sientas culpable. Nadie podía imaginar que algo así sucedería.

Algo se liberó dentro de la inspectora con aquellas palabras, arrancando de su pecho el peso de la culpa que la oprimía por la muerte de Piñeira.

—Lucas vino contigo a Madrid porque te quiere y, cuando queremos a alguien de una manera tan fuerte, nunca lo dejamos solo.

A las dos y cuarenta y tres de la madrugada, justo antes de encender el coche rumbo al hospital, la inspectora solicitó que le enviaran la declaración de Macarena sobre el incidente. No constaba ningún dato relevante que permitiera identificar a los agresores. No le había visto el rostro al que la bloqueó y la gorra que usaba el otro no le permitió distinguir sus rasgos. La visera le ensombrecía el rostro. Tendrían que revisar las cámaras de la zona y esperar a que Lucas se encontrara en condiciones para tomarle declaración.

—La persona detrás de la agresión estaba dispuesta a todo. Si la intención hubiera sido una simple advertencia, no hubiese ido tan lejos. Pero hay una cosa a la que no paro de darle vueltas, ¿por qué ahora? ¿Qué has averiguado que se siente amenazada?

Macarena se recogió en su asiento. Repasó los pormenores de la jornada anterior con la mirada fija en la espuma de su café buscando algún indicio. El nombre de Aurora Mendieta le vino de golpe. Era la última persona con la que había hablado y a la que había acusado de encubrir los actos de Francisco Gil. Si Aurora Mendieta quería proteger a toda costa sus secretos, pudo orquestar el asalto.

—Ayer en la tarde estuvimos con Lola, la amiga de mi madre. Vino

desde Portugal a conocerme.

—¿Te dio alguna información de interés para el caso?

—Niega por completo que mi madre y Francisco Gil hayan tenido una relación. Sin embargo, asegura que él la hostigaba. Dice que cuando se enteró de que la acusaban de asesinarlo en su propia casa, lo primero que pensó fue que mi madre nunca hubiera ido hasta allí por voluntad propia.

—Le pediré a Lola que se pase por la Jefatura igualmente.

—Luego… fuimos hasta el hostal de Aurora Mendieta.

Miranda le dirigió una mirada circunspecta.

—Resulta que es la viuda de Francisco Gil, y cuando fui a verla por primera vez no tuvo el valor de contármelo —expresó con enfado.

Macarena miró a su alrededor con el temor de haberse exaltado. Nadie la observaba. Buscó en el rostro de la inspectora alguna señal de condescendencia, pero se tropezó con la serenidad de sus manos acercando el café.

—¡Qué tonta soy! —exclamó entre risas—. Por supuesto que ya lo sabías.

—No olvides una cosa, Macarena —el tono de la inspectora se recrudeció—, yo estoy aquí para descubrir quién asesinó a tu madre, no para dirimir asuntos personales.

—Tienes razón. Lo siento.

—No te preocupes. En tu lugar, probablemente hubiera hecho lo mismo.

Miranda alzó los hombros y le restó hierro al asunto. Hizo el intento de ponerse de pie, pero Macarena le indicó con un ademán que no se levantara aún.

—Lola dice que mi padre se llama Javier Martín y que trabajaba como arquitecto para el Grupo Ferrovial. Necesito encontrarlo.

Miranda se inclinó sobre la mesa antes de contestar muy a su pesar:

—Si Javier Martín está vivo, lo vamos a encontrar.

—Tal vez no sea nada —comentó Macarena mientras se acomodaba el cabello a un costado—, pero Aurora Mendieta tiene una cicatriz en la muñeca en forma de medialuna que juraría es idéntica a la que tenía mi madre.

Capítulo 29

Madrid, 17 de julio de 2016

Miranda Silva bajó al estacionamiento del hospital a las cinco y trece minutos de la madrugada. Lucas ya se encontraba fuera de peligro y descansando en su habitación. Entró en el coche y con los ojos cerrados apoyó la cabeza en el respaldo. No pretendía dormir. Los párpados le pesaban y creyó que pasar unos minutos con la mente en blanco le vendría bien para recuperar energía. Quería pasar por su piso antes de ir a la Jefatura.

Tres horas después, el motor encendido de un coche que salía del estacionamiento la despertaba.

Se estrujó los ojos, miró la hora y dio por descartada la idea de pasar por casa. Tendría que afrontar el día con el semblante de quien ha pasado la madrugada en un hospital. El sonido de una gota de agua le notificó la llegada de un mensaje.

Buenos días. ¿Ya estás con el café?

Miranda bajó el cristal de la puerta y encendió un cigarrillo mientras decidía si contestar a Rodri. Comenzó a escribir un mensaje que finalmente terminó eliminando. Acabó el cigarrillo y se dirigió a la Jefatura.

Los compañeros la vieron llegar con dos vasos de cartón en las manos. El olor a café dejaba una estela seductora que inundaba el recinto.

—¿Qué hay que hacer para conseguir uno de esos? —preguntó uno bromeando.

—Ser buen inspector —contestó ella sin inmutarse provocando que las risas inundaran la sala.

Entró a su despacho sin cerrar la puerta tras de sí. Abrió el expediente de Belén Alonso y situó en el centro de su escritorio una de las fotos de la autopsia. Agarró un bolígrafo y circuló con tinta

azul las muñecas de la víctima. La sombra de Eduardo atravesando el umbral la distrajo por unos segundos y aprovechó para indicarle que había dejado para él sobre el escritorio un vaso de café, con leche semidesnatada y dos de azúcar blanca como le gustaba.

—Beatriz Cepeda y Belén Alonso tienen la misma cicatriz en forma de medialuna. Macarena Iglesias asegura que Aurora Mendieta también la tiene. Cuando me entrevisté con Beatriz Cepeda me confesó que esa marca era el resultado de los grilletes que utilizó Francisco Gil para retenerla. Lo que me lleva a pensar que las tres fueron víctimas de su sadismo. —Hizo una pausa que interrumpió sobresaltada—. ¡Las cuatro! —rectificó—. Manuela García también tiene esa cicatriz en la muñeca.

Miranda se apartó del escritorio y comenzó a caminar de un lado a otro del despacho con las manos en la cintura.

—Tenemos cuatro mujeres que suponemos fueron retenidas y torturadas por Francisco Gil. Una está muerta, otra es una antigua prostituta que lo denunció y a la que ningunearon, y luego están su viuda y Manuela García. ¿Por qué han callado todos estos años? ¿Por qué permitir que se culpara a Belén Alonso del asesinato de Francisco Gil?

—Creo que tengo la respuesta —soltó Eduardo exaltado—. Estuve indagando un poco más sobre Manuela García y resulta que el piso donde vive fue un regalo de la mismísima Aurora Mendieta en el año 2005.

La inspectora lo miró estupefacta.

—Si Aurora Mendieta le entregó un piso fue para comprar su silencio —sentenció Miranda—. ¿Qué es eso tan importante que sabe Manuela García que la obligó a pagar un precio tan alto?

Eduardo se incorporó y dio algunos pasos junto a su compañera. Algo no le cuadraba.

—Belén desparece y veinte años después la asesinan. Tenemos el testimonio de Miguel Soler confirmando que uno de los agresores de Belén estaba en Negueira de Muñiz ese día, aunque no reconoció ni a Jacinto Moreno ni a Víctor Gil. ¿De verdad crees que Aurora Mendieta tiene algo que ver en todo esto? ¿Cómo encaja ella en esta historia?

—Sin embargo, Macarena Iglesias estuvo ayer en la tarde con ella y la acusó de querer tapar los hechos de su marido, y un rato más tarde… ¡pum!, dos matones la asaltan en la entrada del edificio y apuñalan a su compañero.

Atónito, Eduardo permaneció en silencio asimilando la noticia.

—El chaval ya se está recuperando. Vivian tenía razón respecto a Macarena, se está exponiendo demasiado.

—Sabemos que es imposible que Aurora Mendieta matara a Belén Alonso, al menos físicamente hablando; pero puede estar detrás de su asesinato. Incluso, con la ayuda de Víctor Gil, el hermano de su exmarido —Eduardo tanteó con la mirada a la inspectora—. No olvidemos que Víctor Gil estaba en Galicia el día que desapareció Belén. Puede que hubiera alguien más con él.

—Cierto.

Miranda regresó a su silla delante del escritorio y comenzó a escribir unas indicaciones en una hoja en blanco que luego le entregó.

—Hay algo que me está rondando desde que hablé con Beatriz Cepeda. Ella dice que en la habitación donde la tenían secuestrada había una cámara. Está convencida de que Francisco Gil grababa las sesiones. La historia que le contó Miguel Soler a Vivian ubica a nuestro asesino en la casa de Francisco Gil la noche de su muerte. Los guantes de boxeo en la escena del crimen y en el vídeo que Santiago Ybarra vio en el foro no son casualidad. Es un sello, uno que ha mantenido a lo largo de estos años.

—¿Piensas que podían haber traficado con las grabaciones?

—Quiero que busques casos de pornografía violenta en aquella época. Con un poco de suerte, saldrán a relucir los guantes de boxeo rojos. Avísame si encuentras algo.

—De inmediato.

—¡Ah, se me olvidaba! Necesito que encuentres a un tal Javier Martín, arquitecto, antiguo empleado del Grupo Ferrovial.

Eduardo asintió, no sin antes fruncir el entrecejo.

—Es un favor personal que me ha pedido Macarena Iglesias. —La inspectora se cuestionó enseguida si estaba haciendo lo correcto, porque sabía con certeza que ese hombre no era su padre. No sería

ella quien le contara la verdad a Macarena. No le correspondía. Sin embargo, una idea llevaba revoloteando en su cabeza toda la mañana: si Javier Martín estaba vivo y los astros se alineaban a su favor, tal vez le diera a Macarena algún indicio que le permitiera desentrañar la verdad por sus medios—. Avísame si lo localizas.

Miranda salió de la Jefatura en dirección a Torrejón de Ardoz. No regresaría sin hablar con Manuela García, aunque la pesquisa le tomara todo el día.

El teléfono sonó mientras aparcaba.

—¿Cuándo pensabas decirme que la hija de Belén Alonso sufrió un asalto? —El tono de Sergio Estrada era colérico.

—Lo siento. He estado tan liada siguiendo una pista que olvidé pasarme por el despacho. —La inspectora puso los ojos en blanco a la expectativa de la comprensión de su superior.

—Silva, ¡este caso se te está yendo de las manos! Pásate a verme cuando regreses.

—Entendido.

Colgó y se quedó sentada con las manos al volante. Una de las cosas que más la irritaba era que le llamaran la atención o cuestionaran sus métodos. La vía más rápida para cambiar la percepción que tenía Estrada sobre el caso era poner sobre su mesa algún avance relevante. Con esto en mente, salió del coche y llamó al telefonillo. Manuela García contestó de inmediato.

La mujer la recibió en pijama. Se excusó y le pidió unos minutos para arreglarse. Antes de abandonar el salón, Miranda pidió permiso para abrir una de las ventanas. De mala gana, Manuela accedió.

Miranda se sentía ansiosa. No conseguía quitarse de la cabeza las palabras de Estrada. ¿Tendría razón? ¿Y si el caso había nublado su perspicacia? Todavía no tenía un sospechoso concreto ni pruebas suficientes para inculpar a ninguna de las personas implicadas. Había depositado sus esperanzas en la conversación que estaba a punto de tener con Manuela García, pero si se negaba a hablar, la dejaría otra vez con las manos vacías y vulnerable a la ira del comisario.

Los pasos de la señora acercándose la sacaron de sus reflexiones.

Había cambiado el pijama por un sobrio vestido azul que le caía hasta las rodillas.

—Gracias por recibirme tan temprano.

—Ya le conté todo lo que sé la otra vez que estuvo aquí —soltó a la defensiva.

La inspectora sonrió y, de pie junto a la ventana que acababa de abrir, sacó del bolsillo trasero de su pantalón una cajetilla de cigarros. Se tomó su tiempo para abrirla y llevarse uno a los labios. Lo encendió, y tras darle una primera calada, preguntó con sorna:

—¿Puedo?

Manuela se limitó a asentir de mala gana.

—Este piso es muy bonito —continuó la inspectora—. Es suyo, ¿verdad?

La mujer asintió una vez más. Seguía de pie en el medio del salón con los brazos en jarra.

—¿Cómo lo adquirió?

Manuela titubeó antes de atreverse a responder; no obstante, Miranda la interrumpió en cuanto soltó la primera palabra.

—Este piso se lo regaló Aurora Mendieta. —Las miradas se enfrentaron—. Lo que quiero saber es por qué se lo obsequió.

Manuela tragó en seco y se sentó en una butaca. Balbuceó algunas palabras incoherentes mientras lidiaba con los nervios. La inspectora lo advertía en el temblor de su boca y en la manera descontrolada con que se frotaba las manos.

—La señora me tenía mucho aprecio —mintió descaradamente.

—Demasiado, me atrevería a decir.

Lanzó lo que quedaba del cigarrillo por la ventana y se sentó frente a ella.

—Ya lo sé todo, Manuela. Tú eres una víctima más de Francisco Gil. Esa cicatriz que tienes en las muñecas, la medialuna, sé que fueron los grilletes.

—No sé de qué está hablando —negó nerviosa, incapaz de sostenerle la mirada.

—Han pasado muchos años, Manuela. Aunque haya mentido en su declaración, ya nada puede pasarle. Esos hechos han prescrito.

—¿Y por qué sigue hurgando entonces?

—Porque Belén Alonso fue asesinada hace muy poco y para encontrar al asesino necesito llegar hasta las personas que estuvieron en esa casa aquella noche.

—Ya le dije lo que sé. Lamento no ser de más ayuda.

Manuela se levantó y dio por terminada la conversación. Con un ademán señaló la puerta y le rogó con la mirada que se marchara.

—En el fondo entiendo que haya elegido seguir con esta mentira, a fin de cuentas, construyó su vida sobre ella.

—Márchese, por favor.

Escoltó a la inspectora hasta la puerta con la cara desencajada. Se disponía a girar el picaporte cuando Miranda la agarró por el brazo con firmeza.

—¿Qué tal el gato?

Alargó los ojos desubicada. Movió la cabeza hacia atrás dando a entender que no comprendía la pregunta.

—Ya sé que no tiene ningún gato. O tal vez sí. —Levantó la comisura de su labio izquierdo para fingir una sonrisa—. Puedo tutearte, ¿verdad?

Miranda no esperó su respuesta.

—Si no me dices la verdad, si decides seguir ocultándome qué pasó en realidad esa noche, le diré a Rodolfo Arenas que su hija está aquí, que el día 5 de julio llegó de Ecuador. Piensa muy bien si es eso lo que quieres, Manuela.

—¡Eso no, por favor! ¡Eso no!

El tiempo se congeló para las dos en ese microsegundo. Miranda estaba tan desesperada por descubrir la verdad que haría cualquier cosa, aunque eso implicara extorsionar a esa mujer.

El amor de una madre está por encima de todo y de todos. La inspectora había encontrado el punto exacto por donde deshacer el entramado de mentiras que Manuela sostenía. No tenía escapatoria. Se persignó frente al Sagrado Corazón que las contemplaba anclado en la pared. La mujer terminó la señal de la cruz juntando las manos en el pecho en una postura rogativa a un Dios al que se había aferrado durante mucho tiempo buscando perdón.

«Ha llegado la hora de expiar los pecados».

—La historia que le conté es real, salvando el hecho de que nunca

vi a Belén salir de allí. —Con ese enunciado su voz perdió fuerza. Tragó en seco y avanzó unos pasos hacia el centro del salón. Se mantuvo de espaldas, como si no tuviera valor para hablarle a la cara—. Encontré al señor en el suelo en medio de un charco de sangre y la caja fuerte abierta. Inmediatamente, llamé a doña Aurora y me pidió que no hiciera nada hasta que ella llegara. Me convenció de que Belén estuvo allí esa noche, que ella los había visto juntos en el coche y que, probablemente, lo había matado para robarle. Me prometió que, si le decía a la policía que la había visto, iba a cambiarme la vida. Y así fue.

—¿Y Víctor Gil, el hermano de Francisco, jugó algún papel en todo eso? ¿Sabes si estuvo allí aquella noche?

—No lo sé… Sin embargo, en aquella época yo estaba indocumentada y fue él quien le pagó a un amigo suyo para que se casara conmigo.

—¿Al padre de tu hija?

—No. A Rodolfo lo conocí después.

—Entonces, ¿la cicatriz en la muñeca? ¿Permitiste que abusara de ti y seguiste trabajando para él como si nada?

—No —contestó con la mirada todavía perdida en el suelo—, eso ocurrió mucho tiempo antes. Yo acababa de llegar a Madrid y no tenía donde caerme muerta. Estuve algunos meses… en el mundo de la noche. Don Francisco me ofreció mucho dinero por pasar tiempo con él, pero si le soy sincera, apenas recuerdo lo que pasó esos días. Probablemente estuviera drogada o sedada…, no lo sé. Unos meses después nos volvimos a encontrar, aunque esa vez no me hizo ninguna oferta. Nos vimos en tres o cuatro ocasiones más y ahí surgió la propuesta de que trabajara limpiando su casa. Acepté sin miramientos. Prefería ganarme el pan de una manera más honrada. Luego conocí a la señora Aurora y terminé trabajando para los dos. Ella nunca supo cómo conocí a su marido, de otro modo no me hubiera permitido trabajar para ellos.

—¿Recuerdas si Francisco Gil mencionó a algún amigo o si estuvo alguien más en la habitación donde te tuvo encerrada?

—No. Como le dije, solo tengo *flashazos* de esos días.

—¿Sabrías decir dónde estuviste?

—Recuerdo que don Francisco me llevó hasta su casa. Comenzamos a beber y perdí la noción de todo. Los pocos momentos en los que recuerdo haber abierto los ojos y mirar a mi alrededor, estaba en una habitación pequeña y sin ventanas. Pasé varios años trabajando para él y esa habitación no estaba en esa casa.

—Sí que lo estaba, Manuela. Solo que muy escondida —matizó Miranda para su asombro y sin entrar en detalles.

—Y cuando te soltaron, ¿dónde despertaste?

—En la escalera de una iglesia.

Miranda comenzó a caminar de un lado a otro del salón.

—Entonces, ¿Aurora Mendieta te regaló este piso como recompensa por haber mentido sobre la implicación de Belén Alonso en el asesinato de su marido? Me parece un precio elevado por una simple mentira. Y Víctor Gil, ¿por qué necesitaba pagar y arreglarte un matrimonio por papeles? ¿Qué interés tenía en que inculparan a Belén? Lo curioso —añadió la inspectora— es que Francisco Gil murió en 1992; sin embargo, este piso no fue tuyo hasta el 2005, cuando ya tu hija había nacido. Si ya habían pasado trece años, ¿por qué tuvo que darte el piso? Parece una deuda demasiado larga. ¿No crees?

Manuela se removió con signos de incomodidad. La inspectora creyó haber dado con la génesis de la red de mentiras que había tejido todo ese tiempo.

—La chantajeaste —largó Miranda sin pensarlo.

Manuela asintió varias veces, no sin antes implorarle perdón con la mirada a su Dios en la pared.

—¿Con qué?

—Con una cinta —musitó.

—¿Una cinta? —Enseguida le vino a la mente lo que había dicho Beatriz Cepeda.

—Ya le comenté que cuando llegué a la casa de don Francisco la caja fuerte estaba abierta. Dentro había algo de dinero, papeles, sobre todo papeles, y una cinta de vídeo de las de aquella época. Sentí el impulso de esconderla y me la guardé como un seguro de vida. Supuse que, si don Francisco la guardaba allí, tendría algún

valor. Lo que no supe hasta el día siguiente fue que doña Aurora también formaba parte de su juego maquiavélico —dijo temblando.

—¿Qué había en esa cinta, Manuela?

La mujer negaba con la cabeza y estrujaba los ojos recordando su contenido. Miranda tenía la esperanza de que le hubiera visto el rostro al asesino en esa cinta y lo pudiera identificar.

—¿Qué había en esa cinta, Manuela? —le preguntó alzando la voz para sacarla de su aturdimiento.

—Los dos señores, don Francisco y doña Aurora, abusando y golpeando a una pobre mujer en la misma habitación donde me tuvieron encerrada.

—¿Y dónde está esa cinta? —preguntó Miranda intransigente.

Manuela miró a su alrededor con los brazos abiertos. Le había entregado la cinta a Aurora Mendieta a cambio del piso.

Capítulo 30

Madrid, 17 de julio de 2016

Sergio Estrada hablaba con un agente cuando vio a Miranda Silva salir del ascensor. La inspectora procuró pasar desapercibida, pero no lo consiguió. El comisario cortó de cuajo la conversación que sostenía y le indicó a la inspectora que lo siguiera hasta su despacho. Esperó a que se sentara, cerró la puerta y bajó las persianas. Tanta privacidad no presagiaba nada bueno. Para ponerse al día sobre el caso bastaba un breve intercambio; aquello olía a rapapolvo.

—Y bien, ¿cómo estás? —preguntó mientras pasaba por su lado y se situaba frente a ella.

—Bien —respondió con parquedad.

Estrada la contempló durante unos segundos. Detrás de ese «bien» había una mujer angustiada que se rehusaba a que un extraño palpara su fragilidad y él lo sabía. Tantos años a su lado le habían permitido conocerla a fondo.

—Lo del cabo Piñeira ha sido una verdadera tragedia...

—He mandado a Vivian a Galicia. A esta hora debe estar llegando.

Miranda tragó en seco. De sobra sabía que Estrada era un hombre de reglas y protocolos. Una orden de ese calibre sin su aprobación acarrearía una reprimenda de manual. El comisario se revolvió en su asiento. Las orejas se le prendieron como dos mechas rojas, pero se contuvo. Bastó una mueca torcida para que ella entendiera que, por esa vez, y dado lo delicado del asunto, lo dejaría pasar.

—Avísame en cuanto tengas noticias suyas. Ahora, dime qué has averiguado.

—Hemos identificado a la persona que mantuvo una relación con Belén Alonso mientras vivió en Madrid. Se llama Miguel Soler. Y vaya sorpresa, resulta que está casado con la hermana de la víctima. Vivian lo interrogó en su viaje a Córdoba. Miguel Soler rescató a

Belén de las garras de Francisco Gil y un cómplice, nuestro asesino. Fue Miguel quien mató a Francisco Gil en defensa propia.

Estrada escuchaba atentamente, con los codos apoyados en el escritorio y tocándose la punta de los dedos.

—Durante dos décadas, Miguel Soler mantuvo contacto con Belén. Cada cierto tiempo la visitaba y se interesaba por la niña. El día que Belén desapareció, Miguel Soler estaba en Negueira de Muñiz, una imprudencia que a ella le costó la vida. Allí en la feria reconoció al hombre que estuvo en la casa de Francisco Gil aquella noche. Agarró a Belén y la sacó del pueblo tan rápido como pudo. Lo que no imaginó fue que los perseguiría y les provocaría un accidente en la carretera, accidente que aprovechó para secuestrar a Belén. Lo que vino después ya lo sabemos.

—Eso significa que por fin tenemos el móvil del asesinato.

—Sí. El asesino se vio descubierto. De ahí que amarrara el alambre de espino alrededor de su boca. Era su manera de decirle a Miguel Soler que no permitiría que lo delatara y que, de hacerlo, su hija tendría el mismo final que Belén.

—Lo que no acabo de entender es por qué Jacinto Moreno apuñaló al cabo Piñeira. ¿Cuál es su participación en todo esto si damos por cierto lo que nos cuenta Miguel Soler? —preguntó acomodándose las gafas sobre el puente de la nariz.

—Aún no conseguimos encajar esa pieza.

—¿Cuál es el próximo paso? —se apresuró a preguntar.

—Hay más, Sergio. Francisco Gil y su cómplice grababan las sesiones de violación y tortura de sus víctimas. Tenemos razones para pensar que podrían haber traficado con ellas. También hemos descubierto que hace veinte años ya usaban los guantes de boxeo. Eduardo anda tras la pista de las grabaciones.

—Estás muy cerca, Silva —sentenció Estrada.

—Tampoco descartamos a Aurora Mendieta. Fue partícipe de los abusos junto a su marido. Esa mujer tiene el alma negra.

—Confío en tu capacidad para resolver pronto este caso, que a veces pareciera que se está alargando demasiado.

—¿Algo más? —preguntó la inspectora desoyendo la última frase.

—Me preocupa que te estés involucrando en exceso con la hija de

la víctima y desmarques los límites. No quiero que te afecte. Recuerda…

—¡Estoy bien! —vociferó poniéndose de pie. Sabía perfectamente que el comisario se refería a sus casos sin resolver, los dos que habitaban su escritorio perennemente, y le agradecía que se preocupara por ella, aunque nunca se lo dijera porque se negaba a admitir que no estaba acostumbrada a tanto paternalismo—. Te prometo que estoy bien —indicó con un tono más sereno esta vez.

—No sé yo, Silva… Hay algo en tu mirada que me remonta al pasado, a esos tiempos convulsos en tu carrera, cuando te obsesionaste y tocaste fondo. —La inspectora caminó por el despacho con los brazos en la cintura asimilando sus preocupaciones —. No quiero verte así otra vez, enajenada y desorientada. Si necesitas ayuda, si crees que el caso se te está yendo de las manos, que no puedes con tanta presión…, lo que sea, ven a mí, que haré lo que esté al alcance de mi mano para que no te rompas. ¿Queda claro?

Asintió con la cabeza con el pomo de la puerta ya en la mano. Necesitaba salir de allí y dejar de escucharlo, porque sus inquietudes lo único que conseguían era revolverla por dentro, traer de vuelta los fantasmas del pasado, épocas oscuras de las que no se sentía orgullosa. Una sensación de asfixia le estrujaba el pecho.

Se despidió con una mirada lastimosa y salió del despacho a paso rápido sin comprender con claridad qué había pasado con Estrada ni la gravedad de sus últimas reflexiones. En el pasillo se cruzó con algunos compañeros que la saludaron entusiastas, pero iba tan ensimismada que se limitó a corresponderles alzando las cejas. Fue directamente al puesto de Eduardo.

—¿Tienes algo para mí? —le preguntó con la respiración agitada.

—Sí. Encontré un caso de distribución ilícita de pornografía, el caso Beta, aunque no de cualquier tipo. Era una red que difundía pornografía violenta, desde violaciones reales, pedofilia y hasta necrofilia —respondió sin apartar la vista del ordenador.

—¿Qué relación tiene con el caso?

—Ahí viene lo bueno. —Eduardo abrió una carpeta en la que se listaban una serie de informes policiales que fue abriendo—. Según

consta en el expediente, algunos de los vídeos presentaban a mujeres que eran violadas y sufrían maltratos por parte de hombres que usaban guantes de boxeo.

—¡Bingo!

Miranda se quedó pensando con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—¿Sabes si esos vídeos existen todavía?

Eduardo buscó la información en la base de datos.

—Según consta, hay más de cien cintas en los archivos del caso.

—Tenemos que ver esas cintas. Pásate por la oficina de Estrada para que agilice la entrega. Las quiero aquí esta misma tarde. Yo tengo que hacer un par de visitas que no puedo seguir postergando. En cuanto regrese, me vuelco contigo en esta tarea.

—Entendido, jefa.

—Buen trabajo, Edu. —Le dio unas palmaditas en el hombro y se dio la vuelta.

—¡Ah! He localizado a Javier Martín.

Miranda suspiró por lo que aquello significaba: una pérdida de tiempo y fuerzas para Macarena Iglesias. Sin embargo, le había prometido que lo encontraría. Le pesaba en el alma fingir que no sabía la verdad sobre la identidad de su padre, pero, desafortunadamente, era un tema que agradecía se saliera de su competencia porque creía fervientemente que esa criatura ya había sufrido demasiado.

—Pásame los datos, por favor.

Capítulo 31

Madrid, 17 de julio de 2016

En los diez minutos que llevaba sentada en aquella cafetería de la calle Arturo Soria había experimentado una efervescencia de emociones que emergían de mi interior como la lava de un volcán, arrasando todo a su paso. Javier Martín estaba a punto de llegar y no sabía qué esperar de ese encuentro. En cuanto le colgué a la inspectora Miranda Silva, lo llamé al número que me proporcionó. La conversación fue escueta. No quise andarme con rodeos porque ya de eso había tenido bastante con las evasivas y el secretismo de mi madre. Quería conocerlo y escuchar su versión. Pero también necesitaba tenerlo de frente, ver si me reconocía en él, si era capaz de sentir algo por una persona a la que estaba irremediablemente ligada, aunque fuera un extraño en mi vida.

Durante los pocos segundos que duró la llamada, Javier Martín mantuvo la ecuanimidad, sin sobresaltos ni cuestionamientos, como si mi llamada no lo tomara por sorpresa. Propuso vernos en ese lugar y fijó la hora para las dos de la tarde.

Llegué con diez minutos de antelación porque los nervios me desbordaron desde que salí del hospital y necesitaba recomponerme antes de conocerlo. Ordené un café con leche del que solo bebí un sorbo y que hacía a la vez de paripé para aparentar que afrontaba la situación con normalidad. Una pantomima que no conseguí mantener ni dos minutos. En el momento en que Javier Martín entró por la puerta y reparó en mi presencia, derramé la taza de café sobre la mesa.

Javier era de mediana estatura, con pelo y barba canosas y porte elegante. Su aparente ecuanimidad era el escudo con el que se había blindado ante una situación que podría poner su vida patas arriba. Su mirada irradiaba tanto miedo como la mía. Pidió un whisky solo y se lo bebió de un tirón, al parecer buscando el coraje necesario para afrontar la situación.

—¿Cómo has llegado hasta mí? —se interesó con un tono distante.

—Ha sido difícil encontrarte. Me enteré de tu existencia hace unos días. Creía que no vivías en Madrid.

—Siempre he vivido aquí —contestó tajante.

Recordé inmediatamente a Lola y lo que había mencionado sobre él, que mi padre viajaba a Madrid por cuestiones de trabajo semanalmente. No quise precipitarme, pero bastó un pequeño cruce de palabras para entender que aquel hombre no era mi padre.

—Mi madre se llamaba Belén Alonso. ¿La recuerdas? —Llegado ese momento la pregunta se escuchó innecesaria en mi cabeza, ni siquiera retórica, más bien estúpida. Ni yo misma entendía por qué seguía dilatando aquella conversación.

Javier permaneció en silencio unos segundos escarbando en su memoria.

—No —respondió categóricamente—. Te confieso que he sido un hombre mujeriego. Llevo más de cuarenta años casado y en todo este tiempo he mantenido algunas relaciones extramatrimoniales. No me enorgullezco de ello, pero si hubiera tenido una relación con tu madre, lo recordaría.

Entonces entendí por qué Javier estaba allí. Lo acechó la duda. Para mi infortunio, mi madre no había sido una de esas mujeres. Y lo asumí de esa forma porque me hubiera encantado ponerle punto final a mi búsqueda. Nada más.

Me vi allí sentada y recordé el día que estuve en el cabo Fisterra. Me sentía tan pequeña como aquella vez, aunque no tenía la inmensidad del mar frente a mí, sino la frustración de haber emprendido un largo viaje y la certeza casi absoluta de que nunca sabría quién era mi padre.

Por mi cabeza rondó la posibilidad de que Javier estuviera mintiendo. Quizá estaba sentado frente a mí jugando un papel. La duda me perseguiría el resto de mi vida si lo daba por sentado. Y no hay nada peor que pensar en lo que pudo ser y no fue. Sin embargo, opté por creerle. Tal vez por conveniencia o resignación, pero prefería mil veces pensar que mi padre había muerto a vivir con el dolor de su rechazo.

—Lo siento —musitó.

La imagen era tan surrealista que me arrancó una sonrisa. Javier reclinó la cabeza y me miró desconcertado. Un completo extraño se estaba disculpando por no ser mi padre. La sonrisa se convirtió de pronto en una carcajada incontrolable.

Javier se despidió y me quedé en la cafetería un rato más, acariciando el borde de la taza de café con los dedos. Perdida. No en mi bosque, donde habitan *meigas* y *mouras*, sino en el peor escenario posible, mi propia existencia. Quise moverme y las piernas se quedaron ancladas al suelo. Sostuve la taza de café entre las manos y fijé la atención en mis uñas, sin pintar y desarregladas como todo en mí. Es difícil entender el peso de la soledad hasta que no la sientes como plomo sobre tus espaldas. Allí estaba, sola, sin mi madre, sin dinero, sin trabajo ni nada a lo que agarrarme salvo esa pequeña taza de cerámica.

Y de repente me vino a la cabeza Aurora Mendieta y me llené de ira. Un sentimiento que se había arraigado en mí con la misma fuerza de mis piernas plomizas.

Capítulo 32

Madrid, 17 de julio de 2016

La inspectora Silva estacionó frente a la entrada principal del hostal Aurora. Bajó del coche y se quedó allí unos minutos contemplando la fachada de ladrillo y los balcones de hierro forjado y pequeñas cornisas que entrevió pertenecían a las habitaciones en alquiler. La chica de la recepción hablaba por teléfono y su desparpajo se escuchaba desde la calle. El tráfico escaseaba en una ciudad que en el mes de agosto se queda vacía. Los pocos madrileños que no se marcharon, huían del calor abrasador que asfixiaba la ciudad a media tarde.

Encendió un cigarrillo y con la primera calada concluyó que no había sido buena idea inundar sus pulmones de humo con su cuerpo sometido al vapor que emanaba del hormigón bajo sus zapatos. Se apoyó en la puerta del coche con la mirada puesta en el acceso, decorado con la cara de un ángel tallado del que sobresalían unas alas cortas con diminutas flores incrustadas que le daba bienvenida a los huéspedes. Enseguida la recepcionista notó su presencia y la contempló circunspecta. Se terminó el cigarrillo en cuatro caladas y avanzó hacia la entrada. Al verla acercarse, la chica de la recepción colgó de inmediato.

—Buenas tardes. ¿En qué la puedo ayudar?

Miranda sacó la placa y la sostuvo a la altura de su pecho. A la chica le cambió el semblante de repente. Su gesto severo manifestaba repulsa y una resistencia invisible a cumplir órdenes.

—Me gustaría hablar con la propietaria —le dijo con altanería.

Miranda permaneció de pie frente a su puesto sin perderla de vista. La observó marcar con una parsimonia exasperante un par de dígitos en el teléfono de su mesa de trabajo y se giró sobre su silla para evitar que la escuchara.

—Puede subir —le indicó mientras colgaba.

Miranda le respondió forzando una sonrisa que la recepcionista acopló como una burla por la forma ramplona en que arrugó la boca y apretó el gesto.

Subió al ascensor y contempló su imagen en el espejo que cubría el fondo del cubículo. No le gustó la estampa que le devolvió su reflejo: los ojos hundidos, el pelo desgreñado y los labios cuarteados. «Necesitas dormir, guapa», se dijo. En ese instante, se abrió la puerta del ascensor y vio en el espejo la mirada inquisidora de Aurora Mendieta que se hundía en la suya con el empuje violento de un taladro.

—Inspectora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Decir la verdad, para empezar —le soltó sin tapujos.

—¿Qué hice ahora? —preguntó Aurora con un tonillo burlesco.

—Hace veinte años…

—Inspectora, ¿a quién le interesa lo que sucedió hace veinte años? —la interrumpió con altanería a la vez que imitaba un ligero vaivén con el bastón sobre el que apoyaba las manos cargadas de aros.

Miranda dio un paso largo fuera del ascensor que la obligó a retroceder y anclarse con fuerza para no desplomarse sobre el parqué.

—Dígame entonces quién asesinó a Belén Alonso. Usted lo sabe.

—No lo sé —contestó rotundamente.

La inspectora respiró hondo para controlar la ira que se iba fraguando en su interior.

—No entiendo cómo alguien que sufre en carne propia semejantes vejaciones es capaz de defender a ese monstruo. ¿Por qué lo hace? ¿Fue Víctor?

Aurora Mendieta no se inmutaba. Las palabras llegaban a sus oídos y rebotaban como pelotas de goma que desafiaban la firmeza de una muralla.

—Manuela García me contó lo que había en la cinta. Ya lo sé todo.

—Y aun así no puede hacer nada. —Su tono era desafiante.

Miranda apretó los puños y se clavó las uñas en la piel. Una sensación de impotencia la desbordaba y se acercó furiosa a su rostro. Aurora Mendieta era un engendro del mal, pero habían

pasado más de veinte años y sus crímenes quedarían impunes. Si pudiera relacionarla con el asesinato de Belén o con el asalto que sufrió Macarena Iglesias, al menos habría una posibilidad de que respondiera ante la justicia.

Sonrió, una sonrisa forzada, pero que se erguía como única defensa a la prepotencia de Aurora Mendieta. Quiso desestabilizarla, asustarla al menos mostrando una confianza y entereza de la que carecía en realidad.

—Yo no estaría tan segura —le dijo con convicción.

La inspectora dio media vuelta y se subió al ascensor. No se atrevió a devolverle la mirada. En los ojos de aquella mujer había un pozo oscuro y sin fondo lleno de maldad en el que prefería no verse reflejada otra vez. Ya tenía suficiente con su imagen desaliñada frente al espejo del ascensor.

***

El interior del bar de Víctor Gil era un estercolero a las tres y media de la tarde: mesas abarrotadas de platos con restos de comida y servilletas de papel arrugadas en el suelo. Miranda sintió aprensión en cuanto entró, una sensación que reforzó el olor a fritanga que inundó su sentido olfativo al instante. Se acercó a la barra e identificó al pelirrojo corpulento que resultó ser el propietario. La recibió con un bufido al que la inspectora respondió alzando los hombros. El hombre salió por una puertecita con mamparas que separaba la barra del resto del salón y se sentó junto a ella en una de las banquetas que rodeaban la isla.

—Ya me han dicho que ha estado preguntando por mí —le comentó sarcástico.

—Háblame de tu relación con Jacinto Moreno. —La inspectora no se anduvo con titubeos, además de tutearlo sin pensárselo.

—Me llamó ayer, si es lo que quiere saber.

—¿Antes o después de asesinar al guardia civil?

La pregunta sonó capciosa.

—Después —respondió él para sorpresa de Miranda—. Me dijo que se le había ido la pinza y que necesitaba ayuda… Por supuesto que me negué a ser cómplice de semejante barbaridad.

Miranda le clavó los ojos sin disimular su incredulidad.

—¿Y qué te dijo exactamente?

—Que se había cargado a un picoleto y que lo ayudara a esconderse.

La inspectora contrajo el rostro, molesta por la tibieza de sus palabras. Entonces evocó a Piñeira, comedido y correcto, siempre dispuesto y carismático, y los recuerdos punzaron como un ramalazo.

—¿Has estado alguna vez en Negueira de Muñiz?

—No.

—Jacinto Moreno vive allí —matizó ella con suspicacia.

—Nunca nos vemos cerca de su casa. Acostumbro a quedarme en Fonsagrada.

—¿Y con qué fin os veis?

—Solemos ir a cazar juntos.

—¿Sabías que Jacinto Moreno conocía a Belén Alonso, la mujer a la que acusaron de asesinar a tu hermano? ¿Sabías que eran amigos, que ambos vivían en Negueira de Muñiz?

Los ojos del pelirrojo se abrieron como platos. Inclinó el cuerpo hacia atrás y la contempló capcioso, dudando sobre la veracidad de lo que acababa de escuchar.

—El guardia civil que lo fue a interrogar llevaba una foto tuya, una fotografía que yo misma le envié. Y me pregunto, ¿por qué Jacinto se habrá puesto violento cuando vio tu imagen?

El hombre tardó en responder.

—No lo sé —contestó escuetamente, sin firmeza en la voz, y la inspectora supo que algo turbio escondía.

—¿Cómo lo conociste?

—Antes vivía en esta zona, frecuentaba el bar desde que pertenecía a mi hermano. Supongo que lo habré conocido aquí mismo.

—¿Mantuvieron contacto durante todos estos años?

—No. Cuando dejó el Cuerpo... —Víctor hizo una pausa en cuanto descubrió el asombro en la cara de la inspectora y rio descaradamente—. Ese cabrón fue policía. Parece mentira que no lo supiera.

Miranda no supo cómo reaccionar. Ella tampoco se explicaba que

su equipo no manejara un dato tan relevante. Relajó la expresión de su rostro fingiendo una serenidad de la que carecía. Lo que más odiaría en el mundo era que aquel hombre sintiera que tenía algún tipo de poder sobre ella.

—Víctor, nosotros lo sabemos todo, y lo que no, nos lo imaginamos.

Le sonrió suspicaz. El comentario pareció incomodarle.

—Como le decía, hace un par de años estuvo por aquí y retomamos el contacto. Me comentó que vivía en Galicia y que solía organizar batidas. En cuanto tuve la primera oportunidad, me fui de caza con él. Nuestra relación se limitaba a esa actividad.

—¿Dónde estabas el domingo 17 de abril?

—En Galicia, pero esa información ya se la dio mi camarero —giró la cabeza y buscó al flacucho con la mirada, que inmediatamente entendió que hablaban de él y se metió en la cocina.

—Casualmente el día que desapareció Belén Alonso.

—Ese día no hubo batida —puntualizó—. Me quedé en el hotel porque Jacinto tenía no sé qué en una feria que organizaban en su pueblo.

—¿Y no te invitó? —le preguntó.

—Claro, pero esas cosas no me interesan —volteó para admirar los trofeos de caza y las fotografías que decoraban el local alejando cualquier duda.

—¿Cómo se llama el hotel?

—Cazoleiro.

A Miranda le había quedado claro que por esa vía no obtendría más información. Víctor Gil era constante en su discurso, como si supiera lo que tenía que decir en todo momento.

—Me interesa saber quiénes eran los amigos de tu hermano, con quién solía reunirse.

Víctor arrugó el entrecejo.

—Mi hermano y yo no éramos tan unidos, inspectora.

—Y aun así heredaste el bar —apuntó ella.

—Tampoco he dicho que tuviéramos una mala relación. Solo que no pasábamos mucho tiempo juntos.

—Volviendo a mi pregunta, intenta recordar si alguna vez

coincidiste con alguno de sus conocidos.

El pelirrojo negó con la cabeza mientras simulaba hurgar en su memoria.

—¿Y qué sabes de las cintas?

La miró extrañado.

—¿De qué cintas me está hablando?

—Las que grababa Francisco con las mujeres que secuestraba para violar y maltratar.

Víctor se levantó de golpe y la banqueta cayó a sus espaldas. Miranda ni se inmutó. Le sostuvo la mirada sin dejarse amedrentar por su corpulencia.

—Siéntate —le pidió con aparente calma—. Lo que te estoy diciendo no son suposiciones, sino hechos contrastados. Tu hermano era una escoria que drogaba a prostitutas y las retenía sabrá Dios dónde para abusar de ellas. Grababa las sesiones y luego vendía las cintas. No me digas que no sabías nada.

Miranda entornó los ojos a la espera de una reacción que nunca llegó. Aquel hombre de proporciones enormes se encogió como si el mundo se le viniera encima. Bajó la mirada y los ojos de repente se tornaron quisquillosos.

—Francisco era un mujeriego y un putero. Se jactaba de ello; pero de ahí a pensar que fuera capaz de semejante barbaridad… —La voz se le perdió ahogada por un nudo en la garganta.

Miranda seguía impertérrita. Dudaba de la estupefacción de Víctor, como si fuera un papel que interpretaba para alejar cualquier sospecha de su implicación en los hechos.

—¿Por qué estás tan seguro de que Belén Alonso y tu hermano mantenían una relación?

—Porque fue lo que me dijo él en una ocasión que vine al bar a visitarlo.

—No hay evidencias de que ella lo asesinara. Es más, sabemos quién lo mató. Aurora Mendieta sobornó a Manuela García para que asegurara haberla visto salir de la casa aquella noche. Pero eso nunca sucedió. Manuela lo confesó.

El pelirrojo, inquieto, cambió la postura. Los ojos vidriosos se transformaron en dos pozos de fuego.

—Si no fue ella, entonces ¿quién?

—Y hay más —continuó Miranda desoyendo su pregunta y poniéndose de pie—, Aurora y Manuela fueron víctimas de tu hermano. Él abusó de ellas con la complicidad de alguien más —se levantó decidida con la sangre abrasándola por dentro—, y puede que ese alguien seas tú porque no me creo ninguna de tus chorradas.

Víctor contrajo la expresión en una mueca vomitiva y se incorporó también. A la inspectora le hubiese gustado saber qué pasaba por su mente en ese momento.

—Me gustaría serle de ayuda, pero no sé quiénes fueron los amigos de mi hermano ni tengo más información que ofrecerle. —Parecía que Víctor quería terminar con aquella conversación—. Pregúntele a su viuda. Tal vez ella lo sepa.

—Ya lo hice —le contestó en un tono más distendido.

Salió a la calle con el diablo metido en el cuerpo. Sacó el teléfono del bolsillo y le envió un mensaje a Eduardo con los datos del hotel donde se había hospedado Víctor Gil durante su último viaje a Galicia, pidiéndole que contrastara su coartada.

Sentada ya frente al volante y a punto de encender el coche para volver a la Jefatura, se iluminó la pantalla de su móvil con una llamada entrante. De reojo alcanzó a ver que se trataba del número fijo de la casa de Lucas Moreno. «Maca».

—¿Sí? —descolgó y escuchó atentamente mientras la chica le informaba que su encuentro con Javier Martín había sido infructuoso, que ese hombre no era su padre, aunque eso ya lo sabía.

Cuando terminaron de hablar, recostó la cabeza en el asiento y apretó los ojos tanto como pudo. No le hizo bien escuchar la desesperación de Macarena ni el desánimo en su voz. Lo que tenía que contarle sacudiría sus cimientos aún más, pero creyó que había llegado la hora de ponerla al tanto de los escabrosos hechos que rodearon los días de su madre en Madrid.

Arrancó el coche y se dirigió al piso de la calle Claudio Coello.

Capítulo 33

Galicia, 17 de julio de 2016

El salón de la casa de Jacinto Moreno parecía el área de recreo de una guardería. Los cajones de los muebles habían sido vaciados, con su contenido desperdigado por el suelo rugoso. Los agentes que el día anterior revisaron la vivienda habían incautado documentos, fotografías, tarjetas; todo lo que les permitiera encontrar alguna pista sobre su paradero. A esa hora del mediodía había una movilización extraordinaria de la Guardia Civil en la región realizando controles en las carreteras, revisando imágenes de tráfico y entrevistando a las personas con las que Jacinto tenía algún tipo de relación.

La subinspectora Vivian había tenido acceso al material que los agentes recopilaron el día anterior; sin embargo, hasta ese momento no había arrojado ningún indicio.

Un par de horas antes, sin apenas tiempo para estirar las piernas tras el viaje, Vivian conoció a Irea Palacio. La Guardia Civil la había identificado como pareja sentimental de Jacinto Moreno, aunque la señora puso el grito en el cielo en cuanto se le etiquetó como tal.

Irea era rubia, alta y muy delgada, la antítesis de lo que físicamente era Jacinto Moreno. Se presentó en el cuartel ataviada con un vestido rojo hasta la rodilla, maquillada en exceso y con tacones finos.

—Nuestra relación es más bien ocasional. Quedamos en momentos puntuales en los que a los dos nos apetece. Nada más —dijo desde su asiento en la sala de interrogatorios mientras repicaba en la mesa con uñas largas y arregladas.

—¿Se ha puesto en contacto con usted en las últimas veinticuatro horas? —preguntó Vivian.

—No —respondió a secas sin mirarle a la cara.

—¿Tiene alguna idea de adónde pudo haber ido?

—No tengo por qué saber eso. Pareciera que no acaban de entender que ese hombre y yo únicamente follábamos de vez en cuando. Nada más.

—Aquí la que no acaba de entender cómo funciona esto es usted —expresó Vivian alzando la voz—. Preguntaremos lo que nos venga en gana, una y otra vez si es necesario; y será mejor que no esté ocultando el paradero de su «novio», porque si no le va a caer una bien gorda.

La mujer tragó saliva, intimidada tal vez por el carácter repentino de su interrogadora. El sargento de la Guardia Civil que las acompañaba dentro de aquella sala penumbrosa y húmeda se tapó la boca con una mano para ocultar la risa. A la subinspectora le molestó que su respuesta le resultara graciosa y le devolvió una mirada fulminante que hizo que el sargento retrocediera avergonzado. Llevaba horas sin comer nada, estaba muerta de sueño, pero la voz de Miranda pidiéndole que no regresara hasta encontrar a Jacinto Moreno repicaba en sus oídos como campanadas de misa de domingo.

—Irea, ¿en algún momento Jacinto comentó si tenía negocios fuera de Negueira?

La señora inclinó la cabeza, pensativa.

—¡Qué va! —Hizo una pausa que terminó con una mueca pícara—. En realidad, hablábamos poco.

Vivian buscó la mirada del sargento. Encontró en ella el mismo agotamiento mental que aquella mujer le provocaba.

—¿Siempre quedaban en el mismo lugar?

—Sí, en mi casa.

—¿Le comentó si tenía propiedades fuera de Negueira?

—No. Ya le dije que hablábamos poco —insistió Irea retomando los golpecitos a la mesa con las uñas.

—Durante este tiempo que se han estado viendo, ¿notó algo que le llamara la atención, por insignificante que parezca?

—Jacinto es muy reservado con sus cosas. A mí no es que me interese que me cuente su vida, pero él siempre ha sido hermético. No le gusta que ande preguntando mucho. Un día se le escapó que estaba organizando una batida, y en cuanto me interesé por el

tema, cambió bruscamente la conversación, como si le hubiera molestado. Me quedó muy claro, vamos.

—¿Lo escuchó mencionar alguna vez a Carmen Iglesias?

—Esa es la mujer que asesinaron, ¿no?

—Sí, es ella.

—¡Qué va! —exclamó firme, y los ojos le tiritaron en un repentino ataque de celos que no pasó desapercibido.

—Víctor Gil. ¿Le suena ese nombre?

El tamborileo sobre la mesa cesó de pronto y recogió los brazos hasta cruzarlos sobre su pecho.

—No —respondió encogida.

El perfume dulce de Irea Palacio se había impregnado en la nariz de la subinspectora con una fuerza endemoniada que ni siquiera el olor rancio del salón de Jacinto Moreno conseguía despejar. Un par de guardias civiles custodiaban la puerta como dos cancerberos a la vez que Vivian inspeccionaba minuciosamente los objetos personales dispersos en el suelo. Fotografías en blanco y negro junto a montones de facturas antiguas con manchas amarillas; casquillos de balas y cartuchos que presagiaban el destino de animales como los que exponía orgulloso sobre la chimenea. La subinspectora torció la boca en un mohín de repulsa imaginando la muerte despiadada de esas pobres criaturas, una muerte que consideraba absurda e injustificada.

Avanzó hasta la repisa de la chimenea. El retrato a lápiz de una mujer hermosa de melena rizada se escondía tras un bote metálico relleno con corchos de botellas estampados con el logo de los vinos que Jacinto producía en esas mismas tierras. Levantó el retrato buscando algo que identificara a la mujer, pero solo encontró la pequeña firma de Lucas en la esquina inferior izquierda. Cuando lo regresó a su sitio, avistó un pequeño trozo de papel arrugado. Le devolvió la forma con cuidado hasta descubrir un recibo emitido a nombre de Irea Palacio.

«¿Una cabaña? No te imagino en medio del monte con esos tacones y esas uñas», pensó a riesgo de sonar prejuiciosa.

Se acercó a los guardias civiles que la acompañaban y les mostró la papeleta.

—Esa cabaña, ¿sabéis cómo llegar?

—La dirección no es muy precisa, pero esas tierras no están lejos de aquí —respondió uno de los guardias tras examinar el contenido.

—Esa cabaña está en medio del monte, subinspectora. —El comentario rebotó como una protesta que no encajó con agrado.

—Pues hasta allí vamos, que yo no he venido a Negueira a pasear —rebatió tajante.

Más de media hora les tomó llegar a su destino. El recorrido se le hizo imposible a la subinspectora entre el serpentín de las carreteras y las pronunciadas laderas. Agradeció la sensación de estabilidad que le propinaban sus pies sobre la tierra cuando bajó del coche patrulla. Los últimos kilómetros los habían hecho por un camino de tierra que llegaba a su fin en una explanada que se desplegaba en las faldas de una montaña colosal. Un golpe de aire fresco la envolvió en cuanto puso un pie fuera del coche. El aire limpio llegó a sus pulmones depurando todo a su paso, impregnando sus sentidos de una pureza que nunca había experimentado.

Uno de los guardias sacó del maletero los chalecos y procedió a repartirlos. Se los enfundaron, comprobaron sus armas reglamentarias, y se adentraron en el espesor del bosque por un terreno pedrisco y desnivelado que les ofrecía resistencia y que les obligaba cada cierto tiempo a detenerse para recobrar el aliento o, simplemente, replantearse el camino de subida. El viento batía furioso las hojas de los robles y los tejos, generando un sonido inquietante, casi como un rugido que les llegaba en diferentes direcciones. Vivian miró a su alrededor alarmada, y el guardia que la seguía le dio alcance:

—Es la montaña que nos quiere decir algo.

—¿Eso es bueno? —preguntó ella con desconfianza.

—Cuando la montaña ruge es porque no nos quiere aquí —contestó el guardia que encabezaba la subida sin perder el ritmo.

Durante media hora siguieron abriéndose paso entre la maleza, con las energías menguadas y la tensión acumulándose en sus piernas. De pronto, el guardia que encabezaba la subida hizo una señal con la mano en alto y se detuvieron, procurando ocultarse tras

la vegetación.

—Ahí está la cabaña —les indicó.

Vivian incorporó medio cuerpo y avistó la caseta, pequeña, de madera oscura y agrietada, con una sola entrada y sin ventanas. Le indicó a uno de los guardias que se aproximara por la parte de atrás mientras ellos lo harían por el frente. Desenfundaron armas y se acercaron con sigilo. A escasos metros los ahogó un olor fétido y espeso, como a carne podrida, y sospecharon que encontrarían dentro el cuerpo putrefacto de Jacinto Moreno.

Permanecieron en sus posiciones un par de minutos con el oído afilado. Dispuestos en ambos frentes, el guardia pateó la puerta, que se abrió de golpe, y a continuación se escuchó el disparo atronador de una escopeta que hizo rugir la montaña con una fiereza desorbitada. Vivian vio el cuerpo del guardia civil retroceder por el impacto amortiguado en su pecho. Se mantuvo en pie tambaleándose hasta que un segundo disparo le desfiguró el rostro y lanzó su figura escuálida por los aires. Luego otra descarga, diferente esta vez, de una semiautomática de nueve milímetros, proveniente de la parte trasera de la cabaña, a la que le siguió otro estruendo avasallador. Dedujo que el guardia había disparado y Jacinto Moreno le había devuelto el tiro, por lo que probablemente dejara su espalda al descubierto. Se abalanzó decidida hacia la puerta de la cabaña, pero Jacinto era un perro viejo al que no atraparía fácilmente.

Con su escopeta de doble cañón, intuyendo la presencia de más guardias en la entrada, Jacinto dispararía a todo el que se asomara por esa puerta. Sus piernas se fijaron en aquel enclave como dos puntales. No estaba nervioso. De alguna manera había encontrado la calma en la seguridad de que estaba viviendo sus últimos minutos en este mundo. Y quería marcharse satisfecho, llevándose a todo el que pudiera por delante. Avistó de refilón la cabellera rubia de la subinspectora y disparó. Una sonrisa casi imperceptible asomó a su rostro, el regocijo de ver cómo el cuerpo de la mujer se desplomaba, aunque la complacencia se desvaneció junto con la vida que se le escapaba por la bala que se había incrustado en su corazón.

Tirada en el suelo, rabiando de dolor por el agujero en el hombro

derecho que intentaba taponar haciendo presión con una mano, Vivian maldijo la precisión de su disparo.

«¡No te quería matar, joder!».

Capítulo 34

Madrid, 17 de julio de 2016

Fui una ilusa al pensar que nunca más sentiría un dolor tan profundo como el que me destrozó cuando Miranda Silva me dio la noticia de que habían encontrado el cuerpo sin vida de mi madre, hasta que ella misma me lo contó todo. El secuestro, las violaciones, las cintas… Las entrañas atenazadas, el corazón en un puño y un desconsuelo inmisericorde.

Consciente de que sus palabras cortarían mis fibras como un cristal, la inspectora se sentó junto a mí cuando le franqueé el paso, ecuánime, sosteniendo mis manos entre las suyas con profunda ternura.

—Intenta refugiarte en los buenos recuerdos que tengas de tu madre —me dijo.

Y eso hice.

Solo que esta vez no tenía un bosque en el que refugiarme. Así que en cuanto se marchó me dirigí a la habitación, bajé las persianas, procuré la oscuridad y el silencio más absolutos, me descalcé y me tendí en el suelo con los ojos cerrados.

Me trasladé a Negueira cuando tendría once o doce años. Uno de los recuerdos más lindos que guardaba de ella fue una mañana que decidimos adentrarnos en el bosque para disfrutar de los incipientes colores y aromas que el cambio de estación nos regalaba. El frío del invierno cedía ante la llegada de la primavera y el bosque comenzaba tímidamente a florecer. Buscamos lugares húmedos y sombríos donde sabíamos que encontraríamos narcisos, con sus formas de trompetas amarillas y blancas; ortigas; la celidonia menor, con sus hojas brillantes en forma de corazón, y algunas violetas.

Llegamos a la ribera de un río y nos acostamos sobre la hierba. El sonido del agua nos arrullaba. Extasiadas con el perfume de las flores, le pregunté a mi madre cuál entre tantos era su favorito.

Respiró hondo con los ojos cerrados, dejando que sus pulmones se llenaran de aire y esbozó una sonrisa.

—Mi preferido siempre fue el olor de las gardenias.

Abrí los ojos y me incorporé de un salto. Por un instante, algo se removió dentro de mí. ¿Cómo no lo había pensado antes? Aquella fragancia… era la misma que había percibido en el bosque la noche en que apareció la mujer rubia. Estaba segura: era el mismo perfume.

Me levanté de un tirón en medio de la oscura habitación, arropada por el olor de las gardenias que lo habían inundado todo. Mis pies descalzos me aferraban al parqué, en tanto mi mente me decía una y otra vez que estaba muy lejos de allí. Creí que en el bosque junto a mi madre con el agua del riachuelo corriendo diáfana hacia su destino, pero no. De vuelta al mar, de vuelta a aquella vez en que me llevó a conocerlo con siete u ocho años. Yo jugaba en la arena. Intentaba levantar mi primer castillo muy cerca de donde acababa la espuma blanca de las olas. Escuchaba la voz de mi madre a mis espaldas, aunque sus palabras no eran para mí. Allí también respiraba esa fragancia, me envolvía, a pesar de la humedad salobre del mar.

«¿Qué me quieres decir?», le pregunté confundida a una *meiga* que vivía ya perenne en mi cabeza mientras devolvía la luz a la habitación. «¿Por qué reviviste ese aroma en el bosque y por qué ahora, tantos años después, lo recuerdo conmigo junto al mar?».

Capítulo 35

Madrid, 17 de julio de 2016

En cuanto puso en pie fuera del edificio de la calle Claudio Coello, pensó en lo bien que le vendría un trago de cualquier destilado con al menos cuarenta grados de alcohol que la ayudara a digerir sus emociones. El encuentro con Macarena había sido todo lo duro que podía ser. En algún punto la vio perder esa fuerza que creyó ver en ella cuando la conoció en Negueira de Muñiz.

Las palabras de Estrada preocupándose por su implicación personal en el caso retumbaban como dos megáfonos instalados en su cabeza, pero le resultaba imposible evitarlo.

Barajó la opción de sentarse en una terraza y pedirse una copa, pese al calor y el trabajo que la esperaba en la Jefatura, y se encaminó hacia unos toldos verdes botella que divisó en la esquina hasta que el timbre del teléfono la detuvo antes de llegar.

—Miranda, he conseguido hablar con la gerente del hotel Cazoleiro —le informó Eduardo atropellando las palabras—. Víctor Gil mintió. Abandonó el hotel el domingo 17 de abril a las diez de la mañana y no volvió pese a que su habitación estaba reservada hasta el martes.

En el bar de la Plaza de Santo Domingo apenas había gente. Los dos camareros que se empeñaban en acicalar el local no sabían del paradero de su jefe desde el mediodía. La inspectora contempló sus opciones: sentarse a esperar o pedirle a Eduardo que le enviara su dirección y hacerle una visita. Se decantó por esto último y salió del local con el teléfono en mano dispuesta a llamar a su compañero cuando lo vio.

El pelirrojo recién doblaba la esquina y caminaba hacia ella ensimismado en la pantalla de su móvil. No le dio tiempo a increparlo, Víctor levantó la vista y la identificó frente a la puerta del bar. Se detuvo en seco y lentamente retrocedió unos pasos hasta

que Miranda le vociferó que se quedara quieto y se echó a correr, girando por la misma esquina por donde lo había visto llegar. Se lanzó a perseguirlo, dobló por la calle San Bernardo a tiempo para ver cómo se adentraba en el estacionamiento donde ella acababa de dejar su coche. Bajó por las escaleras dando saltos hasta la primera planta. Tiró de la puerta metálica pesada y oteó el interior. Era un espacio pequeño que permitía únicamente dos filas de coches pegados a las paredes y un par más mal posicionados bajo la rampa que conducía a la salida.

Se quedó quieta con el oído perfilado, a pesar de que los equipos de ventilación emitían un ruido que camuflaba el resto de los sonidos dentro de aquel agujero mal iluminado. Escuchó el ruido de un coche que subía por la rampa que conducía a la segunda planta y corrió para esperarlo en la cima. Las luces delanteras la cegaron por un instante y la obligaron a apoyarse en la pared. El conductor se detuvo ante su presencia y ella le hizo un gesto excusándose y pidiéndole que continuara.

Detrás venía otro coche. Lo vio antes de que enfilara por la rampa y distinguió a Víctor Gil al volante. Sacó el arma y esperó a que enfilara por la cuesta, a mitad de camino se incorporó de un salto en el pico de la subida con la pistola apuntándole. El hombre frenó bruscamente y el coche dio un tirón.

—¡Baja del coche! —le gritó.

—Esto es un error, inspectora.

—¡Te dije que bajes del coche!

Víctor puso el freno de mano y obedeció. Aparecieron dos coches, uno por detrás que pretendía salir y otro en sentido contrario que recién llegaba. Comenzaron a presionar el claxon hasta que, atolondrada por tanto ruido, les mostró el arma y se calmaron, impresionados o asustados por igual.

Miranda le pidió que se pusiera contra la pared, con las manos en la espalda, y le agenció un par de esposas. El pelirrojo se volteó de un tirón y la miró fijo.

—¡Yo no maté a Belén! —escupió.

—¿Y por qué huías entonces?

—Porque en cuanto la vi supe que había llamado al hotel. —

Notaba una pasividad en su voz que la desconcertaba.

—Dejaste el hotel a media mañana y no regresaste. ¿No te parece demasiada casualidad?

—Usted es inspectora y sabe que las casualidades existen —aunque no crea en ellas—, pero tengo coartada.

—¿Ahora tienes coartada? —le dijo entre dientes y con tono sarcástico.

—Irea Palacio, inspectora. Esa mañana me fui con ella. Sabía que Jacinto estaría en esa maldita feria y me fui a la casa de su novia. Dos días estuve metido con ella en la cama sin salir. Luego quedé con Jacinto para recoger mis trofeos y regresé a Madrid.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—No quería que ese asunto trascendiera, mucho menos que llegara a oídos de Jacinto.

La fila de coches crecía en ambas direcciones. Los que esperaban más abajo o más arriba desconocían lo que sucedía y pitaban descontrolados.

—Le juro que yo no la maté.

Se sacudió con el alma vendida al diablo. Le creyó. Esa serenidad que veía en su rostro le decía que Víctor no le mentía. Pero quizás no era más que un gran mentiroso, un maravilloso actor, porque esa misma tarde lo había confrontado y no había creído ninguna de sus palabras; sin embargo, esta vez decidía creerle. Y se sentía estúpida por hacerlo, y lo dejó ir.

***

A las siete de la tarde el ambiente en la Jefatura de la Policía era más calmado. Una tranquilidad que a Miranda se le antojaba necesaria para la noche que tenía por delante: horas enteras visionando material pornográfico violento.

Antes de pasar por el puesto de Eduardo, se dirigió al aseo. Le hubiera gustado que el agua del grifo saliera fría, pero con las temperaturas por encima de los treinta y ocho grados era imposible. Se remojó el rostro y el cuello en un vano intento de espabilarse. Los párpados caían plomizos sobre unos ojos apagados rodeados por cercos negruzcos. «Vaya noche me espera», pensó.

En ese instante sonó el teléfono. Se apresuró a secarse las manos

y lo extrajo del bolsillo derecho de su pantalón. Dejó escapar un suspiro en cuanto descubrió que era Rodri. Ladeó la cabeza mientras decidía qué hacer, y finalmente colocó el teléfono sobre el lavabo y lo dejó sonar.

Se le quedó mirando hasta que apareció la notificación de la llamada perdida. Otra vez el timbre. Otra vez Rodri. Levantó los brazos y los cruzó detrás de la cabeza con desánimo. Se inclinó sobre el espejo rectangular que colgaba frente a ella lo suficiente para que el vaho de su aliento lo empañara. «R-O-D-R-I», escribió para después borrarlo con la palma de la mano. Agarró el teléfono, se cercioró de que lo ponía en silencio, y salió en busca de un café que le insuflara un poco de energía.

Eduardo había preparado una pequeña habitación con una televisión y una videocasetera para la revisión de las cintas, la misma en la que habían intentado sin éxito acceder a DollyPlus, el foro que administraba EL OFICIĄNTE antes de desaparecer. Eran ciento veinticinco cintas en total. Miranda lo acompañó con sendos vasos de café en la mano y se ubicaron detrás de una mesa metálica con dos sillas y unos folios agrupados en una esquina para tomar notas si era necesario.

Se disponían a insertar el primer casete cuando la puerta se abrió. La cara desencajada de Sergio Estrada vaticinaba que no era portador de buenas noticias.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó colérica mientras negaba repetidamente con movimientos bruscos, como si un demonio la poseyera.

—Lo importante es que Vivian está bien, recuperándose. —Le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro que no surtieron ningún efecto en ella—. No obstante, lo ocurrido ha generado nuevas inquietudes respecto a Jacinto Moreno y sus motivos para asesinar al cabo Piñeira. En la cabaña encontraron pieles y cabezas de animales protegidos. Vamos, que las monterías que se montaba eran ilegales. Tenemos que discernir si Jacinto Moreno huía porque se vio descubierto como asesino de Belén Alonso o porque pensó que, al relacionársele con Víctor Gil, el cabo había destapado sus actividades de caza ilícita. O las dos.

Miranda meditó en silencio. El comisario había sembrado una duda legítima sobre la culpabilidad de Jacinto Moreno y Víctor Gil, aunque prefirió omitir su encuentro con este último en el aparcamiento de Santo Domingo, precisamente, porque ella decidió creerle mucho antes de contar con esta información y lo hizo guiándose por sus instintos, y conocía lo suficiente al comisario como para atreverse a esgrimir un argumento tan burdo.

—Ahora más que nunca es primordial que revises las cintas —le insistió su superior—. Si alguno de los dos aparece en ellas, podremos culparlos del asesinato.

***

El sol despuntaba por el horizonte cuando Miranda salió a fumar. Una brisa de aire fresco llegó de golpe y removió su pelo cobrizo. La ciudad despertaba con un color ambarino que teñía calles y fachadas. Una belleza natural que contrastaba con los horrores que ella había visto durante toda la madrugada. No era la primera vez que veía imágenes tan sádicas, y de seguro tampoco sería la última, pero le resultaba imposible esquivar el asco que le provocaba.

Del total de cintas, seis se correspondían con el *modus operandi* de Francisco Gil y su cómplice. En todas ellas, mujeres inconscientes atadas con grilletes a las que golpeaban con guantes de boxeo rojos y a las que violaban o usaban para satisfacer sus fantasías más mórbidas. Un gordo bajito era el protagonista en cada una de las cintas. Miranda sospechaba que se trataba de Francisco Gil, aunque cabía la posibilidad de que fuera Jacinto Moreno. Pensó que Aurora Mendieta podría sacarla de dudas. En cualquier caso, los dos estaban muertos. En tres de las cintas también aparecía EL OFICIĄNTE, ataviado como un monje encapuchado, exactamente como lo había descrito Santiago Ybarra, irrumpiendo cuando las víctimas se convertían en sacos de boxeo. Beatriz Cepeda era una de ellas.

Tenía la sensación de que la verdad se alejaba cada vez más, como un barco de papel que un niño lanza al río y la corriente arrastra hasta que se confunde en la distancia con la espuma de las aguas caudalosas. Lo único que importaba ya era su identidad: ¿quién era EL OFICIĄNTE? Daba igual si Jacinto participó o no de las

cintas, si fue un cómplice en la captura de Belén, fue EL OFICIĄNTE quien la secuestró, quien enrolló el alambre de espino alrededor de su cuerpo y quien la estranguló presionando su cuello contra el tronco del árbol en aquel parque.

Las grabaciones no habían arrojado ni una pista que los acercara a la verdad. EL OFICIĄNTE no se descuidó ni un solo instante. Lo único que consiguieron advertir fue su figura alargada, un hombre alto. Miranda recordó a Víctor Gil, lo imponente de su estampa, en las veces que lo tuvo delante y pensó que podía aplastarla como a una cucaracha si se lo proponía.

Tampoco le contó a Eduardo los pormenores de su último encuentro con él cuando su compañero se interesó por la pesquisa de esa tarde. Se limitó a decirle que Víctor tenía coartada. Y ciertamente la tenía. De vuelta a la Jefatura llamó al cuartel de Fonsagrada y la Guardia Civil no tardó ni media hora en localizar a Irea Palacio y ratificar el testimonio de Víctor Gil. ¿Pudieran estar confabulados? Tal vez, quién sabe por qué motivo, y eso no hacía más que añadir obstáculos a la investigación.

Le vino una arcada que intentó contener y que finalmente la obligó a doblarse y vomitar. Con el estómago vacío, el sabor amargo de las bilis le impregnó el paladar. De mala gana tiró lo que quedaba del cigarrillo y se dirigió a su coche.

Deslizó un dedo por el reproductor en busca de una canción que encontró unos segundos después. Subió el volumen y la dejó sonar.

«Es el principio y el fin. Así me siento yo hoy», cantó a todo pulmón con las lágrimas al sol.

Necesitaba dormir al menos un par de horas. Se quejó de unas punzadas en las sienes que interpretó como una señal de la migraña que se aproximaba. La falta de sueño y la sesión prolongada frente a la luz de la pantalla visionando las cintas le pasaban factura. Miró la hora y calculó que podría pasar antes a saber de Lucas.

En el estacionamiento del hospital coincidió con Arantxa y Antonio. Este último hacía de chófer de su mujer, que a esa hora llegaba como relevo de Macarena. Lucas los recibió con entusiasmo. Le habían suspendido los analgésicos intravenosos y los habían sustituido por analgésicos orales y ya conseguía caminar sin tanta

dificultad. Si continuaba recuperándose satisfactoriamente, en dos días podrían darle el alta.

A pesar del interés manifiesto de Lucas por los últimos acontecimientos, habían acordado mantenerlo al margen de todo cuanto acontecía para evitarle emociones fuertes. Para su entender, la investigación seguía estancada.

—Tu hermana quiere hablar contigo —le dijo su madre extendiéndole el teléfono frente al resto de visitantes que se agolpaban alrededor de su cama—. Procura calmarla. No quisimos contarle lo sucedido hasta que te encontraras mejor y está muy alterada.

El chico se había levantado de buen humor pese al dolor remanente en su abdomen. Se acercó el dispositivo a la oreja y escuchó pacientemente la perorata de su hermana, que gracias al silencio que imperaba en la habitación, terminaron escuchando todos.

—Me ha dicho que vienen para Madrid, que intentarán comprar un boleto hoy mismo. —El semblante ya no era el mismo, más contraído ahora—. No quiero que arruinen sus vacaciones. Yo estoy bien. Prefiero que se quede en Sandomierz con los abuelos.

—Tu hermana es muy testaruda y lo sabes —le respondió Antonio —. Te hará bien tenerla aquí unos días.

Miranda se ofreció a llevar a Macarena de vuelta a casa, una propuesta que atentaba contra sus planes de descanso y que Antonio recibió con agrado, pues le permitiría llegarse hasta el periódico y resolver cuestiones laborales que tenía aplazadas. Macarena se despidió de Lucas con un beso en la mejilla que él inútilmente pretendió que terminara en los labios. Miranda apartó la vista ante la embarazosa situación y caminó hasta la puerta evitando cualquier contacto visual.

Bajaron hasta el estacionamiento envueltas en un silencio incómodo. La inspectora recomendó hacer una parada en una pastelería francesa que, según ella, vendía «los mejores cruasanes de Madrid». Macarena iba distraída, con la cabeza apoyada en el respaldo y la expresión ensombrecida. En la radio sonaba *Stairway to Heaven*, de Led Zeppelin. Pensó que tal vez era eso lo que

necesitaba, unas escaleras al cielo que la ayudaran a escapar de ese miedo arrollador que le cercenaba la cabeza. A medida que la canción avanzaba y las guitarras eléctricas cobraban protagonismo, no pudo evitar el paralelismo con lo que había sido su vida últimamente: una canción lenta y triste que transitaba hacia sonidos atronadores. Tan solo añoraba que su final tuviese la armonía acompasada de aquel clásico.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la inspectora para romper el hielo.

—No lo sé —dijo alzando los hombros y girando hacia abajo la comisura de los labios.

—Siento que estamos muy cerca de encontrar al asesino. Sé que eso no te devolverá a tu madre, pero espero que encuentres algún consuelo; un bálsamo para tanto dolor.

Miranda ocultó la frustración de no haber identificado a ninguno de los sospechosos en las cintas.

—Yo preferiría verlo muerto —respondió sin rodeos. Buscó con la mirada la reacción de Miranda, pero esta se mantuvo serena sin perder de vista la carretera—. Me gustaría matarlo con mis propias manos. Estrangularlo como hizo con ella… —Prefirió no seguir hablando.

La inspectora la miró de reojo y percibió su rostro colérico. Empatizaba con la ira que sentía y la impotencia, que se siente como un taladro que rompe todo a su paso hasta la médula. En los trece años que llevaba como inspectora de Homicidios había tenido que lidiar con ese sentimiento. Todavía le pesaba el caso de una niña —Amalia Figueroa— que encontraron en una cuneta y que terminó archivándose por falta de evidencias para inculpar a su padre. Miranda pasó dos años con el expediente en su mesa de noche. Todos los días, antes de dormir, lo revisó una y otra vez buscando qué habían pasado por alto. Esa niña se instaló en sus sueños y en su vida, consumiendo sus energías y arrastrándola por senderos pedregosos. La frustración se adueñó de ella, la sacudió con una fuerza bestial y la convirtió en un despojo humano. Estrada tuvo que intervenir para acabar con esa obsesión malsana que la consumía.

Sacudió la cabeza levemente para alejar esos pensamientos que le nublaban la razón y despertaban dentro de ella un monstruo que

llevaba mucho tiempo dormido.

Llegaron a la pastelería e hicieron una estancia corta. Ordenaron dos cruasanes recomendados por la camarera junto a dos cafés con leche que engulleron en pocos minutos. Finalmente, la inspectora dejó a Macarena en la puerta del edificio y se encaminó a casa. Calculó que aún podría dormir un par de horas.

Macarena llamó al telefonillo y se identificó ante Marta, la empleada del hogar. Subió al ascensor y marcó el segundo. Encontró la puerta del piso entornada y entró. Escuchó el sonido de unos platos que provenían de la cocina y que delataban la ubicación de la señora. Se recostó a la puerta de la entrada y cerró los ojos por unos segundos.

—¿Qué tal con la inspectora?

La voz de Antonio la sobresaltó.

—Lo siento. No quería asustarte —se disculpó con una incipiente sonrisa.

Macarena sonrió sin ganas. Arrugó el entrecejo y ladeó la cabeza sorprendida de encontrarlo en casa. No le apetecía charlar. Estaba agotada, física y mentalmente. Lo único que se le antojaba era tirarse en la cama con la habitación a oscuras y dormir hasta más no poder para olvidarse del mundo.

—Al final no tuve que ir al periódico. Tengo suerte de que sean comprensivos con mi situación y hayan aplazado mis obligaciones hasta la próxima semana —comentó Antonio al notar su asombro.

Macarena continuaba sin responder.

—¿Y bien? —insistió él ante su mutismo.

—Nada relevante —le contestó arrastrando las palabras—. O al menos nada concreto. Dice que están muy cerca de encontrar al asesino de mi madre, aunque no sé si lo dice para endulzar mis oídos o porque sea real.

—Esa es una buena noticia —razonó con una amplia sonrisa.

Antonio se aproximó y le dio un abrazo que la tomó desprevenida. El calor de su regazo la removió por dentro, pensando en lo que hubiera sido tener un padre al que acudir cuando la tierra bajo sus pies se tambaleara. La vida le negó esa posibilidad, y estaba más que convencida de que para ella ya era tarde. Su única esperanza,

Javier Martín, se había desvanecido con la misma fugacidad con la que había llegado. Se aferró a ese abrazo con la melancolía de lo efímero, con la certeza de que ese sentimiento de saberse protegida desaparecería en cuanto sus abrazos la soltaran.

Capítulo 36

Madrid, 18 de julio de 2016

Miranda llegó a casa y tomó una ducha caliente para destensar el cuerpo. Se encerró en la habitación a oscuras con la intención de conciliar el sueño y apretó los ojos para espantar el velo rojo que cubría sus pensamientos. Estaba exhausta. Las sienes le palpitaban y con cada palpitación llegaba una punzada, como si la tuvieran atenazada. En una ocasión leyó que, para facilitar el sueño, tenía que imaginar que se encontraba en un bote, flotando sobre una laguna cristalina y con un suave sol acariciando su cuerpo. Lo intentó, porque lo de contar ovejas nunca le había funcionado. Poco a poco fue perdiendo la noción de la realidad y se adentró en un túnel oscuro, soñolienta. Consiguió dormirse, aunque no fue el sueño profundo que le hubiera gustado.

A cada rato entreabría los ojos y algún pensamiento sobre el caso afloraba. Ella intentaba apartarlo, volver a pensar en el paradisíaco lago sobre el que fingía flotar. De pronto, escuchó el sonido estridente de un taladro sobre su cabeza seguido de unos golpes de martillo. Maldijo a los vecinos del tercero que estaban en obras y se tapó la cabeza con la almohada procurando aislar el sonido. Al cabo de unos minutos, estaba sentada en la cama, molesta, y con la cabeza a punto de estallar. Desistió de la idea de dormir, fue hacia la cocina y se preparó un café. Con la taza entre las manos y cerca de sus labios, tuvo una revelación. Bebió el líquido negro de un sorbo y buscó su teléfono móvil. Para su sorpresa, lo encontró apagado y sin batería. Recordó que la noche anterior lo había puesto en silencio para evitar las llamadas de Rodri y olvidó ponerlo a cargar. Volvió a maldecir, esta vez a todo pulmón.

Abrió el segundo cajón de la mesita de noche que reposaba en el lado izquierdo de la cama en busca de una vieja agenda. La encontró. Se dirigió hacia la línea de telefonía fija que yacía

empolvada en el salón mientras pasaba las primeras páginas amarillas de la libreta. Se detuvo en la letra «I» y deslizó el dedo índice por el listado de contactos hasta el penúltimo. Marcó el número en el dispositivo y esperó. Una mujer de voz dulce y diáfana le respondió:

—¿Sí?

—Buenas tardes. Soy la inspectora Miranda Silva. Me gustaría hablar con Ignacio Beltrán.

Esperó unos segundos en línea sin escuchar nada del otro lado. Aprovechó para encender un cigarrillo al que le dio una primera calada muy larga. La mezcla de sabores entre el café y el tabaco era de las cosas que más disfrutaba en la vida.

—Dígame, inspectora. ¿Qué puedo hacer por usted?

La voz del ya retirado inspector Ignacio Beltrán era grave y carrasposa, aunque aún conservaba un tono cercano. Miranda pensó en la única vez que había compartido espacio con él durante sus inicios en el Cuerpo, muchos años atrás. En aquel entonces era un hombre de trato afable a quien los años de experiencia habían dotado de un instinto felino para atrapar delincuentes.

—Inspector, estamos investigando un caso de asesinato que guarda relación con la operación Beta. Me gustaría hablar con usted lo antes posible.

—Anote la dirección —respondió Ignacio Beltrán sin titubear. Miranda percibió en su voz el entusiasmo de un hombre nostálgico —. La espero dentro de una hora si le parece bien. Esta tarde salgo de viaje y el tiempo apremia.

—Allí estaré, inspector.

Colgó el teléfono y se terminó el cigarrillo en el sofá del salón. Sonrió recordando que, cuando conoció al inspector Beltrán, le pareció un hombre muy guapo. Alto, fornido, con el pelo canoso y tupido; nariz aguileña y unos ojos verdes penetrantes. Probablemente él no la recordara; ella había cambiado mucho con el paso del tiempo, además de que, en aquel momento, siendo una aprendiz, no tenía relevancia aún dentro del Cuerpo. De todas maneras, amén de que necesitaba hablar con Beltrán sobre el caso, le hacía ilusión verlo.

La admiración que sentía Miranda por el inspector Beltrán iba más allá del campo profesional. Era un hombre de principios y valores consagrados, adelantado a su tiempo. Sirvió al Cuerpo de la Policía Nacional durante más de cuarenta años y su jubilación fue uno de los momentos más emotivos que la institución recordaba. Se negó a escalar de mando como se espera de alguien de su experiencia. Lo suyo era la calle, el trabajo de campo; era allí donde se sentía verdaderamente útil.

Miranda puso a cargar el móvil mientras se vestía. Escogió un pantalón negro plisado y una blusa blanca de mangas largas con finas rayas verticales. Se pintó los labios de un rosa claro y se pasó los dedos como una peineta por el cabello todavía húmedo. De manera inconsciente o no, quería que Ignacio Beltrán la viera arreglada.

Encendió el teléfono. Comprobó que tan solo había cargado hasta un cinco por ciento. Las notificaciones de llamadas perdidas y mensajes comenzaron a entrar. El móvil vibraba constantemente en su mano. De una ojeada vio que Vivian la había llamado. Duró un segundo, pero el dolor palpitó en su pecho imaginando si el fatal encuentro con Jacinto Moreno hubiera llegado a más y la hubiera perdido.

Alcanzó la puerta y la abrió. Se detuvo de golpe al encontrar a Rodri a punto de llamar al timbre. Lucía afectado, nervioso, con el rostro pálido y demacrado. Suspiró resignada por un encuentro que llevaba días evitando y que llegaba en el momento más inoportuno.

—Necesito que hablemos, Miranda. Es urgente —largó mientras irrumpía en el salón.

Miró su reloj. Si quería llegar a tiempo para ver al inspector Beltrán antes de que se fuera de viaje, no podría dedicarle a Rodri más de veinte minutos. Era muy poco tiempo para todo lo que ella quería decirle. Durante los últimos días no paró de darle vueltas a sus sentimientos, tan enrevesados como la vida misma, hasta que sentada en su salón contemplando el reloj de arena, determinó que quería cerrar ese capítulo de su vida para siempre.

—Voy a contártelo todo, Miranda. Y lo hago porque necesito que me ayudes. —Rodri daba vueltas por el salón y hablaba como un

loco, lanzando frases al aire—. Sé que soy un egoísta de mierda, que no merezco que muevas un solo dedo por mí; pero tal vez cuando sepas la verdad, entiendas por qué me marché.

Ella lo agarró por un abrazo y lo obligó a sentarse. No quería hacerle un desplante, pero urgía que Rodri se centrara. Ignacio Beltrán la esperaba y no tenía cabeza para nada más en ese momento. Manifestó una serenidad que desconocía, atribuible quizá a la entereza emocional que pujaba en su interior respecto a Rodri. La seguridad de que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión. El último grano que cayó de su reloj de arena había fijado su destino, y no había vuelta atrás.

—Tenía mucho miedo, Miranda. Venían a por mí. Tampoco me atrevía a contarte lo que estaba sucediendo porque sabía que me ibas a mirar con otros ojos, como si fuera una escoria. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas que brotaban de unos ojos rojos y sobresaltados—. Muchas veces te conté que algunos de nuestros clientes habituales eran diplomáticos, ejecutivos, gente que se mueve en las altas esferas. En ocasiones venían en grupos a comer, y te dabas cuenta de que eran comidas de negocios para las que, incluso, pedían privacidad. Un día uno de estos diplomáticos tuvo una reunión privada en el reservado con un alto cargo del gobierno autonómico. Le propuso una suma de dinero considerable a cambio de otorgarle la licitación de una obra de infraestructura energética a una empresa paquistaní. Lo escuché todo detrás de la puerta entreabierta, lo grabé, la idea llevaba tiempo dando vueltas en mi cabeza y lo tenía todo preparado porque sabía que en cualquier momento se presentaría una oportunidad como aquella, y me aproveché de la grabación para extorsionarlo.

—¿Qué rayos me estás contando, Rodri? —El tono de la inspectora no ocultaba su desaprobación. La invadió una sensación de extrañeza, como si no lo reconociera en aquellas palabras.

—Fue una idea estúpida. Me dejé llevar por la avaricia. Estaba desesperado por montarme un negocio propio, lo sabes, y me pareció que darle una mordida a un pez gordo como ese sería una manera de ganar un dinero fácil. Pero las cosas tomaron un rumbo inesperado. Comenzaron a vigilarme, a dejarme mensajes

amenazantes, hasta que no pude más y me largué. —Miranda dio un respingo y se alejó—. Temía por mi vida, pero también por lo que le pudiera pasar a la gente a mi alrededor, incluida tú. Por eso me fui, Miranda. Nunca fueron tú ni tu rechazo a la maternidad. Fui yo, que metí la pata hasta el fondo y caí en una espiral de la que luego no sabía cómo salir.

Miranda se levantó enfurecida. Dio vueltas por el salón con las manos en la cabeza asimilando la gravedad del asunto. Se olvidó por completo de las cosas que quería decirle porque sintió que Rodri había traicionado su confianza. Ya no se trataba de ellos ni de los mil motivos que se inventó para encontrarle una explicación a su partida, tampoco de su apatía hacia la maternidad. Tanto tiempo sintiendo la culpa sobre sus hombros, la misma culpa infame que la separó de Jaime. Fueron noches enteras de llanto, de incomprensión, de creer que estaba destinada a estar sola y sin saber por qué. La falta de seguridad sobre sí misma rondando en su cabeza día tras día, creerse incompleta.

—Han vuelto, Miranda. De algún modo descubrieron que volví. Tengo mucho miedo y no sé qué hacer. —Rodri la buscó suplicante —. ¡Ayúdame, por favor!

Rodri quizá pensó que ella acudiría con un abrazo reconfortante, que le brindaría la seguridad que él tanto necesitaba para afrontar los hechos. No obstante, se encontró de frente con una pared de concreto. Miranda no era capaz de sostenerle la mirada. Una condena efervescente crecía en su interior con una fuerza desmesurada. Aquel no era el hombre del que se había enamorado. No lo reconocía en sus actos.

Contempló la hora. El tiempo apremiaba para hablar con el inspector Beltrán. Le pidió disculpas por tener que marcharse, aunque en el fondo era todo cuanto quería. Salió del piso sin una explicación. Lo dejó solo en el salón atrapado en la tormenta que él mismo había provocado y de la que ella en ese momento quería escapar. Bajó las escaleras con las dudas más infames y espinosas sacudiéndola por dentro. Le dolía pensar que aquella fuera otra artimaña de Rodri. Estaba harta de sus argucias y elucubraciones. Ese no era el hombre con el que una vez quiso compartir su vida.

***

El chalé del antiguo inspector estaba ubicado en una urbanización de lujo al norte de Madrid con férreas medidas de seguridad. Beltrán la recibió en la puerta principal y la condujo por un costado a un patio decorado con hamacas y tumbonas alrededor de una piscina. Su mujer, una señora alta y rubia, la esperaba con una prominente bandeja de quesos y jamón acompañada de vino blanco. Saludó a Miranda con cordialidad, que reconoció de inmediato la voz al teléfono, y, tras las presentaciones y los minutos propios del protocolo, se retiró al interior del chalé. Comprendía que aquella no era una visita de cortesía.

—La operación Beta fue uno de los casos más importante de mi carrera. Logramos desarticular una red que operaba en todo el país, aunque no fue el éxito que hubiésemos querido.

Ignacio Beltrán hablaba con esa manera solemne y tono cercano que ella recordaba. La hacía pensar que lo conocía de toda la vida.

—Un buen policía siempre quiere más. —En ese momento buscó la mirada cómplice de Miranda y le sonrió—. Identificamos a más de treinta personas que se encargaban de la distribución del material. El problema es que apenas conseguimos información sobre los que producían las cintas. Incautamos miles de fotografías y cientos de videocasetes, pero las imágenes no aportaban datos relevantes para determinar la identidad de los agresores.

—He visto las cintas —se apresuró a comentar la inspectora.

El inspector hizo un ademán engurruñando los labios y levantando las cejas, como si se compadeciera de ella.

—Nunca he visto nada tan abominable —agregó él—. El caso Beta puso en evidencia a mucha gente importante. Los consumidores iban desde políticos hasta miembros de la Iglesia. El escándalo salpicó a mucha gente que hizo hasta lo imposible por salvar su pellejo. Y eso fue lo que nos permitió avanzar en la investigación y destapar algunos nichos. Desgraciadamente, la mayoría de los crímenes que vemos en las cintas quedaron sin resolver.

—Estamos investigando el asesinato de una mujer que al parecer fue víctima en el pasado de algunos de los creadores de contenido que proporcionaban cintas como las confiscadas en la operación

Beta. Drogaban a las víctimas, las ataban con grilletes, las violaban y golpeaban con guantes de boxeo rojos.

—Para no dejar marcas —agregó Beltrán—. Los golpes con los guantes no provocan contusiones, al menos a gran escala. —Miranda abrió los ojos sorprendida. Todo ese tiempo creyó que el uso de los guantes respondía a razones mórbidas o fetichistas de los maltratadores—. Háblame un poco más de este caso y cómo llegaron a relacionarlo con la operación Beta —se interesó sonriendo tímidamente.

—El cuerpo de una mujer apareció atado con alambre de espino en un parque del norte de Madrid. La víctima fue identificada como Carmen Iglesias gracias a una denuncia previa de desaparición. Carmen vivía en un pueblo de Galicia con su hija. Comenzamos la investigación y un buen día la hija se apareció en la Jefatura con una información sorprendente: Carmen en realidad se llamaba Belén Alonso y había sido acusada en el pasado de asesinar a un hombre llamado Francisco Gil. Buscamos el expediente de su caso y entre otras cosas encontramos la denuncia archivada de una prostituta que alegaba haber sido drogada y golpeada por Francisco Gil mientras la filmaba. Esto nos puso sobre la pista y dimos con la operación Beta. Tanto la prostituta como Belén Alonso tenían unas cicatrices en las muñecas en forma de medialuna que hemos identificado, además, en otras mujeres y que fueron provocadas por los grilletes con los que las ataban.

Beltrán se acomodó en su silla de mimbre y se llevó la copa de vino a los labios. Saboreó el líquido bajando por su garganta y dibujó un rictus de picardía que no pasó desapercibido para la inspectora.

—Tienes entre las manos un caso maravilloso. No imaginas la sensación que me recorre el cuerpo. El alma ávida de investigación, de buscar a los culpables hasta encontrarlos y darles su merecido —confesó.

Miranda sonrió. Empatizaba con la nostalgia de Beltrán porque sabía que algún día ella sentiría lo mismo.

—Ya sabemos que Belén Alonso no asesinó a Francisco Gil; aunque siempre cargó con la culpa. Lo hizo su amante, quien resultó ser, por esas cosas locas de la vida, el marido de su hermana. —

Beltrán abrió los ojos, perplejo. La historia tomaba tintes de culebrón —. Se veían cada cierto tiempo, aunque nunca en el pueblo donde ella vivía. En abril de este año, él tuvo la imprudencia de presentarse en Negueira mientras se celebraba un festival vinícola. Para su sorpresa, identificó en la multitud a uno de los secuestradores de Belén Alonso. Intentó sacarla de allí, ponerla a salvo, pero no lo consiguió.

Una sombra invadió el rostro de Beltrán, una oscuridad que lo remontaba a tantas décadas de trabajo policial lidiando con mentes criminales, gente capaz de cometer las peores atrocidades sin un ápice de remordimiento. Imaginó a esa pobre mujer, víctima de tanta barbarie, creyéndose a salvo en ese remoto pueblo gallego. Y su agresor, frío y calculador, extasiado con el placer de tenerla cerca, controlada. La conciencia mórbida de saberse con el poder sobre su víctima. Un felino que pareciera proteger al indefenso cervatillo, tembloroso; un instinto de protección que nos engaña y nos confunde, porque al final, cansado de tanto jugar, lo devorará vivo.

—¿Cómo es posible que ella nunca sospechara? —cuestionó Beltrán.

—Porque nunca le vio la cara. Su amante la rescató de sus garras, indefensa y drogada. Fue él quien los confrontó, quien les vio la cara.

Beltrán asintió varias veces mientras llevaba otra vez el vino a sus labios. Miranda también bebió, aunque maldijo en su interior no poder saciar su sed. Aún le quedaba un largo día de trabajo por delante.

—Tengo el presentimiento de que tienes al asesino delante de tus narices —le dijo alzando las cejas.

—Yo no estoy segura —le respondió desanimada, masajeándose la frente con los dedos—. A veces tengo la sensación de que caminamos por un túnel completamente a oscuras, y que cada cierto tiempo, cuando encontramos una pista, se enciende una luz, una muy tenue, que vamos dejando atrás cuando comprobamos que no nos conduce al asesino, y caemos de vuelta en una penumbra insoportable.

—¡No te desanimes!

—Han pasado muchos años, Beltrán. No sabemos quiénes eran los amigos de Francisco Gil ni con quién se reunía… nada. Cualquiera pudo matarla.

—Cualquiera no —le rebatió—, un cabrón al que vas a meter entre rejas. Tenlo por seguro.

La inspectora vació por completo sus pulmones en un largo suspiro y se apoyó en el respaldo de su asiento de mimbre. La forma del mueble encogía su cuerpo y forzaba una curvatura de su espalda que, más que incomodarla, le propiciaba una sensación de bienestar, de paz, donde lo único que le apetecía era descalzarse y subir las piernas para acurrucarse dentro del sillón. El vino también tenía parte de culpa.

Le devolvió la mirada a Beltrán achinando los ojos, en lo que él pudo intuir que algo la perturbaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No paro de pensar en Beatriz Cepeda, la prostituta que denunció a Francisco Gil.

—¿Qué pasa con ella?

Miranda se removió en su asiento antes de contestar.

—Que, si le hubieran hecho caso, tal vez nada de esto hubiera pasado.

Beltrán suspiró y la contempló enternecido. Sabía que hasta las almas más duras se rompen en algún momento.

—No podemos cambiar el mundo, inspectora, por mucho que lo intentemos. Tan solo podemos hacer que sea un poco mejor. Todos somos iguales ante los ojos de Dios, pero no ante la mirada de los hombres. Eran otros tiempos, aunque eso no justifica que las cosas se hicieran mal. Cuando una prostituta llegaba a la comisaría, pocas veces le hacían caso. Los agentes cumplían con las formalidades y luego archivaban las denuncias. Aún hoy, ¿crees que no sigue sucediendo?

—Probablemente sí, y la sola idea de pensarlo me cabrea. ¡Cuántas muertes se hubieran evitado si alguien le hubiera dado a esa mujer el beneficio de la duda!

Los dos callaron durante unos segundos reflexionando. Beltrán se levantó de golpe, se aclaró la garganta y bebió el último sorbo de

vino antes de apoyar la copa sobre la mesa.

—Tengo algo para ti —espetó con una sonrisa.

Se adentró en el chalé durante unos minutos que Miranda aprovechó para caminar alrededor de la piscina. El agua lucía apetecible para mitigar el calor que el vino había potenciado en todo su cuerpo. Cerró los ojos y por un momento se imaginó cayendo de bruces dentro de la piscina, su cuerpo engullido por el agua cristalina. Con la respiración contenida, como si realmente estuviera sumergida, acercó la copa hasta su cuello para disfrutar del cristal frío sobre su piel. Recordó a Rodri sentado en el salón de su casa, hecho un manojo de nervios, relatando aquella historia siniestra de chantajes y persecución. Volvió la duda sobre la veracidad de sus palabras. Aquella historia tenía tintes de ser un artilugio para desviar la atención de sus problemas reales, a la falta de tacto y empatía que mostró hacia ella el día que decidió marcharse.

Miranda apretó los labios, quería gritar, su cuerpo le pedía soltar a gritos tanta angustia y desolación. Se apuró a taparse la boca con una mano porque no se sentía capaz de controlar sus impulsos. Recapacitó enseguida, arrepintiéndose una y mil veces de su desconfianza y falta de empatía. Rodri no sería tan frívolo como para inventarse algo así, a pesar de atreverse a algo tan sórdido. No podía dejarlo solo en esas circunstancias, consciente, además, de que era su única esperanza para salir a flote de esas aguas turbulentas en las que se había sumergido sin un salvavidas.

Los pasos de Beltrán acercándose la hicieron expulsar el aire atrapado en sus pulmones. Con el sol directo sobre su cara, no lograba distinguir lo que el antiguo inspector traía entre sus manos.

Llegó hasta el borde de la piscina donde aún permanecía ella y le extendió una vieja fotografía.

—Hoy, cuando me llamaste, recordé que en algún sitio conservaba un recuerdo del día en que por fin fuimos a por ellos.

La inspectora agudizó la visión llevándose una mano a la altura de los ojos para protegerse del sol que la deslumbraba. La imagen mostraba a un grupo de agentes celebrando el éxito de la operación. En el centro, Ángel Beltrán, con porte marcial y la mirada retorcida hacia uno de sus compañeros, bajito y regordete, que le rodeaba un

brazo por la espalda. Miranda repasó detenidamente el rostro de cada uno de los agentes que aparecían en la instantánea. Beltrán le decía algo a lo que ella no le prestaba atención. Estaba absorta, con la vista fija en la cara del hombre situado a su lado en la fotografía.

—… había mucha gente detrás que no quería que nada de esto saliera a la luz, gente con influencias y dinero. Siempre tuvimos la sospecha de que algunos de los nuestros estaban implicados, pero no pudimos demostrarlo. Intentaron destruir las cintas —le soltó con ojos aguileños—, les prendieron fuego y solo conseguimos salvar una parte, las que viste. Cuando hay dinero de por medio, no te puedes fiar ni de tu propia sombra —sentenció Beltrán con voz firme, trayéndola de vuelta.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó sin salir del asombro señalando al agente que en la fotografía lo rodeaba con un brazo.

Beltrán se inclinó sobre la imagen y sonrió nostálgico.

—Ese era un cabrón de los buenos. Todo el día fastidiando. Jacinto Moreno se llamaba. Por algún motivo abandonó el Cuerpo siendo muy joven y, ciertamente, nunca más tuvimos noticias suyas. Es más, la foto la tomó su hermano, Antonio Moreno, un periodista que en aquella época trabajaba en el gabinete de prensa del Cuerpo. La firmó por detrás.

Le dio la vuelta a la fotografía y en una esquina encontró la firma, un garabato exagerado del que apenas se distinguían los rasgos, salvo por la letra inicial de su nombre, realzada por unos bordes curvilíneos que terminaban en un gancho que había visto antes, ese trazo, el mismo que utilizaba EL OFICIĄNTE. ¿Casualidad? No creía en ellas.

Se sorprendió evocando lo que había dicho Beltrán de que alguien de los suyos intentó quemar las grabaciones, hilando lo que a este momento parecía circunstancial: la casa que Antonio Moreno le compró a su hermano, a Jacinto, en Negueira de Muñiz, la excusa perfecta para aparecerse allí y vigilar a Belén sin levantar sospechas, para tenerla controlada; el pueblo polaco que mencionó Lucas en el hospital donde viven sus abuelos, y ese trazo en la inicial de su firma, el maldito gancho que empleaba EL OFICIĄNTE.

Miranda lo miró sobresaltada. La copa que sujetaba cayó al borde

de la piscina y se hizo añicos a sus pies. Beltrán retrocedió asustado. La inspectora salió corriendo hasta su coche, donde había dejado cargando su teléfono móvil. Beltrán la vio atravesar el patio desbocada y sin darle una explicación. Miranda abrió la puerta del coche con el corazón acelerado y agarró el móvil entre sus manos temblorosas. Buscó el número de Estrada, pero tras varios intentos, este no le contestó. Comenzó a desesperarse. La adrenalina la estaba llevando a un estado de exaltación que hacía que su cuerpo se moviera sin coordinación. Los nervios hicieron que el teléfono cayera bajo el asiento. Maldijo una y mil veces su falta de autocontrol y se agachó hasta encontrarlo. Desistió de la idea de llamar a Estrada y buscó el contacto de Eduardo. El agente le respondió enseguida.

—¡Ya sé quién es! ¡Macarena está en peligro! Envía varias unidades al piso de Lucas Moreno. ¡Su padre es el asesino!

Sin esperar respuesta, colgó la llamada. Lo siguiente era sacar a Macarena de aquella casa sin que Antonio Moreno sospechara nada. Se recostó en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados. Tenía que calmarse antes de hacer la siguiente llamada. Si ponía a Macarena sobre aviso, podía provocar una reacción que la pondría en peligro inminente.

Respiró hondo varias veces hasta que notó que sus palpitaciones se ralentizaban. Se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano izquierda, y con la otra presionó el ícono con el telefonillo verde para iniciar la llamada.

Escuchó cuatro timbres que le parecieron interminables hasta que alguien contestó.

Capítulo 37

Madrid, 18 de julio de 2016

Me tiré en la cama sin despojarme de mi indumentaria. Recordé que mi madre siempre decía que al regresar de un hospital debíamos poner la ropa a lavar. La imaginé observándome desde el cielo con la cara contraída y refunfuñando. A mi madre le costaba sonreír. Nunca la tomé por amargada, más bien no entendía el porqué. Ahora sé que era tristeza lo que llevaba por dentro. Y hay una gran diferencia entre la amargura y la tristeza. La primera se nutre del resentimiento, del odio y el rencor; la segunda, de un dolor arraigado en el alma que puede desprenderse de un tirón y desaparecer, o echar raíces y quedarse para siempre.

En nuestras vidas atravesamos por distintas situaciones de dolor que nos van moldeando por dentro. Cada una de ellas provoca una aflicción que nos afecta en mayor o menor medida. A veces el dolor dura horas, días o semanas; pero hay ocasiones en las que el dolor no nos abandona, se transforma en una tristeza perenne que nos acompaña en nuestras vidas. Por momentos se esconde, casi como si desapareciera, hasta que algo insignificante la trae de vuelta con la misma ferocidad. Esa era la tristeza de mi madre. Y solo el tiempo dirá, una vez que esta historia sobre su muerte haya acabado, si esa misma agonía me perseguirá el resto de mi vida.

Pensando en mi madre y con el pecho afligido, me quedé dormida.

***

Desperté al cabo de dos horas. El cuerpo me pesaba. Mis extremidades parecían las bisagras oxidadas de un viejo portón. Escuché rugir a mi estómago y enfilé hacia la cocina.

En el piso reinaba un silencio absoluto. Antonio estaría descansando o tal vez escribiendo en la habitación que hacía a su vez de biblioteca y oficina al final del corredor. El timbre del teléfono irrumpió feroz en aquella calma. Caminé hasta el salón y respondí

tras varios timbres. Me pareció escuchar que alguien más descolgaba. Afiné el oído y esperé un par de segundos antes de atreverme a hablar.

—¿Hola?

—Hola, Maca. Soy Miranda Silva. Necesito verte con urgencia. Tienes que venir ya. —La voz de la inspectora me tomó por sorpresa. Nos habíamos visto esa misma mañana y de repente necesitaba verme otra vez. Por mi cabeza cruzaron de repente los diferentes motivos por los que mi presencia urgía en la Jefatura, aunque uno en particular hizo que mi diminuto cuerpo se sacudiera de los nervios: habían encontrado al asesino de mi madre.

—¿Qué pasa, inspectora? —pregunté con voz temblorosa.

Escuché a la inspectora titubear del otro lado.

—Hay novedades sobre el caso, pero prefiero que hablemos aquí. No es prudente tratar ciertos temas por teléfono. —Miranda hablaba despacio, aunque la voz se le oía contenida, como si tuviera unas ganas reprimidas de decir algo a lo que no se atrevía.

—Vale. Me cambio y salgo para allá.

—¡No! —me asaltó impetuosa—. Yo paso a recogerte. No tardo. Espérame en la calle. ¡Baja ya, por favor!

Me alarmó tanta prisa. Supuse que Miranda había descubierto algo que no podía compartirme por teléfono y que, dada su actitud, sería grave. Asentí tímidamente y me disponía a despedirme de la inspectora cuando Antonio irrumpió en el salón. Se detuvo a escasos pasos, su cuerpo en línea con el mío, con la cara sudorosa y los ojos inquietos. Noté de inmediato que cargaba en su espalda una mochila negra y en la mano derecha sujetaba un arma. Un aspaviento se me escapó y retrocedí asustada. El color plateado del arma destellaba con la luz del sol que se colaba por el ventanal de cristal. Antonio, en un acto reflejo, ocultó la pistola en su espalda. Del otro lado de la línea escuché a Miranda preocupada por mi exaltación.

—¿Qué sucede, Macarena? ¡Háblame!

Precisé unos segundos para recuperar la compostura. Antonio seguía inmóvil, con la cara contraída y una oscuridad en su manera de mirarme que me aterraba.

—Nada, inspectora. Es solo que… —No me atreví a darle detalles

sobre lo que acontecía.

—Ya voy para allá. ¡Sal de ahí!

Colgué sin más. Mi cabeza me decía que le hiciera caso a la inspectora y saliera corriendo de allí. Enfoqué la puerta, pero Antonio se interpuso en mi camino. La estampa de Antonio con el arma a sus espaldas me reducía a un manojo de nervios y me desconcertaba por igual.

—Perdona. No te quería asustar —dijo finalmente.

—Estoy bien —mentí. Mi voz era un hilo frágil y áspero.

—¿Qué quería la inspectora?

Me aclaré la voz antes de responder.

—Dice que necesita verme con urgencia.

En ese momento el teléfono sonó otra vez. Yo permanecía inmóvil a su lado. Tan solo tenía que estirar el brazo para contestar; sin embargo, me estremecía la idea de mover un solo músculo. El timbre se repetía estridente en la inmensidad del salón, hasta que Antonio se aproximó sin perderme de vista y descolgó.

—¿Sí?

Hubo una pausa corta en la que imaginé a Miranda Silva al otro lado de la línea preocupada por mí.

—Hola, inspectora. Macarena no puede atenderla en este momento.

La frialdad con la que dijo esas palabras me heló la sangre. Dejó el teléfono descolgado sobre el cristal de la mesita auxiliar y me sonrió. Estaba tan cerca que pude sentir el olor a tabaco en su respiración. Disimulé el desagrado que me producía y di un paso atrás. Él no me apartaba la mirada.

La situación en su totalidad me perturbaba. Desde que llegué a esa casa, Antonio me recibió con un paternalismo excesivo. El hombre que tenía delante, con ese abismo en los ojos, no fue el mismo que me recibió con los brazos abiertos, y mucho menos el que me había estrujado contra su pecho esa misma mañana, como lo hace un padre. Algo lo perturbaba. Y yo me moría de miedo.

Caminé por su lado buscando el corredor que conducía a las habitaciones. Él no se movió, lo que me permitió ver de refilón su mano empuñando el arma en la espalda. Contuve las ganas de gritar

y avancé de prisa. Llegué hasta la puerta de la habitación con el pecho oprimido, sin mirar atrás. Agarré con fuerza el pomo de la puerta, y en ese instante mi respiración se inundó de ese olor que aborrecía. Tabaco. Supe que él estaba detrás, que había llegado hasta allí con el sigilo de un felino y que yo era su presa sin saber el motivo. Lo último que recuerdo es el sonido del metal de la pistola golpeando mi cráneo hasta dejarme inconsciente.

Capítulo 38

Madrid, 18 de julio de 2016

El coche de la inspectora se detuvo en doble fila frente al edificio de la calle Claudio Coello. Se bajó enarbolando la placa ante los agentes que se acercaron deprisa en cuanto la vieron llegar a toda velocidad. La entrada del edificio estaba custodiada por dos uniformados altos y corpulentos que usaban gafas de sol reflectantes. Miranda pasó por su lado con celeridad y subió por las escaleras hasta el segundo piso. En el rellano descubrió a Sergio Estrada fumando acompañado de otro agente al que despachó en cuanto la vio aproximarse.

Llegó con la respiración entrecortada. Las sienes le palpitaban a tono con el ritmo trepidante de su corazón. Miranda temía lo peor. Si al cruzar la puerta se encontraba con el cuerpo de Macarena Iglesias, nunca se lo perdonaría. Había actuado por impulso al llamarla por teléfono. Procuró no ponerla sobre aviso porque su reacción hubiera sido imprevisible, y se encontraba bajo el mismo techo de la bestia. Pero un hombre calculador y con la perspicacia de Antonio era capaz de leer entre líneas. El nerviosismo de Macarena y su insistencia al teléfono hicieron saltar las alarmas y entendió enseguida que algo estaba sucediendo.

Miranda se detuvo frente a Estrada con un miedo cerval. Le faltaba el aliento, más por el temor a lo que el comisario revelara que por el ascenso en sí. Estrada soltó el humo retenido en sus pulmones y lanzó el cigarrillo al suelo, aplastándolo con la punta de sus zapatos.

—No hemos encontrado nada —espetó malhumorado.

Miranda recibió sus palabras con alivio mientras se recostaba a la pared. Cerró los ojos profundamente y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Han encontrado alguna pista que indique adónde pudieron ir?

—preguntó desde el umbral oteando el interior espacioso e impoluto.

—De momento, no. Están revisando la casa, los ordenadores…

Masculló algo entre dientes que Estrada no fue capaz de descifrar y se adentró en el piso dejándolo atrás. Enfiló por el pasillo y revisó cada una de las habitaciones con el máximo rigor. Buscó donde ya habían buscado los demás, pero no importaba. Se fiaba únicamente de sus propios ojos, de su instinto visceral.

Al cabo de unos minutos regresó al rellano donde la esperaba Estrada fumando otro cigarrillo. Sacó de un bolsillo su cajetilla y encendió uno también, al que le dio un par de caladas profundas para paliar la desazón.

—Tenemos que cursar una orden de busca y captura contra Antonio —dijo haciendo movimientos con el índice y el pulgar que sujetaban el cigarrillo—. Hay que enviar un par de agentes al hospital por si Antonio aparece por allí, aunque dudo que sea tan imprudente. Que Eduardo revise cuentas de banco, redes sociales, propiedades… Debemos encontrar a Macarena antes de que termine como su madre envuelta en alambre de espino.

Estrada reconoció en su voz la autodeterminación a la que lo tenía acostumbrado. Asintió con la cabeza y la dejó marchar.

La inspectora bajó por las escaleras con lágrimas en los ojos. Tenía unas ganas reprimidas de echarse a gritar, pero mantuvo la compostura. Ya tendría tiempo de sacarse la culpa que la atenazaba por dentro. Cuando llegó a la puerta de su coche, se dobló y vomitó el vino que había bebido en la casa del inspector Beltrán. Se recompuso con dificultad y, limpiándose la boca con el reverso de una mano, se subió al coche y echó a andar.

La reventaba saber que había llegado tarde, que había sido imprudente. Analizando la situación con frialdad, entendió que no debió llamarla. Lo que le sucediera a Macarena a partir de ese momento sería culpa suya, otra losa más a sus hombros. Llevaba varios kilómetros recorridos de camino a la Jefatura cuando decidió cambiar de dirección. Aprovechó la luz roja de un semáforo para llamar a Eduardo. Pisó el acelerador con fuerza con un único destino en mente: el hostal de Aurora Mendieta.

Conducir en aquellas circunstancias resultaba difícil. Con tantas

ideas revoloteando en su cabeza le costaba no perder la concentración en la carretera. No quería pensar en nada. Luchaba por alejar de su mente las imágenes grotescas que llegaban como ráfagas y que solo la hacían sentir más desesperada. Primero, el rostro de Belén Alonso mutilado por el alambre de espino alrededor de su boca amordazándola. Un rostro que se iba diluyendo en la penumbra de su mente y regresaba transformado en el de su hija Macarena. Miranda sacudió la cabeza y apretó los ojos un instante, conmovida por la representación escalofriante que su imaginación dibujaba: Macarena Iglesias atada al tronco de aquel árbol ocupando el lugar de su madre. La inspectora temía que, si no la encontraba a tiempo, Macarena correría con la misma suerte.

Cuando por fin consiguió alejar aquellas visiones horrendas, su mente la transportó a Galicia, a Negueira de Muñiz. Ella se había quedado junto a la patrulla de la Guardia Civil mientras el cabo Piñeira llamaba a la puerta de Jacinto Moreno en busca de Macarena. Fue él quien le abrió la puerta. La cara redonda, los ojos pequeños y oscuros, y la nariz aplastada. De pronto, sentía que le sostenía la mirada con un rostro que ya no era suyo, sino de su hermano, y en esos otros labios se iba dibujando una sonrisa perversa que ganaba en amplitud hasta convertirse en una algazara que retumbaba en sus oídos en un eco infinito.

«El rostro del diablo».

La inspectora llegó al hostal absorta en las proyecciones maquiavélicas de su mente. No paraba de sudar. Abrió la puerta del coche con las manos temblorosas. Avistó desde allí a Aurora Mendieta despidiendo en la recepción a unos turistas. Caminó hasta la entrada y pudo escuchar el inglés chamuscado de la propietaria, que en cuanto advirtió su presencia, torció los ojos y la boca en un gesto grotesco que no se inmutó en disimular.

Miranda cruzó la puerta frontal a paso rápido. Se detuvo frente a ella con los ojos llenos de ira. Le costaba ocultar la repulsión y el hastío que aquella mujer le provocaba.

—Tenemos que hablar —soltó sin más.

—Por supuesto —le dijo con retintín mientras daba media vuelta hacia su despacho.

Una vez dentro, Aurora Mendieta se sentó detrás de su escritorio, amurallada. Miranda se mantuvo de pie frente a ella con los brazos en jarra.

—¿Conoces a Antonio Moreno?

—No —respondió categóricamente.

—Intenta recordar, por favor —le pidió Miranda con hincapié—, si alguna vez Francisco te lo presentó o te habló de él.

—Ins-pec-to-ra —le dijo en tono irónico estirando cada sílaba—, ya soy una anciana olvidadiza. Además, mi marido no era el tipo de hombre que me contaba sus cosas. Mucho menos con quién se reunía ni las cosas que hacía por ahí.

—Macarena Iglesias, la hija de Belén Alonso, ha sido secuestrada por ese hombre, el mismo que, junto a tu marido, drogaba y abusaba de mujeres. Pero ¿qué le estoy contando que no haya vivido usted en carne propia?

Aurora arrugó la boca. La inspectora sonrió de medio lado satisfecha del dardo que había lanzado. Había llegado a un punto en el que era consciente de que aquella mujer poseía un hermetismo infranqueable. Si sabía algo sobre Antonio Moreno, se lo iba a callar. Miranda seguía sin entender cómo alguien que había sido también una víctima de su marido terminó siendo el verdugo de otras mujeres. ¿Dónde están los límites entre el dolor y el placer?

Por eso, solo había un arma que alzar contra Aurora Mendieta: la provocación. Porque su inaccesibilidad era proporcional a su arrogancia y soberbia. Miranda pensó que, si conseguía sonsacarla hurgando en sus miserias, tal vez se le escapara algo.

Comenzó a caminar en círculos, fingiendo atención a los cuadros que adornaban las paredes blancas, paisajes campestres y oasis paradisíacos muy lejos de la jungla de ladrillos y hormigón del centro de Madrid. Se contoneaba con soltura, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿No sientes pena por esa pobre chica? —Lanzó la pregunta al aire mientras removía con la punta de los dedos el polvo acumulado en uno de los marcos.

Continuó moviéndose por la habitación sin mirarle a la cara.

—Un poco sí —se apresuró a responder Aurora, aunque la

inspectora no le creyó.

—Macarena no tiene la culpa de lo que su madre haya hecho en el pasado. Si Belén sedujo o no a Francisco, ya la vida se lo cobró… y bien caro.

En ese momento se dio la vuelta y buscó la mirada de Aurora, que permanecía inalterable detrás de su escritorio de caoba.

—Nadie se merece pasar por algo así. Ni siquiera usted se lo merecía.

Los ojos fulminantes de Aurora parecieron encenderse.

—Y ahora mismo esa chica puede estar al borde de la muerte, si es que no la ha matado ya. —Hizo una pausa larga para llenar sus pulmones de aire y lanzar un órdago antes de rendirse—: Dicen que la Sierra de Guara es muy peligrosa.

El puñetazo de Aurora sobre la madera del escritorio partió la calma en dos. Ella no se inmutó.

—¡No te atrevas a hablar de mi hija, malnacida!

Sacó el móvil de su bolsillo y le mostró una foto del gordo desnudo y encapuchado que aparecía en las cintas. Torció el gesto con los ojos humedecidos y le confirmó que era su marido. Cambió la postura afectada por los recuerdos que se le acumulaban: la muerte de su hija, Francisco y aquella habitación infame testigo de tantas atrocidades. Miranda deslizó la foto y le mostró una de su cómplice ataviado con aquel atuendo siniestro que lo enmascaraba.

—¡Este es Antonio Moreno! Y usted lo sabe. Fue una desgracia que su hija muriera tan joven, como también lo es que muera esta chica que tiene la misma edad de su hija. No es justo, Aurora. Solo tú puedes acabar con esto.

—¡Largo de aquí! Me niego a seguir escuchando. ¡Fuera!

Capítulo 39

Madrid, 18 de julio de 2016

La inspectora salió convencida de que se le agotaba el tiempo. El remordimiento y la culpa la avasallaban. El corazón en un puño por la certeza de que no sería capaz de salvar a Macarena. No estaba preparada para encontrarla sin vida, con los sueños truncados por la misma mano que asesinó a su madre. Le había fallado a las dos.

Se subió al coche desorientada. No sabía qué hacer ni adónde ir. Sopesó la idea de confrontar a Arantxa, pero un hombre como Antonio Moreno poseía la astucia necesaria para mantener sus asuntos al margen de su familia, sin dejar rastro ni levantar sospechas. Sería una pérdida de tiempo. Aurora Mendieta tampoco le había dado ninguna esperanza a la que aferrarse.

***

La noche del 27 de diciembre de 1992, Miguel Soler, en aquel entonces Javier Martín para su amante, la fue a recoger a la salida del restaurante en que trabajaba como camarera. Uno de los empleados le dijo que la chica ya no trabajaba allí, aunque la noche anterior se había pasado a cobrar el dinero que su jefe le debía y los vio marcharse juntos en su coche.

Miguel, desconcertado, acudió al hostal donde pernoctaba la mujer y no la encontró. Llamó a la habitación de Lola, una amiga, y le comentó su preocupación.

—Ella nunca se iría con ese hombre porque sí. Seguramente la engatusó —le dijo.

Miguel regresó al restaurante y le sonsacó por un puñado de pesetas la dirección a uno de los camareros que echaban el cierre. Se subió en su coche y tardó veinte minutos en llegar a su destino en el barrio Valdezarza. La calle colindaba con un solar a la izquierda que se extendía hasta el frente de los seis chalés que la habitaban.

La luz era escasa. La zona era tranquila, no se veían transeúntes y el tráfico era inexistente salvo por uno o dos coches que vio pasar más arriba en el tiempo que estuvo vigilando desde la esquina. El frío arreciaba a esa hora de la noche.

Llamar al timbre no era una opción. Apenas había tratado a ese señor, algún que otro saludo protocolario en el bar, pero la cara de malas pulgas que tenía era innegable. Saltó la verja que protegía la casa y se asomó por una de las ventanas laterales. Únicamente divisó una luz que provenía de una habitación continua al salón principal. Intentó abrir la ventana, pero estaba cerrada. Repitió la acción sin éxito con otras dos. La parte posterior se conformaba por un patio pequeño lleno de trastos a los que la negrura de la noche cubría como un manto. A su izquierda vislumbró tres escalones que conducían a una puerta entreabierta cuyas bisagras crujían levemente por el impulso del viento. Se adentró sigiloso por la cocina procurando no hacer ruidos y escuchó unas voces. Avanzó entre las sombras hasta el salón principal y se escondió tras una vitrina. Se asomó cauteloso y comprobó que estaban en lo que parecía ser un despacho. Identificó enseguida la voz carrasposa de Francisco Gil, aunque no conseguía verlo. El otro, alto y delgado, permanecía de espaldas mientras fumaba un cigarrillo.

«¿Qué carajo estoy haciendo?».

Reprimió el impulso de marcharse que afloraba en su cabeza. Aquello le parecía una locura de dimensiones colosales, pero si había llegado hasta allí, al menos debía cerciorarse de que Belén no estaba en la casa. Se deslizó sigiloso por el pasillo y subió una escalera de mármol blanco con barandilla de madera oscura y apliques dorados que lo condujo a una estancia de tres habitaciones. Abrió muy despacio cada una de las puertas y oteó el interior. No había señales de Belén.

Regresó al salón a paso ligero y se parapetó nuevamente detrás de la vitrina para coger aire y comprobar que había pasado desapercibido.

«Mejor me largo antes de que me descubran».

Las voces se apagaron de repente. Miguel se sobresaltó por lo que eso podía significar y todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

Estaba listo para salir corriendo si las circunstancias lo ameritaban. Sacó la cabeza una última vez, vio a Francisco Gil abrir la caja fuerte que descansaba fortificada detrás del escritorio y hacerse con un manojo de llaves. Dispuesto a marcharse, escuchó un crujido que se prolongó unos segundos, como cuando se arrastra un mueble pesado, y alcanzó a ver cómo los hombres desaparecían bajo la superficie de madera.

Caminó cauteloso por el salón y se asomó al despacho. Un estante de madera repleto de libros cubría por completo una de las paredes de la habitación, excepto el último bloque, desplazado hacia delante, dejando descubierta una tapa metálica.

Sopesó asustado la idea de bajar. No había sido en su vida un hombre precisamente valiente —aunque nunca lo admitiera en voz alta—, pero Belén seguía sin aparecer y el sótano oculto bajo sus pies era un mal augurio. Descendió por una escalera de piedra negra y escalones vastos que conducía a un lóbrego recoveco en el que se distinguían dos habitaciones. La primera, protegida por una puerta de acero con un orificio apaisado a la altura de los ojos; la segunda, más al fondo, estaba abierta y dejaba escapar un haz de luz entre tanta penumbra.

Se acercó tembloroso. Asomó la cabeza con precaución y observó el interior. Belén subsistía sobre una cama, encadenada con unos grilletes y con la mirada perdida. El alma se le estrujó al verla así, indefensa y mancillada, al servicio de la perfidia. Francisco Gil trasteaba una videocámara mientras el flaco, ataviado con una capucha y el cuerpo oculto bajo una cogulla, se colocaba unos guantes de boxeo rojos.

Miguel se descubrió indefenso, con la necesidad imperante de salvarla, y consciente también de sus ridículas posibilidades. Regresó a la planta superior. Tenía que armarse con algo que le permitiera enfrentarse a esos canallas. Rebuscó en los cajones de la cocina y se agenció un cuchillo, el más grande que encontró. Dio un rebote cuando la luz de la habitación se encendió. Francisco Gil lo había descubierto. El hombre se abalanzó sobre él y forcejearon. La fuerza de sus brazos escuálidos apenas contenía a su oponente. Cayeron al suelo, envueltos en un amasijo de brazos y piernas golpeándose a

destajo. Con las manos de Francisco en el cuello, socavando el poco oxígeno acumulado en sus pulmones, encontró la oportunidad para asestarle una puñalada en el costado. El hombre rugió de dolor, vencido, y se desplomó sobre él.

Se incorporó con dificultad. Avanzó hasta la hendidura que daba paso a las habitaciones subterráneas y volteó para comprobar que su víctima se arrastraba hacia él, aunque la vida no le alcanzaba para más. Escuchó unos pasos en la escalera. Daba por hecho que el otro hombre había escuchado el rugir de animal herido de su compañero. La sangre corría por sus manos, pero el cuchillo se había quedado clavado en el cuerpo. Se ocultó tras la estantería desplazada y se armó con un sujetalibros de resina con forma de niña sentada con las piernas cruzadas y un libro entre las piernas. El hombre asomó la cabeza por la obertura. Había dejado atrás la capucha que le ocultaba el rostro. Avistó a su amigo sucumbido y se incorporó de un salto a socorrerle. Miguel, a sus espaldas, aprovechó la oportunidad, tal vez la única, y lo golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas. Antes de derrengarse, lo miró a los ojos con la furia de una bestia abatida.

Bajó los escalones dando pasos agigantados. Sostuvo el cuerpo indefenso de Belén y la liberó de los grilletes. En cada muñeca la piel se desgarró de cuajo y comenzó a sangrar. La levantó entre sus brazos, sin aliento y ardiendo en fiebre, y salió deprisa a encontrarse con la frialdad de la noche.

***

En esa misma calle se encontraba ahora la inspectora Miranda Silva, apostada en su coche frente a la casa que le había pertenecido a Francisco Gil y Aurora Mendieta. El sol se ocultaba en el horizonte y en sus estertores teñía las nubes de un naranja que cerraba el cielo. No recordaba cómo llegó hasta allí. El portón de la calle se abrió y una niña pequeña salió disparada en su bicicleta mientras su madre la perseguía entre risas.

Se obligó a pensar en la inocencia de esa familia, ajena a los horrores que se perpetuaron bajo ese techo, y tuvo la esperanza de que el sótano se hubiera convertido en un salón de juegos para la niña o en una bodega de vinos para sus padres.

—Dime que tienes algo, Eduardo —le rogó al teléfono.

Capítulo 40

Madrid, 18 de julio de 2016

Me desperté aturdida. La oscuridad más absoluta me devoraba y el aire era denso y escaso. Me puse de pie con la respiración contenida. Estiré los brazos buscando apoyo, pero mis manos se quedaron suspendidas. Avancé despacio y por fin sentí una pared, húmeda y fría. La recorrí en todo su perímetro sin encontrar nada a lo que aferrarme, salvo mis energías diezmadas y el anhelo de saber la verdad antes de abandonar la vida terrenal. Una puerta de acero rugosa y oxidada me aislaba del mundo. Podía estar en cualquier lugar; eso era lo peor: la incertidumbre de no saber dónde iba a morir.

Una punzada en las sienes me arrancó un gemido. Se sentía profunda, como si mi cabeza quisiera reventar. Nunca me había sentido tan derrotada, tan engañada. Tuve al asesino de mi madre delante de mis narices, alimentándose de mi sufrimiento, jactándose de pasearse impune a sus anchas. ¡Si tan solo lo hubiera sabido! Una pista, un pequeño desliz que lo delatara me hubiera bastado para arrancarle la vida con mis propias manos.

Ya era tarde para eso.

La puerta metálica rugió de pronto. Desde el umbral, Antonio me observaba bajo la luz de una linterna que me cegaba. Retrocedí asustada y me arrodillé en una esquina amurallándome tras mis manos, como si sirviera de algo.

—Ya falta poco, Macarena —me dijo con una frialdad inquietante y se marchó.

¿Qué estaba esperando, por qué no terminaba con mi miseria de una vez?

Me tumbé en el suelo adormecida. Mi mente decidió rendirse y le dijo a mi cuerpo que ya no podía más, que no quedaban fuerzas ni ganas de seguir luchando, que mi vida ya no me pertenecía. En mi

duermevela lo vi regresar, encender una luz y arrastrar muebles, pero me dije a mí misma que era una pesadilla sin sentido. Cuando estamos a punto de morir no sabemos si el tiempo pasa lento o no. Simplemente pasa. Y reparamos entonces en nuestra miserable existencia. La respiración, que se escucha más fuerte que nunca porque intentamos que no acabe; nuestro cuerpo, sus formas y texturas; y los recuerdos, que son los únicos que le dan sentido a lo que hemos vivido durante el tiempo que se nos permitió vivir.

Abrí los ojos con pesadez. Me senté en el suelo con las rodillas cruzadas, como lo hacía en el bosque de Negueira sobre la hierba. ¡Extrañaba tanto mi bosque! El presentimiento de la muerte inminente se afianzó en mí. Comprendí de inmediato que mi pesadilla había sido real cuando me percaté de que la luz mortecina que iluminaba la estancia dejaba entrever una mesita con ruedas que sostenía una televisión pequeña y una videocasetera. En el suelo, desperdigadas, una docena de videocasetes dentro de cajas de cartón amarillentas y rasgadas. La tele estaba encendida, una invitación para que viera el contenido de las cintas. El temor a su contenido subió por mi columna vertebral como un espasmo. Lo medité durante unos minutos, pero la certeza de que en esas cintas vería a mi madre pesaba más sobre mi conciencia.

Agarré la cinta número doce y la inserté en el artefacto.

Capítulo 41

Madrid, 18 de julio de 2016

Antonio Moreno ha transferido todo su dinero a la cuenta de una sociedad con sede fiscal en Suiza, *Schakles S. L.*

—Se está preparando para abandonar el país.

—Exacto —convino Eduardo—. Esa sociedad es dueña de su piso y de todas las propiedades que creíamos a su nombre. Se ha cubierto las espaldas para cuando llegara este momento.

—Dame algo más de dónde tirar.

—*Schakles S. L.* es dueña del piso en Claudio Coello, de un chalé en Torrevieja, de una parcela urbana no sectorial en la calle Cariñena en El Molar que perteneció a Aurora Mendieta y de dos coches, un Mercedes-Benz Clase S del 2014 y de un Citroën Xsara de 2006.

—Avisa a la Guardia Civil de Torrevieja. Yo… —calló unos segundos mientras ordenaba sus ideas— iré hasta El Molar.

—Es un terreno ocioso, Miranda.

—Ya sé, pero no puedo quedarme quieta, Eduardo, o te juro que reviento. Mantenme informada si encuentras algo más.

Miranda colgó. Su tozudez era más fuerte que su raciocinio. No se quitaba de la cabeza la imagen de Belén Alonso atada con alambre de espino. Si su hija corría el mismo destino, nunca se lo perdonaría. No sería otro expediente sobre su escritorio, sino la más grande culpa, un remordimiento devastador capaz de arrastrarla a un pozo sin fondo.

Arrancó por Sinesio Delgado hasta la Avenida de Pío XII, se mantuvo a la izquierda en dirección a Burgos y continuó por la Autovía del Norte hasta la salida 41 en dirección a El Molar Sur y Pedrezuela. La noche caía cerrada cuando llegó a las inmediaciones

del pueblo. Tomó un par de rotondas y de curvas que la terminaron desembocando en un camino de tierra estrecho que empezaba donde terminaban las cabañas de piedra y ladrillo que delimitaban el área urbana, cercado a la derecha y abierto hacia el otro lado con pendientes arenosas que convergían en una superficie de almacenes iluminados. Continuó por el camino hasta que la aplicación en su móvil le indicó que la calle Cariñena terminaba y daba paso a la calle Charcón. Bajó del coche. Comprobó que su arma estaba cargada y cruzó entre dos postes tensados con alambre galvanizado.

Caminó con dificultad durante un rato entre la hierba seca que le llegaba a las rodillas y los pedruscos que la obligaban a reconducirse. En lo alto de la explanada avistó lo que parecía una casa de adobe, pequeña y derruida, a la que las luces de los almacenes dotaban de silueta. Rodeó la estructura y se acercó por detrás ocultándose tras los álamos y fresnos que crecían aislados en medio del paraje. Se acercó cautelosa hasta un montículo cubierto de ramas y lonas. Los apartó evitando cualquier ruido que la delatara, y descubrió el Citroën Xsara que conducía Antonio Moreno. Quiso llamar a Eduardo, pero se detuvo helada sin llegar a introducir la mano en su bolsillo. Antonio Moreno la amenazaba con el cañón de un arma en la nuca.

—No pensé encontrarla por aquí, inspectora —le masculló al oído.

La desarmó y la condujo al interior de la casa. El suelo era de tierra, las ventanas estaban clausuradas con tablas rematadas, y en una esquina vislumbró una mesa con un ordenador portátil encendido que reflectaba aperos abandonados cubiertos de una pátina de óxido. A su espalda, una puerta de madera con remaches que Antonio abrió de un tirón y que la engulló como un socavón. Rodó por unas escaleras rústicas de piedra de pizarra que le fueron raspando la piel a su paso. Cayó derrengada con la sangre asomando por los rasguños en sus brazos y en su cara. Hizo el amago de incorporarse, pero Antonio la agarró por el pelo y tiró de ella sin apartar el arma de su cuello. Tuvo el instinto de defenderse e intentar tomar el control de la situación, pero ¿qué pasaría si fallaba? Si Macarena seguía viva, ella era su única oportunidad y no podía arriesgarse.

—La policía está en camino —le dijo con la voz consumida por el dolor.

Antonio sonrió, una mueca ampulosa que ella no pudo apreciar.

—No le creo, inspectora. De todos modos, si es así, las dos estarán muertas para cuando lleguen, y yo estaré muy lejos de aquí. Créame —le dijo al oído—, yo también quiero que esto acabe ya.

«¡Está viva!».

La confirmación le insufló un chute de adrenalina. Se dio la vuelta con determinación y el cañón de la pistola terminó en su frente, incrustándose en su piel.

—Mátame ahora o te juro que te mataré yo.

Antonio se aproximó lo suficiente como para que Miranda respirara su aliento impregnado de tabaco. Ella escuchó un sonido metálico a sus espaldas. Una puerta se abrió, tragándosela como un agujero negro que lo absorbe todo, y su cuerpo inerte rebotó en el suelo. La patada que recibió en el abdomen la consumió en un dolor inhumano.

La puerta se cerró en un estruendo que retumbó asordinado en la cabeza de la inspectora. Se removió dolorida sobre sus rodillas y avistó a Macarena en una esquina, acurrucada en el suelo sobre su propio vómito. Se arrastró hasta ella, la incorporó con dificultad y la abrazó contra su pecho.

—Ya estoy aquí, mi niña —le susurró, aunque Macarena no respondía. Seguía sumida en la mayor oscuridad, digiriendo lo que acababa de ver en las cintas. Se había llenado de coraje y había visto la cinta de su madre. El dolor se apoderó de ella y ya solo quería morir, reencontrarse con ella en algún lugar y no soltarla nunca.

Antonio regresó con un trípode y una cámara que instaló con pericia frente a ellas. Presionó un par de botones y vieron una luz roja que comenzó a parpadear. Extrajo un silenciador del bolsillo de su pantalón y se lo colocó a la pistola. La última cinta, la que cerraba un ciclo, sin guantes de boxeo ni capuchas. ¿Para qué? EL OFICIĄNTE ya había sido descubierto.

—Comprarle la casa a tu hermano en Negueira de Muñiz fue una jugada magistral —espetó la inspectora engordando su ego.

Pretendía ganar tiempo.

Antonio sonrió de medio lado orgulloso.

—Ese era un inútil, un yonqui como mi hijo. —Su rostro había adquirido un semblante maquiavélico—. Sabía que Belén se escondía en Negueira. Y el inservible de mi hermano me dio la excusa que necesitaba para plantarlo allí y tenerla vigilada. Le compré una casa en ese pueblucho y le dejé dinero bajo promesa de que se rehabilitaría y le daría un rumbo nuevo a su vida.

—Ese fue tu pretexto para mantenerte cerca de Belén sin levantar sospechas —repasó Miranda dándole más cuerda.

—¿Por qué permitiste que le hicieran daño a Lucas? —preguntó Macarena ahogada en llanto rememorando el asalto que habían sufrido días atrás.

—No era mi intención. Solo pretendía asustaros y que dejarais de meter las narices; pero a esos cabrones se les fue de las manos. —Levantó los hombros y sonrió con anchura, sin un ápice de remordimiento.

La tranquilidad solemne con la que asumía los hechos le helaron la sangre. Estuvo viviendo bajo el mismo techo de ese monstruo que ahora estaba a punto de acabar con sus vidas.

—No entiendo por qué Belén, el motivo de tu fijación con ella.

—Inspectora, no se trataba de ella. ¡No acabas de pillarlo! —Antonio refunfuñó insufrible. Le fastidiaba tener que dar explicaciones—. Ella nunca me vio la cara. Sin embargo, su amante sí.

—¡Mi padre! —se le escuchó balbucear a Macarena.

—Estuve veinte años buscándolo. Mi objetivo siempre fue él.

—Y ya ves… fue él quien te encontró —enfatizó la inspectora con una socarronería que no pasó desapercibida.

—Y fue ahí donde todo se fue al garete. —Negó con la cabeza—. Hubiera preferido hacerlo de una manera más… profesional.

—¿Por qué matarla de esa manera tan violenta? —cuestionó Macarena con un nudo en la garganta.

—Quería que el mensaje llegara alto y claro. —Se aproximó a la chica y le tocó la barbilla—. Si tu padre abría la boca, correrías con la misma suerte.

Macarena comenzó a atar cabos y comprendió que su madre nunca estuvo a salvo. Siempre vigilada y controlada, creyéndose segura y libre en aquel paraje que en realidad era una gran jaula.

—¿Mi padre estaba en Negueira ese día?

Miranda se revolvió inquieta sin soltarla.

—¡Claro! —exclamó chillando—. Fue él quien me reconoció y sacó a tu madre de allí. Los perseguí un largo tramo hasta que conseguí volcar su coche. Tu madre salió a cuatro patas, escupiendo sangre, y te juro que la iba a matar allí mismo, hasta que lo vi removerse en su asiento como una alimaña. —Suspiró furioso y refunfuñó algo entre dientes que no pudieron comprender—. Unos pueblerinos detuvieron su coche y corrieron a socorrerles, así que no tuve más remedio que dejarlo vivo. Cargué con tu madre y procuré hacerle llegar el mensaje a través de su cuerpo… Creo que lo pilló —se jactó petulante con una carcajada bulliciosa que ellas reconocieron de las cintas.

—Por eso el alambre de espino alrededor de la boca…

—Veo que por fin lo vas entendiendo —le dijo con una mueca de listillo.

Antonio se había acercado demasiado. Si tenía alguna oportunidad de confrontarlo, ese era el momento. Eduardo era la única persona que conocía su paradero y, a menos que hubiera intentado localizarla y sospechara que algo pudiera haberle sucedido, nadie vendría a rescatarlas, y él no dilataría su cometido por más tiempo. Miranda le pidió a un Dios en el que no creía que las protegiera, y lo golpeó fuerte en la entrepierna. Antonio se dobló afligido. Se abalanzó sobre él con la intención de derribarlo, pero se mantuvo en pie, tambaleándose. La golpeó otra vez en el abdomen con la rodilla y le abrió la frente con la empuñadura de la pistola.

—¡Maldita perra! —gritó colérico.

Dio tres pasos hacia ella embravecido sosteniendo el arma hasta afincarle el cañón del silenciador en el entrecejo. De repente, escucharon el rugir metálico de la puerta. Las gotas de sangre que emanaban de la herida caían sobre sus ojos y le nublaban la visión.

—¡Suelta el arma, Antonio!

Enseguida reconoció la voz: «Aurora Mendieta». Su agresor apartó

el cañón, la alejó de un tirón y agarró a Macarena por el pelo con una fuerza despiadada. La chica chilló de dolor. Entonces la vio, vestida de negro como de costumbre, con sus pulseras chirriando mientras empuñaba el arma que podía acabar con su sufrimiento. Aurora les apuntaba con una escopeta. Ya no parecía mayor y endeble, aunque su porte seguía conservando la marcialidad a la que las tenía acostumbradas.

—¡Déjala ir! ¡Esto tiene que acabarse ya!

Antonio la observó hastiado. Sabía que tenía la determinación para apretar el gatillo, pero no le iba a permitir que truncara sus planes, no tan cerca del final. Dos disparos era lo que necesitaba para que todo acabara. Emitió un bufido largo y áspero que inundó la habitación y zarandeó descontrolado la cabeza de Macarena.

—¡Joder, Aurora! ¡Lárgate! —rugía rabioso—. ¡Lárgate!

La mujer negó repetidamente con el gesto torcido y alzó un poco más la escopeta, amenazante. Miranda recuperó las fuerzas, dio un respingo y lo embistió desde un costado. Antonio cayó al suelo dejando escapar un disparo que se incrustó en el techo descascarado de la habitación. La inspectora se precipitó sobre él. Forcejaron. Macarena se consumía a gritos arrodillada en un rincón ante la mirada impávida de Aurora. Antonio logró quitársela de encima. Miranda cayó de bruces, vencida, mientras veía que su oponente se erguía sobre ella y la dominaba.

—Tenía que haberte matado hace tiempo —le dijo luego de escupirla.

Miranda cerró los ojos y pensó en sus padres, en Melón, al que no volvería a acurrucar entre sus brazos; y sin quererlo, recordó a Rodri, quien le había dado los días más felices de su vida, una vida de altos y bajos a punto de escurrirse. Cerró los ojos y aceptó su destino.

Se escucharon dos disparos atronadores. Macarena se había aferrado a la pared, como si intentara traspasarla y huir de aquel infierno. Miranda retrocedió por la sangre y los sesos que le salpicaban el rostro. Sintió el cuerpo de Antonio desplomarse sobre ella. Una bala en la espalda y otra en la cabeza. Aurora Mendieta lo había matado.

—Tenía que hacerlo —admitió serena.

Capítulo 42

Madrid, 19 de julio de 2016

El día despuntaba vaporoso y cálido. Miranda se había rehusado a pasar la noche en el hospital. Durmió un par de horas hasta que la luz del sol, que se coló sigilosa por la ventana, la despertó. Le dolía el cuerpo entero, cada fibra de su existencia. Se propuso utilizar los días que tenía de reposo para redefinir su vida y su carrera. No se sentía con fuerzas para continuar. El caso de Belén Alonso le supuso un desgaste emocional muy fuerte que pesaba sobre su alma. Una carga que la iba encogiendo cada minuto que pasaba un poco más. Melón estaba ovillado entre sus piernas. Su cuerpo diminuto y frágil le provocaba ternura. Estiró un brazo y le acarició la cabeza. El chihuahua le respondió lamiéndole la mano.

Se sentó en el borde de la cama con desánimo. Las extremidades le pesaban como mástiles anclados a su torso endeble. Agarró el teléfono solo para comprobar que estaba apagado. Lo conectó al cargador y permaneció un par de minutos contemplando su reflejo en la pantalla oscura del dispositivo. Finalmente lo encendió.

Comenzaron a entrarle notificaciones de mensajes y llamadas perdidas, en su mayoría de Rodri. La melancolía la invadió. La noche anterior, cuando estuvo al borde de la muerte, pensó en él. En esos últimos momentos, en los que creía con certeza absoluta que iba a morir, su subconsciente la hizo recordar lo felices que fueron durante mucho tiempo. No podía evitar sentir cierta culpa. Quizás no debió ser tan dura con él, aunque tenía motivos de sobra para serlo. Pero en ese instante, minúscula y perdida como se hallaba, la añoranza podía más.

Comenzó a leer sus mensajes con una zozobra infinita en los ojos. Rodri no se daba por vencido. La necesitaba de vuelta y estaba dispuesto a rectificar sus errores. Le había contado la verdad, las razones que lo obligaron a marcharse sin una explicación, aunque

eso implicaba que ella lo viera con otros ojos. El único camino que le quedaba, si quería salvar lo que quedaba de ese amor, era el perdón, así que marcó su número insistentemente sin recibir respuesta.

Se levantó de un santiamén, se vistió y salió de casa. Tardó veinte minutos en llegar al edificio de Rodri. Llamó un par de veces al telefonillo sin suerte y, cuando estaba a punto de desistir, un vecino que salía a pasear su perro abrió la puerta principal. Aprovechó la oportunidad para colarse en el edificio y subió hasta el tercero.

La puerta del piso estaba entornada. La empujó con suavidad y escuchó cómo al abrirse arrastraba consigo trozos de cristal. Se adentró con cautela, intrigada de lo que podía encontrar. La mesita de centro que adornaba el salón estaba destrozada, con la madera desperdigada y el cristal hecho añicos sobre la alfombra. Lo llamó una vez sin recibir respuesta. Buscó instintivamente el arma en su cintura, aunque no la portaba. Caminó por el pequeño pasillo hasta la cocina, donde las cosas permanecían intactas. Enfiló hasta la única habitación del piso y divisó una marca de sangre en el marco de la puerta. Respiró hondo, segura de que algo terrible le había pasado a Rodri, y la empujó asustada.

La habitación estaba vacía. La decoración permanecía en su sitio y no había signos de violencia a simple vista. Resolló aliviada. En la mesita de noche junto a la ventana yacía un reloj de arena como el que Rodri le había regalado. Se apresuró a agarrarlo y darle la vuelta, anhelando que sus palabras fueran ciertas y que lo vería entrar por esa puerta sano y salvo antes de que cayera el último grano de arena. Se detuvo al borde de la cama con el pulso acelerado. Perdió un pálpito. Apretó la mandíbula y se dejó caer de rodillas sobre un charco de sangre que cubría el parqué.

Miranda supo con una certeza inquebrantable que esta vez había perdido a Rodri para siempre.

Capítulo 43

Córdoba, 25 de julio de 2016

La tía Isabel me recibió con un abrazo enternecedor. Necesitaba tanto ese calor familiar y cercano. El cariño en su voz era melodía para mis oídos.

Una semana había transcurrido desde aquel fatídico día seguido de la más escabrosa de las noches. En estos siete días no había conciliado el sueño. Una pesadilla llegaba recurrente a mi encuentro y me volcaba de nuevo en aquella habitación bajo tierra oscura y fría: él sujetando mi cabeza frente a la tele mientras se reproducía una y otra vez la cinta de mi madre. Me retorcía en la cama como endemoniada tratando de alejar de mi mente esos recuerdos.

Al día siguiente de los acontecimientos me fui directo a un hotel. No tenía el valor para poner un pie en el piso de esa bestia, innombrable ya para mí. Sentía el más profundo asco hacia mi persona. De tan solo rememorar los días que convivimos, las conversaciones que mantuvimos sentados a la mesa, los dos besos en la cara, los abrazos…, me entraban náuseas. Mis entrañas se atenazaban y una corriente de dolor se apoderaba de mí. Un sufrimiento visceral.

Nadie supo más de mí, ni siquiera Lucas. Sé que probablemente haya cometido una injusticia, pero cada vez que lo mirara estaría ahí el recuerdo infame de su padre. Si algún día conseguía salir adelante y reconstruirme por dentro, tendría que hacerlo alejada de todo lo que me recordara lo sucedido. Y, desafortunadamente, Lucas formaba parte de ese entramado de recuerdos que necesitaba sepultar en el olvido. Tal vez lo llamara algún día.

No lo sabía.

Fui hasta Córdoba porque sentía la obligación moral de contarle a mi tía la historia que acababa de vivir. Quería hacerla partícipe de los

últimos sucesos. Ella también necesitaba un punto final.

La tarde transcurrió lenta para las dos. Lloramos, nos abrazamos, y de algún modo alcanzamos una libertad efímera cuyo único cimiento consistía en sabernos conocedoras de la verdad. Sin embargo, no era suficiente para sanar.

Llegado el momento de la despedida, Isabel insistió en que me quedara con ellos un tiempo, al menos hasta recomponerme. Me negué rotundamente bajo la mentira de que regresaba a Negueira, a la tierra que me vio nacer y a la que consideraba mi hogar, donde aún flotaban los mejores recuerdos de mi madre.

Subimos hasta la habitación donde descansaba Miguel. Él también me quería cerca de la familia. Me imploró que me quedara.

Mi tía se enfrascó en acicalarlo. Le cambió la ropa, peinó su cabello con gomina hasta conseguir que luciera más guapo —si es que era posible—, como un actor de cine. Nos dimos un par de besos y caminé hasta la puerta mientras ella lo engalanaba. Quería conservar la ternura de ese instante, la devoción de un amor que se sobrepone a las adversidades. Los contemplé melancólica desde el umbral.

Isabel sacó una colonia del primer cajón que le roció complaciente.

—Su aroma —dijo consciente de mí.

Sonreí feliz.

Le besó los labios con ternura y permaneció junto a él, admirando su rostro.

—¿A que es irresistible? —lanzó la pregunta al aire mientras descansaba una mano sobre su pecho.

Y en ese instante las cuatro paredes de la habitación desaparecieron súbitamente. El aire cálido fue remplazado por una brisa fresca y pura que ya conocía. La baldosa bajo mis pies dio paso a un camino de tierra y gravilla cubierto de hojas. Sentía el cuerpo agarrotado, con hilos de sangre recorriendo mis brazos. A mi alrededor el bosque se alzaba majestuoso y el atardecer cubría el cielo con un manto dorado. Quise moverme, pero no pude. Mis pies se agarraban al suelo con firmeza y tuve la sensación de que ese instante ya lo había vivido. El bosque, mi cuerpo agotado, la noche

que se cernía sobre mí… Entonces apareció ella con su melena rubia y larga, sosteniéndome la mirada con los ojos más hermosos que jamás he visto. Rodeó mis manos con las suyas y sentí su calidez. No me susurró al oído con aquella voz que recordaba liviana y cándida, desapareció entre los árboles esta vez.

Tras de sí quedó una estela perfumada que reconocía en aquella habitación.

—Ese olor a gardenias… —murmuré.

—Siempre ha sido su preferido —contestó Isabel desde su regazo con una sonrisa sincera.

Entonces lo vi… a Miguel… conversando con mi madre en aquella playa mientras yo levantaba infructuosamente mi primer castillo de arena. Allí estaba él, sosteniéndole las manos, incapaz de perderle la mirada. Lo vi acercarse con el pantalón plegado hasta las rodillas, alzarme en sus brazos y adentrarse conmigo en el mar hasta cubrir apenas sus pies de una espuma densa. Camisa blanca de lino remangada, ojos saltarines… y su perfume impregnándolo todo. Después lo vi otra vez en otro sitio, en otros tiempos… el día que desapareció mi madre. Estaba yo en el puesto mostrándole unas pulseras a una señora de pelo rojizo. Por detrás, invisible para mí aquel domingo, pasaba Miguel. Ahora lo puedo recordar, como una obra de la providencia, porque mi memoria olfativa me dice que estuvo allí, que respiré sin saberlo su perfume de gardenias aquel día en Negueira, el preferido de mi madre.

***

Miguel corrió con Belén en sus brazos. No abría los ojos, no respondía, pero estaba viva. Tenía el pulso débil, la respiración entrecortada y su diminuto cuerpo ardía por la fiebre. La sangre que emanaba de sus muñecas le había manchado el camisón blanco. La acomodó en la parte trasera de su coche y enfiló hacia la autopista. Condujo durante media hora, vigilándola a ratos, hablándole sin que ella reaccionara.

Tomó la salida hacia Torrelodones. Pasó una rotonda y siguió de largo hasta Hoyo de Manzanares. Necesitaba parar, cerciorarse de que estaba bien, pero para ello debía buscar un sitio tranquilo y apartado donde nadie los viera. Siguió de largo hacia las afueras y

entró por un camino de tierra hacia el Mirador de La Berzosa. Ignoró la señalización y se adentró por una vía estrecha y oscura que zigzagueaba por el cerro. Frenó de seco ante el paso de una jabalina y sus jabatos, y prosiguió hasta que su coche se encontró con la villa a sus pies.

Estaba atolondrado y asustado cuando puso un pie en tierra. Abrió la puerta del coche a toda prisa, sujetó a Belén por los hombros y la incorporó en el asiento. Le sacudió la cabeza con cuidado y palmó su rostro levemente hasta que abrió los ojos con pesadez. Le acercó una botella de agua de la que bebió unos sorbos y esperó hasta que poco a poco fue recobrando el conocimiento.

En el momento en que despertó de su letargo, lo primero que vio ante sí fue la cara pávida de Miguel. Comenzó a manotear y a chillar histérica. Miguel se apresuró a taparle la boca. La cúspide donde se encontraban colindaba a la derecha con una calle que partía de dos chalés enfrentados. Temía que los vecinos los descubrieran y avisaran a la policía.

—¡Tranquila! ¡Soy yo! Ya estás a salvo —le dijo con aparente serenidad.

Belén continuaba gesticulando, apartándolo con manos y piernas. Sus movimientos eran erráticos, como si no hubiera recuperado del todo el control de sus músculos.

—Soy yo, mi amor. Ya estás a salvo.

—¡Aléjate! —le pidió en un grito ahogado—. Lo sé todo… ¿Cómo pudiste? —preguntó arrastrando las palabras.

—¡Estás delirando! Es la fiebre.

—¡No! —se quejó ella removiéndose bruscamente y alargando los brazos para abrir la puerta—. ¡Déjame salir!

Belén se precipitó fuera del coche y cayó de bruces sobre el terreno polvoriento. El viento gélido discurría cortante sobre su piel y levantaba a ras de suelo un polvillo molesto que le imposibilitaba abrir los ojos. Las luces de las casas en las faldas del cerro los salvaban de la penumbra en una noche de cielo encapotado que ya se había grabado a fuego en sus vidas. Miguel la incorporó sin dificultad y zarandeó su estructura temblorosa y febril. Se aproximó a sus labios, los besó, pero Belén no reaccionaba. Descubrió en sus

ojos dos agujeros negros que ni siquiera la oscuridad conseguía disimular y entendió que no desvariaba por la fiebre, que su mentira había sido descubierta y que el futuro ya no existía para ellos.

—Lo sé todo… —insistió ella, y le apartó las manos de su cuerpo tembloroso.

Él la contempló impasible durante unos segundos y luego retrocedió, franqueándole el paso. Belén caminó muy despacio hasta la cúspide, un conjunto de piedras elípticas que se superponían sobre el terreno y la elevaban unos metros. Desde allí contempló las luces de las casas, el humo de las chimeneas que se perdía entre las nubes, la vida discurriendo con total normalidad. No para ella. Esbozó una sonrisa cuando los primeros copos de nieve cayeron livianos sobre su rostro y se aferró a su vientre, como si lo abrazara, pensando en la criatura que crecía dentro de ella. Lo único que la salvaba de saltar al vacío.

—¿Quién es Javier Martín?

—Un compañero de trabajo —se apresuró él a responder. Ya no tenía sentido seguir mintiendo.

—Estuve en tu casa, Miguel. —En cuanto su nombre salió de sus labios, rebotó y se alzó como un muro de cristal que los separaba—. En la casa que compartes con mi hermana.

—No lo entiendo. ¿Cómo no te vi? —preguntó desconcertado.

—Encontré a Isabel en la entrada con vuestras hijas, poniéndolas a salvo del fuego que ardía en el patio y que tú procurabas sofocar. La acompañé a buscarte, y mi cuerpo se heló cuando te vi. Se me escapó tu nombre en un alarido, el que me habías dado, Javier; me abracé a la vida que crece dentro de mí, como hago ahora, y ella lo supo.

Miguel quiso hablar, disculparse al menos, decirle que la culpa y el arrepentimiento lo estaban matando, pero las palabras se desvanecían antes de salir. Podría explicarle muchas cosas, que la amaba con locura, que su cometido había sido encontrarla y llevarla de vuelta con su hermana, hasta que entró en aquel bar y descubrió su sonrisa, sus labios encarnados, su silueta que se contoneaba al ritmo de una sevillana…, todo en ella, y se enamoró perdidamente. Nadie tenía que decirle que cometía un error, el peor de todos,

porque una fiera interna se lo recordaba cada día.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Ibas a dejarla, a tus hijas, te ibas a fugar conmigo como juraste para recomenzar nuestras vidas aislados del mundo en mitad de la nada?

El viento helado trajo consigo preguntas para las que no tenía respuesta. Nunca supo qué hacer, en eso no mentía. En ella encontró el más grande amor, pero no quería lastimar a su familia. Por las noches daba vueltas sin conciliar el sueño, martirizándose porque algún día tendría que tomar una decisión para la que no estaba preparado y que, sin importar cuál fuese, provocaría un daño irreversible.

Lo mortificaba también la idea de que su mujer lo había descubierto y no había visto en ella señal alguna. Ni un enfrentamiento, ni un mal gesto, ni un cambio en su comportamiento, absolutamente nada. ¿Cómo podía lidiar con semejante agravio sin romperse? ¿Qué líquido viscoso corría por sus venas que la mantenía indolente? No sería él quien abordara el tema. Si ella prefería callar, hacer como si nada hubiera pasado, preservar la familia por encima de todo, lo aceptaría por conveniencia.

—No lo sé, Belén. Te prometo que…

—No prometas nada. Ya no creo en ninguna de tus promesas.

Lo había desarmado. El muro de cristal entre ellos seguía allí, más imponente con cada segundo que pasaba. La nieve caía con más fuerza, coronando el paisaje de un tímido velo blanco que sepultaba sus esperanzas.

Miguel se sacudió la destemplanza que lo había invadido y determinó que debía protegerlos, a ella y al bebé que venía en camino, y darles la vida que le prometió, aunque él no formara parte. Tenía que pensar en alguna salida que los mantuviera a salvo. Tampoco podía obviar el hecho de que había matado a un hombre.

—Tenemos que irnos, Belén —le imploró.

—No. Llama a la policía.

—No puedo. He matado a un hombre.

—Me has salvado. Eso es más importante.

—No puedo, Belén. Si lo hago, esta historia saldrá a la luz. Me

rompería en mil pedazos ver a mi familia en la palestra, mis amigos, nuestros vecinos y conocidos, seríamos la comidilla de todo el mundo, y no quiero eso para mí ni para los míos. Tú incluida.

—Ya no soy tuya, Miguel. Ya no —le dijo con determinación.

—No sabemos lo que pueda suceder con nosotros si nos quedamos aquí en Madrid. Podrían estar buscándonos en este mismo momento. Buscaré la manera de crearte una identidad nueva. Pagaré lo que haga falta. Yo me encargaré de todo, pero tienes que irte lejos, donde ese hombre no te pueda encontrar. Te llevaré a Negueira de Muñiz —ella sonrió con lágrimas en los ojos recordando todas las veces que se imaginó en esa tierra con él, viviendo como dos aventureros—. Sube al coche, por favor —le pidió y arrancó el motor.

Belén regresó sobre sus pasos, cubiertos ya por la nieve, y se acomodó a su lado.

Antonio Moreno, a pesar de ser un hombre delgado, resistió el golpe en la cabeza con una entereza digna de una complexión más fornida. Durante unos minutos se quedó tendido en el suelo, aturdido, pero tenía esa determinación que nace de los instintos más sórdidos y no contemplaba una derrota. Levantó la cabeza con cuidado en el momento en que ese hombre pasaba por su lado y huía con la mujer entre los brazos. Quiso gritarle algún improperio que no consiguió articular. Se incorporó apoyándose en los codos y se puso de pie sujetándose de la estantería de libros que cubría la pared. Hizo acopio de fuerzas durante unos segundos, agarró el manojo de llaves del bolsillo de Francisco Gil —con la precaución de no pisar el charco de sangre—, cerró el acceso al sótano, movió la estantería que la ocultaba, y se aventuró a perseguirlos.

Cuando tomaron el desvío hacia la salida del pueblo, Antonio apagó las luces del coche. Había poco tráfico a esa hora en aquel paraje y temía ser descubierto. Los vio adentrarse en el parque natural y detuvo su coche muy cerca. La cabeza le ardía. Había perdido mucha sangre y no estaba en condiciones de soportar un enfrentamiento físico. Gruñó rabioso hasta quedarse sin voz mientras golpeaba repetidamente el volante con la frente. Si la cabeza le iba a reventar, que lo hiciera ya.

Encendió un cigarrillo y abrió la puerta del coche. Estiró un poco las piernas y buscó que el aire frío lo espabilara. Un rato después, las luces del coche regresando a la carretera avivaron su determinación. Apuró el motor y los persiguió con esmerado sigilo durante dos días enteros, hasta que terminaron en Negueira de Muñiz.

***

Al abrir los ojos, descubrí a Isabel sosteniéndome en el suelo. Recostada contra la pared, me dejaba descansar con la cabeza apoyada en sus piernas. Con una mano me abanicaba, procurando devolverme un ápice de la vitalidad que se había escapado. El sudor mojaba mi frente y se me hacía difícil contener la emoción. Desde la habitación me llegaba la voz de Miguel preguntando por mí.

—Es él… —murmuré.

—¿De qué hablas, Maca?

—Miguel… es mi padre.

La expresión de Isabel se recrudeció. El brillo de sus ojos despareció, dando paso a un abismo de tinieblas en el que me veía reflejada.

—¿De dónde sacas eso? —me preguntó con brusquedad.

—La meiga… Ella lo sabía todo —balbuceé.

«La muerte también llega con el amor que engendra».

Isabel me alejó de sopetón. Se levantó erguida, furiosa; me agarró por los brazos y me puso en pie. Las piernas me fallaron, pero se encargó de sostenerme incrustando mi cuerpo enjuto contra la pared. Desde el umbral busqué la mirada de Miguel, que gritó mi nombre desconsolado, incapaz de conseguir que su cuerpo respondiera; pero Isabel cerró la puerta de un tirón y lo perdí. Atrás quedó la mujer afable y cariñosa que me había recibido en su casa como una más de la familia. Frente a mí se erguía rígida e inaccesible.

—Se suponía que esto no pasaría —me dijo con la voz entrecortada. En lo más profundo había un dolor que llevaba enterrado muchos años—. Tú no deberías saberlo. ¡Tú no!

—¿Lo sabías? —pregunté atónita.

—Las mujeres siempre lo sabemos —contestó incisiva—. Lo

descubrí el día que tu madre vino a esta casa, y el corazón se me hizo añicos.

La templanza desapareció y dio paso a un rostro abatido. La mirada de Isabel se había hundido en algún punto frente a nosotras al que nunca conseguiría llegar.

—No entiendo —le dije confundida—. ¿Por qué me dejaste entrar a tu casa? ¿Por qué me abriste las puertas a tu familia? Y Miguel, ¿por qué me lo presentaste si sabías que era mi padre? ¿Por qué no me engañaste, Isabel? ¡Hubiera preferido mil veces que me engañaras!

—Porque la nostalgia y el perdón fueron más fuertes, Maca. Cuando me mostraste la foto de mi hermana, no pude contener la emoción. Esta historia me desgarró por dentro, y la creí desterrada a lo más recóndito de nuestro pasado. Pero apareciste en mi puerta… y te di la oportunidad. Tú no tienes la culpa, pero no podías saberlo, Maca. No podría tenerte aquí junto a los míos consciente de que sabes la verdad. —Se secó la humedad que habían dejado las lágrimas en sus mejillas y agachó la mirada para reunir las fuerzas que necesitaba antes de decirme con una seguridad inquebrantable en la voz—: Te voy a pedir lo mismo que a ella: «¡Vete y no vuelvas nunca!».

Salí de la casa con el alma rota. Caminé sin rumbo un par de horas hasta que me detuve en una calle cualquiera. Me invadió la nostalgia por mi madre, por todas esas mujeres, por mí misma, las olvidadas de Dios. Miré al cielo y el sol abrasó mi cara. Me sentía perdida, sola, con el dolor más atroz encajado en el alma y sin la esperanza de que mi vida comenzara de nuevo.

FIN